ANTONIO MANZINI

UNA PRIMAVERA DE PERROS



El carácter irascible del subjefe de policía Rocco Schiavone ha seducido a los lectores italianos hasta el punto de que sus últimas novelas han ocupado los primeros puestos de las listas de ventas. Con cada nuevo episodio, este romano de pura cepa —desterrado a una pequeña ciudad al pie de los Alpes por ciertos comportamientos de dudosa licitud— ha ido adquiriendo una dimensión más incisiva y profunda, para deleite de sus cientos de miles de seguidores.

Tras pasarse nueve meses destrozando sus Clarks, pues se niega a calzarse unas botas de montaña apropiadas para la región, Schiavone acoge con escepticismo la llegada de una teórica primavera al valle de Aosta. Su resistencia a someterse a la realidad de aquel lugar, donde ni las estaciones del año son como deberían ser, se refleja también en su labor profesional. Al conocerse el accidente de una furgoneta en el que mueren el conductor y su acompañante, Rocco reacciona con su habitual irritación e intenta desentenderse del asunto. Sin embargo, pocos días después, la desaparición de una joven perteneciente a una rica familia de constructores de la zona despierta su instinto de sabueso: las pesquisas para encontrar a la chica le abren las puertas de un mundo subterráneo que lo deja estupefacto. Rocco conoce muy bien los negocios turbios que se dan en una gran ciudad como la que tanto añora, pero no sospechaba hasta qué punto podía existir algo semejante en ese rincón perdido entre las montañas. Finalmente, Schiavone no tiene más remedio que ponerse manos a la obra, lo que lo obligará a apartar de su mente el espinoso asunto de su relación con la mejor amiga de su última ex, además de un doloroso hecho de su pasado que se niega a aceptar.

Antonio Manzini

Una primavera de perros

Rocco Schiavone - 3

UNA PRIMAVERA DE PERROS

AM 166 TT

Para el pequeño Pico.

PIOLÍN

LUNES

El relámpago desgarró la noche y atrapó en un flash fotográfico la furgoneta blanca que corría veloz de Saint Vincent a Aosta.

—Va a llover —dijo el italiano al volante.

—Entonces ve más lento —respondió el del acento extranjero.

Primero el trueno y luego la lluvia, que cayó como un cubo de agua contra el cristal delantero. El italiano accionó el limpiaparabrisas, pero no redujo la velocidad. Se limitó a poner las largas.

—Asfalto moja y carretera vuelve jabón —dijo el extranjero mientras sacaba el móvil del bolsillo del abrigo.

Pero el italiano siguió sin reducir la velocidad.

El extranjero desdobló un papelito y empezó a marcar un número.

—¿Se puede saber por qué no guardas los números en la agenda, como todo el mundo?

—No queda memoria. Toda llena. Y tú, lo tuyo —respondió sin dejar de marcar.

La furgoneta pilló un bache y ambos pegaron un bote.

—¡Que voy vomitar! —exclamó el hombre del acento extranjero, mientras se llevaba el móvil a la oreja.

—¿A quién llamas?

Pero no obtuvo respuesta de su compañero, quien al oír un adormilado «¿Diga…? ¿Quién es a estas horas?», torció el gesto y colgó.

—Equivocado —murmuró, pulsando nervioso las teclas del viejo móvil manchado de pintura.

Cuando terminó la operación, volvió a guardárselo en el bolsillo y se quedó mirando por la ventanilla. La carretera era un zigzag tras otro y las señales blancas y negras que advertían de la llegada de una curva cerrada no asomaban hasta el último momento. Entre el motor gripado y el silenciador perforado, sonaba como si estuvieran tirando chatarra por unas escaleras. En la parte trasera, la caja de herramientas no paraba de deslizarse de un lado a otro al ritmo del bamboleo de la furgoneta.

—¡Ha llegado el diluvio universal, amigo mío!

—Yo no soy amigo tuyo —respondió el extranjero.

La carretera de Saint Vincent a Aosta, pese a las largas, seguía siendo invisible. Y el italiano venga a reducir, rascar las marchas y pisar el acelerador.

—¿Por qué no vas más despacio?

—Porque ya mismo es de día. ¡Y quiero estar en casa para cuando sea de día! Anda, fúmate un cigarro y deja de dar por culo, Slawomir.

El extranjero se rascó la barba.

—Que no llamo Slawomir, capullo, Slawomir es nombre polaco y yo no soy polaco.

—Polaco, serbio, búlgaro… para mí es todo lo mismo.

—Tú eres gilipollas.

—¿Por qué? ¿No tengo razón? Sois todos unos arrastrados. Ladrones y gitanos. ¿Te dan miedo las curvas? —añadió, y rió entre dientes—. ¿Eh, gitano, te dan miedo?

—No, me da miedo que conduces mal. Y yo no soy gitano.

—¿Qué te pasa, te has cabreado? Pero… ¿qué tiene de malo ser gitano? No hay que avergon…

Un estallido repentino lo interrumpió. La furgoneta se puso sobre dos ruedas.

—¡Mierda! —Intentó contravolantear.

El extranjero chilló, chilló el italiano y chillaron a su vez los tres neumáticos que seguían con vida. Hasta que estalló una segunda rueda y la furgoneta dio un brinco hacia delante. Embistió una cerca de madera, derribó la señal de límite de velocidad y detuvo su avance contra dos alerces a un lado de la calzada. El cristal delantero estalló, los limpiaparabrisas se partieron y el motor se paró.

El extranjero y el italiano no se movían, la mirada, vidriosa, fija en un punto lejano mientras les salía sangre de la boca y las cuencas de los ojos. El cuello roto, amorfos como dos marionetas sin dueño. Un nuevo destello, y el flash fijó la instantánea de aquellas dos caras apagadas, con las pupilas congeladas.

La lluvia insistía con su ritmo desquiciado contra la chapa del techo. La furgoneta siniestrada, que seguía con las luces encendidas, rechinaba en precario equilibrio contra las raíces que asomaban de la tierra. Se asentó sobre el terreno con un último estremecimiento que sacudió en el asiento los cuerpos sin vida de los dos hombres.

Desde el estallido del primer neumático hasta que la furgoneta se había estampado contra los troncos de los árboles habían pasado tres segundos.

Tres segundos. Nada. Un suspiro.

Tres segundos tardó Rocco Schiavone en comprender dónde estaba. Una eternidad.

Al abrir los ojos no había reconocido como suyos ni las paredes, ni las puertas ni el olor.

«¿Dónde estoy?», se preguntó mientras circunnavegaba con la mirada adormilada el espacio que lo rodeaba. La penumbra de la habitación no ayudaba. Estaba en cama ajena, en un cuarto ajeno de un piso ajeno. Y, con toda seguridad, también sería ajeno el edificio. Esperaba que al menos la ciudad fuera la misma del día anterior, la misma donde vivía desde hacía un tiempo, en la que llevaba nueve meses expiando su falta: Aosta.

El cuerpo femenino que vio a su lado lo ayudó a encajar las piezas. Dormía plácidamente. El pelo moreno y suelto sobre la almohada. Unos ojos cerrados que temblaban un poco tras los párpados. Tenía los labios ligeramente entornados y parecía estar besando a alguien en sueños. Una pierna a la vista y un pie colgando por fuera del colchón.

¡Se había quedado dormido en casa de Anna! Pero ¿qué le pasaba? ¡Error! Un primer paso en falso, ¡riesgo latente de caer en una rutina! El peligro de una integración no deseada con aquella ciudad y sus habitantes le puso la carne de gallina y lo hizo incorporarse de golpe en el colchón. Se restregó la cara.

«No, no puede ser», pensó. Llevaba nueve meses sin dormir un solo día fuera de casa. Así se empieza, lo sabía… y luego ya es sólo cuestión de tiempo; se frecuentan las mismas cafeterías, se hace uno amigo del frutero, del estanquero y, por supuesto, del quiosquero, hasta llegar a la frase fatídica del camarero tras la barra: «¿Lo de siempre, jefe?», y ya la has cagado: convertido automáticamente en ciudadano de Aosta.

Puso los pies en el suelo. Caliente. Peludo. Moqueta. Se levantó y, en la penumbra de un amanecer lívido como la panza de un pez, se aventuró hacia una silla que abrazaba una montaña de ropa, la suya. Un golpe seco en los dedos de los pies le iluminó el cerebro, seguido en el acto por un rayo de dolor que lo envolvió entero.

Sin hacer ruido, volvió a la cama cogiéndose el pie izquierdo, con el que le había pegado a una esquina. Rocco lo sabía, era uno de esos dolores brutales y atroces que, gracias a Dios, tienen la particularidad de durar poco. Sólo había que apretar los dientes unos segundos y se pasaba. Masculló una maldición para no despertar a la mujer. Aunque no por respetar su sueño, sino simplemente porque, de lo contrario, tendría que enfrentarse a una discusión y no tenía ni tiempo ni ganas. Anna trituró una palabra misteriosa entre los labios para luego darse la vuelta y seguir durmiendo. El dolor del pie, agudo y despiadado, remitía ya, se volvía un mero recuerdo. Pero lo había despertado del todo y, cuando el subjefe se llevó las

manos a la cara, los fotogramas de la noche empezaron a desfilarle por delante como si sus ojos se hubieran convertido en un proyector de diapositivas.

Encuentro casual con Anna, la amiga de Nora Tardioli, su ya ex novia, en el café Centrale. Las típicas sonrisitas de ella, las típicas miradas felinas, sus ojos displicentes, de gata asesina, la típica pose de *femme fatale* de provincias. La copa de vino. La cháchara.

—¡Que sepas, Rocco, que Nora está esperando que la llames!

—Que sepas que yo a Nora no pienso volver a llamarla.

—Que sepas que desde el día de su cumpleaños no habéis hablado.

—Que sepas que lo sé perfectamente.

—Que sepas, Rocco, que está colada por ti.

—Que sepas que Nora está con el arquitecto Pietro Bucci Nosequé.

Carcajada de Anna. Risa ronca, mordaz, de escarnio, con el consiguiente calentón de Rocco.

—Que sepas que estás muy equivocado. Pietro Bucci Rivolta es cosa mía.

Anna manoseando la cadena de plata en el escote para llamar la atención sobre su pecho.

—Pero ¿a qué viene tanto interés en mí y en Nora?

—La haces sufrir.

—Yo he hecho lo que he podido. Está claro que no soy el tipo de persona que ella necesita.

—¡Como si tú supieras lo que necesita Nora! Pues poca cosa, créeme, Rocco. No es tan exigente. Se conforma con lo básico.

Anna pidiendo otras dos copas de vino.

Y otras dos.

—¿Nos vamos?

La calle. Casi sin luz. El portal de Anna, cerca del de Rocco.

—Yo vivo aquí al lado.

—Ea, pues corre a tu casa.

Anna sonriendo con sus ojos oscuros y brillantes. Aún displicentes. Aún de gata asesina.

—No te gusto ni un pelo, ¿eh?

—No, ni un pelo. A ver, físicamente tienes un pase, con esa nariz respingona, los ojos penetrantes de falso macho latino, alto, con espaldas anchas y una buena mata de pelo. Pero ¿sabes qué? Yo contigo no me subiría ni en una telecabina para ir a esquiar. Me esperaría a la siguiente.

—Por eso no te preocupes, yo no esquío. Nos vemos.

—No sé… lo mismo no.

Se abalanza sobre ella. La besa. Ella se deja. Y abre el portal con la mano por detrás.

Suben.

Follan. Cuarenta y cinco minutos, quizá cincuenta. Para Rocco, una marca digna de pasar a los anales.

El pecho de Anna. Su pelo moreno suelto. Las piernas musculosas.

—Hago pilates.

Los brazos torneados.

—También del pilates.

Sin aliento, sudados y tumbados en la cama.

—Nena, yo ya no estoy para estos trotes.

—Ni yo.

—¿Y el pilates?

—No da para tanto.

—Mira que eres guapa.

—Pues tú no.

Se ríen.

—¿Agua?

—Agua.

Ella levantándose. Las nalgas duras. Él pensando: «También del pilates.» Ha ido a la cocina. Lo sabe porque oye el ruido de la nevera. Vuelve a la cama.

—¿Me atarás la próxima vez?

—Si acaso, te esposo. Me dedico a eso.

Rocco enganchado a la botella de agua mineral. Ella enseñándole los cuadros que tiene colgados por toda la casa. Flores y paisajes. Los pinta para llenar las tardes de aburrimiento infinito. Él durmiendo como un crío mientras ella le enseña una marina de la Toscana.

Se vistió deprisa. Calzoncillos, pantalones, camisa, los Clarks, la chaqueta y, con paso sigiloso, salió del dormitorio y de la casa de Anna.

El aire estaba más frío de lo normal por culpa de la lluvia caída durante toda la noche, y el sol seguía sin aparecer. Pese a todo, un claro auguraba un buen día. Levantó la mirada y vio que había pocas nubes zanganeando por el cielo.

Sacó el móvil para mirar la hora: las seis y cuarto.

Demasiado temprano para ir a desayunar y demasiado tarde para seguir durmiendo. Las llaves de la casa le tintineaban en el bolsillo, como sugiriéndole que fuera a ducharse y bajara luego al bar de la piazza Chanoux.

Pegado a la pared como un gato rezagado, recorrió veloz las dos manzanas que separaban el piso de Anna del suyo y volvió por fin a su casa.

Como cabía esperar, se la encontró vacía. Ni siquiera se veía a Marina. No estaba ni acostada en el cuarto, ni en el salón viendo algún telediario antelucano, ni en el baño dándose una ducha o preparando el desayuno en la cocina. Como si se lo hubiera olido. Como si hubiera visto la cama intacta y hubiese comprendido que esa noche Rocco no había vuelto. Era la primera vez después de

mucho tiempo que no dormía en casa, y a lo mejor no le había hecho gracia. Se había ofendido y estaba escondiéndose.

Con la mirada clavada en el suelo, fue directo al baño y abrió el grifo del agua caliente. Se desnudó, se metió en la ducha y se lavó también el pelo y dejó correr el agua varios minutos. No salió hasta que el vapor hubo transformado el baño en un *hamam*. Desempañó entonces el espejo con la mano y apareció su cara en todo su esplendor: ojeras, párpados enrojecidos, arrugas por encima de los pómulos. Estiró los labios para verse los dientes. Tenía la esperanza de que Marina asomara entre aquel paño de vaho espeso. Pero nada. Cogió el jabón y empezó a afeitarse.

A las ocho estaba en el café de la plaza, la segunda etapa obligatoria de la mañana. Después, andando a la jefatura. Y todo eso sin darse cuenta de que, por encima de su cabeza, en lugar de nubes, se abría ya un bonito cielo azul.

Entró a hurtadillas. Evitó las preguntas del agente Casella, que estaba en la puerta, y se escabulló por el pasillo para no encontrarse ni con D'Intino ni con Deruta, los dos agentes que había rebautizado con el nombre de «los hermanos De Rege» en honor al dúo de cómicos piamonteses de los años treinta que más tarde habían resucitado Walter Chiari y Carlo Campanini, en la época en la que Rocco veía la tele en blanco y negro aovillado en el salón, la estancia que hacía también las veces de cuarto de la abuela. Antes de empezar la jornada necesitaba fumar, y para hacerlo era fundamental acomodarse en su despacho, en el sillón, con la puerta cerrada y en silencio. Silencio absoluto.

Entró y fue a sentarse tras la mesa. Cogió un canuto. Un poco seco, pero podía pasar. A las tres caladas las cosas empezaron a pintar mejor. Sí, la temperatura iba a cambiar, y sí, sólo tenía que encarar una mañana tranquila de trabajo en el despacho.

Llamaron a la puerta. Rocco puso cara de hastío. Apagó la colilla en el cenicero.

—¿Quién es? —No hubo respuesta—. He dicho que quién es. —Nada. Rocco se levantó y abrió la ventana de par en par para aventar el olor a maría—. ¿Quién es? —gritó una vez más mientras se acercaba a la puerta. Siguió sin obtener respuesta. Abrió. Era D'Intino, el agente de los Abruzos, que esperaba en silencio, cual perro guardián—. D'Intino, ¿tanto te cuesta decir tu nombre?

—No, ¿por qué?

—Porque llevo una hora gritando que quién es.

—Ah, ¿era a mí?

—¿No has sido tú el que ha llamado?

—Sí, sí.

—A ver, y cuando uno llama y del otro lado le preguntan quién es, ¿tú a quién crees que se refiere?

—No sé…

—Mira, D'Intino, lo último que quiero es estropear un día que parece haber empezado con buen pie. Así que voy a ser amable y voy a intentar comprender dónde está el problema. ¿Empezamos de cero? —D'Intino asintió—. Vale, pues voy a cerrar la puerta y tú vuelves a llamar.

Y eso hizo. Cerró la puerta. Esperó diez segundos. No pasó nada.

—¡D'Intino, que tienes que llamar! —gritó.

Diez segundos después, D'Intino llamó a la puerta.

—Bien. ¿Quién es? —gritó Rocco. No hubo respuesta—. He dicho: ¿quién es?

—Yo.

—¡¿Yo, quién?!

—Yo.

Rocco volvió a abrir. Como era de esperar, D'Intino seguía allí plantado.

—A ver, ¿yo quién es?

—Yo es que… usted ya sabía que era yo.

Rocco le dio tres palmetazos en la espalda con la mano abierta. D'Intino hundió el cuello entre los hombros y recibió los azotes de su jefe con una leve protesta:

—A ver, yo he dicho «yo» porque usted ya me había visto, ¿no? Y entonces me he dicho: ¿para qué voy a…?

—¡Soo! —chilló Rocco, que tapó la boca de su agente con la mano—. Vamos a dejarlo, D'Intino. Ya hemos comprobado que eras tú quien llamaba. Y ahora, venga, ¿qué querías?

—Un accidente muy chungo en la nacional.

—¿Y?

—Dos muertos.

—¿Ajá?

—Los de tráfico, que vayamos.

Rocco se llevó las manos a la cara.

—¡Pierron! —gritó.

No soportaba más a D'Intino: necesitaba hablar con alguien con un cociente intelectual superior al de un orangután.

Diez segundos, y la cara de Italo Pierron, su mejor agente, asomó por una puerta lateral.

—¡Dígame, jefe!

—¿Qué es todo ese rollo del accidente?

—En la nacional de Saint Vincent… una furgoneta. Dos muertos.

—Vete para allá con D'Intino, haz el favor.

—Yo es que… —empezó a decir D'Intino cogiéndose el costado.

—¿Tú qué?

—Jefe, es que todavía me duelen las costillas.

Hacía un mes y medio que le habían fracturado el tabique nasal en una agresión. Después, no contento con ello, se había caído en un socavón de unas obras, lo que le había supuesto un par de costillas fracturadas, que al parecer seguían dando guerra. El vídeo de la cámara de seguridad que recogía toda la escena de la agresión sufrida por D'Intino y Deruta, el agente de ciento y pico kilos que se disputaba con el de los Abruzos el podio del más idiota de la comisaría, había dado la vuelta entera por la jefatura y la fiscalía. Se había convertido en objeto de culto entre los policías y los jueces del valle. Aquella grabación de unos pocos minutos en la que los dos inútiles intentaban arrestar a una pareja de camellos se utilizaba en

la jefatura cada vez que alguien se sentía un poco bajo de moral. El juez Baldi se lo ponía a diario y el juez Messina, tres noches a la semana en familia. En la jefatura, Italo Pierron y la subinspectora Rispoli lo veían en la oficina de pasaportes, que se había convertido en el escondite de sus encuentros amorosos. En los últimos tiempos, al público de adeptos se había unido hasta el jefe superior, Andrea Costa, quien lloraba de la risa ante las peripecias de sus dos agentes. El único que parecía inmune a la comicidad de esos tres minutos mudos en blanco y negro era el patólogo forense Alberto Fumagalli, quien, en cambio, cuando veía el cortometraje, se entristecía y le entraban ganas de llorar. Pero no había que darle importancia. La sensibilidad del médico estaba seriamente dañada por el trato cotidiano con cadáveres y, sobre todo, por una patología maniaco-depresiva latente y muy peligrosa.

—Pero bueno, ¿y los de tráfico? ¿No deberían ocuparse ellos de los accidentes? —preguntó Rocco, exasperado.

—Ya, pero es verdad que nos han llamado ellos. Por lo visto, la furgoneta se ha estrellado sola, no ha chocado con ningún otro coche. Se ve que algo no cuadra. Y quieren que vayamos.

—¡Hay que joderse! —gritó Rocco mientras cogía el loden verde del perchero. Se lo puso y cerró la puerta—. D'Intino, si no estás para trabajar, ¿me puedes decir qué pintas en la jefatura?

—Estoy adelantando papeleo.

—Adelantando papeleo —repitió en voz baja Rocco—. ¿Has oído? Está adelantando papeleo. Anda, vamos, Italo. ¿O a ti también te lo impide alguna patología?

—No, a mí no. Pero sí le recuerdo que la inspectora Rispoli está en casa con treinta y nueve de fiebre. No podemos contar con ella.

Rocco le dio un repaso de pies a cabeza.

—Ni tú tampoco. ¿O me equivoco?

Italo se puso colorado y bajó la mirada.

Sin mediar más palabra, su superior se encaminó hacia la salida.

Todavía no había digerido la historia de amor entre Italo y Caterina. Él había sido el primero en echarle el ojo a la inspectora

Rispoli. Y ver cómo se la arrebataban —y para colmo un subordinado — había supuesto un duro golpe para su amor propio.

Cuando llegó a paso rápido a la puerta principal, Rocco Schiavone se volvió para decirle a Italo:

—¿Y tú qué? ¿Te diviertes mandándome siempre a D'Intino?

—Unos, para empezar el día con buen pie, se fuman un canuto, y otros mandamos a D'Intino al jefe. —Se echó a reír.

Rocco decidió que había llegado la hora de hacer las presiones pertinentes para mandar a D'Intino a alguna comisaría perdida de la Majella. Estaba en juego su salud.

En mayo el mundo es bonito. Las primeras margaritas salpican de blanco y amarillo los prados, y en los balcones las flores vomitan colores como tubos de témpera estrujados.

Y también en Aosta era así. Rocco miró al cielo. Parecía que por fin las nubes se habían largado a invernar a saber dónde, mientras el sol acariciaba las montañas y las mesetas y hacía relucir aquella paleta maravillosa. Y a Rocco Schiavone le cambiaba el humor para bien. Llevaba un tiempo esperando aquel espectáculo, desde finales de septiembre del año anterior, cuando había tenido que coger los bártulos y plantarse en la jefatura de Aosta tras ser trasladado, a modo de castigo, desde la comisaría Cristóbal Colón del barrio romano del EUR. Habían sido meses de frío intenso, de nieve, lluvia y hielo, que le habían costado su buena decena de Clarks, el único calzado que utilizaba. A decir verdad, todavía quedaba alguna nubecilla que otra por ahí arriba. Pero no parecían tener maldad, correteaban y, como mucho, se paraban a descansar entre las cimas de las montañas. Nada preocupante.

—¿Has visto? —le preguntó Italo, que, cuando estaba a solas con Rocco, pasaba a tutearlo sin más preámbulos.

—¿El qué?

—¡Que también a Aosta llega la primavera! Te lo había dicho, ¡y tú que no me creías!

—Es verdad. Ya había perdido la esperanza. Qué de colores… ¿Dónde se habían metido hasta ayer?

Italo se hizo el sordo. Rocco se palpó los bolsillos.

—¡Joder!

Metió una mano en los del agente y cogió el paquete de tabaco. Chesterfield.

—Sé que un día de éstos me darás una sorpresa y en vez de esta asquerosidad comprarás Camel.

—¡Sigue soñando! —repuso Italo.

Rocco se encendió uno y devolvió el paquete al bolsillo de su agente.

—¿Qué me dices, Italo? ¿Nos vamos a comer a la montaña? —le propuso el subjefe.

—¿Adónde?

—Tengo ganas de volver a Champoluc, al Charmant Petit Hotel. Se come de miedo.

—Venga, ¿por qué no? Aunque habrá que ver a qué hora terminamos, ¿no?

—Un accidente no es nada. ¿Qué misterio quieres que haya? La gente de aquí está empanada. —Le dio una calada al pitillo.

El paisaje al otro lado de la ventanilla del coche patrulla era bien bonito. Incluso parecía que los árboles sonrieran. Sin los kilos de nieve que les daban aquel aspecto de nonagenarios, aplastados contra el suelo por el peso de la edad. Ahora se enderezaban, eran otros, jóvenes, frescos, erguidos y rectos.

Rocco recordó la noche que acababa de pasar con Anna. Sintió una especie de hormigueo entre las piernas.

—¡Sí que es primavera! —exclamó mientras apagaba el cigarrillo en el cenicero.

La culpa de todo la tenían los dos neumáticos que habían reventado de viejos y que habían mandado la furgoneta Fiat contra los alerces a la salida de una curva. Carlo Figus y Viorelo Midea, los dos

ocupantes, habían muerto en el acto. De los dos cadáveres sólo quedaba la sábana manchada de sangre con la que los habían tapado. Rocco Schiavone y Pierron hablaban con el agente de tráfico.

—Bueno, ¿y qué es lo que pasa? ¿Qué era eso tan raro? —preguntó Rocco.

—Más que raro, es sospechoso —precisó el agente Berruti, quien, con sus gafas reflectantes y sus dientes blancos, parecía salido de un episodio de *CHiPs*, la serie de los setenta.

—¿El qué?

—La matrícula de la furgoneta es robada, no es la suya. —Schiavone asintió y le hizo una señal a Berruti para que prosiguiera —. El caso es que, según los papeles, la furgoneta pertenece a Carlo Figus, el que conducía, pero la matrícula que consta no tiene nada que ver.

Otro agente de tráfico con un poco de sobrepeso y mirada despierta y atenta se unió entonces al grupo.

—¡Hombre, Italo! —Conocía a Pierron.

—¡Hombre, Umberto!

—El tema, subjefe, es que la matrícula que llevaba la furgoneta fue robada y denunciada en Turín el veintisiete de febrero. Pertenece a un tal Silvestrelli y tendría que estar en un Mercedes Clase A, no en una Fiat Scudo. Esta furgoneta debería tener la matrícula AM 166 TT.

—Y supongo que la AM 166 TT no estará por ahí, ¿no?

—¡Ojalá!

—Hay que joderse —murmuró Rocco, poniendo los ojos en blanco.

—¿Perdone? —le preguntó solícito Berruti.

—¡Que hay que joderse! —repitió Rocco, mirando al agente a los ojos—. ¡Una jodienda! La cosa iba muy bien, pero que muy bien. Un accidente, un poco de papeleo rápido ¡y a correr! Pero no, los dos gilipollas estos tenían que llevar una matrícula robada… ¡Es que hay

que ser capullo! —despotricó, y, tras darle un puntapié a un guijarro, se alejó y los tres agentes intercambiaron una mirada.

—¿Os encargáis vosotros de las familias? —le preguntó Umberto a Italo.

Rocco, que sólo se había apartado un par de metros, se dio la vuelta.

—Pues claro que nos encargamos nosotros. Este accidente no se resuelve con un parte amistoso, hay un robo de por medio y es cosa nuestra.

—¡Gracias! —Umberto se alegró—. Si podemos ayudarlos en algo…

—Vosotros quedaos aquí, rellenad todos los papeles que haya que rellenar y perdeos de vista. Yo tengo que ir al depósito a ver a Fumagalli, ¡me cago en la puta! —Acto seguido, maldiciendo entre dientes, se encaminó hacia el coche.

Los dos agentes de tráfico se quedaron mirando a Italo.

—¿Es siempre así?

—No, hoy está de buenas. Si hubiera sido un homicidio, sí que nos hubiésemos reído. Bueno, cuidaos. ¡Nos vemos, Umberto! ¡Por cierto, me debes la revancha!

—Cuando quieras. ¿Americano o francés?

—Francés.

No veo nada.

¿Sigo con los ojos cerrados?

Los tengo abiertos. Los tengo abiertos y no veo.

¿Sigo durmiendo?

No estoy durmiendo. Sé que no estoy durmiendo. La cabeza me da vueltas, muchas vueltas. Me duelen las sienes. El negro va haciéndose gris. Ya no está oscuro del todo. Pero todavía no consigo ver nada. ¿Qué tengo en la cara? ¿Qué es? ¿Una telaraña? No, las telarañas son traslúcidas y esto parece más bien un velo oscuro. Oscuro y hecho de hilos. Hilos negros. Qué asco. Da mucho asco. Si

cierro los ojos, todo me da vueltas. Tengo que mantenerlos abiertos y mirar este velo negro y asqueroso que tengo delante de la cara.

Tiraba a rastras de los pensamientos, le pesaban y estaban todavía preñados de sueño y jaqueca. Intentó quitarse la tela que tenía en los ojos. Pero las manos no querían moverse. Inmovilizadas.

No se mueven. ¡No se me mueven las manos! Tengo un trapo negro en la cara y no puedo quitármelo porque no puedo mover las manos.

Forcejeó, tiró una, dos veces, pero tenía las muñecas inmovilizadas.

¿Qué he hecho, me he enredado en la cama y he metido la cabeza en la funda de la almohada? ¿Por qué iba a enredarme en la cama? Pero qué gilipolleces se me ocurren. A lo mejor sigo dormida, y fuera todavía es de noche, y no tardaré en despertarme y bajar a desayunar.

Las sienes le golpeaban metódicamente, como si tañeran a muerto. Un dolor subterráneo, continuo y sordo.

Tiene que ser de noche. No se oye la carretera. Ni tampoco a Dolores preparando el desayuno, ni a papá andando por el pasillo.

Ésos eran sus típicos ruidos familiares. Y allí todo era silencio.

Estoy sentada. ¿En la cama?

Intentó levantarse, pero no hubo suerte.

¿Tengo la espalda pegada a la pared? ¿A una tabla de madera?

Intentó mover las piernas.

No se me mueven. Las tengo inmovilizadas, igual que las manos, tengo los tobillos sujetos. ¿Estaré paralizada? ¿Me he quedado paralítica? No, los dedos los muevo. Y también los pies. Pero los tobillos los tengo atados. Igual que las muñecas. ¿Será una pesadilla? Voy a despertarme, voy a despertarme, voy a despertarme.

Intentó incorporarse tirando del asiento, pero no pasó nada.

¿Qué mierda tengo en la cara? ¿Un trapo? Un trapo, seguro. Y al otro lado se ve… ¿qué veo? Hay una pared. Una pared gris. No es mi cuarto. Mi habitación es amarilla y ésta es gris. ¿Y dónde están los

pósteres de Coldplay y Alt-J? Es todo gris. Gris y sucio. Pero veo. Así que es de día, y si es de día, ¿por qué no viene nadie a despertarme?

—¿Mamá? —chilló. Y el sonido de su voz la aterró. Volvió a intentarlo con más fuerza—: ¿Papá?

Cada vez le costaba más respirar, no había mucho aire. Aquella tela asquerosa que tenía ante la cara le impedía respirar y se le pegaba a los labios cada vez que trataba de coger aire.

—¿Mamá? ¿Papá?

Inútil.

Estaba despierta y no estaba en su casa. No podía moverse, no veía nada, apestaba a moho y se encontraba sola.

Chiara se echó a llorar.

El último domicilio de Carlo Figus era via Chatelard. Rocco había mandado al agente Scipioni para que diera la triste noticia y cogiera por banda a algún pariente que pudiera acudir a la morgue. Si Rocco había confiado la misión a Scipioni, había sido única y exclusivamente por pura necesidad, puesto que la inspectora Caterina Rispoli estaba en cama con treinta y nueve de fiebre e Italo Pierron andaba tras la pista de Viorelo Midea, la otra víctima del accidente. El subjefe sólo disponía, por tanto, del agente Scipioni, que apenas llevaba prestando servicio en Aosta desde diciembre. Aunque no lo conocía mucho, estaba seguro por lo menos de que no era un mentecato como Deruta, D'Intino o Casella. Sabía que era medio siciliano, medio de Las Marcas, y que adoraba la montaña, y, en general, siempre le había dado la impresión de tener la cabeza bien amueblada y ser atento, y nunca había oído salir ninguna tontería de su boca. Rocco tenía la esperanza de poder incluirlo entre los agentes válidos de la comisaría. Siempre viene bien un hombre más.

Mientras esperaba a las puertas de la morgue fumando un cigarro, el subjefe distinguió, al otro lado de los cristales

esmerilados, la inconfundible silueta de Alberto Fumagalli, el patólogo forense oriundo de Livorno. Como tenían por costumbre desde hacía ya nueve meses, no se saludaron. Alberto miró al cielo, torció la boca, masculló algo y le hizo una seña a Rocco.

—¿Vienes cuando te lo acabes?

—No, estoy esperando. A un agente.

—¿A cuál? ¿Al que siempre vomita?

—¿Italo? No, otro. Viene con un familiar para la identificación.

Alberto lo miró a los ojos.

—¿Quieres que te cuente una cosa mientras te terminas el cigarro?

Rocco dio una buena calada.

—Claro, cuenta.

—Ha muerto feliz.

Rocco se acercó al médico.

—¿A qué te refieres?

—Que el italiano ha muerto feliz.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho él?

—Exacto.

—Anda, ve al grano, que hoy llevo un día de perros y paso de discutir contigo.

—¡Señor, sí, señor! ¿Quieres saber cómo me lo ha dicho? Ven, que te lo voy a enseñar.

Encima tenía que tragarse los dos cadáveres… Tiró el cigarrillo y siguió al médico.

En la sala de autopsias reinaba el habitual olor a huevos podridos mezclado con alimentos putrefactos y agua estancada de puerto. En las camillas, dos cuerpos. Alberto se acercó.

—No, hoy te voy a ahorrar los cadáveres. Lo que más te interesa está aquí… en el microscopio, ven. —Le señaló el ocular. Apoyó el ojo y reguló el objetivo. Después, con una sonrisa, le dejó el puesto a Rocco—. ¿Qué ves?

—¿Y a mí qué me cuentas? Cosas redondas, medio blancas, medio moradas… Yo qué sé, parece una mancha de esas que usan los psicólogos…

—Se llaman manchas de Rorschach y no tienen que ver un carajo. Lo que ves en el cristalito es un frotis que he tomado de la piel del pene del italiano.

—Pero ¿qué pollas…?

—Sí, también conocido como polla. ¿Y sabes qué estás observando?

—¿No me lo acabas de decir?

—No, estás viendo a la señorita *Gardnerella vaginalis*.

—No sé qué es, pero con ese nombre no creo que deba estar en un órgano genital masculino, ¿me equivoco?

—¡Chico listo! La *Gardnerella* es un microorganismo con el que conviven muchas mujeres. Pero, si prolifera más de la cuenta, aparecen unas secreciones blanquecinas que huelen un poco mal, la verdad, y…

—Resumiendo, Alberto, resumiendo. Que el colega la metió en caliente antes de morir, ¿no es eso?

—Justo. Y, calculando que murieron no más tarde de las cuatro, podríamos decir que lo hizo… ¿como una hora antes?

—¿Es una pregunta?

—No, es una afirmación con un puntito de pregunta. Queda muy chic, porque es como decir: quiero escuchar tu opinión, pero en realidad ya sé que tengo razón. Y no te digo que no le echaría yo un polvo a la mujer misteriosa que le brindó las últimas alegrías sexuales al desgraciado este, aunque, eso sí, metronidazol mediante.

—¿Crees que era una prostituta?

—Viendo a esos dos, como que sí.

—¿A qué te refieres?

—¿Tú te has fijado en sus caras, Rocco? Para que esos dos mojaran, o bien tiraban de cartera o bien se lo montaban en casa a base de solitarios. ¿Quieres verlos?

—Por hoy tengo bastante con la *Gardnerella*.

El agente Scipioni avanzaba por el pasillo escoltando a un hombre de una vejez indeterminada. Iba dando pasitos cortos cogido del brazo del joven policía, camino a la puerta del depósito, sin dejar de mirar un punto fijo en su horizonte.

—Subjefe Schiavone, aquí el abuelo de Carlo Figus. Aparte, la víctima sólo tenía a su madre, pero, con la diabetes… no puede moverse de casa… tiene las dos piernas amputadas.

—Vale… —dijo Rocco, extendiendo los brazos, resignado.

—Este señor es Adelmo Rosset, el abuelo de Carlo Figus. ¿Adelmo? Le presento al subjefe Schiavone…

El hombre apenas alzó la mirada. Tenía los ojos azules y parecían sumergidos en un líquido denso y pegajoso. Sin mudar la expresión, se limitó a llevarse lentamente la mano al bolsillo, sacar un pañuelo de tela y enjugarse la boca.

—No habla mucho —explicó Scipioni.

—Ya veo, ya. Pero ¿rige?

—No sé, creo que sí. La madre de Carlo Figus, la hija del caballero, dice que oye perfectamente y se entera de todo, ¿no es verdad, Adelmo?

El hombre giró hacia Scipioni su cuello arrugado con la parsimonia de una tortuga centenaria. Esbozó una sonrisa a cámara lenta que dejó a la vista los tres dientes que le quedaban. Después volvió a replegarse como una flor al atardecer.

—¿Qué hago, jefe?

—Vamos. Fumagalli está esperando.

Rocco le tendió el brazo a Adelmo, quien se agarró a él y, flanqueado por ambos policías, se acercó al cristal divisorio. El subjefe golpeó tres veces con fuerza y la persiana de aluminio subió, revelando la cara de Fumagalli, que ya tenía dispuesto el cadáver al otro lado del cristal. El forense interrogó a Rocco, como preguntándole: «¿Lo destapo?», y éste asintió sin perder de vista a

Adelmo. La cara del anciano se reflejaba en el cristal y la casualidad quiso que se solapara a la perfección con el rostro del cadáver en la otra sala. Fumagalli destapó el cuerpo. El rostro de Carlo Figus sustituyó al del abuelo. Adelmo se quedó mirando unos segundos y luego levantó muy despacio una mano hasta apoyar los dedos en el cristal. Se volvió hacia Rocco. Aunque la mirada yacía lejana, sumergida en líquido, una lágrima echó a rodar desde un ojo y desfiló por una arruga, como si fuera el lecho seco de un río. Adelmo se puso a temblar y se quedó mirando a Rocco. No hizo falta más. El subjefe indicó por gestos a Fumagalli que volviera a tapar el cadáver.

—Antonio, acompaña al señor Rosset a su casa —ordenó a su agente.

Scipioni asintió.

—Venga, don Adelmo, nos vamos ya…

El anciano despegó la mano del cristal divisorio. Las huellas de los dedos desaparecieron en cuestión de segundos, reabsorbidas por el frío del vidrio. Parecía desubicado, como si acabaran de despertarlo de una pesadilla. Se cogió entonces del brazo de Scipioni y volvió por el pasillo con pasos lentísimos y acompasados.

Rocco necesitaba un trago.

Había avisado al juez Baldi por teléfono. Éste le había conminado a pasarse por la fiscalía, pero el subjefe había declinado la invitación con una excusa de trabajo. Le prometió que, a más tardar, iría a verlo a media tarde. Aquel estúpido accidente de tráfico amenazaba con convertirse en una serie infinita de tocadas de cojones burocráticas de no te menees. Y, en esos momentos, su único interés era mirar cómo se fundían los cubitos de hielo del *spritz* que le había llevado Ettore a la mesa. En la piazza Chanoux reinaba la calma. Había dos municipales charlando con una señora acompañada por un caniche negro a las puertas de la redacción de *La Stampa*, tres operarios en una escalera cambiando la bombilla de

una farola, y Nora, que estaba acercándose a grandes zancadas a su mesa.

—Me cago en… —musitó Rocco.

La mujer iba directa a él, no cabía duda. Los ojos entornados y el paso decidido. La esperanza de que en el último momento un esguince inesperado detuviera su avance se desvaneció cuando se fijó en que llevaba zapatillas de deporte. Sólo un rayo podía salvarlo. Pero tampoco ese frente era muy esperanzador: el cielo estaba despejado. Nora llegó a su mesa. Sin mediar palabra, cogió una silla y se sentó frente a él, sin dejar de mirarlo fijamente a los ojos.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Rocco con un hilo de voz.

—¿Anna? ¿Es que no había otra? —rugió la mujer.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Aosta es un pueblo.

—Pues te han informado mal.

Nora entornó los ojos.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—El panadero al que Anna y yo vamos, que tiene la tienda justo enfrente de su casa, me ha dicho que te ha visto salir hoy, como un ladrón, a las seis y pico de la mañana. ¿Te vale?

¿Qué sentido tenía mentirle? ¿Para qué empezar a buscar excusas y agarrarse a un clavo ardiendo? Total, antes o después, Nora habría acabado enterándose. A lo mejor hasta se lo habría contado él.

—Pues sí, Nora. Anna.

—Mi amiga… —musitó, aunque daba la sensación de que se dirigía más a sí misma que a Rocco.

—Bueno, amiga, amiga…

—Ahí te doy la razón. En realidad, te lo agradezco. De una sola jugada, has dejado claras dos cosas: que nuestra relación está tocada y hundida y que definir como amistad lo que tengo con Anna es, cuando menos, arriesgado.

—Pues sí.

—Es que no sé si cabrearme más contigo o con ella. ¿Qué duele más? ¿Que te traicione un amor o una amistad?

—¿Es una pregunta?

—No, estoy pensando en voz alta. Aunque, vamos, en el fondo lo nuestro tampoco es que fuese un gran amor.

Rocco respiró hondo. Miró a Nora a los ojos.

—Más bien no.

—¿Lo has hecho por despecho o para vengarte?

—¿Vengarme? ¿De qué?

—Creías que el arquitecto y yo…

—Mira, Nora, déjalo. Yo, venganzas, las justas. Lo he hecho porque me apetecía y al final hemos acabado en su cama. Más o menos las mismas razones que han debido de convencer a tu amiga. No tiene más historia.

—¿No había otra forma menos miserable de terminar? —preguntó Nora, a la que se le había suavizado la mirada, los ojos grandes y frágiles.

Había conseguido que Rocco se sintiera como una mierda.

—Es posible, Nora. En otra época seguro que lo habría hecho mejor. En otra época, sí. Pero de eso hace ya una eternidad.

—Me cuesta creerlo.

La lágrima que la atormentaba desde hacía un rato echó a rodar por la mejilla, pero se la restregó con un manotazo nervioso.

¿Por qué se empeñaban en arrastrarlo de los pelos por la vida? ¿Por qué no lo dejaban malvivir en paz sus primeros años de vejez, en el vacío que había creado a su alrededor y que ya nada podía llenar? Eso andaba preguntándose mientras miraba a los ojos a Nora, una mujer cuyo único error había sido haberse cruzado en su camino.

—Verás, Rocco, yo sé que tú conmigo siempre has sido muy claro. Nunca has dejado que me haga ilusiones, por mucho que quisiera. Pero creo que no puedes reprocharme nada, ¿no te parece? Los días pasaban y yo me decía: «Paciencia, Nora, ten paciencia. Esta relación está cogida con pinzas. Como pongas peso, por poco

que sea, se viene abajo, se desmorona todo.» Así que esperaba. Tampoco es que esté prohibido, ¿no? Hasta hoy, aquí sentada ante ti en esta mesa, no me había preguntado qué esperaba. ¿Qué vas a sacar tú de una chistera mágica? ¿Qué puede tener un hombre como tú para tener esperando a una mujer como yo? Nada. Aparte de la cama, no tenemos nada en común. Estaré fastidiada unos días, me encerraré en casa y lloraré un poco. Pero luego saldré, iré a la peluquería, quizá incluso me compre un vestido nuevo, y reanudaré mi vida. Y posiblemente ya no te tenga en la cabeza. Aunque, eso sí: ¿hay esperanzas de que la cagues por enésima vez y te trasladen a, no sé, la Barbagia, por ejemplo?

Rocco lo consideró seriamente.

—Sí, siempre cabe esa esperanza.

—Pues celebraré el día. —Nora por fin sonrió—. ¿Te lo vas a terminar? —le preguntó a Rocco cogiendo ya el *spritz* con hielo.

No tuvo tiempo ni de responder. La mezcla de Aperol, *prosecco* y tónica ya le había aterrizado en la chaqueta y dos cubitos de hielo se le habían colado camisa abajo.

—¡Que tengas un buen día! —exclamó, sonriente, Nora antes de dejar atrás, con paso triunfante, la mesa y el bar de la piazza Chanoux.

Rocco se levantó. Se sacó los faldones de la camisa de los pantalones y dejó caer al suelo los cubitos. Dos mesas más allá, el único parroquiano del local lo miró con rostro inexpresivo y se limitó a sonreírle antes de volver la vista a su periódico. Pero ya se sabe que no hay cosa más ridícula que las desgracias ajenas.

Ettore había salido ya de detrás de la barra.

—¿Le traigo otro, jefe?

—Déjalo, Ettore. Tengo que volver a la jefatura. ¡Que aproveche!

En realidad, nada de qué extrañarse. Había pasado lo que tenía que pasar. Todo dentro de lo previsto. Todo de esperar. Sin embargo, algo sangraba por alguna parte. Confiaba en que sólo fuese una herida leve y que, si tenía que dejarle alguna cicatriz, fuera pequeña, casi invisible.

Nada más entrar en la jefatura, Deruta le salió al paso cargado como siempre de papeles misteriosos.

—¿Jefe? Jefe, una cosa… —Se detuvo entonces y se puso a olisquear como un perro perdiguero.

—¿Qué coño quieres, Deruta? Llevo un día de mierda.

—¿Qué le ha pasado? Apesta a caramelo.

—Se me ha derretido un paquete de Sugus en el bolsillo.

—Pero ¡si está usted empapado!

—Tienes cierto afán observador. Deberías probar suerte en la policía. Y ahora, a ver, ¿tenías algo urgente que decirme o era sólo por el placer de hincharme las pelotas aquí en medio del pasillo?

—Sí. Es por lo de los dos muertos en la carretera de Saint Vincent. Ha llamado Pierron, que tiene que hablar con usted cuanto antes.

—¿Dónde está?

—Comiendo.

Rocco asintió y se fue directo al despacho.

Abrió la agenda para buscar un número de teléfono. Lo marcó.

—¿*Dí*? —la voz congestionada de Caterina Rispoli respondió al tercer tono.

—Caterì, soy Schiavone.

—Buenos días, *defe*.

—¿Cómo va eso? ¿Tienes una pinza en la nariz?

—Tengo treinta y ocho de fiebre.

—Muy bien. ¿Me pasas a Italo?

Hubo una pausa. Al poco, la voz del agente Pierron resonó por el teléfono.

—¿Diga?

—Te aconsejo que desinfectes el auricular si no quieres pillar tú también la gripe.

—No pasa nada, ya estoy vacunado.

—Como veas. Me estabas buscando, ¿no?

—Sí… ¿Cómo ha sabido que estaba…? Da igual… Es por el otro del accidente, Viorelo Midea. Lo único que hemos encontrado es un domicilio en Barlad, Rumanía. Pero aquí, nada. ¿Qué hacemos?

—Pues mandar una carta a la embajada, escribir a los familiares, yo qué coño sé… ¿Algo más?

—Sí, he descubierto dónde trabajaba.

—¿Y dónde es, si puede saberse?

—En la pizzería Posillipo. Yo he estado allí. Está cerca de la jefatura.

—Habrá que ir.

—¿Ahora?

—No, no hay prisa. Espera, que consulto mi agenda. ¿Te viene bien el trece de julio?

Y colgó.

A Chiara le costaba respirar. Cada vez que cogía aire, el saco que tenía en la cabeza se le pegaba a la cara. Las mejillas y la frente bañadas en sudor, las lágrimas pegajosas como papel matamoscas. Llevaba horas sin moverse. Las sienes seguían martilleándole el cráneo con la misma constancia e ímpetu.

Había gritado hasta quedarse ronca, pero nadie había respondido ni entrado en la habitación. A través de la tela distinguía bien la pared gris con repisas llenas de trastos viejos: bolsas de plástico, brochas llenas de alquitrán, sierras con los dientes oxidados. Tenía que ser un garaje o un almacén abandonado.

Empezaba a recordar.

La noche anterior.

Había salido con Max, su novio, y Giovanna. Alberto, el primo de Max, había ido desde Turín. Habían quedado en el pub a las siete. De allí habían ido a la Sphere, en la carretera de Cervinia. A Chiara no le apetecía, se habría quedado tan ricamente a solas con Max, pero Giovanna estaba loquita por Alberto. Y se había pasado el día pidiéndole por activa y por pasiva que quedaran esa noche. «Por lo

menos, si pasa de mí, no estoy sola y lloro en tu hombro», le había dicho sonriendo. Pero pasar de Giovanna era imposible. Y eso lo sabían Chiara, Max y media Aosta. La única que lo ignoraba era la propia Giovanna. Metro setenta, morena y con el pelo liso, no como Chiara, que por las mañanas tenía que tirarse por lo menos un cuarto de hora desenredándose los rizos. Si a ese pelo liso se le añadían unos ojos verdes y un cuerpo que ponía cachondo a todo el instituto, realmente no se entendía de dónde le venía tanta inseguridad. Giovanna era así. Sonia, Paola, Giovanna: las más guapas del colegio eran las más inseguras. Ella no. Chiara era fuerte. Tenía el apoyo de su familia, unos padres que querían lo mejor para ella y que, ante todo, eran alguien en Aosta. Chiara Berguet era una líder. Lo sabía, sus amigas comían de su mano. Y los ojos pequeños y el pelo rizado no le habían impedido causar estragos en más de un corazón. Tenía a todo el instituto loquito por ella y no había una actividad, una excursión o un simple día en la nieve que no pasara por el segundo pupitre de la tercera fila de quinto B.

Alberto había llegado. Guapo, veintidós años, con su chaqueta de cuero y el pelo liso y negro. Se le caía la baba con Giovanna, hasta un ciego se habría dado cuenta. Tres birras y un par de copas después, se fueron a la Sphere. A bailar y seguir bebiendo sin sentido.

Y luego…

¿Qué pasó? Pero… ¿cuánto bebí, joder? Tres gintonics por lo menos. Mi cara en el espejo del baño. Vomito. Pero mogollón. Giovanna charlando con Alberto bajo las luces estroboscópicas. Max hablando con dos macarras de unos treinta años. ¿Quiénes son? El humo del cigarro sube hacia el cielo negro de la noche, frío y sin estrellas. Estamos en la puerta de la discoteca. Me fumo un cigarro y todo me da vueltas. Max me acompaña a casa. Las llaves en la cerradura. Todo oscuro. ¿Qué hice luego? Chiara, ¡intenta acordarte! Intenta acordarte. Nada. Dolor. Sólo dolor.

A la jaqueca se le estaba sumando otra molestia. Entre las piernas.

¿Qué es? ¿Una serpiente? ¿Una serpiente venenosa que sube y baja? ¿Una serpiente con la piel llameante? Quitadme el saco este de la cabeza. ¡Desatadme las manos! Quiero tocarme, rascarme, agarrar la serpiente. Me quema.

La pizzería Posillipo sólo abría por las noches. Cuando, acompañado de Italo, Rocco llamó a la puerta de cristal llena de pegatinas de tarjetas de crédito, en la oscuridad del interior tomó forma un hombre con una barriga enorme. Se ganó en el acto un puesto en el bestiario imaginario de Rocco, que solía divertirse encontrando parecidos físicos y afinidades entre personas y animales. Tenía ante él un *Fratercula arctica*, también conocido como frailecillo. Un pico grande plantado en plena cara, la boca menuda, casi perdida entre los carrillos gruesos y los ojos diminutos y distantes. Las cejas enarcadas hacia arriba le daban aspecto de mendicante. A diferencia del ave de los mares del norte, el hombre tenía una perilla rala que le subrayaba el mentón.

—¡Buenas! —los saludó mientras abría—. A mediodía está cerrado. —Se secó las manos en un trapo que llevaba colgado de la cintura.

—Schiavone, jefatura de Aosta. ¿Podemos hacerle unas preguntas?

—Claro que sí. Pasen, pasen, por favor —les dijo, y se apartó para dejar entrar a los dos policías—. ¿Puedo ofrecerles algo? —El acento napolitano parecía más un disfraz para valdostanos que una cadencia original.

—Nada, gracias.

—Bueno, déjenme que les ponga un café…

—Gracias.

—*Asiéntense*, por favor, que vuelvo enseguida. ¿No huelen algo dulzón, como a caramelo?

Rocco e Italo se miraron. Pero fue este último quien respondió:

—Al subjefe se le han derretido unos caramelos en el bolsillo.

—Ah —dijo el hombre, desapareciendo ya tras la puerta de dos batientes que, presumiblemente, daba a la cocina.

Rocco e Italo se «asentaron» en medio de la sala.

—Pero, a ver, Rocco, confiésalo. Más que Sugus parecen caramelos de miel. Qué raro, porque el *spritz* no tiene miel, ¿no?

—¿Te crees muy gracioso?

—No.

—Te crees muy gracioso. Y no te conviene.

—Te juro que lo preguntaba en serio.

—Pues entonces quítate de la cara esa sonrisita de gilipollas.

La pizzería, decorada al estilo de la costa amalfitana por algún interiorista sacacuartos, renunciaba a la elegancia con los centenares de fotos y carteles de Nápoles que el encargado había colgado por doquier, seguramente sin el beneplácito de los diseñadores del local. El clásico Vesubio, Polichinela comiéndose unos espaguetis, Totò prácticamente hasta en la sopa y, ante todo, la camiseta del Nápoles de la liga 1989-1990.

—Hablando de relaciones con el sexo opuesto, ¿no habrás ido a tirarte a Caterina con fiebre y todo?

—Qué cosas tienes… He ido a llevarle un caldito.

—Y yo voy y me lo creo.

—Pobrecilla, que está fatal. Lo último que se le ocurriría sería ponerse a hacer el amor.

—Será a ella, pero a ti no.

—Aquí estamos: dos cafés igualitos a los que ponen en el Gambrinus de la piazza Trieste e Trento.

El frailecillo dejó la bandeja en la mesa. Mientras Italo le echaba azúcar al suyo, Rocco miró al hombre.

—Soy el subjefe Schiavone. ¿Podría decirme su nombre?

—Domenico Cuntrera, ¡Mimmo para los amigos!

—Mimmo, ¿el local es suyo?

El hombre lo miró satisfecho y respondió:

—Se podría decir que sí.

—¿Se podría?

—No, sí, es mío y de un amigo, pero él sólo me ayudó al principio con un poco de dinero. En la cocina y en las mesas sólo está Domenico Cuntrera, Mimmo para los amigos. —Se dio un golpecito en el pecho—. Bueno, ¿y qué puedo hacer por ustedes?

—¿De dónde es? Y no me diga que de Nápoles, porque usted no es napolitano.

El hombre sonrió. Se rascó la nariz.

—Es usted muy perspicaz.

—Me gano la vida así.

—Soy de más abajo, de Soverato. ¿Lo conoce?

—No. Pero supongo que sale más a cuenta hacerse el napolitano.

—Le diré… Lo que sí es verdad es que soy del Nápoles desde que era niño.

—¿Y a mí qué me cuenta?

Rocco se bebió sólo la mitad de la tacita y luego la posó en la mesa sin dejar de mirar a Domenico a los ojos.

—Viorelo Midea.

—¿Qué pasa con Viorelo?

—¿Trabaja aquí?

—Sí, sí, de camarero tres veces a la semana. ¿Qué ha hecho? —El hombre había abandonado el acento partenopeo.

—Morirse.

A Domenico se le desencajaron los ojos.

—¿Está… está muerto? Pero ¿cómo?

—Un accidente de tráfico —apuntó Italo, que apuró el café—. A primera hora de la mañana.

—Pero ¡si ni siquiera tenía carnet!

—Conducía otro, un tal Carlo Figus. ¿Le suena?

—Carlo Figus… Carlo Figus… No, no lo había oído en mi vida. ¿Y dónde ha sido?

—En la carretera de Saint Vincent.

—¿Y adónde habían ido, a un puticlub?

—No sabemos adónde fueron, pero sí que llevaban una matrícula robada.

Rocco se encendió un cigarrillo.

—En realidad… aquí no se puede fumar.

El subjefe, sin embargo, hizo oídos sordos.

—¿Cuánto tiempo llevaba trabajando aquí?

—Como un año… Qué mala sombra… Lo siento.

—Ya me imagino. ¿Qué podría contarnos sobre él?

—Poco o nada. Sé que vivía aquí cerca, en via Voison. Compartía piso.

—¿Estaba casado? ¿Tenía hijos, parientes?

—No, casado no estaba, y tampoco tenía hijos. Parientes debía de tener porque todo lo que ganaba lo mandaba a casa.

—¿Puede decirme la dirección exacta?

—Via Voison… en los bloques grises. No me acuerdo del número, pero es el único que tiene las persianas amarillas. Vivía en la segunda planta. Con uno que creo que era marroquí. Pero no sé cómo se llama. Ahmed no sé qué. Todos se llaman Ahmed. Aunque le aviso que no sé si aún seguía viviendo allí. Viorelo se pasaba la vida mudándose. Hasta lo tuve durmiendo dos meses en una caravana que tengo en un garaje.

—Una vida de mierda —comentó Rocco.

—Pues sí. Tal cual. Una vida de mierda.

—Bueno, pero ¿la pizza la hacen buena o es tan falsa como Domenico y su café? —preguntó nada más volver al coche.

—No está mal.

—Es que también yo… preguntarle a uno del Valle de Aosta… ¿Qué vas a saber tú de pizzas? Aunque, entre el local y el todoterreno ligero que tiene en la puerta, se ve que el negocio no le va mal.

—Pues no sé qué decirte. Siempre que vengo está medio vacío.

—Tendrá suerte en el bingo.

—¿Adónde vamos? —Italo decidió dar un giro a aquella discusión inútil.

—A la jefatura. Yo todavía no he comido.

—A esta hora, como mucho, un bocata en un bar. —Italo metió la marcha.

—Mira, si hay algo que echo de menos son los *tramezzini*. Hoy es el día perfecto para un *tramezzino*. Pero para eso tendríamos que estar en Roma.

«Santo Dios, no», pensó Italo, que, con una frecuencia de dos veces por semana, tenía que tragarse la cantata de Rocco Schiavone para nostalgia y voz.

—Con los *tramezzini* no hay que andarse con tonterías, Italo. Con los *tramezzini* no se juega. Pan blanco, o blanco o nada. Están permitidos el atún, las alcachofas, los tomates, la ensalada de pollo, las espinacas y la mozzarella. A mí los de gambas y queso no me hacen mucha gracia, y los de jamón ya ni te cuento. Para mí, si un *tramezzino* lleva jamón, se convierte automáticamente en un sándwich normal y corriente. Y la mayonesa tiene que ser casera, ligera y de color amarillito claro. Pero, ante todo, el *tramezzino* (y esto, Italo, métetelo bien en la cabeza de una vez por todas), el *tramezzino* hay que conservarlo fresco con un paño húmedo. Si entras en un bar y los ves envueltos en plástico, ¡sal corriendo! Eso no son *tramezzini*, son cadáveres, ¡y en estado de descomposición! El *tramezzino* tiene que reposar bajo algodón húmedo. Artículo tres de la Constitución.

—¿Artículo tres de la Constitución? ¿De qué hablas?

—La Constitución Romana. ¿Quieres que te recite los dos primeros? El primero es: no vayas por la vida dando por culo. El segundo: nunca se te ocurra meterte con el coche por el Lungotevere un sábado por la noche. Y el tercero: el *tramezzino* reposa bajo un paño húmedo.

—¿La has escrito tú?

El africano se llamaba Zersenay Behrane. Zersenay, no Ahmed. Y tampoco era marroquí, sino eritreo. El bloque no estaba en via

Voison, y lo único correcto era lo de las persianas amarillas. Zersenay hablaba un italiano perfecto y compartía casa con otros dos eritreos. Pero llevaba meses sin ver a Viorelo Midea, no tenía ni idea de dónde se había metido ni de dónde vivía. Lo único que sacaron en limpio Rocco e Italo fue un maravilloso *tsebhi*, el famoso estofado de ternera y pollo, con lentejas sobre pan de *teff*. Comieron del plato común con los demás inquilinos. Para recompensar la hospitalidad, Rocco había mandado a Italo a por seis hermosos botellines de cerveza fría. Cuando salieron de la casa de las persianas amarillas, iban con la barriga llena y la mente un poco embotada.

—¿No te parece maravilloso que hayamos comido como en Eritrea en medio de los Alpes?

—Pues sí, Italo. Una maravilla.

—Aunque yo no sé ni dónde está Eritrea.

—Por encima de Etiopía y debajo de Sudán.

—¿Y Sharm el-Sheij tiene algo que ver?

—Anda, ve a comprarte un mapamundi y te lo miras.

—Hemos liado una buena.

—Ya —le respondió Rocco.

—Llevo toda la mañana llamando a Nora, pero tiene el teléfono apagado. Si hay algo que me fastidia es haber echado a perder mi amistad con ella por un mierda como tú.

—¿Quieres hacerme un favor, Anna? —le preguntó Rocco—. ¿Puedes llamarme todos los días? No sabes lo bien que me vienen tus cumplidos para la autoestima.

—No creo que volvamos a vernos.

—Lo que tú quieras, aunque Aosta no es muy grande que digamos. Seguramente nos cruzaremos. Además, somos vecinos.

—Pues te juro que me daré media vuelta y cambiaré de acera.

—Con tal de que mires bien a ambos lados antes de cruzar… No me gustaría tener cargo de conciencia por tu culpa.

—Anda y que te den, Rocco. —Anna cortó la comunicación.

Llamaron a la puerta.

—¿Quién da por saco? —gritó. No hubo respuesta. Fijo que era D'Intino. Se levantó y fue a abrir. El agente de los Abruzos estaba al otro lado de la puerta, a la espera—. D'Intino, ¿qué pasa, que no te entra en la cabeza, no? Yo digo quién es y tú tienes que responder. Es lo normal cuando uno llama.

—Jefe, le he traído esto. —Le entregó un paquete.

—¿Qué es?

D'Intino acercó la nariz a la chaqueta de su superior.

—Jefe, huelo a algo dulzón. ¿De qué es?

—¡A ti qué te importa! ¿Y bien?

—Los efectos personales de Viorelo Midea. Hay un reloj, un móvil viejo y un juego de llaves. ¿Qué hacemos con todo esto?

Rocco le dio la espalda y fue hacia el escritorio.

—¡Pierron!

D'Intino miró a su alrededor y respondió:

—Está por allí.

—¡Pierron! —gritó con más fuerza Rocco.

—¡Ya va! —se oyó desde el fondo del pasillo. Italo rodeó al otro agente y entró en el despacho—. D'Intino, ¿qué haces ahí parado en la puerta? ¡O entras o sales! —le dijo al de los Abruzos. A continuación preguntó a Rocco—: Dígame, jefe. ¿Qué pasa?

—Éste es el móvil de Viorelo Midea. No estaría de más comprobar a qué números solía llamar, la agenda, etcétera. Las llaves, la verdad, parecen de una casa.

—Vete tú a saber cuál…

A Schiavone se le iluminaron los ojos.

—¡D'Intino, busca a Deruta y personaos aquí de inmediato!

El agente salió disparado.

—¿Qué estás tramando? —le preguntó Italo a Rocco.

—Ahora verás.

Deruta y D'Intino no tardaron ni dos minutos en plantarse ante el subjefe, casi en posición de firmes, preparados para la misión.

—Bien, amigos, agentes, compañeros —empezó a decir Rocco—. Saben que, por desgracia, su superior, la inspectora Rispoli, está enferma.

—Sí, tiene fiebre —precisó D'Intino con una nota de satisfacción en la voz. Los hermanos De Rege odiaban con toda su alma a Rispoli.

—Correcto. Tengo una misión que me habría gustado confiarle a ella, por su consabida capacidad deductiva a la par que nemotécnica. Pero no puedo.

—No, claro, no puede —añadió Deruta, amante del pleonasmo.

—Así que voy a confiaros a vosotros esta misión. Se trata de un asunto muy complicado y muy, pero que muy peligroso.

Los dos policías no podían estar más atentos. Italo, apoyado en la estantería, disfrutaba de la escena sin saber adónde quería ir a parar el subjefe, que en ese momento cogió el juego de llaves de Viorelo.

—¿Veis esto?

—¡Llaves! —dijo casi hipnotizado D'Intino.

—Así me gusta. Llaves. Pertenecían a Viorelo Midea. Y necesito que descubráis qué puerta abren.

Los dos policías se miraron.

—¿Y cómo lo hacemos?

—Ya os lo he dicho. Es complicado, arduo, casi imposible. Pero os daré un punto de partida. ¡Anotad!

Deruta se abalanzó sobre el escritorio, agarró un folio y un bolígrafo e, inclinado sobre la hoja, se preparó para tomar apuntes.

—¿Y tú, D'Intino, no apuntas?

—A mí se me queda todo en la cabeza.

—Ya… —resopló, dudoso, Rocco, mirando de reojo a Italo—. A ver, vais a partir de una casa en Kaolack… en los bloques grises. Son los primeros que os encontráis viniendo de la jefatura, con las persianas amarillas. Viorelo vivía en la segunda planta hasta hace cuatro meses. Empezad preguntando por el vecindario.

—Pero ¿no podemos ir a preguntar a los de la casa donde vivía el tal Viorelo?

—No. Y como me entere de que habéis ido a molestar a mis amigos eritreos, os mando a Perdasdefogu. ¿Está claro?

—Cristalino —respondió Deruta.

—¿Eso dónde es? —preguntó D'Intino a Deruta.

—Lejos… —le respondió su amigo.

—Venga, os quiero ya investigando. Id probando cerraduras sin llamar la atención, sin dar mucho el cante. Id probando, probando, probando, ¡hasta que me traigáis el domicilio de Viorelo!

D'Intino entornó los ojos.

—¿Que se lo traigamos?

Deruta se encolerizó.

—¡Sí, D'Intino, vamos a demolerlo, no te digo! ¡Que se lo traigamos es una forma de hablar, no que tengamos que desmontar la casa! Perdónele, subjefe. —Acto seguido, bajó la cabeza y terminó de coger apuntes.

—Empezad enseguida. Es posible que vaya para largo y sea complicado. ¿Puedo contar con vosotros?

Deruta lo miró muy serio.

—Por supuesto, jefe. Además, esta semana ni siquiera tengo que hacer los turnos en la panadería de mi mujer.

—Así me gusta, Deruta.

—¿Y tenemos que ir informando a Rispoli? —preguntó por último Deruta con cierto fastidio.

—No —dijo el subjefe—. ¡Esta vez, a mí directamente!

Deruta se hinchió de orgullo y D'Intino sonrió con los ojos brillantes. Cogieron las llaves y, saludo mediante, salieron del despacho.

—Yo creo que pueden hasta conseguirlo —comentó Italo.

—Capaces son. Lo que sí es seguro es que estarán por ahí perdidos y tendremos un poco de paz. —De repente sonó el teléfono —. Justo a tiempo. —Rocco levantó el auricular—. Schiavone.

—¡Aquí el jefe superior! —Era Costa—. ¿Me puede contar qué es toda esa historia del accidente y la furgoneta robada?

—La furgoneta no es robada, sólo la matrícula. Pero parece una chorrada. Ahora mando que le suban el informe. —Hizo una seña a Italo, que alzó los ojos al cielo—. Y así lo mira usted bien. Lo siento, pero tengo que irme corriendo a Frangs… gheri, a explotar un diodo de seguridad.

—No le he entendido.

—Me están esperando en el basamento de hormigón donde apareció la furgoneta.

—Bueno, no le entiendo. Pero vaya, vaya. Y manténgame informado. ¡Ah, Schiavone!

—Dígame.

—¡Ha pillado una buena! Felicidades.

—¿De qué me habla?

—Lo sabe usted tan bien como yo. Un portento de mujer. Cuídese.

—Dígame, por curiosidad: ¿también usted compra en la misma panadería?

—*Exactly!* —Andrea Costa colgó el auricular.

—Y yo que creía que en Aosta la gente iba a lo suyo —comentó Rocco a Pierron.

—Falso. Uno más de los clichés que tenéis los sureños sobre nosotros los del norte. Y, por cierto, gracias por pasarme el marrón con el jefe.

—No, el informe que lo haga Casella. Tú te vas ahora con el móvil de Viorelo a los de Investigación Tecnológica y que te den todos los números del teléfono.

—Vale. Perfecto. Una cosa: ¿por qué estamos emperrándonos con estos dos desgraciados?

—Por la matrícula, amigo mío. La matrícula robada. Uno no va a darse una vuelta por Aosta con una matrícula robada sólo para ir a echar un polvo cerca de Saint Vincent.

—¿Un polvo?

—Luego te lo explico. Míralo de esta forma: ¿para qué va uno por ahí con una matrícula robada en una furgoneta que es suya? ¿Por miedo a un control de seguridad? No lo creo. Si lo paran, la pringa igual. No, de lo que tiene miedo es de las imágenes de las cámaras de circuito cerrado. ¿Y por qué? ¿Qué va a hacer? Nada bueno, seguro. ¿Ves por dónde voy?

—Sí.

—Un secuestro, un robo…

—O a lo mejor es que tiene pánico a los radares…

—¿Y se va a arriesgar a acabar en la cárcel por una multa de doscientos euros?

El 92 de via Chatelard, el domicilio de Carlo Figus, era un edificio de cinco plantas construido a principios de los años ochenta y olvidado desde ese mismo momento. A la altura de cada planta, saltaban a la vista unas líneas negras horizontales que se unían a otras verticales que, por su parte, bajaban desde el tejado y daban la impresión de ser viejas ramas de hiedra peladas por el invierno y el descuido. Pero, si se fijaba uno bien, en realidad eran grietas, algunas bien profundas, que se habían llevado por delante trozos enteros de revoque. Carlo Figus vivía en el segundo. Cuando Rocco e Italo llamaron a la puerta, salió a abrirles una mujer en silla de ruedas. La madre. Cara gris y pelo rubio con largas raíces negras. Llevaba gafas moradas y una rebeca vieja con la cara de Mickey Mouse cosida sobre el corazón. Tenía las manos blancas y menudas y miraba a los policías con unos ojos apagados y enormes tras las gruesas lentes de miope.

—Perdone que la molestemos, señora… Somos de la jefatura… ¿se puede? —preguntó Rocco.

La mujer asintió con la cabeza sin añadir palabra y, con una hábil maniobra marcha atrás en la silla, dejó paso a ambos policías. Aun así, era imposible avanzar más de cincuenta centímetros. La casa estaba llena de cosas: periódicos, bolsas de ropa, cojines, una

inmundicia que atestaba las habitaciones casi hasta el techo. Los escasos muebles habían sido pasto de aquel alud de objetos que amenazaba con engullir en cualquier momento a los inquilinos. Sólo había un sendero para atravesar aquella trinchera de acumulación, lo justo para que la mujer se desplazara con la silla. Ésta avanzó entonces y, con un gesto, invitó a los policías a que la siguieran. Italo y Rocco recorrieron el pasaje abierto por el vertedero sin dejar de mirar a su alrededor y sin lograr pensar. Nunca habían visto nada parecido, y eso que los policías están acostumbrados a ver cosas absurdas. Había hasta un trozo de maniquí asomando cabeza y brazos; parecía un náufrago agonizante antes de ser devorado por aquel mar de trastos viejos. Cristales esmerilados, algún que otro libro, un ordenador, un tambor, soldaditos… y papeles, una infinidad de papeles y periódicos.

El pasillo daba al salón, donde las cosas se amontonaban a lo largo de las paredes para dejar en el centro un hueco de un par de metros cuadrados, en los que cabían, encajados, dos silloncitos de terciopelo verde, un viejo televisor sobre lo que en otros tiempos debió de ser una librería y una mesita con dos tacitas y un azucarero. Alrededor había un despropósito de cosas que cubrían hasta la única ventana de la habitación: periódicos, plásticos, un colchón desinflado, un trozo de un columpio, jarrones, fuentes, tubos, un perchero, platos, una pizarra. Toda la casa apestaba a moho, hongos y tierra húmeda. Italo estaba ya blanco. Rocco, en cambio, se sentó en uno de los silloncitos.

—¿Quieren café? —fueron las primeras palabras de la mujer. Tenía una voz muy tenue.

—No, gracias, señora. Imagino que sabrá usted por qué hemos venido.

La mujer asintió.

—Mi padre volvió no hace ni una hora. Se ha echado un rato. ¿Quieren que lo despierte?

—No, de ningún modo.

—¿Quién lo va a pagar? —preguntó de pronto la mujer mirando a ambos policías.

—¿Quién va a pagar el qué?

—El funeral de mi Carlo. ¿Quién lo va a pagar?

Italo miró a Rocco.

—El Ayuntamiento, señora. Ya verá como conseguimos arreglarlo todo. ¿Verdad, Italo?

—¡Sí! —asintió el agente.

—¿Y quién me va a ayudar a mí?

Para responder a esa pregunta había que tener la sangre fría de un diputado o más cara que espalda. Rocco no tenía ni lo uno ni lo otro. Así que no respondió.

—Por lo menos, las veces que Carlo trabajaba, traía algo a casa. Era albañil. Pero no siempre tenía trabajo. Dependía. ¿Me va a quedar pensión?

—¿Le va a quedar? —preguntó Rocco mirando a Italo.

—¡Sí! —asintió de nuevo el agente.

—A mí me dan una ayuda social. Por mí y por mi padre. Y entre los dos llegamos a los ochocientos euros. Pero la casa, las facturas… Y además mi padre y yo necesitamos medicinas. Yo no puedo tirar adelante sin ellas. Miren ustedes. —Se levantó la mantita que le tapaba las piernas o, mejor dicho, los dos muñones que le quedaban por piernas—. Yo no puedo estar sin medicinas.

—No, señora… —coincidió Rocco—. Pero vamos a hacer algo, ya verá, ¿verdad?

—Sí.

Italo se había quedado hechizado y su comunicación se limitaba al lenguaje holofrástico. Tendría que ser Rocco quien tirara del carro. Ya no podía esperar ningún tipo de ayuda de aquel agente que se le había quedado allí plantado, muy erguido y con los ojos desencajados.

La mujer volvió a taparse y se quedó mirándose el regazo.

—Mis piernas. En su día las tenía bonitas. ¿Quieren verlo?

Sin esperar respuesta, giró la silla y la empujó hacia un montón de cortinas, sábanas viejas y puertas de mesitas de noche. Se impulsó hacia delante y empezó a trastear por aquel amasijo de cosas en busca de algo.

—Pero, señora, está bien, no se preocupe, ¡nos fiamos! —comentó Rocco.

—Sí —dijo Italo.

—La creemos. Háblenos de Carlo, si no le importa.

—Las tengo por aquí, en alguna parte —siguió a lo suyo la mujer, quien, sin más, salió del salón.

Rocco miró a Italo.

—¿Te encuentras mal?

—Sí.

—¿Quieres salir?

—Sí.

—Pues vete, anda. Espérame abajo. Nos vemos dentro de diez minutos.

—Sí.

Acto seguido, sin mudar la expresión de la cara, dio media vuelta y apuntó a la derecha, enfilando por el pasillo hacia la puerta de la entrada. De la otra estancia llegó un ruido ensordecedor. Luego silencio.

—¿Va todo bien, señora? —gritó Rocco. Pero no obtuvo respuesta.

Oyó entonces la puerta de la casa cerrarse, señal de que Italo seguía con vida y había encontrado la salida, hasta que por fin la madre de Carlo volvió al salón. Con las manos vacías.

—Nada, no las encuentro. Eran mis fotografías del instituto. No hay manera de encontrarlas.

—No se preocupe, no pasa nada. Está bien.

La mujer se echó a llorar. Se puso colorada y hundió la cara entre las manos.

—¿Por qué? —preguntó entre sollozos—. ¿Por qué?

Pero Rocco no sabía a qué se refería: si a Carlo, a su propia vida, a la enfermedad o era sólo porque no encontraba las fotos. O a lo mejor era por todo junto.

—Tenía que morir yo primero y luego Carlo. Es así. La vida es así. Los hijos deben morir después que sus padres. ¿Y qué pasa? Que yo sigo con vida. ¿Por qué estoy viva? ¿Mi padre vive y mi hijo no?

Al subjefe le entraron ganas de fumarse un cigarro, pero se abstuvo. Una chispa allí podía desencadenar un incendio de proporciones bíblicas.

—Me caía tan bien Elisa. Era una muchacha muy buena. Y quería a mi Carlo. Pero se largó. Y ya el pobre no encontró otra. ¿Está usted casado?

—Lo estuve.

—No está bien separarse. Entre dos, uno ayuda al otro. Pero uno solo… Este mundo no está hecho para vivir solo, ¿sabe? Tiene que volver con su mujer. —Rocco asintió—. ¿Nos van a echar, verdad? ¿Nos van a echar de casa a mi padre y a mí? —siguió diciendo la mujer.

—¿Por qué?

—¿De dónde saco yo ahora el dinero del alquiler? ¿Quién va a pagar las facturas? ¿Y cuando muera Adelmo? ¿Qué voy a hacer? Dígamelo usted. Lo único que tengo es esto, ¡mire!

Sacó del bolsillo de la rebeca unos papelillos arrugados.

—¿Qué es eso?

—Unos vales… para la pizzería de Mimmo. Aunque con la silla de ruedas no puedo ni entrar.

Rocco miró alrededor. No sabía qué se hacía en tales casos. ¿Tal vez pudieran acogerla en alguna institución pública? ¿Con asistencia sanitaria? Nunca se había planteado esas cosas.

—Carlo por lo menos arañaba sus ochocientos al mes, ¿sabe? —Estaba limpiándose los ojos y la nariz con un pañuelo arrugado que guardaba en la manga de la rebeca apolillada—. Era un buen chico, mi Carlo. Trabajaba de albañil y también sabía de fontanería. ¿Quiere ver su cuarto?

—No, señora, déjelo. —Rocco se levantó—. Es que tengo que irme, pero le juro que dejaré constancia de su situación a quien corresponda. Se lo prometo.

—¿Ya se va?

—Tengo que ir a trabajar.

—Pero ¿volverá a por mí?

—Sí —le prometió. ¿Qué otra cosa podía decirle?

—Si me avisa con tiempo, podría ordenar esto un poco.

El policía le sonrió y le tendió la mano a la señora para despedirse, pero ésta, de pronto, acercó la cabeza a su palma. Rocco respiró hondo y le acarició el pelo. La mujer lo miró con los ojos todavía empañados por el llanto, le cogió la mano y se la pegó a la mejilla.

—Hasta pronto, señor.

—Hasta pronto, señora Figus.

—Soy la señora Rosset. Figus era el apellido de mi marido.

—Hasta pronto, señora Rosset.

La mujer lo soltó. Rocco se volvió y regresó hacia la puerta de la casa a través de la montaña de basura.

La serpiente se había trasformado en un millón de hormigas, y Chiara sentía cómo andaban y le mordisqueaban por todas partes.

Hormigas negras, rojas, con unas fauces enormes en forma de tenazas que me comen la piel. Las tengo por dentro. Van de arriba abajo, corren, corren con cerillas entre las patas, arden y muerden. Agua. Quiero agua. Necesito beber. Trago… saliva y polvo. Pero no debo vomitar. Como vomite con la cara metida en el saco, se acabó. ¿Qué hago? Me duele… ¡me duele! Qué peste. El saco apesta a barro, moho y saliva. Es mía. Saliva reseca. Por favor, por favor, las manos. Tengo que rascarme, tengo que quitarme el saco, tengo que respirar. Me duele por dentro. ¡Putas hormigas de mierda, quitádmelas! ¡Quitádmelas! Quiero hielo. Un montón de hielo en el chichi. Me entraría todo. Quiero levantarme, correr, salir corriendo.

Meterme en el mar. En el agua. Hacer burbujitas. En el agua fría que lo acaricia todo y alivia el dolor. Estoy debajo del agua haciendo burbujitas. Me falta el aire. Me falta el aire. Vuelvo a la superficie. Me ahogo. Tengo que quitarme el saco de la cabeza. ¡Ya!

Sacudió la cabeza tres o cuatro veces. Pero no había nada que hacer. No se le escurría la capucha. Con cada movimiento brusco, le parecía que el cerebro se golpeaba como mermelada contra las paredes del cráneo.

Se echó otra vez a llorar.

¿Por qué? ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué me ha pasado? ¿Qué he hecho yo?

Lloraba y hablaba. Y, cuanto más hablaba, más sola se sentía. Y, cuanto más sola se sentía, más lloraba.

Como la abuela en el ataúd. Con el pañuelo por debajo de la barbilla. Abuelita, ¿qué te pasa? ¿Te duelen las muelas? Abuelita… qué nariz más grande… y qué orejas más grandes… Abuelita, van a encerrarte y no volverá a hablarte nadie. Nadie te acariciará ya, nadie te mirará ni pensará en ti. ¿Dónde te has metido, abuelita?

¿Así era morir? No lo sabía. A mi edad no se piensan esas cosas.

¿Estoy muerta? No, muerta no estoy. Siento dolor y hay una pared detrás del saco y estoy atada. Estoy viva y me duele todo y todo me escuece. No, muerta no estoy.

Pero vas a morir, le dice una voz oculta. Una voz sorda y débil, sin alma, sin sexo.

Vas a morir aquí, atada como un salchichón…

Voy a morir. Voy a morir aquí sola.

Apretó los labios para contener las lágrimas. Que ya no eran ni de desesperación ni de nervios, sino de verdad. Y dolían más. Porque bajaban ellas solas, en silencio, como un torrente.

Chiara va a morir, Chiara va a morir, volvió a decir aquella voz.

Faltaban seis días para su cumpleaños. Diecinueve.

Carlo Figus era un pobre diablo. Y Viorelo Midea peor, si cabía. En la furgoneta, más allá de algunas herramientas de trabajo, no había nada interesante.

—A lo mejor me equivoco. Me he obsesionado con el tema de la matrícula y a lo mejor tienes razón tú, Italo.

—¿En qué? ¿En que tenían miedo de que les pusieran una multa?

—Tal vez. Tal vez no es más que eso. —Rocco se levantó de la mesa y apagó el cigarro en el cenicero—. Venga, anda, mañana será otro día. ¿Vas a ir a ver a Caterina?

—Sí. Le ha bajado un poco la fiebre.

—¡Pues ya está volviendo al trabajo! —exclamó Rocco, entusiasta.

—Le ha bajado un poco, no es que esté ya curada del todo.

El subjefe cogió el loden.

—Cuídate, Italo.

—Voy contigo. —El agente apagó el flexo que iluminaba el escritorio.

—¿Se puede? —Scipioni había aparecido en el despacho.

—Dime, Scipioni.

—No quiero molestarlo, pero han mandado esto de arriba. —Le tendió una hoja a Rocco.

—¿Qué es?

—Son los números del móvil de Viorelo. Bueno, en realidad, son los tres últimos que marcó. Todavía están trabajando con el resto de las llamadas. Las había borrado todas.

—¿Y la agenda? ¿Tenía números en la agenda?

—Sólo una docena y todos con prefijo rumano. Si quiere echarles un vistazo…

Rocco miró las hojas. Se las pasó a Italo.

—¿Te importa dejarlas en la mesa? Ya me ocupo mañana.

El agente obedeció.

—Gracias, Scipioni. Buenas noches.

—Igualmente.

El sol se había acostado en medio de una danza de nubes rosas, dando a entender que al día siguiente volvería a brillar con todo su poderío primaveral. La jornada iba tocando a su fin y lo único que quería Rocco era perderse un poco por Aosta antes de volver a casa. Ahora que el tiempo lo permitía, le gustaba dar vueltas sin rumbo fijo, sin ninguna meta concreta. Limitarse a respirar al aire libre, mirar las caras de los transeúntes, los perros con correa, pararse a comprar tabaco en una máquina expendedora. Le entraron ganas de llamar a Seba y ver si andaban tramando algo por Roma. Algo interesante que pudiera darle un dinerito. Pero estaba demasiado cansado. Lo único que quería era contemplar los edificios, la puerta romana y las caras de la gente, el cielo, que se había teñido de violeta, las montañas, que por primera vez desde que estaba en Aosta parecían sonreírle.

—¿Te atreves? —me pregunta Marina.

Sentada en el sofá. Tiene la revista de pasatiempos en el regazo. Es su nueva obsesión. Hace los crucigramas blancos, los que no tienen cuadraditos negros para ayudar.

—No, no se me da bien —le digo.

Y es verdad. Como mucho, sé unir los puntos o rellenar los huecos. Y leer los chistes.

—Fácil de comprender. Nueve letras.

—¿Claro?

—¡Nueve letras!

—Cristalino.

—Estás tonto —me dice—. Nueve letras, y empieza por pe y termina por o.

—Preciso, no, son siete. Esto es un rollo, Marì, no se me da bien.

—Bueno, mientras tanto hago las horizontales. ¿No comes?

¿Comer el qué? La nevera está vacía, hay eco. Queda una carbonara congelada.

—Queda una carbonara congelada.

Marina niega con la cabeza y sigue escribiendo.

—Perspicuo —dice de pronto.

—¿El qué?

—Fácil de comprender era «perspicuo». Me lo voy a apuntar en el bloc. Es bonita la palabra.

Fácil de comprender. ¿Qué intenta decirme?

—¿Qué intentas decirme, Marina?

—Nada. Sólo que es fácil de comprender.

No te lo pierdas, que quizá lo dice por anoche, porque no volví a casa. Pero no, no puede estar hablando de eso… Ella lo sabe. Que son cosas mundanas, que me vienen bien, para una persona como yo que tiene los pies bien plantados en el suelo, en las aceras, que no forma parte del aire, de esas cosas que se desprenden y se las lleva el viento.

La sartén chisporrotea. Echo el contenido del sobre. Se levanta humo. Y con él, el aroma químico de la carbonara. Aunque esta cosa amarillenta se parece tanto a una carbonara como un tractor a un Ferrari. Yo sé prepararla.

—¿Te acuerdas, Marì?

—Claro…

—La primera noche. Te dije que era el amo de la carbonara.

Marina se ríe. Dios Santo, cuántos dientes tiene… Reflejan la luz y, si me fijo bien, a lo mejor hasta yo me reflejo. La carbonara me salió asquerosa.

—Te la comiste por compasión, ¿verdad?

Se ríe y no responde. Siempre ha hecho lo mismo. Cuando Marina se ríe, no hay sitio para nada más. Sólo la risa. Y así está bien. Para mí, cuando se ríe, se ríe y punto. En el fondo es el único momento de libertad que tenemos. Cuando reímos.

Se ha marchado. No está en el sofá. Ni a mi lado mientras me como la carbonara química, lo mismo está en la cama, o en el baño,

o a lo mejor es que se ha ido sin más.

Y duele.

¿Duele la ausencia? No. Lo que duele es la pérdida. Que no es lo mismo que la ausencia. En la pérdida se sabe lo que se ha perdido. La ausencia puede ser un barrunto indefinido, una emoción sin cuerpo ni sonido de algo que falta y que no tienes, pero que no sabes lo que es. Pérdida es lo que yo siento, porque lo sé. Y es peor que la ausencia. Porque lo que yo conocía y tenía entre los dedos ya no está. Ni volverá a estar. Es la misma diferencia que entre Ray Charles y Stevie Wonder: el primero perdió la vista y el segundo es ciego de nacimiento. Ray sabía lo que era ver y Stevie no. Ray experimentó la pérdida. Stevie, la ausencia. Stevie lo lleva mejor que Ray. Pongo la mano en el fuego.

¿Cuánto llevaba sin beber? El tiempo no tenía ya ni orden ni concierto. Ya no había luz en el cuarto. La jaqueca había ido a más. Y las hormigas continuaban correteando de arriba abajo. Parecían detenerse de vez en cuando, pero entonces retomaban de nuevo la carrera.

Dolor sobre dolor. Se había acostumbrado a respirar lentamente, pero el cuerpo se le había convertido en una masa rígida atravesada por pinchazos de agujas.

Tengo que dormirme. Si me duermo, se pasará todo. Si me duermo, no sentiré las hormigas, ni las sienes ni el ardor.

Pipí. ¿Qué? ¿Otra vez?

Se lo hacía. Llevaba un rato intentando aguantar, pero ya no podía más.

¿Cómo lo hago? Me duele mucho. Por favor os lo pido, venid a quitarme este saco de la cabeza. Dejadme respirar. Dadme agua.

Sed y pipí a la vez. Nunca le había pasado.

Me lo hago. Ya. A lo mejor así ahogo todas las dichosas hormigas. Lo mismo apago el fuego. Seguro que si hago pipí, apago el fuego y las ahogo.

Venga, mea, ¿qué más da? Háztelo encima, dice la vocecita. *Es un momento y se pasa*.

¿Sentada? ¿Tengo que hacerlo sentada? Me voy a manchar. Me voy a poner perdida. No puedo. No puedo mearme encima.

Era una pesadilla que la había amenazado casi todas las noches durante los primeros años de vida; se levantaba con miedo a haber mojado la cama. Pero de eso hacía mucho, agua pasada, lo había superado. Nunca creyó que tendría que volver a eso.

Venga, anda, será un momento.

Se resistía. Pero estaba ya al límite. Iba a explotar, tenía que rendirse.

¿Y la peste? ¡La peste me matará!

Apretó los labios y dejó de resistirse. Sintió cómo el riachuelo caliente le acariciaba los muslos y le bajaba lentamente por las piernas y los gemelos, hasta por dentro de los zapatos, y entonces Chiara se echó otra vez a llorar.

¡Se ha meado! ¡Se ha meado! ¡Chiara se ha meado encima! Se reía de ella. *¡Aaah! Qué vergüenza, qué vergüenza, ¡con dieciocho años y se lo hace encima!*

—¡Cállate, cállate! —gritó entre lágrimas—. ¡Que te calles ya!

¿No viene tu mamá a limpiarte? ¿Dónde está Dolores? ¿Te han dejado solita?

—¡Te he dicho que te calles! —le gritó, sollozando, a la voz.

Ahora está todo pegajoso, ¿verdad? Está pegajoso y apesta… A establo… ¿Qué eres, una vaca?

—Que me dejes en paz —dijo Chiara con un hilo de voz.

No quiero oírte más. Vete. Vete por ahí. Y las hormigas no se han muerto. Siguen ahí. Todavía me escuece. Tengo que dormirme. Si me duermo, se irá el dolor, y la peste, y podré respirar. Y cuando me despierte, estaré con mamá y papá.

O con el que te ha traído aquí.

¿Quién?

Como comprenderás, no has llegado aquí tú solita.

Un poco de agua. Sólo un sorbo. Sólo un sorbo y me portaré bien, ¡de verdad!

¿Agua? ¿Quieres un poco de agua? ¿Cuánto pagarías por un vaso de agua? ¿Me lo cambiarías por la entrada de los Alt-J?

—Te… cambiar… casa…

La cabeza dejó de martillearle, los párpados se le cerraron y Chiara cayó por un agujero oscuro y profundo.

MARTES

Hacía poco más de una hora que había cogido el sueño cuando el portero automático soltó un graznido. Rocco se sobresaltó y miró a su alrededor con la respiración entrecortada. Estaba en su cama. En su cuarto. En su casa. Fuera, el cielo estaba negro tinta. ¿Por qué se había despertado? El segundo y desagradable timbrazo le aclaró las ideas.

—Me cago en la puta… —Vio la hora en el despertador. La una y cuarto—. ¿Quién será ahora?

Se levantó y fue descalzo hasta el telefonillo. Ajustándose los bóxers, cogió el auricular.

—¿Quién es?

—¿Subjefe? —Una voz de hombre—. Perdone que lo moleste a estas horas, pero es urgente.

—¿Se puede saber quién es?

—Pietro Bucci Rivolta.

—¿Quién?

—Pietro Bucci Rivolta. Nos conocimos en la fiesta de Nora.

«Joder, no», pensó Rocco. El arquitecto. El tipo que él había tomado por el amante de Nora y que en realidad estaba con Anna. «¿Y éste qué quiere ahora?» No: no aguantaría un numerito de celos a la una de la madrugada.

—Pero ¿qué pasa?

—Es importante… Ya sé que es tarde, y lamento molestarlo…

—El daño ya está hecho. Bajo yo. Deme cinco minutos.

Volvió al cuarto y se vistió deprisa.

Se había levantado un viento sombrío que había bajado la temperatura. La calle estaba desierta. Pietro Bucci Rivolta iba enfundado en su chaquetón. En la cabeza llevaba una boina a cuadros. En cuanto vio a Rocco salir del portal fue a su encuentro, sonriente. Señal de que iba en son de paz.

—Lo siento —empezó, tendiéndole la mano. Rocco se la estrechó —. Pero este asunto nos está quitando el sueño.

—Y ahora me lo quita a mí también. ¿Qué pasa?

—Antes que nada, ¿cómo está Nora?

—Bien… creo que bien.

La pregunta lo dejó descolocado. El arquitecto se iba por las ramas. La pregunta que Rocco esperaba era: «¿Cómo está Anna?»

—Dele saludos de mi parte. Verá, he venido a contarle una cosa muy importante. Usted es policía, un buen policía, según dice Anna… ¿se acuerda de Anna?

Rocco hizo una mueca vaga, como si buscara en los cajones de la memoria a saber qué objeto olvidado a saber cuántos años atrás.

—¿La amiga de Nora? Una morena, ¿no? —preguntó, abochornado por la despreciable pantomima que estaba interpretando, pero también orgulloso de que Anna lo considerara un buen policía.

—Exacto. Ha sido Anna la que me ha aconsejado que hable con usted. Y le pido perdón otra vez por presentarme a estas horas. Pero creo que se trata de un asunto grave.

Rocco Schiavone se quedó mirando al arquitecto. Se sentía como una mierda frente a ese hombre inocente, distinguido, elegante y bien plantado.

—Necesito contárselo, Schiavone. Lo invito a tomar algo.

—¿A estas horas? ¿Qué va a haber abierto en Aosta?

—Ettore está todavía abierto. Había una despedida de soltera.

—Bueno, venga. —Con un bostezo, Rocco se despidió del sueño, que se había ido ya para no volver.

—Espere —lo detuvo el arquitecto.

Se giró e hizo un ademán. A pocos metros se abrió la portezuela de un Mercedes, del que se apeó una chica con el pelo largo.

La chica cerró la puerta tras de sí y, con las manos en los bolsillos de un abrigo corto y ajustado, se dirigió hacia donde estaban Rocco y el arquitecto, avanzando sobre unas botas tobilleras. En cuanto alcanzó a los dos hombres, sonrió.

—Hola.

—Mi hija. Giovanna —la presentó Bucci Rivolta.

—Hola —saludó Rocco.

La miró. Una chica de una belleza insultante. Tan guapa que no tenía cabida en la categoría de las chicas guapas, sino que pasaba directamente al grupo de las Criaturas, entidades superiores que nada tienen que ver con el común de los mortales.

—Si estoy aquí —añadió el arquitecto—, es por ella.

Ettore había servido dos blancos a los mayores y una Coca-Cola a Giovanna. El arquitecto había escogido la mesa más alejada de la puerta. Él también era un asiduo del local, porque tenía el estudio en la plaza. Y probablemente, no era de extrañar, había presenciado la escena de celos de Nora desde sus ventanas. Rocco todavía no se había hecho a la idea de que existía una diferencia sustancial entre una ciudad de cuarenta mil habitantes y otra de cuatro millones y pico.

—Bueno, señor Bucci Rivolta…

—Pietro.

—De acuerdo. ¿Qué ocurre, Pietro?

—Giovanna, cuéntale.

La chica, alentada por su padre, bebió un sorbo de Coca-Cola, dejó el vaso y miró a Rocco con sus ojos verde esmeralda. Se atusó el pelo largo y liso y empezó.

—El tema es que yo creo que le ha pasado algo a Chiara.

—¿Quién es Chiara?

—Mi mejor amiga. Anoche fuimos a la Sphere. —Los ojos de Rocco eran dos signos de interrogación—. Es una discoteca que hay en la carretera de Cervinia —aclaró Giovanna—. Fuimos Chiara, Max, que es el novio de Chiara, su primo Alberto, que había venido de Turín, y yo. —Rocco hizo un gesto como diciendo: «Continúa»—. Nos lo pasamos muy bien. Al final, Max acompañó a Chiara y Alberto se vino conmigo.

Rocco miró al arquitecto, que ni siquiera pestañeaba. Escuchaba atento a su hija.

—Alberto me acompañó a mi casa y se fue a dormir a la de su primo.

—Y nada más… —intervino el subjefe.

—Eso es. Pero hoy Chiara no ha venido a clase.

Rocco se encogió de hombros.

—Cosas que pasan. A lo mejor se ha puesto mala.

—No, porque hoy había examen de lengua. El último. Y este año tenemos la selectividad. Chiara no podía faltar. Yo también pensé que podía estar mala.

—¿La has llamado por teléfono?

—Sí. Lo tiene apagado desde anoche, así que he ido a su casa. Pero no estaba.

—¿Y eso?

—Es lo que me ha dicho su madre. Cuando le he preguntado dónde estaba, me ha respondido que en casa de su abuela.

—Imagino —interrumpió Rocco— que habrás ido también a casa de la abuela.

—Imposible —se entrometió el arquitecto—, porque una de las abuelas de Chiara murió hace seis años y la otra vive en Milán.

—Entonces habrá ido a Milán, no veo dónde está el problema —dijo Rocco, que empezaba a ponerse nervioso.

—En casa de su abuela no estaba. He llamado —explicó Giovanna, que se acabó la Coca-Cola y miró otra vez al subjefe—. Y la asistenta me ha dicho que la abuela de Chiara está en Abano Terme.

—Mira, lo que yo creo —dijo el subjefe, apurando el vino— es que Chiara se ha pasado todo el día con su chico y le ha colado una trola a su madre para que no la pillaran. Ha apagado el teléfono para que los padres no la localicen y mañana, o sea, dentro de unas horas, aparecerá en el instituto como si tal cosa.

—No, señor Schiavone. Max tampoco sabe nada de ella desde anoche.

—Díselo, Giovanna.

La chica miró a su padre.

—Chiara tiene un móvil, un iPhone, con una funda de la bandera estadounidense. Y yo he visto su móvil en el mueble de la entrada de su casa mientras hablaba con su madre.

Rocco asintió. El arquitecto lo miró a los ojos.

—¿Una chica de dieciocho años que se separa del móvil un día entero?

—Peor aún —agregó su hija—: anoche en la discoteca lo llevaba. O sea, que a su casa volvió. Lo que no sé es dónde está ahora.

—Tiene que haber una explicación. Y creo…

—La cosa no acaba ahí —lo atajó el arquitecto. Se llevó la mano al bolsillo y le mostró dos entradas de colores a Rocco.

—¿Qué es eso?

Fue Giovanna quien contestó.

—Mañana por la noche hay un concierto de Alt-J en Milán. Llevamos meses esperándolo. Y Chiara no se perdería a los Alt-J por nada del mundo. ¿Sabe cuánto me ha costado encontrar entradas?

—No hacían más que hablar de ese concierto, subjefe. Hágame caso, hay algo que no cuadra. El qué, no lo sé. Pero no me gusta un pelo.

—Vamos, que creéis que Chiara ha desaparecido.

—Chiara ha desaparecido —subrayó Pietro Bucci Rivolta— y sus padres no dicen ni pío. Yo conozco a Pietro y a Giuliana desde hace años. Incluso he trabajado con ellos. A las nueve y media me he presentado en su chalet con una excusa. Pietro no estaba y Giuliana no ha querido salir. He charlado un rato con la filipina. El móvil de

Chiara ya no estaba en el mueble donde lo había visto mi hija, y para colmo la filipina se ha echado a llorar de buenas a primeras. Créame, Schiavone, algo no cuadra.

El subjefe se levantó de la silla. Dio dos pasos en dirección a la puerta del bar y extendió los brazos con resignación.

—Y esa familia…

—¿Los Berguet?

—Exacto. Cuénteme más.

—Pietro y Giuliana Berguet tienen una hija, Chiara, y una empresa, Edil.ber, una constructora. Como le decía, he colaborado con ellos en un par de proyectos. Hacen casas, puentes… Participaron en las obras del aeropuerto…

—Un trabajo precioso… —comentó Rocco.

—Ya —convino Pietro—. En fin, que se dedican a la construcción.

—¿Son ricos? —preguntó el subjefe, que empezaba a hacerse una idea.

—Bastante.

Aquel «bastante» fue un puñetazo en el estómago de Rocco.

—Entonces ya me lo ha dicho todo. —Sacó la cartera y pagó la cuenta—. ¿Qué hora es?

—Van a dar las dos, subjefe.

—Vale, pues que conste en acta —dijo Rocco en tono solemne—: a las dos de la madrugada de un martes de mayo, al subjefe Rocco Schiavone, destinado en Aosta desde hace nueve larguísimos meses, ¡le ha caído la enésima tocada de cojones de décimo grado! —exclamó levantando la voz.

Pietro y Giovanna lo miraron sin comprender. Ellos, a diferencia de las personas que trabajaban o tenían algo que ver con Rocco Schiavone desde septiembre, ignoraban que el subjefe tenía una clasificación muy personal de lo que él definía como tocadas de cojones. A saber, las tareas e incidencias cotidianas que lo irritaban y hacían de su vida un infierno. Italo Pierron estaba reuniéndolas con el propósito de exponerlas en el tablón de la jefatura para que todos tuvieran claro qué podían o no decirle al «jefe». Los incordios o

tocadas de cojones iban del sexto grado en adelante. Entre las más leves, es decir, el sexto grado, estaban los fontaneros o albañiles proclives a no respetar jamás los horarios acordados, los ceros de las cuentas bancarias, las motos sin silenciador y los bolis viejos cuando necesitaba anotar algo rápidamente. En el séptimo grado se encontraban las cacas de perro en la acera, perder la página del libro, los piscolabis. En el octavo estaban las dichosas cartas de Hacienda (aunque, desde que se había querellado contra uno de los inspectores, se habían vuelto menos frecuentes que un cangrejo real azul), ir a misa, cosa que no hacía desde 1980, las almejas con arenilla, el vino con regusto a corcho y almorzar más tarde de las dos. En el noveno grado, los arrebatos meteorológicos —frío, nieve, viento, tormenta y granizo—, los cretinos, ir a votar y las caries. En el décimo grado, soberana y emperadora, estaba la máxima tocada de cojones que la vida podía reservarle: un caso al canto. Y ese martes de mayo Rocco comprendió que se erguía ante él una tocada de décimo grado, inmensa e impepinable.

Acababa de ponerse a llover cuando salieron.

—¿Quiere que lo acerquemos a su casa?

—¿A mi casa para qué? La caja de Pandora ya está abierta y se han escapado todos los males. Lléveme a la jefatura, haga el favor.

Subió al Mercedes del arquitecto, directo a su despacho.

Eran las dos y doce minutos de la madrugada.

En la puerta estaba el agente Casella, que en cuanto vio al subjefe le sonrió:

—¿Qué hace aquí a esta hora, jefe? ¿No puede dormir?

—Eso es. Y si yo no duermo, no duerme nadie. ¿Dónde están Deruta y D'Intino?

—No lo sé. Los mandó a dar vueltas por la ciudad, para mí que a estas horas estarán en la cama.

—¡Despiértalos y diles que se pongan en marcha!

Lo que empujó al subjefe a dar la orden no fue una necesidad real del dúo cómico, sino un simple y llano deseo de venganza.

—¿Les digo que vengan?

—No, diles que no han venido a informarme y que no es momento de descansar sino de saber qué han averiguado.

—¡A la orden! —exclamó Casella, levantando el auricular.

Rocco se dirigió a toda prisa a su despacho. Cogió el teléfono. Varios tonos después, respondieron.

—¿Di… diga?

—Te noto mejor la voz, Rispoli. ¿Te has quitado la pinza de la nariz?

—Je… jefe, ¿es usted?

—Sí, soy yo y son las dos y veinte. ¿Te ha bajado la fiebre?

—Anoche, bueno, hace unas horas tenía… treinta y siete y medio.

—¿Estás tomando antibióticos?

—No, equinácea. Me trato con homeopatía.

—¿Y funciona?

—A mí sí.

—Yo una vez me curé de una gripe con bryonia. ¿La has probado?

—Perdone, jefe, ¿me está llamando a las dos y veinte de la mañana… para preguntarme cómo me encuentro?

—¿Y si así fuera?

—Me parecería un interés propio de alguien con graves problemas mentales, se lo digo sinceramente. —Caterina se estaba despertando.

—¿Ah, sí? Pues no, en realidad estoy buscando a Italo. Que está ahí, dime que sí.

Se oyeron unos ruidos, y la voz de Italo surgió entonces de las profundidades como una tenebrosa entidad submarina.

—Diga…

—Tienes que venir a la jefatura.

—¿… A las dos?

—A las dos. Tenemos un marrón.

—¿Se puede saber el qué?

—No. Sorpresa.

—¿Un décimo grado? —preguntó Italo con un hilo de voz.

—De los gordos, Italo mío, de los gordos. Y no hay tiempo que perder.

—¿Y la abuela, que está en Abano Terme?

—He llamado al balneario. Se ha registrado sola, sin nietas, como era de suponer.

—Vale, pero ¿qué vamos a hacer a las tres de la mañana?

Rocco apagó el enésimo cigarrillo de esa madrugada de pesadilla.

—Tenemos dos alternativas. De nosotros depende cómo actuar. La primera es despertar al juez y pedir permiso para pinchar los teléfonos, hablar con el jefe superior, con la familia, y exponer a la chica a un riesgo del copón, porque podrían presentarse los periodistas en la jefatura o en la fiscalía.

—Cierto. El deporte preferido de las fiscalías es vomitar información reservada. —Italo agachó la cabeza, como buscando una solución. Acto seguido, la levantó con una mirada poco convencida—. ¿Y la segunda?

—Ir a visitar a los Berguet.

—¿A estas horas?

—A las seis.

—Y mientras, ¿qué hacemos?

—Un montón de cosas. Eso sí, me vendría bien contar con Caterina. ¿Tiene fiebre todavía?

—Un poco. Pero a lo mejor puede estar en la oficina. ¿Y D'Intino y Deruta?

—Por ahora sólo los he despertado y los he mandado a la calle.

—¿Por qué?

—Porque los odio. Vente conmigo, anda, que necesitamos un caballo de Troya.

—¿Un…?

Rocco no respondió. Ya había cogido el loden y había salido con paso firme del despacho, dejándose todas las luces encendidas. A Italo Pierron no le quedó otra que seguirlo.

Schiavone había aparcado el coche frente a la casa, en la localidad de Porossan. Un chalet que databa de los años veinte, de piedra y madera, a rebosar de flores y rodeado de un bosque de abetos. Estaba cubierto de unas glicinias que se encaramaban hasta la planta superior y que, en cuestión de pocos días, dispararían como rifles sus racimos violetas. Aquélla era la choza de los Berguet. Sumida en la oscuridad de las cuatro de la madrugada. Rocco e Italo se acercaron a un coche azul.

—¿Qué pretendes hacer, Rocco?

—¿Éste es el Suzuki Jimny de Giuliana Berguet?

—Sí, está registrado a su nombre —respondió Italo—. ¿Por?

—Un cochecito muy mono, demasiado caro y que, personalmente, no me gusta nada. Ruidoso y poco ágil en carretera. Está concebido como todoterreno, y en suelos irregulares no responde mal.

—Que no me lo voy a comprar, Rocco, ¡yo lo que quiero es saber qué hacemos aquí a las cuatro de la mañana!

Por toda respuesta, su superior introdujo un objeto metálico puntiagudo en la cerradura del vehículo. Abrió la portezuela y le dedicó una sonrisa a Italo.

—Sígueme con el coche patrulla. —Él se montó en el de Giuliana Berguet.

Mientras se dirigía a su coche, Italo oyó el estruendo del motor Suzuki, que resonó en el silencio antelucano. Negó con la cabeza, convencido de que Rocco Schiavone se había equivocado de oficio.

Tras una media hora de carretera por la nacional 26 llegaron a Saint Nicolas. Rocco frenó. Se apeó del coche. Cogió una piedra y rompió los dos faros delanteros.

—Pero ¿se ha vuelto loco o qué? —se preguntó a media voz Italo, que lo esperaba en el coche patrulla.

Rocco se dirigió hacia él, limpiándose las manos.

—Pero ¿qué has hecho? —preguntó Italo.

—¡Qué hijos de puta! Han robado el coche y lo han dejado hecho polvo a treinta kilómetros de Aosta. Pero, por suerte, tu amigo de la policía de tráfico, el que te machaca al billar, ¿cómo se llama? ¿Umberto?

—Sí.

—Lo ha encontrado aquí en medio del monte. Y ha sospechado al verlo claramente vandalizado. Menuda suerte.

Italo miraba a Rocco sin comprender.

—Pero ¡lo has estropeado!

—Aparte de que está asegurado, estamos hablando de una familia de constructores. Así, a ojo, yo diría que tendrán los cuatrocientos euros que les costará repararlo. Tú llama a Umberto y explícale todo. Umberto es un tío competente, ¿verdad?

—Muy competente.

—¿Sabrá guardar un secreto, entonces?

—¿Le queda otra alternativa?

Rocco se lo pensó unos segundos.

—No creo. Siempre hay algún cruce que vigilar en los barrios chungos de Nápoles. Anda, llámalo, a ser posible mientras conduces, que hay que volver a Aosta. ¿Puedes hacer las dos cosas a la vez?

—Creo que sí. Y hasta mascar chicle al mismo tiempo. Pero todavía no me he enterado de lo que estamos haciendo…

—¡Es el caballo de Troya!

Y, dicho esto, el subjefe metió la mano en el bolsillo de Italo y le cogió el paquete de cigarrillos. Arrugó la nariz, pero aun así se

encendió uno.

A las seis, la inspectora Caterina Rispoli entró en el despacho de Rocco Schiavone envuelta en una bufanda de la que sólo le asomaban los ojos. Olía a limpio y a pomada de eucalipto. De pie junto al subjefe se encontraba el agente Scipioni, con barba de un día. Italo estaba sentado en el sillón frente al escritorio.

—Hola… —Caterina saludó a los tres hombres con un hilo de voz.

—Pareces una bereber —le sonrió Rocco—. Por favor, siéntate y perdona…

Caterina tomó asiento junto a Italo. A Rocco no le pasó desapercibida la mirada inquieta del agente.

«La quiere de verdad», pensó.

El subjefe se frotó las manos. Fuera brillaba una tenue luz matinal.

—Bien, ya estamos todos, así que escuchadme bien. Pasa una cosa muy grave que sólo nosotros cuatro debemos saber en toda la jefatura. Tengo fundadas sospechas de que una chica llamada Chiara Berguet ha sido secuestrada.

Scipioni y Rispoli pusieron los ojos como platos. Caterina añadió un ataque de tos.

—Aunque, obviamente, no ha habido denuncia. Ahora bien, ¿cómo tengo previsto actuar?

—¿Sin decir nada a la fiscalía ni al jefe superior? —preguntó Antonio Scipioni.

—Muy bien, Antonio. Pero, por favor, si hay algo que detesto son las preguntas retóricas.

—¿He hecho una pregunta retórica? —inquirió, avergonzado, el policía.

—Sí, ahora mismo. Y en este equipo de trabajo están prohibidas las preguntas retóricas. Continuemos. A ver, Caterina, necesito que reúnas toda la información que puedas sobre Edil.ber, la empresa constructora de la familia. Facturación, encargos, situación

financiera, todo. —Caterina asintió—. Antonio, tú trabajas con ella. Sobre el terreno. Si hay que ir a hablar con alguien, primero me lo decís y luego, como nuestra Rispoli está febril, irás tú. ¿Entendido?

Antonio Scipioni asintió sin hablar. Aún no le había quedado claro el asunto de las preguntas retóricas.

—Italo y yo nos encargaremos de la familia. Intentaremos sacarles algo.

—¿Y si algún colega nos pregunta? —quiso saber Caterina.

—Os inventáis cualquier cosa. Que estáis trabajando para mí. Buscando documentos para Hacienda, impuestos…

—¿Transacciones sospechosas contabilizadas por la consejería de obras públicas en el marco de la operación Fil Rouge de la policía fiscal en la frontera con Suiza? —aventuró Scipioni.

Rocco lo miró muy serio.

—Pero ¡dentro del circuito en funciones! —Le dio una palmadita en el hombro—. ¡Siempre he sabido que podía contar contigo, Antonio! Ahora llamo al bar para que os suban café y cruasanes. Trabajad directamente aquí, en mi despacho. Pero una cosa: que el cajón del escritorio que está cerrado con llave siga cerrado con llave, ¿estamos?

Rispoli y Scipioni asintieron. Rocco se acarició el bolsillo donde había metido el canuto que diez minutos antes había sacado de ese mismo cajón, y sin el cual no habría sido capaz de arrancar la jornada, y finalmente salió del despacho acompañado de Italo.

Había estado un buen rato al acecho. Inmóvil, atento. Hasta que lo vio salir de entre las zarzas que había al lado de la casa. Un brinco, pero el otro, más rápido, se había colado por una grieta del muro, demasiado pequeña para él. Aguardó un poco más, pero se hartó enseguida y fue a tumbarse ante el cristal tiznado de la vieja casa de labor. Había echado un vistazo al interior. Por si el ratón se había refugiado allí. No había ningún ratón. Había una chica. En medio de la habitación. Dormía sentada en una silla, con la espalda pegada a

una columna de cemento. Tenía las manos atadas al respaldo, y la cabeza negra, sin ojos ni boca. Se rascó detrás de la oreja; durante la emboscada se había pinchado con unas ortigas. Se pasó la lengua por la pata izquierda, luego por la derecha. Olisqueó el aire. Se levantó, se desperezó y se alejó de la casa vieja por en medio de los prados. El cascabelito del collar rojo sonaba a cada paso. Perfecto para ahuyentar a las serpientes. Pero aún era pronto. Hasta verano no llegan.

Su casa quedaba al otro lado de la colina. No le apetecía volver. Caminaba tranquilo, rozándose con dientes de león, gencianas y tréboles. Piedras con musgo rodeadas de margaritas. Había muchísimas. Husmeó. Por ahí había pasado un zorro. Seguro. Cuidado. En lo alto, una corneja graznó un par de veces. Había llegado a la cumbre de la colina. Veía el jardín de su casa y el tejado con el gallo de hierro. Se le cruzó una lagartija muy rápida. Él ni la miró, mientras la criatura, asustada, corría a esconderse bajo una piedra musgosa.

Gengis Kan sólo tenía un año. Y había algo que lo incitaba a alejarse de las cuatro paredes de la casa. No era la caza de ese ratón asqueroso, ni perseguir lagartijas estúpidas y veloces. No. Ya habría atrapado al ratón por lo menos diez veces de no ser por esa extraña sensación, una especie de somnolencia mezclada con deseo. Ese día de mayo, *Gengis Kan* percibía un aroma distinto. Un aroma a carne y flores, a azúcar y algo salvaje.

—¿Dónde te habías metido, *Gengis*? ¡Mami te ha preparado ñam ñam!

La anciana había puesto la escudilla en el suelo. Pero él no tenía ganas de comer. Percibía aquel olor, y una presión justo bajo la cola que lo impelía a moverse. Dando un salto salvó de nuevo el vallado y fue derecho a la carretera.

—¡*Gengis*, vamos a ñam ñam!

—Pero ¿es que no ves que está excitado? Déjalo tranquilo. ¡Ya volverá cuando se haya desfogado! —replicó con una sonrisa el anciano mientras sacaba unas cajas de fruta al jardín—. ¡Que

disfrute, él que puede! —Y echó una mirada a la mancha pelirroja que relampagueaba entre la hierba.

La mujer lo miró y le sonrió.

Habían desayunado en el bar de Ettore, mandado un termo de café y cuatro cruasanes a Caterina y Antonio, Rocco se había fumado el canuto, Italo un cigarrillo, y finalmente habían llegado a la casa de los Berguet. Faltaban veinte minutos para las siete. Umberto, el agente de tráfico, estaba esperándolos.

—Bien —dijo Rocco, saliendo del coche—, con Umberto será más creíble, ¿no?

—Sí —rezongó Italo, que dejó las ventanillas abiertas. La tapicería apestaba a cannabis—. ¿Qué tienes con los porros? —preguntó a Rocco.

—Me sientan bien. Me abren los centros nerviosos, me reconcilian con los días de mierda como éste y me dan fuerza para vivir. ¿Te vale?

—Sí —respondió Italo.

Rocco se acercó a Umberto con grandes zancadas. Le estrechó la mano.

—¿Estás ya al corriente de todo?

—Sí, señor.

—¿Tienes el número de teléfono de Berguet?

—Sí.

Rocco le entregó su móvil y los papeles del coche.

—Toma. Venga, que empiece el espectáculo. —Los tres se dirigieron a la puerta de la casa.

Pasó un minuto largo hasta que alguien acudió a abrir. Una filipina con uniforme a rayas blancas y rosas, de poco más de un metro de altura, miró muy seria a los tres policías.

—¿Qué pasa?

—¿Doña Giuliana Berguet está en casa?

—¿Qué quieren?

—Policía. Tenemos que hablar con ella.

—La *siniora* está *dormiendo*.

—¿Va y despierta? —preguntó Rocco, sonriendo.

—No sé, porque, si *doerme*, no le gusta la despierten.

Rocco respiró hondo.

—¿Cómo se llama?

—¿La *siniora*?

—¡No, usted, usted! —La señaló.

—Dolores.

—Dolores, vaya a despertar a la *siniora*. ¿No ve que el *sinior*, o sea yo, se está poniendo muy pero que muy nervioso?

La filipina pareció vacilar, pero finalmente se apartó y dejó pasar a los policías.

—Esperen aquí —dijo la asistenta, que desapareció detrás de una puertecita arrastrando los pies.

La mano del arquitecto se apreciaba por doquier en la decoración, hasta en el olor a canela que flotaba en el aire. Estilo clásico, un poco recargado, compuesto de maderas, tejidos por las paredes, brocados, espejos con pan de oro y grandes alfombras persas. Un remedo del Hotel Des Bains, pero tenía su encanto. En las paredes, un conjunto de paisajes de principios del XIX, algunos tan oscurecidos por el tiempo que no se distinguían colores ni formas. Encima de la puerta de cristal del salón destacaba una natividad del siglo XVI que por sí sola valía tanto como el chalet entero.

Italo y Umberto echaron un vistazo alrededor.

—No está mal, ¿eh?

—Ya ves… —respondió Rocco—. Un poco recargado, pero tiene su aquel.

—¿El suelo es de mármol?

—Veneciano —puntualizó Rocco.

—¿Y eso? —Umberto señaló un escritorio taraceado.

Rocco lo examinó de cerca.

—Es un escritorio Mazarino. Podría ser de nogal. La taracea parece de marfil.

—¿Caro?

—Unos veinte mil —contestó Rocco, satisfecho, mientras los dos policías tragaban saliva.

—¿Cómo sabe usted esas cosas, subjefe? —preguntó Umberto.

—A mi mujer le gustaban mucho.

—¿Y ya no? —inquirió, cándido.

Italo le soltó un codazo al agente de tráfico, que no entendió el motivo, pero se abstuvo de hacer más preguntas.

Dolores volvió y dedicó a los policías una mirada torva.

—La *siniora* viene enseguida.

—Gracias, Dolores. Hasta otro día.

La mujer se perdió por una puerta batiente que debía de dar a la cocina.

—Pero, dígame, jefe —empezó Italo, que en presencia de otros colegas cambiaba a un tratamiento de usted más formal—, ¿por qué estamos haciendo esto?

—Tú mira a tu alrededor, quédate con los detalles y las impresiones y pon la oreja. Nuestro trabajo no tiene mucho más.

Rocco se acercó distraídamente a una consola de madera y mármol ubicada justo ante la puerta de entrada. Abrió un cajón. Dentro estaba el móvil de Chiara Berguet, el de la funda con la bandera estadounidense. En una bandejita de plata había algo de calderilla, un juego de llaves con un colgante en forma de eme y una curiosa clavija de plástico, un pisapapeles dorado, unas gomas enmarañadas. Encima del mueble, en un montón ordenado al lado de un teléfono inalámbrico, había varias facturas, una hoja mecanografiada con la firma del alcalde de Aosta y un bloc de notas.

Italo siguió con la mirada a su jefe mientras éste trasteaba entre aquellos objetos. Le pareció ver que arrancaba una hoja verde de la libreta y se la metía en el bolsillo. Justo a tiempo, porque en ese momento Giuliana Berguet asomó por la puerta del salón. Alta y delgada, pelo rizado, pantalones de lino y una camiseta de manga

larga. Sonreía, pero bajo la capa de maquillaje que acababa de aplicarse se adivinaba una tonelada de ojeras. Tenía los ojos apagados, asustados, e intentaba sin éxito rezumar la seguridad y tranquilidad propias de una gran dama. Las mejillas estaban un poco chupadas hacia dentro y sin color, aparte del artificial de la base de maquillaje. Era evidente que llevaba muchas horas sin dormir, y parecía que fuera a desmayarse de un momento a otro.

—¿En qué puedo ayudarlos, señores?

—Subjefe Rocco Schiavone, jefatura de Aosta. —Rocco extendió una mano hacia Umberto, que le entregó los papeles del coche—. ¿Es suyo un Suzuki Jimny azul, matrícula… —leyó en su libreta— DD 343 AF?

La mujer asintió.

—¿Por qué?

—Nuestro agente de la policía de tráfico lo ha encontrado… ¿dónde?

—En Saint Nicolas… un poco tocado —informó Umberto.

—Pero ¿cómo es posible? —exclamó Giuliana Berguet—. Yo casi nunca lo utilizo… Lo coge Marcello, mi cuñado, y estoy segura de que ayer lo aparcó aquí enfrente…

—Pues esta madrugada estaba en Saint Nicolas —repuso Rocco —. Aunque nosotros tenemos ciertas sospechas…

Dejó caer la frase en el silencio del vestíbulo y se quedó observando atentamente el rostro de la mujer. Tragaba saliva y tenía la mano izquierda inmovilizada con la derecha, con tal fuerza que se cortaba la circulación.

—¿Qué… qué sospecha, subjefe?

—Que han usado su coche en el atraco que hubo anoche en una joyería del centro.

Giuliana asintió. Y a Rocco le pareció que soltaba un suspiro de alivio.

—¿Está su marido?

—¡No! —respondió Giuliana con la rapidez de los niños cuando gritan: «¡Casa!»

Como para contradecirla, salió un hombre del otro lado del pasillo. Rocco, Italo y Umberto se volvieron para mirarlo.

—¿Quiénes son estos caballeros?

—Son de la policía —se apresuró a explicar Giuliana—. Han encontrado el coche en Saint Nicolas. Por lo visto, lo han robado esta noche para atracar una joyería.

—¿Y qué les lleva a pensar eso? —preguntó el hombre, clavando la mirada en los policías.

Rocco dio un paso hacia él y se presentó:

—Subjefe Schiavone, de la jefatura de Aosta.

—Encantado. Marcello Berguet. Soy el cuñado de la señora, el hermano de su marido.

—Ah, ¿es usted quien lo utilizó anoche?

—Sí, casi siempre lo cojo yo. Y estoy seguro de que lo dejé aparcado frente a la casa. Aosta tiene un montón de problemas, pero el aparcamiento no es uno de ellos… —dijo, sonriendo—. ¿Y por qué cree que han usado el coche para un atraco?

—Una cámara de circuito cerrado lo ha grabado todo. Han reventado el escaparate con el morro del coche de la señora Berguet.

—Vaya por Dios… —protestó el hombre—. Bueno, nosotros hemos estado aquí toda la noche. Y le juro que lo aparqué justo aquí enfrente.

—Lo sé. —Rocco sonrió—. Lo sé, no creo que nadie sospeche de ustedes como autores del atraco a una joyería. Vamos, no me parece que les haga falta trapichear con joyas robadas, ¿no?

Giuliana y Marcello soltaron una risa forzada.

—No, no, yo diría que no.

Rocco miró al agente de tráfico.

—Puede marcharse, agente. ¡Muchas gracias por su ayuda!

Umberto, ciñéndose al guión, hizo un saludo militar al subjefe, dedicó una sonrisa a Giuliana y a Marcello y se dirigió a la puerta de la casa.

—Y ahora —retomó Schiavone—, debo pedirle, señora Berguet, que me acompañe a la jefatura. Hay que ocuparse de un par de asuntos algo engorrosos. Habiendo un delito de por medio… Espero no robarle mucho tiempo.

—Pero, verá, yo tendría que… —Giuliana miró a su cuñado, que estaba paralizado sin saber qué hacer—. No, no puedo ir con ustedes. Es que antes tengo que atender unos compromisos. ¿Puedo… puedo pasarme por allí más tarde?

—Señora Berguet —respondió Rocco, paciente—, no estoy invitándola a un cóctel. Se trata de algo muy distinto, créame.

La mujer se mordió el labio y a continuación miró a los policías.

—No puedo ir. Tengo una cita muy importante. A las diez.

—Para esa hora ya habremos acabado, créame —insistió el subjefe.

—Yo… tengo que quedarme en casa, ¿entienden? —zanjó la mujer, sentándose en un silloncito Luis no sé cuántos que crujió bajo su exiguo peso.

—¿Y eso por qué? ¿No se encuentra bien, señora Berguet?

Giuliana se llevó las manos a la cara y empezó a negar con la cabeza.

—No, no me encuentro bien. ¡No me encuentro nada bien!

Fue un grito desesperado, desgarrador, que habría puesto la carne de gallina a cualquiera. Su cuñado acudió corriendo a su lado y trató de consolarla, pero la señora Berguet, presa de un arranque de rabia, levantó la cabeza y miró a Rocco con los ojos enrojecidos por el llanto.

—Yo de aquí no me muevo sin mi abogado. Ahora mismo lo llamo y le pregunto si esto es normal. ¿Qué es eso de llegar a casa de una persona a las siete de la mañana para llevársela a la jefatura? ¡La víctima soy yo! ¡El coche me lo han robado a mí, no lo he robado yo! ¿Qué pinto yo allí? No, señor Schiavone, no pienso acompañarlos. Denúncieme, arrésteme, pero ¡yo de mi casa no me muevo!

Rocco sonrió. Hizo un gesto a Italo para que se dirigiera a la puerta. Parecía satisfecho.

—Como quiera, señora Berguet. La veo nerviosa y cansada, y no quiero complicarle la vida más de la cuenta. ¿Puedo hacer algo por usted?

La pregunta de Rocco cayó en el silencio más absoluto. Italo había abierto la puerta y se había detenido en el umbral a esperar a su jefe y a mirar a Giuliana, que a su vez miraba a Marcello, que miraba a Rocco. El subjefe tuvo la sensación de que la mujer estaba a punto de gritar: «¡Sí, puede hacer mucho por mí! ¡Devuélvame a mi hija!» Sin embargo, fue el cuñado quien contestó:

—Gracias, señor Schiavone, pero no puede hacer nada. Créame.

De repente sonó el teléfono y el timbrazo retumbó en toda la casa. Giuliana Berguet saltó como si la hubieran tocado con un cable pelado. Miró fijamente a su cuñado, que se enjugó el sudor del labio superior. Rocco los observaba, imperturbable. Al tercer tono, la mujer se levantó.

—Perdonen —dijo.

Pero Rocco estuvo más rápido. Le acercó el inalámbrico.

—Tenga, señora.

Giuliana cogió el teléfono, que Marcello le arrebató de las manos y al que por fin respondió al quinto tono, al tiempo que daba media vuelta y se alejaba por el pasillo en dirección al salón tras la puerta de cristales.

—Discúlpenme.

Sin embargo, Marcello no llegó al salón. Se giró de golpe y gritó al auricular:

—¡No, no quiero ningún contrato de luz, agua y gas! —Tiró el teléfono a una silla tapizada—. Estos teleoperadores… Son insoportables, ¿no les parece?

El cielo se había nublado. Italo conducía en silencio y Rocco ya se había encendido un cigarrillo.

—No me digas que otra vez va a ponerse a llover.

—Fijo —replicó Italo.

Pasaron el cruce, dejando atrás la casa de los Berguet. A un lado de la carretera, en el desvío hacia la nacional, los esperaba Umberto en su moto. Italo se paró y Rocco bajó la ventanilla.

—¿Agua, luz y gas? —le dijo.

—Es lo primero que se me ha venido a la cabeza.

Umberto le devolvió el teléfono al subjefe.

—Está bien. Gracias, Umberto. Nos has sido muy útil.

—Para eso estamos, jefe. Si me necesita, llámeme cuando sea. Ah, ¿y el coche de la mujer? ¿Nos encargamos nosotros?

—Sí, encargaos vosotros. Gracias.

Umberto sonrió y, al acelerar, casi hizo un caballito con la BMW antes de desaparecer por la curva.

—Un buen fichaje, este Umberto.

—Íbamos juntos al instituto.

—¿Os veis mucho?

—Bueno, una partidita de billar de vez en cuando. Ahora nos ha dado por las apuestas. Él sigue la liga de fútbol, la de baloncesto, el esquí…

—¿Y ganáis?

—De momento ya llevamos más de cuatrocientos euros. No está nada mal, ¿eh? —Su jefe hizo un mohín—. ¿Lo ves muy chungo, Rocco? —Italo ya no se refería a las cuotas de las casas de apuestas.

—¿A ti te parece una reacción normal para una llamada telefónica? ¿Te parece que esa mujer ha reaccionado con normalidad cuando le hemos dicho que nos acompañara a la jefatura? Lo veo chunguísimo.

—¿Crees que la hija…?

—Seguro.

—Un setenta y cinco por ciento de Edil.ber es propiedad de Pietro Berguet; el resto es de su hermano, Marcello, aunque él no trabaja en la empresa, es profesor de matemáticas en el instituto científico de Aosta. Construyen pisos y chalets, pero también participan en

obras de mayor envergadura. Fue una de las empresas concesionarias de la construcción del aeropuerto, de un enlace de la autopista, de la reestructuración de Forte di Bard… Están en liza para unas obras del gobierno de la región. —Caterina Rispoli iba soltando como un mantra toda la información que había recabado en unas pocas horas—. Tienen unos beneficios netos anuales de aproximadamente doce millones, una veintena de empleados fijos, más una serie de obreros especializados asociados: albañiles, carpinteros, etcétera.

—Vamos, que dan trabajo y dinero a bastante gente —concluyó Antonio Scipioni.

—Sin embargo, he encontrado un par de artículos publicados en los últimos meses —prosiguió Caterina—, y las cosas no van tan bien como parece.

Rocco se apartó de la ventana. Estaba observando las nubes negras que iban acumulándose en el cielo de Aosta.

—¿Qué quieres decir?

—La prensa habla de crisis. Trabajadores manifestándose, retrasos en los pagos… las alegrías de siempre.

—¿Y qué ha pasado?

—Pues parece que las aguas han vuelto a su cauce; yo, por lo menos, no he encontrado nada más.

—Tengo que ir a hablar con el tal Pietro Berguet. ¿A alguno se le ocurre cómo?

—¿Podríamos inventarnos una denuncia, como con la mujer? —propuso Caterina, que a continuación se sonó la nariz con un pañuelo de papel.

—¿O una inspección? —sugirió Antonio Scipioni.

—¿Una inspección de qué? —objetó Schiavone.

—¡Ya lo tengo! —gritó Italo—. Carlo Figus, el obrero que murió en el accidente de la otra noche. Decimos que nos consta que trabajó con ellos y les hacemos un par de preguntas.

—No es mala idea. Muy bien, Italo. —Echó un vistazo a Caterina Rispoli—. Inspectora, si te encuentras mal puedes irte a casa.

—No, no, ya estoy mejor. Además, la verdad es que en casa me aburro.

Esbozó la primera sonrisa del día, que le iluminó el semblante. Incluso así, molida por la fiebre y el resfriado, Caterina Rispoli era una mujer de primera categoría. Dulce como una madre y pérfida como una hermana mayor.

—¿Seguro que no estás haciendo una estupidez?

—Seguro, jefe.

—Hablando de estupideces —intervino el agente Scipioni—: D'Intino y Deruta han dado señales de vida hace una hora.

—¿Dónde están? —preguntó Caterina.

—Tienen una llave y están tratando de averiguar a qué cerradura corresponde —explicó Rocco.

A Caterina se le desorbitaron los ojos.

—¿Una aguja en un pajar?

—Peor todavía. Un pelo de vaca en una manada enfurecida —corrigió Rocco—. ¿Y qué querían esos dos?

—Nada, ya sabe que a mí me odian. Preguntaban por usted y no me han dicho nada. Que sólo deben informarlo a usted.

—Fieles a la orden. Bah, que les den a los hermanos De Rege. ¿Vamos, Italo?

—¿Adónde?

—¡A Edil.ber, que estás agilipollado! —Se puso de pie y se echó una mano al bolsillo—. Ah, Caterina, ¿tú hacías la cosa esa en el colegio? —Le entregó un papelito.

—¿El qué, jefe?

—Eso del lápiz. Lo de pasarle la mina a ver si sale un mensaje en el papel.

—Claro, mis amigas y yo lo hacíamos siempre. Escribíamos secretitos en un folio, lo tirábamos y nos quedábamos con la hoja en blanco de abajo, que quedaba grabada por la presión del bolígrafo. Y cuando le pasábamos el lápiz por encima, podía leerse.

—Bien. Pues mírame si hay algún secreto en este papelito.

Italo lo reconoció. Era el papel verde que había arrancado del bloc de notas de los Berguet.

Caterina lo ennegreció con el lápiz.

—Pues… hay unos números. Y una palabra… espere. —Aguzó la vista—. A ver… «Deflan», parece que pone «Deflan».

—¿Y eso qué es?

—Espere… —La inspectora se abalanzó sobre el ordenador de Rocco y tecleó—. Es un medicamento. Para inflamaciones. Reumatismos, inflamaciones gástricas… Aquí dice: «Tratamiento de patologías de origen inflamatorio.»

—Vale, evidentemente se lo habrá recetado el médico a la mujer o al marido —dijo Italo.

—¿Y los números?

—Nada que se parezca a un teléfono.

—Bueno, hemos pinchado en hueso. Venga, Italo.

Las oficinas de Edil.ber no quedaban lejos del aeropuerto. Se encontraban en un edificio moderno de cristal y espejos. Una gran verja blanca daba acceso al aparcamiento de la empresa. Rocco e Italo dejaron allí el coche. Se dirigían hacia la estructura central cuando algo que había en la valla del recinto llamó la atención del subjefe. Una tela blanca que se agitaba al viento. Se acercó y la desplegó para enseñársela a Italo. Era un jirón de pancarta en el que se leía claramente: «Basta ya de…» y «puestos de trabajo!». Al pie, las siglas de un sindicato. Restos de una manifestación reciente.

Los dos policías volvieron a encaminarse al edificio de cristal y espejos, abrieron la puerta de par en par y entraron en Edil.ber.

Al fondo del vestíbulo, un panel indicaba con flechas la ubicación de las oficinas. La dirección estaba en el primer piso.

Cuando se abrió el ascensor, se encontraron ante un pequeño recibidor redondo. De las paredes blancas colgaban fotografías de las obras realizadas por la empresa. Hangares, puentes, casas. Y planos de proyectos. La moqueta azul oscura amortiguaba el ruido

de los pasos. Una mujer bajita y entrada en carnes de unos sesenta años fue rápidamente a su encuentro.

—¿Qué desean?

—Subjefe Schiavone, jefatura de Aosta. —La mujer tragó saliva —. ¿Quién manda aquí?

—¿Quién…? El señor Berguet, don Pietro Berguet. ¿Puedo saber por qué lo buscan?

—No. ¿Dónde está?

La mujer señaló una puerta con la palabra «Presidencia» en letras rojo fuego.

—¿Nos anuncia usted, o entramos por nuestra cuenta?

La secretaria salió disparada y llamó a la puerta. Abrió apenas la hoja, introdujo la cabeza, dijo algo y volvió a mirar a Rocco e Italo.

—Adelante… —Se apartó para dejarlos pasar.

Había dos hombres en la sala. Uno estaba sentado en un sofá de piel blanca, mientras que el otro, de pie, fumaba nerviosamente un cigarrillo ante la cristalera. Rocco probó suerte y se dirigió al fumador.

—Buenos días. Rocco Schiavone, subjefe de policía de Aosta.

El que estaba junto a la ventana se acercó, esbozando una sonrisa de circunstancias. Tenía el semblante tenso, ojeras, la corbata deshecha y el traje, aunque de evidente calidad, estaba arrugado. Bien descansado debía de ser hasta guapo, con los ojos claros y el pelo negro rizado. En ese momento, sin embargo, se asemejaba más a un trapo viejo.

—Pietro Berguet —se presentó, apagando el cigarrillo en el cenicero, que albergaba una montaña de colillas. Rocco le estrechó la mano que le ofrecía. Tenía las palmas sudadas—. Él es Cristiano Cerruti, vicepresidente —dijo, señalando al hombre del sofá, que se limitó a esbozar una media sonrisa sin tan siquiera ponerse de pie. Lucía una barbita recortada, de esas que requieren horas para mantenerlas tan rasas e igualadas como la hierba de Wimbledon. A

su traje también le hacía falta un buen planchado—. ¿En qué puedo ayudarlos? Mi mujer me ha dicho que esta mañana han estado ustedes en mi casa. ¿Aún colea el asunto del coche robado?

—No. Nosotros, los de la policía, somos multitarea, ¿verdad, Pierron?

—Sin duda.

—Fíjese, señor Berguet, que mi agente aquí presente es capaz de conducir, hacer una llamada y mascar chicle al mismo tiempo. —Pietro Berguet miró a Rocco Schiavone como si viniera de otra galaxia—. Y, como somos multitarea, tenemos que resolver más de un problema. Así que… —Rocco tendió una mano e Italo le pasó un papelito—. ¿Carlo Figus trabaja para ustedes?

Pietro Berguet caviló un segundo.

—Así a bote pronto… no sabría decirle. ¿Lo consulto con el departamento de personal?

—Estaría bien.

—Pero ¿por qué? —preguntó el presidente mientras cogía el teléfono apoyado en el escritorio de cristal.

—Anoche tuvo un accidente y murió. En la carretera de Saint Vincent.

Pietro abrió mucho los ojos.

—Lo siento. ¿Fabio? Oye, ¿Carlo Figus trabaja con nosotros? —Se quedó callado, a la escucha—. Gracias… gracias, Fabio. —Colgó—. Sí, Carlo Figus trabajó un par de años para nosotros, entre 2001 y 2003. Pero qué cosa más espantosa. ¿Cómo ha sido?

Rocco miró a Italo. Se había hartado de hablar y decidió delegar en su subordinado. El agente empezó:

—Por culpa de unos neumáticos viejos. Estallaron, y el coche se estrelló contra dos árboles. Murió en el acto.

Pietro Berguet asentía.

—Madre mía…

—Pues sí. Era nuestro deber informarles.

—Pero ya no trabaja con nosotros —intervino Cristiano Cerruti, que seguía sin despegar el culo del sofá—. Por tanto, digamos que

técnicamente ya no es asunto nuestro. Dele el pésame a la familia de nuestra parte.

—Perdone, ¿cómo se llamaba usted?

—Cristiano Cerruti. ¿Puede explicarme a qué vienen tantas preguntas sobre ese pobre hombre?

—Claro, por supuesto. Resulta que llevaba una matrícula robada y tenía antecedentes penales, por eso estoy indagando. ¿Le parece bien, o tengo que pedirle a usted permiso?

Cerruti se levantó por fin, de golpe, como obedeciendo un mandato interior.

—¿Tiene una orden judicial?

Rocco se echó a reír.

—¿Te das cuenta del daño que ha hecho la televisión, Italo? —Se concentró en el rostro de Cerruti—. No hace falta. Lo veo tenso y nerviosillo, señor Cerruti. Por experiencia, le recomiendo que vuelva a sentarse y cuente hasta diez. —Se dirigió otra vez al presidente—. Señor Berguet, ¿puedo ir a hablar un rato con ese tal Fabio de personal?

—Claro que sí. Fabio Limetti —respondió Pietro con un suspiro, claramente aliviado de que los dos policías hubieran decidido largarse—. Por aquí, por favor, mi secretaria los acompañará. —Abrió la puerta—. ¡Ines! —gritó, y la sesentona rechoncha reapareció por el pasillo—. Acompañe a estos caballeros al despacho de Limetti, haga el favor.

La mujer asintió y desplegó un brazo en dirección contraria al ascensor.

—Vengan conmigo, por favor.

—¿Usted se queda aquí, señor Berguet? —preguntó Rocco.

—Claro, claro. Estoy en mi despacho para lo que haga falta.

—¿Usted también, señor Cerruti?

—Ya lo creo —respondió, sentándose de nuevo en el sofá.

—Bien. De todos modos, me da la impresión de que volveremos a vernos.

Lo dijo muy serio. Quería que sonase a amenaza. Y a amenaza sonó.

Fabio era un chico de unos treinta años, rubito, pálido, al que un enorme par de ojos azules sin cejas conferían una expresión de cierto asombro e inocencia. Era tranquilo y servicial, y con una vocecilla débil, casi femenina, entregó a los policías el expediente con las nóminas de Carlo Figus y los dejó solos en el despacho para que hojearan las carpetas.

—Pero… ¿qué estamos buscando? —preguntó Italo.

—Tú sigue vigilando el aparcamiento. Si sale Berguet, corremos tras él. —Rocco escudriñaba los papeles—. A ver, ¿dónde está el rubio? Tengo que hacerle un par de preguntas.

Como para satisfacer el deseo del subjefe, Fabio abrió la puerta con un vaso de cartón en la mano.

—Hombre, querido Fabio, a ti precisamente andaba buscándote. Veo aquí que las cuentas de las nóminas las lleva la Caja de Ahorros del Valle.

—Eso es. Es el banco con el que trabajamos desde siempre.

—Perfecto. ¿Ahí tiene la empresa todas las cuentas?

—Ahí y en el Banco Nacional del Trabajo, pero sobre todo ahí. El jefe incluso tiene con ellos su cuenta personal.

—¿Y usted? ¿Dónde guarda sus ahorros?

—¿Yo, señor? Con lo que gano, ya es un milagro que llegue a fin de mes.

Rocco y Fabio se echaron a reír, sin darle mayor importancia. Italo seguía controlando el aparcamiento.

—Pero… ¿van mejor las cosas?

Fabio se quedó mirando al subjefe. No entendía la pregunta. Rocco precisó la idea.

—Me refiero aquí, en Edil.ber. ¿Van mejor las cosas? ¿Hay dinero?

—¡Ah! —exclamó Fabio, recuperando la sonrisa—. Sí, sí, mucho mejor. De un mes para acá se hacen los pagos con regularidad. Son cosas que pasan de vez en cuando, que si falta de fondos y de liquidez, que si retrasos en los pagos, que si los proveedores llamando a la puerta… Pero ahora parece que se ha solucionado la situación.

—Vamos, que cobra usted su sueldo.

—El mes pasado, sí. Esperemos que éste también —respondió Fabio con su voz de mezzosoprano.

El subjefe se levantó.

—Gracias, Fabio, nos has sido de ayuda. De gran ayuda.

—Os quiero a Antonio y a ti pisándoles los talones a Pietro Berguet y al otro, el barbitas.

—¿Cerruti?

—Exacto. No los dejéis solos ni un momento.

Italo metió la marcha y aceleró. Entraron en Aosta a cien kilómetros por hora.

—¿Te dejo en la jefatura?

—Sí.

—Pero ¿al juez no lo avisamos?

—Todo a su tiempo. Y el tiempo, querido mío, no juega a nuestro favor.

Menos de tres minutos después, el coche patrulla frenó de golpe frente a la central. Rocco se apeó. Sonó un trueno y al instante se puso a llover, como si una mano gigantesca hubiese abierto el grifo de la ducha.

—Me cago en la puta…

Rocco corrió a la entrada a refugiarse. En recepción estaba todavía Casella.

—Pero ¿es que a ti nadie te da el relevo?

—Sí, ahora viene uno de arriba, el de Nápoles, y yo me marcho. Ah, jefe, han estado aquí D'Intino y Deruta. Pero sin novedad.

—¿Qué les has dicho?

—Lo que usted me dijo. Que sigan buscando sin parar.

—¿Tenían mala cara?

—¿Mala cara? Parecían los bichos esos… ¿cómo se llaman los ositos con los ojos negros?

—¿Mapaches?

—¡Eso! Dos mapaches, de las ojeras que se gastaban.

Casella se echó a reír, creyéndose en complicidad con el subjefe, que de inmediato lo fulminó con la mirada.

—¿De qué coño te ríes, Casella? ¿Quieres hacer compañía a Deruta y D'Intino?

—No, jefe.

—Pues menos risitas.

Y lo dejó plantado en el vestíbulo.

Mientras subía las escaleras se cruzó con Scipioni, que bajaba corriendo.

—Me voy con Italo, subjefe.

—Muy bien, pero moveos con dos coches. Tenéis que ser independientes. Id relevándoos y manteneos en contacto conmigo o con la inspectora Rispoli en todo momento.

—Sí, señor. Y gracias.

—¿Gracias por qué?

—Por la confianza. El trabajo de oficina no es lo mío.

El agente desapareció con una amplia sonrisa en los labios.

Cuando Rocco abrió la puerta del despacho y vio que Caterina Rispoli no estaba, aprovechó para coger otro porro del cajón. Acto seguido, levantó el teléfono.

—¿Señor Berguet? Soy el subjefe Schiavone.

—Dígame…

—¿Dónde estudia su hija?

—En el instituto científico de via Cretier. ¿Por?

¿He dormido? ¿He soñado? ¿Dónde estoy?

Seguía allí. Seguía atada y encapuchada. Respiró todo el aire que pudo. Aún no se había acostumbrado al hedor de la tela oscura e inmunda que le cubría la cara. Se desentumeció el cuello estirando la cabeza. La nuca tocó la columna contra la que se apoyaba la silla. Ya había comprendido que había una columna. Y también que estaba amarrada a una silla. Siguió moviendo el cuello.

Si te das más fuerte contra el muro, puedes abrirte la cabeza y acabar con esta historia.

Otra vez la vocecita. Pero Chiara no quería hacerle caso.

¿Y ahí abajo? ¿Te duele? ¿Te duele?

Menos. Ahí abajo le dolía mucho menos. Seguía notando el dolor, pero como la sombra de lo que había sido antes de quedarse dormida. ¿Cuántas horas habían pasado? No lo sabía.

Veo las estanterías metálicas. Todos los trastos oxidados que hay encima. Ahora hay algo de luz.

Apoyó otra vez la nuca en la columna y volvió a dejar caer la cara hacia delante. Se dio contra la tela áspera de la capucha, que ya no seguía sus movimientos. Probó de nuevo. Nada. El saco se mantenía inmóvil.

Se ha enganchado. Se ha quedado enganchado…

Intentó apoyar otra vez la nuca en el duro cemento. A continuación dio un tirón hacia delante. La funda tiesa y hedionda no se despegaba.

¿Con qué se ha enganchado? ¿Con un clavo? ¿Con un saliente? ¡Sí! ¡Sí!

—¡Síííí!

Por fin una buena noticia.

Tengo que deslizarme hacia abajo. Lo más abajo que pueda. Así me lo quitaré. Así me liberaré.

Tenía que intentarlo. Era difícil, pero podía conseguirlo.

Contrajo los abdominales y, reculando ligeramente, trató de hundir el tronco. Sintió la cara restregándose contra la tela. Buena señal. Significaba que el cuerpo se movía y que la capucha en cambio se mantenía quieta.

Arqueó la espalda, tensando los músculos de la barriga. Ganó unos pocos centímetros, pero no los suficientes.

Un poco más. Tengo que bajar un poco más.

Hundió la barbilla todo lo que pudo. Vio que un trozo de cinta americana plateada le ceñía los senos.

¡Esto es lo que me tiene sujeta a la silla! Cinta americana. ¡En el pecho! Si consigo subir la cinta por encima de las tetas, ¡ya está! ¡Ya está! Se aflojará y podré ponerme de lado. Y bajar un poco más. Y quitarme este saco apestoso de la cabeza.

Pero no debes sudar.

La vocecita había vuelto.

Como sudes, se te va a pegar, no se escurrirá, ¡y seguirás inmovilizada!

—¡No sudo! Si no bebo, no sudo —gritó.

¿Y eso qué tiene que ver? Ya te has hecho pipí encima, así que puedes sudar perfectamente.

—¡Vete a la mierda!

No sudes…

Tenía razón. ¡No debía sudar! Si sudaba, la camiseta se le pegaría a la piel, no resbalaría, la cinta no se movería del pecho y ella seguiría más clavada que el insecto de un entomólogo. Tenía que poner mucho cuidado. Moverse despacio y sin dar tirones.

Tienes sed y, cuando uno tiene demasiada sed, se queda dormido. Y se muere, ¿a que sí?

—¡Para de joder de una vez! —gritó.

Volvió a inhalar el aire hediondo, llenó el pecho, empezó a moverse despacio hacia abajo y, de una exhalación, expulsó todo el oxígeno y se echó hacia abajo de golpe. Nada. La cinta seguía fija a la altura del pecho.

Es inútil. No puedes. Es de risa. ¡Con lo pequeñas que tienes las tetas, y ni por ésas!

Lo intentó una vez más. Aire, llenar el pecho, deslizarse hacia abajo, espirar, volver a la posición inicial. Estaba sudando.

La cabeza. La cabeza me da vueltas. Todo me da vueltas.

Pero Chiara no se dio por vencida. Tres, cuatro veces más.

¡No vas a poder!

Y, de pronto, sucedió. La cinta plateada le subió hasta los hombros y se le quedó a un palmo del cuello. Había ganado unos cuantos centímetros.

—¡Toma ya! —chilló Chiara—. ¡He podido, gilipollas! ¡Gilipollas!

Hizo una pausa para recuperar el aliento. Esperaba que el saco siguiera enganchado.

Por favor, por favor, por favor…

Podía mover el tronco. Cargó hacia la derecha, contrayendo una vez más los músculos abdominales y echándose a un lado. Dio un tirón, dos; sintió un dolor en el costado izquierdo, pero no se rindió. Hasta que por fin…

¡Aire!

Recibió una racha de viento en la cara, como si hubieran abierto una ventana. Respiró lo más hondo que pudo, manteniendo en los pulmones el aire limpio y fresco. La cabeza le daba vueltas, pero no importaba, casi le agradaba. Notaba las mejillas y la frente más frescas.

¡Libre! ¡Soy libre! ¡Respiro aire de verdad! ¡Qué rico!

La capucha debía de haberse quedado detrás, enganchada a un clavo o a un saliente de la columna; se la imaginó colgando, flácida como una piel de pollo. Escupió la peste que la atenazaba desde hacía horas, el polvo que había tenido que tragar. Y, finalmente, echó un vistazo a su alrededor.

Una habitación de unos diez metros cuadrados. Frente a ella, unas estanterías metálicas con herramientas viejas. A la izquierda, una pared con un lavabo que goteaba. Habría querido abalanzarse sobre ese grifo sucio y oxidado para lamer hasta la última gota. A la

derecha, otra pared con una ventana en lo alto. Se veían las nubes. Y un gato pelirrojo que la observaba a saber desde cuándo.

—¿Y dónde está ese tal Max?

—En cuarto A —respondió Giovanna, desplegando las pestañas sobre las esmeraldas de sus ojos—. Pero… ¿y Chiara? ¿La han encontrado?

Rocco negó con la cabeza.

—No, Giovanna, todavía no. Venga, vuelve a clase; ya le pregunto yo al director si puedo hablar con nuestro Massimiliano Turrini.

Rocco se volvió hacia el director, un hombre de unos sesenta años que había permanecido de brazos cruzados y apoyado en la puerta de la secretaría mientras Rocco interrogaba a Giovanna.

—Señor Bianchini, tengo que hablar con Massimiliano Turrini, alumno de cuarto A. ¿Subo o lo manda llamar usted?

El director no contestó. Esperó a que Giovanna saliera del despacho y a continuación se acercó a Rocco con pasitos rápidos.

—Mire, señor Schiavone, yo encantado de colaborar, pero ¿se da cuenta de que esto es una cuestión de confianza?

Rocco lo miró. Ya había catalogado en su bestiario mental a Eugenio Bianchini, el director del centro. Era un *Sorex araneus*; nombre común, musaraña. Nariz enorme y respingona, un bigotillo corto a cepillo como el de Bristow, el famoso oficinista de las tiras cómicas de Frank Dickens, los ojos negros y pequeños tras un par de gafillas redondas.

—Perdone, pero no entiendo a qué se refiere, señor Bianchini.

—Lo que quiero decir es que aquí las clases se desarrollan con normalidad, y no quisiera que su presencia asustara o alarmara a mis alumnos. ¿Seguro que esto es necesario?

—Sí.

—Pero ¿no debería enseñarme algún papel firmado por un juez?

—No.

—Mire, señor Schiavone, se lo diré sin rodeos: Max Turrini ha tenido algunos problemillas, lo sé yo y lo sabemos todos.

—Yo no.

—Pues, en fin, de vez en cuando vende sustancias poco lícitas. Si se trata de eso, yo…

—No estoy aquí por eso. Los trapicheos de Max Turrini serán objeto de otra visita en un futuro.

—Me permito insistir. El chico es una joyita, su padre es un médico de renombre, y hay que andarse con pies de plomo. Es un elemento un tanto…

—¿Un tanto qué? ¿Trapichea? Pues muy bien. Mire, se lo agradezco, pero créame, estoy aquí por otro motivo. Y me pondré los guantes de seda.

El director agarró a Rocco del brazo.

—Mi deber es ser discreto, pero también proteger a mis alumnos.

El policía miró la manita blanca que le apretaba el bíceps. El director lo soltó de inmediato.

—Ya que estamos, también es su deber proteger a su propia persona, Bianchini.

El director se quedó descolocado.

—No lo entiendo.

—Me explicaré mejor. —Rocco se puso de pie. Le sacaba por lo menos treinta centímetros a su interlocutor—. No es que yo hoy me haya levantado sin una puta mierda que hacer y haya pensado: «Rocco, ¿por qué no te acercas un rato al instituto ese a hacer preguntas a los chicos y así echas la mañana?»

Bianchini respiraba despacio. Sentía crecer una hostilidad agresiva en el hombre que tenía enfrente. Pero a fin de cuentas él era el director de un centro escolar y lo último que necesitaba era que le diera órdenes un subjefe de policía. Al menos no después de veinte años sufriendo las órdenes de su amada consorte, la señora De Cicco de Bianchini, y de su madre, Rosa, que tenía ochenta y siete años y una energía que ya habría querido Fausto Coppi en la subida al Pordoi.

—¿Sabe lo que le digo, señor Schiavone?

—No, ¿qué me dice?

—Que, si quiere hablar con Massimiliano Turrini, primero quiero…

Rocco lo interrumpió con un gesto brusco. Por un momento, Bianchini temió que fuese a abofetearlo.

—¿Cuántos años tiene Massimiliano Turrini, más conocido como Max?

—Veinte, me parece.

—¿Y está en cuarto?

—Exacto.

—Vale, o sea, que nuestro Einstein es mayor de edad. Pues, si no le importa… —Apartó al director y salió del despacho.

Sin embargo, la musaraña no tenía intención de dejarse pisotear tan fácilmente.

—No puede usted irrumpir en un centro escolar sin una orden, un papel de la jefatura o de la fiscalía, y hacer como si…

Esta vez Rocco se volvió de golpe, agarró a Bianchini por la pechera y lo miró a los ojos.

—Escucha, soplapollas, una cosa te voy a decir; una cosa que, por tu bien, sería mejor que no supieras, pero, ya que tanto insistes, te la voy a decir. Estoy intentando salvarle la vida a una de tus alumnas, Chiara Berguet, que está metida en un lío como una catedral de gordo. Y si la noticia empieza a circular por la ciudad, hay muchas papeletas de que la chica no lo cuente. ¿Te queda claro ahora, o tengo que recurrir a la mano dura?

—Ya… ya ha recurrido a la mano dura —balbuceó Bianchini.

Rocco lo soltó. Le colocó bien la chaqueta.

—Usted no sabe nada, y yo no le he dicho nada. Si conseguimos salvar a Chiara, parte del mérito será también suyo, pero sólo lo conseguiremos si deja ya de entrometerse y de tocar las pelotas. ¿Queda claro?

Bianchini asintió.

—¿Voy yo al aula, o me lo trae?

—Mando a un bedel. Espere en secretaría.

Bianchini salió corriendo.

Massimiliano Turrini, más conocido como Max y rebautizado por Rocco como «Einstein», compensaba la falta de talento para los estudios con una belleza descarada. Metro noventa de altura, más rubio que un ángel —si es que los ángeles son rubios—, ojos negros y profundos. Los dientes, blancos y bien alineados, destacaban entre los labios carnosos. La nariz era de un tamaño considerable, pero, en lugar de desentonar, confería a aquel rostro un toque de virilidad.

—Entonces, en la Sphere estabais los cuatro.

—Sí. Mi primo Alberto con Giovanna, Chiara y yo. Bailamos y la liamos un poco. Chiara bebió más de la cuenta, la verdad.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque, en un momento dado, desapareció. Yo me di una vuelta para buscarla y la encontré en el baño, vomitando. La saqué para que le diera un poco el aire y se fumara un cigarro. Pero, bueno, son cosas que pasan, ¿no?

—Ya lo creo.

—Y nada más, comisario.

—Subjefe, Max, ya es la tercera vez que te lo digo…

—Ay, sí, es verdad. Y nada más. La acompañé a su casa y me fui.

Rocco sacó un cigarrillo del paquete y se lo encendió. Max lo miró con los ojos desencajados.

—¡Aquí no se puede fumar, señor Schiavone!

—Es verdad. ¿Y sabes de qué otra cosa me he enterado? De que en los institutos también está prohibido trapichear.

Max bajó la vista.

—¿Lo has dejado? —El chico se limitó a asentir con la cabeza—. Dime una cosa: ¿mangas los medicamentos de la consulta de tu padre?

Mostró una sonrisa ingenua y se rascó el pelo rubio.

—Alguna vez, sí. Rohypnol, Stilnox… cosillas que colocan. Pero ya no, se lo juro. —Hizo una cruz con los índices, se los llevó a los

labios y los besó dos veces.

—Está bien, Max, ahora quiero que te concentres. Cuando acompañaste a Chiara, ¿la viste entrar en su casa?

El chico caviló un instante.

—No, se bajó, y cuando llegó a la puerta yo me marché.

—O sea, ¿que no esperaste a que abriera?

—No, ¿por?

—Pues porque sí, Max, porque eso es lo que hay que hacer cuando uno acompaña a una chica a su casa. ¿No te lo ha enseñado tu padre?

—No. Con mi padre no hablo mucho.

—Ya. Te limitas a vaciarle el botiquín. ¿Y con tu madre?

—Tampoco ella me lo ha dicho nunca.

—¡Joder! —Rocco se levantó. Abrió la ventana para tirar el cigarrillo. Fuera todavía llovía—. ¿Es que no va a parar nunca?

—¿Sabe que el año pasado nevó en mayo?

—¿Sabes que como este año pase lo mismo yo cometo un homicidio? —El subjefe cerró la ventana—. Muy bien, Max. Vuelve a clase. ¿Cómo vas este año?

—¿Cómo voy adónde?

—Me refiero al instituto. Y no me digas que en moto, que te doy una colleja.

Max se lo pensó.

—Ah, que cómo me va… Muy bien. Creo que sólo me van a quedar mates, química y física.

—Un resultado excelente para un estudiante de ciencias.

—¿Sabe qué es lo más gracioso? Que mi profe de matemáticas es precisamente el tío de Chiara.

—¿Marcello Berguet?

—Voy a pedirle a Chiara que le hable bien de mí, ¿cómo lo ve? —Pareció cavilar por un momento—. Pero ¿por qué me pregunta estas cosas? Ayer Giovanna también me preguntó por Chiara.

—¿Cuándo hablaste con ella por última vez?

—El domingo por la noche.

—¿Y desde entonces?

—La he llamado un par de veces, pero lo tiene apagado. Le escribí por WhatsApp, pero todavía no me ha contestado. ¿Usted sabe algo?

—Me parece que ha ido a Milán a ver a su abuela.

—Pero ¿qué tontería es ésa? ¡Si la abuela está medio chocha!

—Ya, puede ser. Cuídate, Max. Y por favor te lo pido: vale ya de traficar con cosas raras.

El chico se levantó de la silla.

—¡Se lo juro! —Abrió la puerta, pero no salió—. ¿Debería preocuparme, señor Schiavone?

—Un poco, sí.

Max miró al policía y agachó la cabeza.

—¿Le ha pasado algo a Chiara y no se atreve a contármelo? ¿Ha muerto?

—No ha muerto, Max, estate tranquilo. Ya verás como da señales de vida.

—Menos mal. Llámeme cuando sepa algo.

—Claro que sí. Y si no estás, le dejo recado a tu secretaria.

Max no captó la ironía.

—Yo seguiré llamándola. Igual enciende el teléfono, ¿no?

Y, con su sonrisa inmaculada e infantil, desapareció tras la puerta de la secretaría.

Había intentado llamar al gato pelirrojo. Pero éste, tras observarla varios minutos, había desaparecido sin hacerle caso.

Los gatos no son como los perros.

La vocecita llevaba razón. Un perro habría ladrado. Un buen rato. Y tal vez alguien lo habría oído.

¿No tienes que mear?

Ya lo creo que tengo que mear.

Y eso que no bebía nada desde ni sabía cuándo. Se miró las piernas. Atadas a la silla. La falda subida, y, en la piel de los muslos,

el rastro de baba dejado por el pipí que horas antes se había hecho encima.

¿Y las medias? ¿Por qué no llevo las medias? ¡Las llevaba! No me gusta salir sin medias.

La marea del dolor de ahí abajo volvió a tomar cuerpo. Con menos intensidad, pero se hizo notar. Chiara cerró los ojos. Esperó a que pasara aquella onda de choque.

—¿Hay alguien? —gritó—. ¡Eo! —La voz ronca y cansada—. ¡Por favor!

Si me han traído aquí, alguien habrá, ¿no? Tiene que haber alguien.

No. Aquí no hay nadie, no hay ni cristo.

—¡Cállate, que estoy pensando!

Un secuestro. Me han secuestrado y traído hasta aquí. Pero cuando te secuestran te dan agua, te dan algo de comer. En un comedero para perros, tal vez, pero no te abandonan, ¿no?

En el suelo no había nada. Ni comederos, ni recipientes de ninguna clase. Y la vieja puerta de madera tenía una cadena que la dejaba cerrada a cal y canto al pasar por un boquete en la pared.

—¿Hay alguien?

Yo creo que si viene alguien será peor.

—¿Peor que esto?

Sí.

De todos modos, mi padre ya no puede tardar en llegar. Él se ocupará de todo. ¿Verdad, papá?

El murmullo de los árboles agitados por el viento. Y, de improviso, un estruendo. Fuera llovía.

¿Te imaginas que se inunda el sótano…?

—¡Vete a la mierda!

Morirás como una rata.

Tensó los brazos con todas sus fuerzas. Pero, aparte de arañarse las muñecas, no obtuvo ningún resultado.

No me voy a morir aquí, no me voy a morir aquí. Aquí no me voy a morir.

¿Seguro?

La Caja de Ahorros del Valle ocupaba un edificio entero en via Frutaz. Y en la planta baja se encontraba la sucursal número uno. Con el loden y el pelo empapados por la lluvia, que no parecía tener intención de cederle el paso al mayo oloroso, Rocco Schiavone intentó pasar por la puerta giratoria. Sin embargo, a medio camino se quedó bloqueada. Una voz atonal lo invitó a dejar llaves y demás objetos metálicos en las taquillas destinadas a tal efecto. Rocco obedeció. Lo único que conservó fue el teléfono. Pero la puerta volvió a bloquearse. Al otro lado del cristal, el guardia jurado le indicó con cierta brusquedad que volviera a las taquillas. Rocco puso gesto de hastío y dejó también el móvil. Pero la puerta se bloqueó por tercera vez. El guardia le conminó de nuevo. El subjefe abrió los brazos, como diciendo: «Ya no llevo nada más.» Pero el vigilante no atendía a razones; haciendo oídos sordos a las protestas de Rocco, le ordenó que volviera a las taquillas. El subjefe se llevó una mano al bolsillo. Sacó la cartera. Pegó al cristal la credencial de la jefatura e invitó al guardia jurado a que se acercase para leerla. A continuación, puesto que era imposible hacerse oír a través del cristal antibalas, se señaló la boca y silabeó: «Policía-como-no-abras-la-puta-puerta-te-reviento-a-hostias.» Y sonrió. El guardia puso cara de haber comprendido y pulsó un botón que había junto a la puerta giratoria, que por fin vomitó al subjefe al interior del banco.

—¿Es que tengo que despelotarme para entrar aquí, o qué coño pasa?

—Llevará una cadenilla —intentó justificarse el encargado de la vigilancia.

—No llevo ninguna cadena.

—¿Alguna placa metálica en los huesos?

—Tengo una en los cojones, ¿será ésa?

El guardia no contestó.

—El director. Tengo que hablar con él ahora mismo.

El hombre señaló una puerta contigua a las cajas.

—Tercer despacho al fondo.

—Gracias.

—Usted perdone, yo sólo cumplo con mi deber.

—No, perdóneme usted a mí. Yo también cumplo con el mío.

Se volvió hacia las cajas, donde había algunos clientes esperando. Anna, sentada, lo miraba. Rocco esbozó una sonrisa. La vio escribir algo rápidamente en una hoja de papel que a continuación le mostró: «¿Siempre tienes que dar la nota?»

Rocco aguzó la vista. Leyó el mensaje, extendió los brazos con resignación y entró por la puerta de los despachos.

—Subjefe Schiavone, me alegro mucho de conocerlo —saludó Laura Turrini, directora del banco, que llevaba como si tal cosa sus cuarenta y cinco años.

—Señora Turrini… Por curiosidad: ¿Max Turrini, de cuarto A, es hijo suyo?

—¡Ay, Dios! ¿Qué ha hecho esta vez?

—Nada, nada. Pura coincidencia.

Con un resoplido, Laura Turrini se tragó el nudo de ansiedad que se le había formado en la tráquea.

—Uf, menos mal. Mi marido y yo tenemos pensado mandarlo a un internado, ¿sabe?

—Para que, de los barbitúricos del padre, pase directamente a las filas del cartel de Medellín…

—Siéntese, por favor. —Le señaló el sofá del despacho—. ¿Le apetece un café, agua…?

—Agua no, gracias, ya tengo bastante con la de fuera. —Indicó la ventana que lloraba un mar de lágrimas.

Laura sonrió y se sentó junto al policía. El elegante traje sastre, de un color indefinido entre el rosa y el lila, contrastaba con la tez clara y las pecas. La melena rubia era obra de un buen peluquero. Laura había perdido hacía tiempo su color original. Los ojos negros

culebreaban de un lado a otro, lanzaban mensajes, se achicaban, sonreían. Laura Turrini hablaba con los ojos, que en ese momento apuntaban al rostro de Rocco.

—He oído hablar mucho de usted, ¿sabe? Aquí en Aosta todo se sabe. Es usted muy competente.

—Eso parece.

—Sólo tiene un defecto. No tiene cuenta en este banco.

Se echó a reír. Tenía una dentadura perfecta, idéntica a la de su hijo. Se recreó un poco en la carcajada, como para exhibir la perfección de sus molares e incisivos. La de veces que habría ensayado esa pose ante el espejo. Cuello levemente echado hacia atrás, cabeza alta, barbilla hacia delante y labios abiertos con el propósito de exhibir toda la dentadura.

—Es cierto. No tengo cuenta en este banco. —Rocco fue directo al grano—. Pero ¿qué me dice de Edil.ber?

La sonrisa de Laura se borró.

—¿Qué quiere saber?

—¿Tienen aquí las cuentas?

—Digamos que este banco es un punto de referencia para ellos.

—¿Líneas de crédito?

—Eso es. Siempre hemos apoyado a Edil.ber. Pero… ¿puedo saber por qué me lo pregunta?

—Estamos tratando de averiguar qué pasó hace meses, con todo el lío de los trabajadores…

Laura asintió, alisándose la falda a la altura de las rodillas.

—Sí. Problemas con los pagos. Edil.ber tenía retrasos en los cobros, pero gracias a Dios todo se arregló poco después.

—¿Financiaron ustedes a Edil.ber?

Laura hizo una pausa.

—Sí —confirmó.

—Sé que no está obligada a responder, pero ¿podría decirme con cuánto dinero ayudaron a Edil.ber?

—Usted lo ha dicho. No puedo responderle.

—¿Hará falta un juez?

—Creo que sí.

Rocco asintió.

—Pero sí podrá decirme cuántos años hace que trabajan con la empresa de Pietro Berguet, ¿no?

—Claro. Por lo menos cuatro.

—¿Y Pietro es el cerebro de la sociedad?

—Yo diría que sí. Aunque también está el señor Cerruti. Son una pareja bien avenida. Cerruti lleva poco tiempo trabajando en la empresa, pero no ha tardado en hacerse un hueco.

—¿Y Marcello, el hermano de Pietro?

—¿Marcello? Marcello es profesor y no trabaja en Edil.ber. Por cierto, es profesor de mi hijo, ¿lo sabía? Sólo tiene un porcentaje de la empresa. Está en el consejo de administración, pero no toma decisiones importantes.

—¿Conoce bien a la familia Berguet?

—Claro. Giuliana y yo somos amigas desde el instituto. Nuestros hijos, ya lo sabrá, son novietes.

—Dígame una cosa, señora Turrini. ¿Ha habido movimientos de dinero significativos en las cuentas personales de Berguet en los últimos días?

—A esa pregunta tampoco puedo responderle.

—¿Goza de buena salud, económicamente hablando?

—*No comment*.

—¿El juez?

—El juez, señor Schiavone.

—Usted no me habrá mentido, ¿verdad?

La mujer abrió los ojos como platos.

—Pero ¿cómo se le ocurre? —casi gritó Laura Turrini.

—En ese caso, le doy las gracias y le pido disculpas por la intromisión. Que tenga un buen día.

Rocco se puso de pie y Laura Turrini hizo lo propio. La notó muy aliviada de que aquel interrogatorio camuflado de mera conversación hubiera acabado.

Odiaba los coches patrulla. No entraban bien las marchas, el capó albergaba unas percusiones misteriosas y preocupantes, nunca había mechero, los asientos eran incómodos y estaban hundidos, y las escobillas gastadas de los limpiaparabrisas rayaban el cristal. Estaba devolviendo el coche a la jefatura para coger el suyo cuando el *Himno a la alegría* de Beethoven, la melodía de su móvil, arrancó a un volumen superior al de las gotas de lluvia contra la chapa del techo.

—Dime, Italo.

—Oiga, jefe, mire…

«Oiga, mire», pensó Rocco. Italo no estaba solo.

—Dime…

—A lo mejor no tiene ninguna importancia, pero Pietro Berguet ha salido de Edil.ber para ir a una tienda.

Rocco puso el intermitente y se detuvo.

—Necesitará algo, ¿no?

—No creo. Es una tienda de ropa infantil. ¡Se llama Chiquiviesos!

—¿Chiquiviesos? ¿Eso qué mierda de nombre es?

—¡Y yo qué sé! Ni que se lo hubiera puesto yo…

—¿Y qué es eso tan urgente que tiene que hacer en una tienda infantil?

—De cero a diez años —puntualizó Italo.

—Estás con Scipioni, ¿verdad?

—Sí.

—Pues que se quede él vigilando a Berguet, y tú ve detrás del otro, ¿cómo se llamaba? Cerruti, el vice.

—¿Con esta lluvia?

—¿Qué pasa, no tienes coche?

—¡Tenemos uno para los dos!

—¡Me cago en…! —imprecó Rocco, y soltó un puñetazo contra el plástico del salpicadero que abrió una raja por encima de la radio—. ¡Mira que os dije que fueseis independientes!

—Es que el otro estaba sin gasolina, jefe.

—Estamos apañados. Pues te coges un taxi a la jefatura y vas a por otro coche. El taxi lo pago yo.

—¿Un taxi en Aosta? ¿Eso dónde se ha visto?

Rocco miró por la ventanilla, despotricando entre dientes. Pero algo en la calle atrajo su atención. Se bajó del coche.

—¿Jefe? ¿Jefe? —Italo miró a Antonio Scipioni—. Ha colgado.

—No me extraña, lo habrás sulfurado con lo de los taxis.

—¿Y yo qué culpa tengo?

De repente se abrió la portezuela trasera.

—Pero ¿quién…?

Rocco Schiavone acababa de meterse en el coche, secándose el pelo.

—¡Jefe!

—Anda, llévate mi coche. —Le entregó las llaves a Italo—. Es ese Lancia de ahí, ¿lo ves?

—O sea, que mientras hablábamos, ¿estábamos…?

—A diez metros, sí. Tú, Antonio, sigue pegado a Berguet. ¿Ésa es la tienda? —Miró a través del parabrisas.

—Exacto —confirmó Scipioni.

El escaparate rezaba: «¡Chiquiviesos! Todo para sus chiquiviesos. De cero a diez años.»

—¿Alguien puede explicarme qué es un chiquivieso?

—¿Un chiquillo travieso? —aventuró Scipioni.

—¡Qué bueno, Antonio! ¿Cómo se te ha ocurrido?

—No lo sé, jefe. Llevo ya media hora frente al escaparate dándole vueltas.

—Y lo que te puede quedar. Bien. Hay que moverse, Italo.

—¿Y usted qué va a hacer, jefe? —preguntó Pierron.

—¿Paraguas?

—Detrás. —Scipioni le señaló la bandeja trasera.

Rocco se giró, cogió el paraguas e hizo amago de apearse del coche.

—Llamadme con cualquier novedad. —Abrió la portezuela.

—Espere —lo detuvo Italo.

—¿Qué quieres?

—¿Tiene gasolina? —preguntó, enseñándole las llaves del Lancia.

Rocco puso los ojos en blanco. Echó mano de la cartera y sacó cincuenta euros.

—¡Toma, échale gasolina, quédate con la vuelta y no me toques más las pelotas!

Y salió a la lluvia cortante de mayo.

Rocco Schiavone sólo tuvo que pisar de lleno dos charcos para echar a perder el undécimo par de Clarks desde que vivía en Aosta.

—¡Me cago en la puta!

Para colmo, al paraguas de Scipioni, de evidente pedigrí chino, le faltaban tres varillas y, flácido como él solo, se había replegado sobre sí mismo como una piadina, con lo que las gotas de agua le empaparon el loden y se le colaron por el cuello.

—¡Que Dios y todos los santos maldigan esta ciudad, la lluvia, el viento y este frío de los cojones!

La jefatura quedaba a unos cien metros, y después sólo tenía que cruzar la calle. Los coches pasaban como balas por la avenida Battaglione Aosta, dejando estelas de agua espumosa sobre el asfalto, como lanchas motoras. No había paso de cebra, pero eso para un romano nunca había supuesto un problema. Los indígenas de la capital, Rocco entre ellos, están acostumbrados a cruzar hasta una carretera de siete carriles en curva con un tráfico endemoniado. Hay que reconocer, sin embargo, que gran parte del gasto municipal en sanidad se reserva a las personas atropelladas por bólidos enloquecidos. Que, como es bien sabido e incluso se advierte en las guías turísticas, en Roma no se detienen ni aunque esté cruzando el paso de cebra una nonagenaria con andador.

Sin pensárselo dos veces, Rocco se echó a la calzada. Los coches pitaron, le hicieron ráfagas con las largas, pero, gracias a la experiencia capitalina, el subjefe consiguió cruzar con la elegancia de un torero y llegar ileso a su despacho. Aparte de los Clarks, que eran ya dos cáscaras de naranja enmohecidas para tirar a la basura, la lluvia no causó más daños.

—Ya, ya lo sé… ¿qué le vamos a hacer? Pero piensa…

Furio no aguantaba más; llevaba horas sentado en el bar Settembrini de la calle homónima de Roma, en el barrio de Prati, escuchando las penas de amor de Adele. El tema era la relación entre Sebastiano y ella, que parecía haber tocado a su fin. En vano había tratado Furio de quitarle hierro al asunto, explicándole que así era Seba y que, aunque pareciera distraído, seguía queriéndola como el primer día. Pero Adele no atendía a razones. Hablaba, hablaba y hablaba, y a esas alturas a Furio ya le importaba un comino el futuro de la pareja.

No paraba de repetir como un disco rayado: «Ya, ya lo sé… ¿qué le vamos a hacer? Pero piensa…»

Era la una. Llevaba desde las diez de la mañana sentado ante esa mesita tambaleante, arriesgando su estómago con tres cafés, un zumo de naranja y un enorme *muffin* de chocolate. Pero ¿de dónde sacaba Adele tanta energía? Furio observaba los movimientos de la boca de la mujer al articular las palabras, pero había dejado de captar el sentido del discurso; sólo le llegaba un ruido de fondo continuo y sin lógica.

—Ya, ya lo sé… ¿qué le vamos a hacer? Pero piensa…

«Que se joda —pensó Furio—. Si Adele quiere dejarlo, que lo deje.» A fin de cuentas, ya llevaban tiempo diciéndoselo a su amigo, tanto él como Brizio y Rocco: «Como sigas así, Seba, te va a dejar. No le haces ni puñetero caso.» Su amigo se pasaba las horas muertas en casa, con la cara larga, delante del televisor o enganchado a internet. ¿Y Adele? Pues de esa mujer, que tenía a su

puerta una cola de hombres dispuestos a relevarlo, Seba se había olvidado.

—Se ha vuelto más huraño que un oso. Y encima no tiene ningún cuidado con lo que come. ¿Has visto lo gordo que se ha puesto?

En realidad, en la memoria de todos Seba siempre había estado gordo, pero, con tal de seguirle la corriente, Furio siguió asintiendo.

—Ya, ya lo sé… ¿qué le vamos a hacer? Pero piensa…

—Intenté darle celos, y con el Corbatas, nada menos. Le duró dos días. Luego volvió a ser el de antes.

De repente, como para romper la monotonía, para cortar el ritmo cadencioso y un tanto soñoliento de sus lamentaciones, Adele cogió a Furio de las manos.

—¡Furio, ayúdame! —le suplicó.

—¿Que te ayude? ¿Cómo quieres que te ayude? —Él sabía que si encontraba la respuesta podría marcharse. El problema requería una solución drástica que alentara a su amiga y a él lo sacara de esa mesa en la que empezaba a criar telarañas—. Vete por ahí —propuso.

—¿Y adónde quieres que vaya?

—A casa de tu madre, o a la de tu hermano, a Brescia. Vete sin avisar y apaga el teléfono. Si me pregunta, yo no sé nada.

—Mi hermano ya no está en Brescia, lo mandaron a Berlín. Y a casa de mi madre, ni muerta.

—Tendrás alguna amiga, ¿no?

—¿En Roma?

—No, en Roma no; que aquí, si se pone, te encuentra. —En ese momento le vino a la cabeza una idea extravagante, pero se dijo: «¿Por qué no?» Podía funcionar—. Ve a visitar a Rocco.

—¿A Aosta?

—Sí, vete para allá. Rocco seguro que te sigue el juego.

—No sé yo, Furio. Hace meses que no sé nada de él.

—Pues llámalo. Total, no ha cambiado de número. Vete para allá y estate tranquila, que de Seba me encargo yo. Ya te contaré cómo

reacciona, si se tira de los pelos o no. Así por lo menos decidirás de una vez por todas qué hacer.

—¿Pues sabes que no es mala idea?

—¿A que no?

Furio estaba feliz. Había dado con la solución, Adele había recuperado la sonrisa, y por fin podría largarse del bar Settembrini, con el estómago del revés, a almorzar una pasta a la amatriciana en casa de Stella y Brizio, que celebraban sus dos años de casados.

Las horas pasaban y Chiara Berguet corría cada vez más peligro. Quizá habían enviado ya la petición del rescate, habían llegado a un acuerdo y la maquinaria de su liberación estaba ya en marcha. No podía retrasarlo más: era hora de hablar con el juez. Baldi estuvo escuchándolo un cuarto de hora. Sin asentir, sin moverse, parecía una mangosta observando a la cobra a la que va a hincar el diente. O viceversa. Cuando Rocco terminó de pintarle la situación, Baldi respiró con fuerza. Y, expulsando el aire, preguntó:

—¿Por qué ha esperado tanto?

—Porque quería estar seguro. Y hasta ahora no lo estaba.

—¿Y si ya es demasiado tarde?

—No creo.

—¿Qué le hace pensar que no?

—Desapareció el domingo bien entrada la noche. Calculo que se habrán puesto en contacto con los padres hoy mismo.

El hiperactivo Baldi se incorporó de un salto, atravesó el despacho y, sin decir ni una palabra, dejó a Rocco sentado ante el escritorio. Al policía no le sorprendió. Estaba acostumbrado a las reacciones surrealistas del magistrado. Advirtió que después de varios meses había reaparecido la foto de su mujer en el escritorio, señal de que la relación conyugal había vuelto por los cauces de la serenidad.

Cuando Baldi se sentó de nuevo, llevaba en la mano una pasta y masticaba sonoramente.

—¿Quiere?

—No, gracias.

—Es de la máquina expendedora, un asco. ¿Cómo se está moviendo?

—Tengo a dos hombres vigilando al cabeza de familia.

—Hum. —El juez dio otro bocado a la pasta—. No hay denuncia. Y yo tendría que pinchar los teléfonos sin denuncia de por medio.

—¿Se violaría alguna ley? —quiso saber Rocco.

El juez ni siquiera contestó. Hizo una bola con el plástico que recubría el dulce y la lanzó a la papelera. El envoltorio rebotó contra el borde y rodó por el suelo.

—Plástico… —dijo Baldi—. Moriremos asfixiados por los plásticos, ¿se da cuenta? —Rocco asintió—. En algún lugar del océano hay una isla del tamaño de Europa hecha sólo de plásticos. Con lo fácil que sería…

No había tema —política, medio ambiente, defensa— para el que el juez Baldi no tuviera solución. Desde los sueldos de los diputados hasta el problema de las pensiones o el armamento, pasando por la deuda pública y el desempleo, para él todo tenía una salida sencilla y de fácil ejecución.

—¿Sabe cómo podríamos erradicar el plástico del planeta? Eliminándolo de la órbita terrestre, lanzándolo al espacio exterior. Que cada continente construya unos cohetes que, en lugar de poner satélites en órbita, que de ésos ya hay de sobra, arrojen toneladas de plástico a la inmensidad del universo. ¿Qué importancia puede tener un continente de plásticos vagando por la galaxia? Ninguna, sería como una gota en el océano. Pero ¡a nosotros nos daría la vida!

—Me parece una idea buena, pero costosa —adujo Rocco.

—¿Costosa por qué? Si los cohetes los construye el Estado, sólo habría que preocuparse por la materia prima y el carburante.

—¿Y la mano de obra?

—Movilización de todos los gandules que ocupan puestos de funcionariado sin dar un palo al agua. Sólo en esta fiscalía ya

saldrían unos diez.

—¿Y si primero prohibiéramos los envases de plástico? —propuso el subjefe.

—Me lo pensaré… Volviendo a lo nuestro, estoy de acuerdo con sus decisiones. Sigamos la pista. Sin llamar mucho la atención. No podemos arriesgarnos.

—Lo que sí le pido es una investigación patrimonial de Edil.ber. No creo que salgan airosos. Además, me gustaría saber qué relación mantienen con la Caja del Valle. La directora se llama…

—Laura Turrini. La conozco muy bien. ¿Qué le ronda la mente?

—No lo sé. Pero si han recibido protestas por parte de trabajadores y sindicatos por no pagar y luego las cosas se han arreglado, en fin, ese dinero tiene que habérselo adelantado alguien.

—Y quiere saber si ha sido el banco, ¿es eso?

—Eso es.

—¿Qué le hace pensar que no hayan sido ellos?

—Tengo ya una edad, y no es la primera vez que me veo ante una situación como ésta. Usted lo sabe tan bien como yo: los empresarios suelen necesitar liquidez.

—¿Y sospecha que no se la ha proporcionado el banco?

—Exacto, señoría.

—Los periódicos hablan continuamente de cosas así, Schiavone. Pero permítame decirle que esta vez se está equivocando, y de cabo a rabo, además. Turrini es una persona de una moral intachable, y el banco que representa es un ejemplo de honradez. En todos estos años jamás me he encontrado con nada que pudiese siquiera levantar sospechas.

—Pero es una pista, ¿no?

El juez abrió un cajón y sacó un botellín de agua. Desenroscó el tapón y se bebió la mitad de un sorbo.

—Aggg… qué asco… Mire, yo lo que haría con el banco es controlar si ha habido movimientos de dinero. Si a la chica la han secuestrado, como usted asegura, Pietro Berguet tendrá que inventarse algo para pagar, ¿no?

Se acabó el botellín de otro sorbo y lo mandó directo a la papelera, encestando esta vez.

—No creo que hayan pagado ya. Demasiado pronto.

—Es verdad, Schiavone. Tiene razón. Además, alguien que tiene empresas grandes como Edil.ber puede perfectamente echar mano de dinero en el extranjero, fondos; vamos, que no va a la ventanilla del banco a sacar dos millones de euros.

—No. Los secuestradores siempre piden efectivo, nada de transferencias.

—¿No me diga? —preguntó Baldi con ironía—. Necesitará un tiempo para reunir el dinero. No es cosa de pocos días. Seguramente manejará más de una cuenta aquí en Italia, y no sería raro que tuviera también en el extranjero. Está bien, yo me pongo manos a la obra con eso. Usted siga vigilando a la familia.

Rocco se levantó, pero Baldi lo detuvo.

—Edil.ber está concursando para una licitación muy gorda aquí en la región, ¿lo sabía? Tenemos que andar con pies de plomo.

—Por eso me he cerciorado antes de recurrir a usted, señoría —replicó el subjefe.

—Ha hecho bien. ¿Quién lo sabe en la jefatura?

—Mis hombres de confianza y yo.

—¿El Gordo y el Flaco? —preguntó Baldi, refiriéndose a Deruta y D'Intino.

—No, ellos no.

—Si se filtra información a la prensa, lo consideraré el responsable.

Rocco miró al juez a los ojos.

—Lo mismo podría decir yo. ¿Quién me garantiza a mí que en la fiscalía no hay algún soplapollas con la garganta muy profunda?

Baldi se quedó mirándolo varios segundos.

—Haré como si no lo hubiera oído.

—Pues me gustaría que lo tuviera muy presente. Si el bocas fuera de los míos, hoy lo habría leído ya en los periódicos. —Cogió *La Stampa* y lo sacudió en las narices de Baldi—. Y aquí no está.

Baldi asintió. Sonrió. Le quitó el diario.

—Me parece que usted y yo llegaremos muy lejos.

—No sé, señoría. Al único sitio al que a mí me gustaría llegar es a una playa de la Costa Azul para tumbarme a la bartola hasta el fin de mis días.

—Haga como yo. En vez de pensar en una casa junto al mar, ¿por qué no se plantea un barco? Así podría cambiar de playa cada día.

—Odio los barcos, odio las olas y la peste a algas. Yo no puedo estar sin andar, y, además, no tengo el carnet de patrón.

—Yo cualquier día de éstos me agencio un queche de ensueño y desaparezco de una vez por todas, ya verá.

—Le daré la dirección de mi playa. Por cierto, tal vez pueda echarme una mano. Me gustaría fisgonear en una tienda que se llama Chiquiviesos.

—¿Que se llama cómo?

—Chiquiviesos —repitió Rocco sin alterar el semblante.

—Pero ¿qué nombre es ése?

—Según uno de mis agentes, nace de la fusión de «chiquillos traviesos».

—¿Y por qué no «Traviesiquillos»?

—Demasiado largo.

—Es verdad. ¿«Travisillos»?

—Eso suena más bien a tienda de telas. Aparte, según la norma no se debe romper el diptongo. Pero entonces se quedaría en «Traviesillos», que parece un simple diminutivo, y adiós al juego de palabras.

—Subjefe Schiavone, ¿no cree que estamos empantanándonos en una discusión carente de sentido?

—Comparto su observación.

—Chiquiviesos. ¿Y por qué quiere investigar esa tienda?

—Porque allí está nuestro Pietro Berguet. Me parece raro que un empresario se ponga a comprar ropita para niños de cero a diez

años en un momento como éste. Por no hablar de que Chiara es hija única y tiene ya dieciocho años. ¿No le parece?

El juez reflexionó.

—Dentro de una hora le mando un fax a la jefatura. Y ahora, aquí el juez Baldi tiene que ponerse a trabajar. —Se levantó con la mano extendida hacia Rocco, que no tuvo más remedio que estrechársela—. Por favor se lo pido, Schiavone: máxima discreción. Está en juego la vida de una chica.

—Eso mismo le acabo de decir yo.

—Sólo le sugería que haga uso de métodos más acordes con el papel que desempeña.

—Como hago siempre.

—No es lo que me consta, y usted lo sabe.

—¿Me devuelve la mano?

—Claro.

Y por fin el juez se la soltó.

¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cuántos días? ¿Dónde lo he leído…? O tal vez fue en la tele. Se puede sobrevivir como máximo una semana sin agua. ¿Y cuánto llevo yo aquí? ¿Dos días? ¿Tres? Fuera está oscuro otra vez. Vuelve a anochecer.

Había pasado un rato concentrándose para no sentir el picor, para no experimentar dolor. Estaba débil, le dolían los pocos músculos que conseguía mover. Además, notaba un hormigueo por los glúteos, las manos y los pies. Se le habían dormido. La sangre no circulaba bien.

Una semana es lo máximo sin beber. ¿Y atada, cuánto? ¿Seis días? ¿Cinco? El gato pelirrojo. ¿Dónde está el gato pelirrojo del cascabelito en el collar? Si hay un gato pelirrojo con cascabel, tiene que haber una casa cerca.

Sí, pero no te van a oír.

De tanto gritar, se había quedado afónica y había llegado a escupir un líquido rojizo. Se había dejado la garganta para nada.

Nadie la oía.

Puede ser un gato callejero. Los gatos callejeros viven en las ciudades. Por tanto, estoy cerca de una ciudad.

¿Quién te ha dicho eso? Los gatos viven en todas partes. Hasta en el campo. ¿Y quién te garantiza que estés en Aosta? Podrías estar en cualquier sitio.

—¿Dónde estáis? ¿Dónde estáis? ¿Por qué no venís? ¿Por qué?

¿Dónde está la persona que me ha dejado aquí atada? ¿Dónde se ha metido? ¿Por qué no vuelve y me da de beber? Tengo sed. Tengo sed y hambre.

La vieja puerta de madera tembló con una sacudida repentina. A Chiara se le detuvo el corazón, la sangre se le heló y el estómago se le quedó del tamaño de una avellana.

Ahí están. ¡Ya vienen!

Dos tirones más. Esperaba ver la cadena deslizarse por el boquete y la puerta abrirse, y que entrase tal vez un hombre con pasamontañas para llevarle agua y comida.

¡Dios mío! ¡Como entren ahora me van a ver sin la capucha! ¡Y si el secuestrador entra sin pasamontañas, le veré la cara y me matará!

—¡Tengo los ojos cerrados! ¡Tengo los ojos cerrados! —chilló con la poca voz que le quedaba—. No tengo el saco en la cabeza pero tengo los ojos cerrados. ¡No veo nada, lo juro!

Se quedó esperando. Con los párpados apretados. Esperaba oír el ruido de la cadena al deslizarse y el de la puerta al abrirse.

Pero no pasó nada.

Transcurrieron varios segundos. Abrió los ojos.

—¿Hay… hay alguien ahí? ¡Por favor, contesten!

El juez había actuado con celeridad. No había pasado ni media hora cuando el fax de Rocco vomitó una página llena de datos sobre la tienda de ropa para niños. Mientras el subjefe la leía, Italo Pierron aguardaba sentado en la silla. Caterina ya no estaba en el despacho.

Había vuelto a casa antes de tiempo porque había notado que le subía la fiebre otra vez.

—Chiquiviesos. Propiedad de un tal Carlo Cutrì, residente en Lugano. Tiene un socio valdostano, Michele Diemoz. —Schiavone dejó el folio en la mesa—. Yo creo que deberíamos ir a hacerles una visita. ¿Qué hora es?

—Las seis y cuarto.

—Pues andando.

—Rocco, yo estoy que me caigo de sueño. Llevamos levantados desde las dos, ¿te acuerdas?

—Entonces vete a casa, y que se vaya también Scipioni. ¿Sigue vigilando a Berguet?

—Sí. Ha llamado. Berguet llegó a su casa sobre las cinco y media y no ha vuelto a salir. La mujer y el hermano siguen allí. Y yo no me he separado del tipo ese, Cerruti. Tiene un Audi TT y para mí que su pasatiempo favorito es ligar con chicas en discotecas.

—¿Qué ha hecho?

—Ha ido a ver a un notario; toma, aquí tengo la dirección. —Sacó un papel que dejó en lo alto del escritorio—. Don Enrico Maria Charbonnier. Está en la calle Piave, a tres portales de tu casa.

—Muy bien. Tomo nota. Perfecto. Acuéstate tranquilo, Italo, que a la tienda ya iré yo solo.

—Gracias. ¿Y mañana?

—A la hora de siempre.

—¿A las nueve?

—¿Hay alguna tienda que venda Clarks aquí en Aosta? La zapatería donde me los compraba ha quebrado.

—¿Ya te los has cargado? —Schiavone asintió—. Van once pares, ¿no? —Schiavone volvió a asentir—. ¿Por qué no te compras otros zapatos?

—¿Por qué no dejas de meterte donde no te llaman? Bueno, ¿hay o no hay?

—El caso es que no, no lo sé…

—Si te enteras de alguna, ¿me compras un par? Del cuarenta y cuatro.

—Recibido…

Rocco se levantó.

—Me voy, no sea que cierren. ¿Tenemos noticias de los hermanos De Rege?

—¿De D'Intino y Deruta? —preguntó Italo, levantándose—. Me parece que no. *Missing in action*.

Schiavone asintió y salió del despacho sin añadir nada más.

Fuera ya casi había anochecido y el último resplandor del día diluía a duras penas las sombras de la habitación.

Había sido el viento lo que sacudía la vieja puerta de madera desconchada por el tiempo. Chiara empezó a tiritar de frío. No había escampado ni un momento, y la humedad del sótano estaba calándole los huesos. Faltaban minutos para que todo quedase a oscuras. Y su cerebro se pondría a divagar, sin una meta ni un punto de referencia.

No me gusta. No me gusta. A oscuras se ven cosas que no existen. Se ven sombras grises de ratones, arañas gigantes. Y la oscuridad coge aire… como un cuerpo enorme que se esconde y respira. Se acerca y se aleja. Está agazapada en un rincón, y en cuanto me quede dormida…

Doce horas de oscuridad. Doce horas de presencias, formas, pesadillas y penumbra.

No puedo. Me duele todo. La cabeza… martillazos. Ahí abajo, una especie de onda. Las piernas. Los brazos. Todo. ¿Clavos? ¿Pinzas? ¿Tenazas? ¿Fuego? ¿Cuchillas? Se me ha juntado todo…

Date un cabezazo contra la columna. Así te desmayarás y por lo menos te quedarás dormida, le sugirió la vocecita.

Chiara intentaba no prestarle atención.

No tienes que hacer gran cosa. Un golpe seco, ¡y hala! ¡Verás qué siestecita te echas!

Si tiro de las muñecas, tarde o temprano se soltarán. Me las rajaré, pero se soltarán. Si espero más tiempo, estaré cada vez más débil. Cuanto antes lo intente, mejor.

Prueba con las piernas. Las piernas son más fuertes.

¿Las piernas?

Las piernas.

Esa vez la vocecita tenía razón. Las piernas son más fuertes. Sobre todo las suyas: con doce años, Chiara había sido una gran promesa del esquí. Tenía unos cuádriceps y unas pantorrillas potentes. Tenía que intentarlo. Podía conseguirlo.

Ojalá pudiera beber un trago de agua.

Bla, bla, bla. Menos hablar y lloriquear y más actuar. ¡Venga!

Empezó a dar tirones hacia delante con las piernas. Las tenía sujetas a la silla a la altura del tobillo.

Si es una cadena, ya puedes tirar a muerte, que no la vas a partir.

—Eso si es una cadena, gilipollas. Pero no hace ruido, así que no es una cadena. ¡Es cinta americana!

Cerró los ojos y siguió tirando hacia delante y hacia atrás, adelante y atrás. Sin éxito. La cinta no cedía, no se aflojaba. Acompañaba los tirones con saltitos sobre la silla. Sentía pinchazos en los glúteos, le dolían, al igual que los cuádriceps y los músculos de los brazos. Pero Chiara no se rendía. Apretaba las piernas, las estiraba, empujaba hacia delante, coceaba hacia atrás. Los tobillos sujetos a la silla. Soltó otro par de puntapiés. Notó un crac repentino, un ruido de madera podrida al partirse, y la silla cedió bajo su peso. Chiara se cayó de lado al suelo y se dio un golpe en la cabeza. Una cuchilla al rojo vivo le penetró en el muslo.

Gritó con todo el aire que tenía en los pulmones. Estiró las piernas ya libres de ataduras. Todavía tenía una pata de la silla pegada al tobillo derecho. Por detrás de la pierna izquierda, a pocos centímetros de los glúteos, se le había clavado un puñal de madera en la carne. El dolor era insoportable y la tenía paralizada.

¿Qué es eso…? ¿Qué es…? ¿Un… trozo de madera? ¿Una astilla? Está dentro de la pierna. Está dentro. Dios, qué dolor. Me arde. ¡Quema!

La pata rota de la silla se le había ensartado de plano en el bíceps femoral. La mancha oscura de la herida crecía por momentos.

¿Sangre? Sale mucha sangre.

Los músculos le temblaban como gelatina. Chiara apretó los ojos y se vio tirada en el suelo, de costado, con la pierna izquierda herida y sanguinolenta, la derecha plegada hacia atrás, las manos atadas al respaldo de la silla y la cara aplastada contra el suelo frío. Y el dolor se agudizaba minuto a minuto.

Si me quedo quieta, se me va. Si me quedo quieta, se me va. Me quedaré quieta, sin moverme, y se me pasará todo.

Muy bien. Tú quédate quieta. A ver si te desangras y mueres.

Había dejado de llover. Las calles estaban empapadas y sembradas de charcos; era peor que un campo de minas. Rocco iba caminando con cuidado de no pisar ninguno cuando le sonó el teléfono.

Furio, desde Roma. A Rocco se le aceleró el corazón.

—Hombre, amigo, ¿cómo estás?

—Bien, Rocco, bien. ¿Qué te cuentas?

—¿Qué me voy a contar? Las tocadas de cojones de siempre.

—Escúchame, es sólo un minuto.

—Dime.

—Se trata de Adele.

—¿Otra vez ha dejado a Seba? —preguntó Rocco, hastiado.

—No, pero se lo está pensando. Es un capullo.

—Me duele la boca de tanto decirlo.

—Total, que se nos ha ocurrido una idea, a ella y a mí. Adele va a borrarse un tiempo del mapa. El otro se pondrá celoso, y si le da por ir a buscarla, ella tendrá la prueba que necesita.

Rocco caviló.

—Sí, no lo veo mal. Pero ¿dónde va a esconderse? El Seba es capaz de encontrarla donde sea.

—Se nos ha ocurrido una idea brillante.

—A ver. Pero date prisa, que estoy en medio de un marrón.

—En pocas palabras —dijo Furio—: se va contigo.

Rocco se detuvo en seco.

—¿Conmigo? ¿Cómo que conmigo?

—El Seba no pensará en la vida que está allí contigo.

—Pero… ¿dónde va a meterse?

—Pues en tu casa, ¿no?

—¿Tú has estado en mi casa en Aosta, acaso? Sólo tengo una cama.

—¿No tienes sofá-cama?

—Sí, pero Adele…

—Tranquilo, que serán sólo unos días. Luego regresa a Roma.

—Estáis locos, así te lo digo. Pero… vale… Dile que me llame cuando se decida.

—Descuida. Bueno, te dejo. Que vaya bien.

—Oye, que aquí te espero, ¿eh?

—Ahora que llega el buen tiempo subiré, te lo prometo.

—Te tomo la palabra. Cuídate, Furio.

Adele en su casa. Era raro y absurdo. Por dos motivos. Primero, porque en cierto modo lo veía como hacerle una jugarreta a Seba; aunque, bien mirado, lo hacía por su bien. La segunda razón era la propia Adele. Una amiga, la mujer de Sebastiano, y para Rocco, la mujer de un amigo se convertía automáticamente en un hombre. Pero, en fin, tenerla en casa, igual por la mañana recién levantado… en fin, que tendría que andarse con ojo para no hacer el capullo.

¿Y Marina qué? ¿Qué diría ella? Marina y Adele nunca se habían llevado muy bien. ¿Aceptaría sin poner pegas?

Tal vez fuera mejor buscarle un hotel. Por otro lado, en su casa nunca había entrado nadie. Y nadie debía entrar.

Rocco dobló la esquina y divisó el letrero luminoso de Chiquiviesos al fondo de la calle desierta y a oscuras. Si no llega a

ser por el neón de la tienda, habría pisado de lleno el riachuelo que, como un torrente en crecida, bajaba pegado a la acera en dirección al centro de la ciudad. Se acercó con cautela al escaparate. Se asomó y miró al interior. El local estaba vacío. Los focos, todos encendidos, creaban un ambiente acogedor. En la caja había una dependienta, una joven de unos treinta años bajita y regordeta. Pulsaba teclas, arrancaba recibos, cerraba el cajón y vuelta a empezar. Lo hizo al menos seis veces. Cuando Rocco entró, casi dio un respingo en la silla. Miró al subjefe y con la cara pálida dijo:

—Buenas tardes. ¿Puedo ayudarlo en algo?

—Sí. Quería unos peleles de rizo, como los del escaparate.

La tienda estaba muy caldeada, parecía un invernadero, y reinaba un olor a plástico.

—¡Muy bien! —La mujer salió de detrás del mostrador—. ¿Me los enseña…?

Rocco se los señaló.

—Esos de ahí. Uno amarillo y otro verde.

Eran peleles de rizo para recién nacidos. Tenían un precio desorbitado, pero no se le había ocurrido otra cosa.

—Hum… —La joven estaba pensando—. ¿Cuántos años tiene el niño?

—¿Años? Tiene cuatro meses.

—Ah, sí, ya… es verdad. Porque esos peleles, con más de un año…

—… ya no valen. A menos que el crío tenga serios problemas de desarrollo —precisó Rocco.

—A ver, tendrían que estar… espere… —Se acercó a una estantería a rebosar de cajas—. Tendrían que estar… —Buscaba con la mirada, con un dedo pegado a los labios. Subió a la escalerilla, que crujió. Rocco se preparó para un placaje volador por si los peldaños cedían—. No, aquí no están. Espere un segundo… —Se acercó a un mueble lleno de cajones. Empezó a abrirlos compulsivamente—. Nada, aquí tampoco. Perdone, pero es que llevo poco tiempo trabajando aquí, ¿sabe? A lo mejor… ¿en la trastienda?

—¿Me lo pregunta a mí?

—No, estaba pensando que podrían estar en la trastienda. Un segundo.

Abrió una puertecita encajada bajo los estantes y desapareció. Rocco se acercó a la caja. La mujer se había dejado el cajón abierto. Vacío. Ni un billete. Apenas un poco de calderilla y un par de clips de metal. Los recibos que la joven acababa de imprimir estaban en el mostrador, apilados en orden. El último marcaba una cifra de trescientos veinte euros. Oyó un trasiego y se apresuró a regresar al centro del local. La mujer asomó entonces por la puertecita. Llevaba una caja en la mano.

—Ya está, le he encontrado uno rojo. ¿Servirá?

—¿Me lo enseña?

La dependienta llevó la caja hasta el mostrador. La abrió, apartó el papel de seda y le mostró el pelele, que llevaba cosida la cara de la perrita Pimpa.

—¿Cuánto vale?

—A ver… —inspeccionó la caja, pero no encontró el precio. Fue al escaparate y volvió—. ¡Setenta euros!

—¡Caramba! —exclamó Rocco—. Está bien, me lo llevo. Aunque yo quería dos, pero con ese precio…

—Debe de ser de muy buena calidad, ¿sabe?

—¿Usted cree?

—Yo diría que sí.

El subjefe sacó la tarjeta de crédito de la cartera. Ella la miró como si fuera un espécimen de viuda negra.

—¡No! —exclamó, asustada—. No. No aceptamos tarjeta de crédito ni de débito. Sólo metálico, por favor.

—No llevo nada.

—Es que no funciona el datáfono.

—¿Entonces cómo lo hacemos?

—Eeeh… —titubeó la joven.

—¿Y si vuelvo mañana?

—Ah, pues sí. Me parece buena idea.

—Muy bien, entonces volveré mañana. Apártemelo, ¿eh?

—Claro, claro.

La dependienta metió el pijamita en su caja.

—Le aconsejo que baje un poco la temperatura. Aquí dentro hace un calor para morirse.

—Ya, pero no sé cómo se hace.

—Habrá un termostato por ahí, ¿no?

—¿Usted cree? Ahora lo busco.

Rocco asintió y se dirigió a la puerta de la tienda, que se había empañado por el contraste de temperatura con el exterior.

—Mucho gusto.

—Igualmente. Hasta mañana.

—Hasta mañana… ¿cómo se llama?

—Carmelina. Pero todo el mundo me llama Melina.

—Pues hasta mañana, Melina.

—Aquí estaré.

«Querida Melina —pensó Rocco—, ya lo creo que volveré. Pero no mañana. Mucho mucho antes.»

Rumbo a casa. El cielo empapado. Nubes bajas, temperatura en descenso. Sintió un escalofrío bajo el loden. Seguramente volvería a llover. Las tiendas estaban cerrando, pero todavía le daba tiempo a parar en la pizzería para comprar la cena. El asfalto reflejaba las luces de colores de los letreros y las sombras de los transeúntes. Los cristales del pub y del café estaban empañados. Los de la pizzería también. Se encontraba ya a pocos pasos del local cuando vio a Anna. Se quedó paralizado en medio de la calle. Agachó la cabeza y se refugió en una esquina a oscuras, junto a un edificio, lejos de la farola. Siguió con la mirada a Anna, que bajó de la acera y se encaminó directa hacia su casa. O no lo había visto, o se había hecho la loca. En cualquier caso, ella se lo había dejado bien claro por teléfono. Esperó a que la mujer desapareciera por el portal y reanudó el camino hacia la pizzería con paso decidido. Estaba

cansado, le dolían los huesos. Sólo tenía ganas de llegar a casa y dormir unas cuantas horas.

Marina no está. La busco por la casa pero no la encuentro. Tampoco en la cama. Me siento a la mesa del salón. Abro el envoltorio de la pizza. Las porciones me parecen costras purulentas, llagas de quemaduras, herpes. No hay quien se coma estas suelas de zapato. La croqueta de arroz está negra, la habrán frito en anticongelante. Y la Coca-Cola está caliente. Aunque haga frío, la Coca-Cola debe estar bien fría. La Coca-Cola caliente se te pega al paladar y te quita las ganas de vivir. Si es que las tienes.

Sueño. Me caigo de sueño. Es raro. Llevo todo el día pensando en esa chica, Chiara, y no sé ni cómo es. Si será alta, delgada… ¿Se parecerá a su madre? ¿A su padre? Mañana voy a encontrarte, tenlo por seguro. Te encontraré.

Dios, el sofá. Se hunde. Se hunde demasiado.

—Y ahora, por cien mil euros, dígame: ¿Qué actriz protagonizó junto a Marilyn Monroe Los caballeros las prefieren rubias?

No lo sabe. Si tiene veinte años, ¿qué va a saber ese pipiolo?

¡Jane Russell, capullo!

—¿Lauren Bacall?

Y te has apostado cien mil euros. ¿Es que el personal va a los concursos sin un mínimo de cultura? Anda que ir para eso… ¡Cambio!

—Y éste es Ferribotte, apodado «el Taciturno» o «el Lacónico», pero cuando habla, ¡zas! Cada frase es una sentencia.

No, Rufufú *no. Ahora tendré que verla entera*.

—¡Quien bebe cerveza, vive cien años!

—¿Veis?

MIÉRCOLES

—Te has quedado dormido.

—¿Qué… qué hora es?

—No lo sé. Tarde —me responde Marina, arreglándose el pelo.

¿Cómo lo hace? Se lo remete por detrás, como si se lo anudara, y nunca se le suelta. ¿Qué tiene, pegamento en los dedos?

Es tarde. Fuera está oscuro. En el televisor hay unos dibujos animados.

—Estaba viendo una película.

—Ya, pero hace un rato que terminó.

Marina me sonríe.

—¿Y tú dónde estabas, Marì?

—¿Por qué no te vas a la cama?

—Porque no puedo. No puedo con mi alma. Me duele todo.

La espalda, el cuello, los omóplatos, la pelvis y hasta las piernas.

—¿Te acuerdas de que, los primeros años, cuando volvía a casa, me dabas masajes?

—Pues claro, todos los santos días.

—¿No te gustaba?

—Nada de nada.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—No sé… parecías feliz.

—Entonces creo que ya puedo confesártelo: ¡yo los odiaba!

Nos echamos a reír.

—Hay tantas cosas que no llegué a decirte…

—¿Como por ejemplo?

—No me gustabas con el pelo corto.

—¿Qué más?

—Ni cuando te ponías manoletinas.

—Nunca tuve.

—Un verano sí, en Santo Stefano.

—Me las regalaste tú.

—Me equivoqué.

—¿Qué más no me has contado nunca?

—Durante un tiempo pensé que tenías un lío.

—¿Yo? ¿Con quién?

—Con Prosperi.

—¿Giorgio? ¿El marido de Serena? ¿El cirujano?

—El mismo.

—Cielo, me había quitado el apéndice.

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? ¡Era el marido de mi mejor amiga!

—Por eso, un clásico. Siempre lo invitabas a cenar.

—Los invitaba a cenar.

—Encima era del Lazio. Tonteabas con él.

—Vida mía, nos conocíamos desde hacía treinta años. Dejemos el tema. ¿Qué más no me has dicho nunca?

—Que te echo de menos, Marina, a rabiar.

—Eso es mentira. ¿Sabes por qué dices eso? Porque tienes miedo.

¿De qué voy a tener yo miedo?

—¿De qué?

—A quien echas de menos no es a mí, sino a ti.

—Te equivocas. ¿Te acuerdas de la frase esa? El deseo de una persona es inmortal.

—Pero, si lo sacias, desaparece. Y también desaparece la necesidad de esa persona.

—¿Y cómo quieres que lo sacie?

—A lo mejor ya lo has hecho.

Me acaricia el pelo. La miro a los ojos.

—¿Sabes una cosa, Marina? Creo que me están subiendo las dioptrías.

—¡¿Qué tienen que ver las dioptrías?! —Me enjuga una lágrima —. Son las dos, Rocco. Venga, a la cama.

—No puedo, te digo que no puedo.

Enzo Baiocchi respiraba lentamente bajo las sábanas y tenía la vista clavada en el techo. Que estaba azul. La luz de seguridad lo tintaba todo de azul. El techo, las manos, las uñas, la mesita metálica, el catre vacío del vecino, la puerta y los barrotes. Era el momento. Las dos y veinte de la madrugada. El último control había pasado hacía diez minutos y el camión de la basura tardaría todavía una hora en llegar. Tenía que ponerse en movimiento. Primero se puso los calcetines y se ajustó bien el velcro de las zapatillas de deporte. Se quitó la parte superior del pijama y se quedó con una camiseta negra. Besó el crucifijo de oro que llevaba al cuello, se levantó y se acercó a la ventana. El patio estaba desierto. Lo único que se movía eran las plantas debido a la brisa nocturna. Un gato atravesó veloz el caminillo de grava y desapareció entre las hojas de un tronco de Brasil.

Al cabo de tres días lo devolverían a su celda y adiós a las sábanas limpias y a la comida de la enfermería, adiós a la música que los auxiliares ponían por las mañanas a todo trapo, adiós al periódico y, sobre todo, adiós al trabajo hecho en el tercer barrote por la izquierda de la ventana. Le había costado dos semanas de trabajo sacarlo de su sitio. Pero ya salía con más facilidad que la muela de un anciano con piorrea. Había hecho dieta, había perdido tres kilos y pasaba de sobra entre los barrotes. No tenía ni que esforzarse mucho. Estaba en la planta baja y sólo tenía que dar un salto de medio metro para aterrizar en el arriate. Miró a su alrededor. Las luces de la enfermería estaban apagadas. Sólo gracias a una lámpara azul y espectral podía verse a los convalecientes durmiendo a pierna suelta. En la sala de vigilancia, en cambio, sí estaban encendidas. A esas horas el enfermero, el médico de guardia y los dos funcionarios de prisiones jugaban al Risk, el juego

de guerra y conquista mundial, con sus cañoncitos rojos, sus dados y su mapamundi. Una moda importada por Frangipane, el enfermero más joven, el azote del aburrimiento nocturno. Si Enzo quería rehuir las cámaras del circuito cerrado, tenía que llegar al muro de seguridad y caminar con la espalda muy pegada a él. Avanzó muy lentamente, intentando no hacer ruido al pisar la grava. Alcanzó el muro, donde no llegaba la luz de los focos amarillos, y, centímetro a centímetro, con la lentitud de un perezoso, ganó la cancela de hierro, que estaba cerrada a cal y canto, frente a la sala de vigilancia.

—Ataco Medio Oriente desde Egipto con siete cañones. —Era la voz de Frangipane.

—¡Te voy a reventar! —Ése era Vito, uno de los funcionarios.

A Enzo sólo le quedaba un punto al descubierto antes de llegar a la cancela: iluminado por los focos, sin posibilidad de ocultarse, tenía que atravesarlo corriendo y rezar por que en ese momento no hubiera nadie vigilando el centro de la explanada. Sólo había dos guardias. Por suerte, los recortes de personal de los últimos gobiernos habían diezmado el número de vigilantes de seguridad en las cárceles. Eso facilitaba la tarea. Con la plantilla al completo, Enzo jamás se habría planteado una fuga. Habría habido al menos cuatro en las torretas y otros tres en el patio. En esos momentos, sin embargo, con sólo dos funcionarios de prisiones, absortos en no perder la China o la Yakutia, era factible. Podía salir bien.

—Uno, uno, dos, ¡jo, qué mal fario! —gritó Frangipane.

—¡Ja! Olvídate de Medio Oriente, cabrón. Y ahora yo te ataco desde África del Norte —gritó a su vez Vito.

—Pero ¿tú eres tonto, Vito? —Una tercera voz. Debía de ser el médico de guardia—. ¿No ves que así se te va a meter Paolo desde Brasil?

—¡Venga, vamos, doctor, cállese un ratito! —Era Paolo, el otro funcionario, quien evidentemente acariciaba ya sus sueños de expansión por África en cuanto Frangipane se debilitara por ese frente.

Enzo cerró los ojos, respiró hondo y, a pesar de sus sesenta años cumplidos, salió disparado como un rayo hacia la cancela de hierro. Un pantalón de pijama celeste y una camiseta negra atravesaron la explanada iluminada por el cuarzo de los focos. Huidizo como un sueño al despertar. Nadie lo vio. Nadie se dio cuenta. Nadie estaba mirando los monitores de seguridad.

Enzo se agachó a los pies de la cancela. Tenía la respiración entrecortada y sudaba a borbotones. Le tocaba esperar. La cancela de hierro no tardaría en abrirse para dejar paso al camioncillo que acudía a recoger la basura de la enfermería. Tres bolsas grises que esperaban ya delante de la sala de vigilancia. Era el segundo momento más difícil: subirse por detrás, hacerse un ovillo al fondo de la caja del vehículo y esperar a que le tirasen encima las bolsas con los residuos alimentarios de los siete convalecientes, los cinco enfermeros, los dos médicos y los cuatro funcionarios que se daban el relevo. Lo más importante era no dejarse vencer por el sueño. Pero a ese respecto Enzo Baiocchi estaba tranquilo. Le corría tanta adrenalina por el cuerpo que habría podido estar días, semanas e incluso meses sin dormir. Tal vez ni siquiera descansase antes de ir a visitar a aquel hijo de perra. Algo que llevaba cinco largos años esperando.

A las tres de la mañana, las luces de las oficinas de la jefatura estaban apagadas. Sólo había señales de vida por la planta baja y en la sala de operaciones. En la entrada, el agente Miniero, recién trasladado desde la comisaría napolitana del Vomero, intentaba resolver un enigma gráfico de una revista de pasatiempos.

—¡Buenos días!

La voz del subjefe lo devolvió a la realidad. Dio un respingo y se puso firme.

—Jefe, ¿ya está usted por aquí?

—Sí.

Enfundado en su loden, Rocco subió a la planta de las oficinas sin encender ninguna luz; se sabía el camino de memoria. Entró en su despacho, levantó el auricular y marcó el número.

—¿Di… diga?

—¡Italo! Aquí Rocco.

—Pero…

Lo estaba viendo: el agente Pierron volviendo el rostro a un lado y a otro mientras intentaba entender si aquella llamada pertenecía a la realidad o al sueño que acababa de dejar en la almohada.

—¿Qué… qué hora es?

—¡Las tres!

—¿Y qué… qué pasa?

—Lo que pasa es que vas a vestirte y a venirte corriendo a la jefatura. Tenemos una visita que hacer.

—Pero ¿a estas horas?

—¿Tengo que recordarte que hay una chica encerrada en alguna parte que a lo mejor ya está muerta? —Pierron no respondió—. ¡Italo! ¿Te estás quedando dormido?

—No, no. Dame diez minutos.

—¡Y deja el uniforme en casa!

Rocco colgó al tiempo que abría el cajón de las «oraciones laicas de la mañana», como había rebautizado su necesidad diaria de marihuana.

La temperatura baja por las noches. Eso lo sabe todo el mundo. Pero aquella noche de mayo estaba pasándose de lista. Dio la última calada. Una leve sonrisa se le dibujó en la cara. Tiró la colilla a la calle y cerró la ventana. Italo tenía que estar al llegar, de modo que decidió salir a su encuentro.

Apagó la luz y salió del despacho. En el pasillo, a oscuras, el tenue resplandor de la máquina expendedora de dulces iluminaba dos sombras. Había dos siluetas de pie, plantadas en medio del pasillo, con las manos en los bolsillos, como recién salidas de una pesadilla.

—Pero ¿qué coño…? —musitó el subjefe.

Eran Deruta y D'Intino. Su aspecto trasnochado los hacía parecer dos vagabundos rescatados de las aguas de un pantano maloliente. Ya no eran agentes del orden público, sólo un recuerdo lejano. Los uniformes tendían claramente al marrón. Los rostros pálidos, lunares, surcados por goterones de barro negro que les bajaban por los carrillos dibujando una telaraña de horror. D'Intino estaba chorreando y todavía no se había quitado la gorra, hecha un guiñapo. Deruta no llevaba más que la camisa, rasgada por delante, mientras que los bajos de los pantalones habían acabado por debajo de las suelas de los zapatos. Dos veteranos de una derrota colosal, de Caporetto por lo menos, o del frente ruso del 43.

—¿Qué coño habéis hecho?

—Buscar la casa de Viorelo Midea —respondió Deruta.

Rocco tuvo que hacer un esfuerzo por recordar quién era Viorelo Midea. Deruta captó su incertidumbre.

—El rumano, el que murió en el accidente.

Rocco disimuló su despiste.

—Ya, ya. ¿Y bien?

—¡La hemos encontrado! —exclamó feliz D'Intino, que acto seguido se dio media vuelta y vomitó al lado de la máquina del café.

Un cuarto de hora después, en la oficina de pasaportes, Italo y el agente Miniero ofrecían a los dos pobrecillos un poco de té de la máquina, mientras Rocco observaba la escena como si la cosa no fuera con él.

—Ha sido duro, jefe —dijo Deruta.

—Durísimo.

—Pero ¿cómo os las habéis apañado? —preguntó Italo.

—Pensando.

—¡Eso sí que es una buena noticia! —intervino Rocco.

—La cosa fue así. Empezamos por la casa de los abisinios.

—Eritreos —lo corrigió Schiavone.

—Sí, vamos, ésos. Y nos recorrimos todo el bloque.

—Probamos la llave en todas las cerraduras —siguió D'Intino—. Pero nada, que no coincidía.

—Con deciros que una vieja le pegó con un bolso a D'Intino porque no había visto el uniforme… Y después hicimos el bloque de al lado y el siguiente.

—Pero nada, que no entraba en ninguna. ¡Para mear y no echar gota, jefe!

—¡Y entonces se me ocurrió una idea! —exclamó Deruta.

—¡Oye, que se me ocurrió a mí! —replicó su compañero.

—¡Sí, hombre! Fui yo el que te dijo que fuéramos al barrio…

—No, fui yo, y tú diciendo: «No, no.» Pero al final te convencí y…

—Venga, vale, fue idea de los dos. Prosigamos —medió Rocco.

—El caso es que pensamos que, como no tenía dinero, lo mismo vivía en un barrio pobre.

—Uau… —dijo Italo, conteniendo la risa—. Bien visto.

—Es verdad, Italo, qué tíos —le siguió Rocco—. Es una deducción extraordinaria. No se me habría ocurrido en la vida.

D'Intino sonrió al subjefe.

—¿Verdad? Y, total, que nos fuimos a recorrernos los barrios pobres. ¡Aunque en Aosta no es que haya muchos, que digamos!

—No.

—Y luego este cretino —prosiguió Deruta señalando a su colega — ¿qué hizo?

—No sé. ¿Qué hizo D'Intino? —preguntó Rocco.

—¡Dio marcha atrás en el aparcamiento y bum! —Entrechocó las manos para subrayar lo sucedido—. Se empotró contra una furgoneta.

—¿Y el coche?

—Tiene un poco roto el parachoques y los faros —respondió D'Intino, mirando al suelo—. No va muy fino y sale humo del motor.

Rocco puso los ojos en blanco.

—Pero, dentro de lo malo, también hemos tenido un poco de suerte —reanudó el relato de Deruta.

—¿Resumiendo? —Rocco no daba para más: o iban al grano o les tiraba encima todas las carpetas de la oficina de pasaportes.

—Habíamos chocado contra una furgoneta de rumanos, que estaban llenándola de cosas para llevar a Romanía.

—¡A Rumanía, Deruta, a Rumanía!

—Sí, sí, Romanía. Pero, jefe, no me interrumpa, que pierdo el hilo.

—Es verdad —apoyó la moción D'Intino.

—No vuelvo a interrumpiros.

Deruta tomó aire.

—Total, que habíamos chocado contra los rumanos… Bueno, contra los rumanos había chocado D'Intino… la culpa es suya. Pero, como eran rumanos, pues les preguntamos si conocían a Viorelo Midea. ¡Y uno sonrió y nos dijo que sí!

—Y también nos dijo dónde vivía, ¡y allá que nos fuimos!

—Y ahora viene lo mejor. Llegamos a la casa, metemos la llave para ver si entra ¡y bum! —Deruta dio otra palmada.

—¡Se nos echan encima, jefe! Y eran cuatro. Fundiéndonos a palos.

—Y D'Intino y yo venga también a dar hostias a porrillo, ahí no había Dios que se enterase de nada. Y yo empecé también a meter puñetazos al tuntún. Pero le di a D'Intino en las costillas.

—¡Que las tenía fastidiadas!

—A mamporrazo limpio. Yo me llevé un puñetazo en la cara y otro en la oreja.

—Yo uno en las costillas, pero fue Deruta, y otro en la cabeza, en toda la coronilla.

—Pero ¿quién coño os estaba dando de hostias? —gritó Rocco.

—Los de la casa. D'Intino y yo nos escapamos por la puerta, pero cogieron y nos siguieron. D'Intino ha acabado en un charco.

—Sí, jefe, ¿sabe los charcos esos a los lados de la carretera? ¿Cómo se llaman…?

—Charcos —respondió Rocco.

—Eso, sí. Ahí he acabado.

—Y a mí me han tirado algo a la cabeza y me he caído redondo. Pero, cuando nos hemos recuperado, como había luz en la calle, aunque era de noche, se han dado cuenta de que éramos policías y nos han pedido perdón.

—Sí, es que creían que éramos ladrones.

—¿Ladrones? —preguntó Italo.

—Ladrones. Porque en la casa, aparte de Viorelo, vivían cuatro senegaleses, y no quiera saber las hostias que pegan los senegaleses. El caso es que los cuatro de Senegal y un amigo de Túnez habían vuelto a la casa…

—Hacía unas horas…

—Venga, D'Intino, que sí, que habían llegado hacía unas horas y se habían encontrado todo patas arriba.

—Pero no pueden denunciarlo porque ninguno tiene permiso de residencia.

—Además, el alquiler también es en negro.

—Vale. ¿Algo más?

—Sí. ¿Sabe lo que les habían robado?

—¿Qué les habían robado?

—Nada —respondió Deruta.

—¿Cómo que nada?

—Nada de nada.

—Bueno, a ver —intervino Italo—, tampoco es que en la casa hubiera joyas y cajas fuertes con dinero, ¿no?

—No, no. Había un televisor, un iPod y una cadena. Y no faltaba nada. Lo único que han hecho ha sido abrir los cajones, los armarios…

—Vamos, que lo han revuelto todo, pero ya está.

Italo sonreía; Rocco, en cambio, estaba pensativo.

—Qué raro… A un ladrón profesional no se le ocurre entrar en casa de unos muertos de hambre. Es un pobre desgraciado, como ellos, y no se lleva nada… Es raro.

—¡Eso mismo hemos pensado nosotros! —exclamó, orgulloso, D'Intino—. A ver, yo el iPod me lo habría mangado, ¿no?

—Bien, buen trabajo. Si estuviésemos en tiempos de guerra, os propondría para una condecoración. Pero no estamos en guerra.

—Qué mala sombra —refunfuñó entre dientes D'Intino.

—Pero habéis hecho un trabajo extraordinario. Anda, ya os podéis ir a casa. Y mañana podéis venir más tarde.

—¿A qué hora? —preguntó Deruta.

—Más tarde.

—Pero, oiga, ¿qué hacemos con eso de que ninguno tenga papeles?

—Pues… ¿qué vais a hacer? Nada.

—Entonces, ¿no los arrestamos? —preguntó D'Intino.

—Va a ser que no.

—¿Y lo del alquiler en negro?

—Por ahora, estaos quietecitos. Anda, a casa. —Le hizo una seña a Italo y salieron juntos de la oficina de pasaportes.

Deruta sonrió a su colega.

—¡Buen trabajo! —exclamó, y le dio un apretón de manos.

La cancela de hierro tembló. Enzo se apartó lentamente del muro. Una luz anaranjada parpadeó para advertir de la apertura de los batientes. En el umbral de la sala de vigilancia apareció la figura de Paolo, uno de los funcionarios. Cuando se abrió del todo, asomaron por fin los faros del camioncillo, que embragó y avanzó muy lentamente por el patio de la enfermería. Enzo se lo jugó todo en aquel instante. Fue como un rayo de la sombra de su escondite a la parte trasera del camión, que había atravesado ya la entrada a paso de peatón. Logró apoyar un pie sobre el guardabarros de la matrícula, se agarró con las manos al remolque metálico y, a pesar de que el vehículo estaba en marcha, consiguió meterse dentro de un salto. Se deslizó como una anguila y se dejó caer al interior del remolque de basura. Se desplomó sobre un montón de bolsas grises que apestaban a putrefacción. Se tapó la nariz y la boca con la mano y esperó a que la cancela se cerrara tras el paso del camión.

Media hora de espera. Después, el operario fue lanzando una a una las bolsas al interior del remolque, donde se estrellaron contra la cara y el cuerpo de Enzo. Las de la enfermería apestaban a muerte. Enzo tragó saliva un par de veces, pero no aguantó y vomitó la cena. Notó que el camión reanudaba la marcha. Tendido bocarriba sobre aquel colchón del horror, con la mirada clavada en la bóveda negra del cielo, vio pasar los focos del patio, el muro de seguridad, las torretas, hasta que sintió que el camión tomaba velocidad. Cada vez más. Cada vez más. Cambiaba de marcha y cada vez iba más deprisa.

¡Enzo Baiocchi era libre!

Aparcaron lejos de la tienda. Caminaron luego por la acera. La calle estaba a oscuras, con todos los letreros apagados. Sólo había dos farolas, al principio de la calle y en la curva. Pero no bastaban. El aire se había enfriado, nórdico e inhóspito.

—¿Me quieres explicar qué piensas hacer?

Pero Rocco no respondió. Cuando llegaron a la altura de Chiquiviesos, miró alrededor. Retrocedió varios metros, hasta llegar a una verja de hierro. Trepó fácilmente por ella.

—¿Adónde vas?

—Ven.

El subjefe se coló en el patio interior de un pequeño bloque. Italo, murmurando palabras de odio y rencor contra su superior, lo siguió.

Si Primo Cuaz se veía obligado a tragarse la parrilla nocturna de televisión, no era por vicio, sino porque desde muy joven sólo había trabajado de noche y dormido de día. Con ochenta y cuatro años no es fácil cambiar de costumbres. Siempre le había traído una serie de problemas. La piel pálida, un montón de dioptrías y horarios de comida demenciales: desayunaba a las dos de la tarde, almorzaba a

las nueve y cenaba a las cinco de la madrugada, la hora del primer café de los camioneros o de los que trabajaban en fábricas, como su mujer. Muy a menudo se habían visto ella con los cruasanes y él con la pasta con tomate, contándose el día recién trascurrido o aún por afrontar. Desde que se había jubilado, no hacía más que dar vueltas por la casa mientras Iside roncaba como una bendita, sola en la cama de matrimonio. Había intentado invertir aquel equilibrio con ayuda de somníferos o pasando días enteros sin pegar ojo para coordinarse con el resto de la humanidad. Pero nada, no lo conseguía. Se acostaba a las seis de la mañana y se levantaba a las dos, con la puntualidad de un despertador alemán. En una de esas noches de soledad, Primo había estado echando cuentas: él dormía ocho horas y su mujer otras tantas; de los sesenta años que llevaban casados era como si sólo hubieran pasado juntos veinte. Durante los otros cuarenta, uno de los dos había estado durmiendo a su aire. Para hacer el amor, una costumbre que sólo llevaban siete años sin practicar, se encontraban en la zona gris entre el despertar de uno y el trabajo del otro, entre la vuelta a casa de ella y la salida en uniforme de él. Estaban convencidos de que precisamente esa dificultad logística había mantenido vivos el deseo y las ganas que durante tantos años habían tenido el uno del otro. El resultado tangible, a la vista de todos, eran cuatro hijos y siete nietos. A las cuatro de la madrugada de aquel miércoles de mayo, frío como una losa de mármol, Primo había apagado el televisor cuando aparecieron los títulos del final de *La diligencia*. Fue a la ventana para escrutar el cielo. Ni una estrella. Nubes. En el patio interior del bloque no había ni una luz encendida. Pero, sin saber por qué, las dioptrías que le faltaban de día parecían volverle por la noche como por arte de magia. Algo no cuadraba. Se puso las gafas y entornó los ojos. Habría jurado ver por el patio dos siluetas merodeando a hurtadillas. Muy a hurtadillas.

«Ladrones», se dijo. Cincuenta años de honorable servicio se despertaron con un rugido por sus viejas arterias, por huesos y cerebro. Conservaba todavía la pistola, en la caja de bombones en lo

alto de la estantería metálica. Se apresuró a cogerla. Se le cayeron unas latas de tomate. Las puso en su sitio, pero, al darse la vuelta, se encontró con su mujer en el umbral.

—¿Qué pasa?

—Ladrones. En el bloque.

—¿Y a ti quién te ha dado vela en ese entierro? ¡Que estás jubilado!

—Déjame pasar, Iside, quita de en medio.

—¡Primo, por favor!

Pero el antiguo vigilante nocturno no atendía a razones. Esquivó con brusquedad a su mujer y salió de la casa. Iside bostezó y decidió volver a la cama.

—Haz lo que te salga de ahí —murmuró; ya era mayorcito.

Italo se había reunido con el subjefe ante la ventana de la planta baja, en el patio interior del bloque.

—Italo, si mis cálculos no me fallan, la trastienda da aquí.

—Puede ser. ¿Y qué?

—Pues que te esperas y miras.

—¡Arriba las manos!

Italo y Rocco se volvieron. Una figura blandía un pequeño revólver en la sombra.

—¡Os he pillado! Voy a llamar ahora mismo a la policía.

Rocco sonrió.

—Es que resulta que nosotros somos la policía.

El hombre se adelantó un paso y ganó un poco de luz.

—¿Quiénes son ustedes?

—Subjefe Schiavone y agente Italo Pierron.

El anciano se ajustó las gafas.

—No me lo creo.

—¿Me permite meter la mano en el bolsillo? —preguntó Rocco.

Primo asintió y el subjefe le mostró sus credenciales al vigilante retirado. Que no conseguía leer nada. Doblaba el cartoncillo para

intentar que le diera un poco de luz.

—No… no se lee bien… —Se guardó la pistola bajo el brazo y, cuando cogió la cartera con ambas manos, por fin halló la inclinación adecuada—. Ah… sí. Sí. —Le devolvió la documentación a Rocco—. ¿Y se puede saber qué están haciendo a estas horas de la noche detrás del local?

—Tenemos que entrar sin que nos vean porque sospechamos que llevan a cabo actividades ilícitas.

—¿La tienda de ropa infantil? —preguntó, perplejo, Primo.

—Como lo oye. Y ahora, si no le importa…

—¿Qué hace?

Rocco resopló.

—¡Ya se lo he dicho! ¡Tengo que entrar ahí dentro!

Sacó del bolsillo una navaja suiza. Escogió una lima pequeña y se puso a forzar la contraventana. Empezaron a saltar astillas y trozos de barniz.

—¿Y si hay alarma? —preguntó Italo.

—No tienen —les informó el vigilante.

—Normal. Las alarmas atraen a las fuerzas del orden y esta gente lo último que desea es que se les metan los carabineros y la policía en la tienda —comentó Schiavone.

—Pero ¿quién es «esta gente»? —quiso saber Italo.

—Pero ¿usted es un agente o no? No puede pasarse el rato preguntándole cosas a su superior.

Salió disparado un trozo de madera grande. Llegados a ese punto, Rocco extrajo la hoja de la navaja.

—Sólo hace falta un poco de paciencia —dijo, metiéndola por el corte que acababa de hacer—. Nada, tiene un refuerzo de hierro. Necesito unas tenazas. ¿Tenemos en el coche?

—No se muevan. Yo me encargo. —El vigilante dejó solos a los policías.

—¿Qué estamos haciendo?

—Esperar las tenazas, ¿no?

—¿Podrías desarrollar un poco esa idea?

—A ver, ahí dentro falsifican facturas. O, lo que es lo mismo, que apuntan cifras pero sin hacer caja.

—Pero ¿son tontos o qué?

—No, Italo, de tontos no tienen un pelo. Blanquean dinero. Se inventan cobros inexistentes, pagan impuestos y meten dinero limpio y niquelado en el banco.

—Pero, vamos a ver… ¿quién hace esas cosas?

—¿Tú qué crees? ¿Los jesuitas?

Iside estaba oyendo a su marido trastear en el cuartillo de la cocina.

—Primo, ¿se puede saber qué haces?

—Nada, tú duérmete.

Era muy fácil decirlo cuando aquel idiota había cogido la Beretta —que, por lo demás, Iside había descargado hacía años—, y a saber qué puñetas andaba tramando en la cocina. Se puso las pantuflas y fue a ver. Primo había cogido alicates, tenazas, media caja de herramientas.

—Pero ¡hombre!

—Tenemos que forzar una ventana.

Iside no entendía nada.

—¿Tenemos? Pero ¿no habías ido a arrestar a unos ladrones?

—¡Déjalo, mujer, que no lo entenderías!

—Ya te diré yo si lo entiendo. ¿Vas a explicarme qué está pasando?

—Vale, pero no digas ni mu. Abajo hay dos policías que tienen que entrar en la tienda de Chiquiviesos porque sospechan de actividades ilícitas.

Iside lo consideró.

—Y, a ver, que yo me entere, ¿por qué no lo hacen a la luz del día y con una orden judicial, como en la televisión?

—Porque eso es en la televisión, Iside, no en la vida real.

—Pues a mí no me parece muy normal que tengan que andar forzando una ventana a las cuatro de la mañana. ¿No será que

chocheas, Primo?

Escamado, el hombre salió de la casa.

Primo Cuaz volvió con dos tenazas, un martillo de goma y un taladro de mano.

—¿Por qué tienen que entrar a las cuatro de la madrugada forzando la cerradura, en lugar de esperar a mañana y venir con una orden del juez? —preguntó Primo.

—Porque el juez no está al corriente, porque los dueños de esta tienda no deben enterarse de que hemos venido y porque los únicos que pueden enterarse somos nosotros tres y, además, caballero, a esta gente no se la encierra con una orden de un juez. Esta gente te pega un tiro antes de preguntarte cómo te llamas.

—¿Y qué gente es ésa? —preguntó el anciano vigilante con un hilo de voz.

—Una bastante chunga. Usted póngase en lo peor y seguro que ni se acerca.

—¿Terroristas?

—¡Más quisiera!

Primo se encogió de hombros.

—Miren, he traído unas cosillas.

—Gracias. Con las tenazas había de sobra.

Rocco se puso manos a la obra. Tiró un par de veces hasta que se oyó un ¡tac! y la contraventana se abrió por fin.

Quedaba la ventana.

—Chupado. Es de madera, antigua y sin doble acristalamiento. Pásame el abrigo.

Italo se lo tendió sin entender nada. Rocco se envolvió la mano en él y, de un golpe seco, hizo añicos el cristal con un ruido casi imperceptible.

—¿Seguro que ha sido usted siempre policía, jefe? —preguntó Primo.

—Puede que en otra vida no.

—¡Ya decía yo! —exclamó el vigilante, y le dio un codazo a Italo.

Mientras, el subjefe extrajo escrupulosamente los trozos de cristal del marco de la ventana. Sólo entonces le devolvió el abrigo a Italo.

—Cuidado cuando te lo pongas. Lo mismo se ha quedado alguna esquirla.

—Lo tuyo no tiene nombre.

—Hora de entrar. Por cierto, me llamo Rocco, ¿y usted?

—Primo.

—Gracias, Primo. Ya puede volver a casa. No hace falta que le diga que usted no nos ha visto…

—Descuide.

Italo le devolvió las herramientas al señor Cuaz, que, triscando a pasitos cortos y rápidos, regresó a su casa.

—Hemos echado una nochecita muy buena. Gracias, Rocco.

—A usted, Primo.

El subjefe metió la mano por la apertura que acababa de hacer en el cristal y giró el picaporte. La ventana también había cedido.

—Vamos a echar un vistazo.

La trastienda del local, de unos cien metros cuadrados, estaba llena de cajas de cartón apiladas. La mayoría tenían ideogramas chinos impresos. Con el móvil a modo de linterna, los policías fueron abriéndose camino por aquella selva de columnas de cartón. Daba la sensación de que Rocco se paseara por el garaje de su casa. Se tomaba su tiempo para leer tranquilamente las etiquetas de las cajas, para palparlas como si fueran fruta madura, le faltaba silbar tan campante. Italo, en cambio, estaba tenso. Con movimientos lentos, aguzando el oído, atento a cualquier ruido inesperado, sudaba y notaba ya las axilas empapadas, a pesar de las bajas temperaturas.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó en voz baja. El subjefe no respondió—. Rocco, es mejor que vengamos de día. No estoy

tranquilo. —Se volvió hacia la ventana recién forzada.

El *Himno a la alegría* de Beethoven resonó en la estancia en penumbra.

—¡Me cago en todo! —gritó Rocco.

A Italo se le heló la sangre.

—¡El sonido, capullo! —dijo.

Rocco se apresuró a responder.

—¿Quién es?

—¿Por qué hablas en voz baja?

Era Anna.

—Anna, ¿qué pasa?

—No me has llamado en todo el día. ¿A ti te parece normal?

—Ayer me mandaste a tomar por culo. ¿Por qué iba a llamarte?

—No sé: ¿para pedirme perdón, tal vez?

Rocco extendió los brazos, alucinado. Italo seguía mirando a su alrededor como un hámster atrapado.

—Anna, no es el momento. Estoy en pleno operativo.

—Por supuesto. ¿Y cómo se llama? ¿Elisabetta? ¿Barbara?

—Joder, Anna, que mañana te llamo. Te lo juro.

—Ahórrate la llamada. A las buenas noches.

Y colgó.

—Pero ¿quién coño te llama? —casi gritó Italo.

—Una amiga. Y, cuidadito, que te he oído. Me has llamado capullo.

Italo bajó la mirada.

—Perdón, me he asustado.

—Que no se vuelva a repetir —lo reprendió Rocco—. Sigo siendo tu superior.

—Vale, pero tendrías que haber apagado el móvil.

—¿Y cómo quieres que tengamos luz?

—Yo tengo una linterna.

—Y luego soy yo el capullo… ¡Enciéndela!

Italo obedeció.

Detrás de un montón de cajas se abría un espacio vacío. En el centro, un viejo escritorio de hierro, de oficina de correos, una silla de polipiel y una lamparita de acero. Schiavone se acercó a la mesa, que tenía dos cajones. En el primero había cachivaches y folios. En el de abajo, un libro de contabilidad. Rocco se sentó, encendió la luz y se puso a estudiar el pliego como si fuera un contable.

—¡Esa luz! —gritó ronco Italo.

—Tranquilo. Vamos a ver qué tenemos por aquí.

Una lista con un montón de nombres. Al lado de cada apellido, una cifra. Había algunos subrayados en rojo.

—¿Qué es eso?

—Un registro. Mira esto. Federico Biamonti… Gressoney. Ciento treinta mil. Paride Sassuoli. Pila. Ochenta y cinco mil.

—Pero ¿qué significa?

Rocco apartó los ojos del libro.

—Deudas, Italo, deudas. ¿Se te dan bien las fotos?

—Me apaño.

—Coge el móvil y fotografía todas las páginas. Son sólo cinco hojas. —Se levantó de la silla y le cedió el sitio a Italo—. Y aligera, que se nos va a hacer de día.

Italo buscó el botón de la aplicación de fotos del móvil y se puso manos a la obra. Rocco siguió con el repaso al almacén. Se acercó a una caja grande. Cogió la navaja y la abrió. Dentro había más cajas.

Radios de coche.

Abrió otra. Hervidores eléctricos.

—¿Has terminado?

Italo fotografió la última hoja y guardó el libro en su sitio. Apagó la luz. En ese preciso instante, empezó a chirriar una cerradura.

—Me cago en…

—¡Aquí! —le dijo Rocco.

Italo se reunió enseguida con su jefe tras la columna de cajas.

—¿Qué pasa?

—Viene alguien.

Apagaron la linterna y los móviles.

—*Las crismas ai geiv yu mai jar* —canturreaba alguien, masacrando el clásico de ayer y hoy—. *An de veri nes dei yu gueivit ogüei*.

Uno tras otro, fueron encendiéndose los neones. La trastienda se iluminó como un supermercado en hora punta. A Italo se le desencajaron los ojos. Rocco estaba inmóvil. Tenía la navaja en la mano.

—*Dis yiar tu seif yu fron tiar*. —Una sombra avanzó por la trastienda. Rocco e Italo se acurrucaron contra las cajas como dos ratoncillos—. *Las crismas ai geiv yu mai jar*…

La sombra tomó cuerpo. Era un hombre. Bajo, con barba. Cogió una caja, la abrió, miró el contenido y luego se la echó al hombro.

—*Tu seif yu fron tiar*…

El cuerpo se hizo sombra, los neones se apagaron y la cerradura chirrió una vez más. Rocco e Italo se vieron de nuevo sumidos en la penumbra.

—Joder, ha faltado poco.

—¿Sí? Ya podemos irnos, Italo.

El agente se enjugó el sudor y siguió al subjefe. Sin encender ninguna luz, volvieron a la ventana forzada y otearon el patio interior. Oscuridad total. Ninguna señal de vida. Rocco pasó primero. Italo lo siguió. Tras el cristal del primer piso los saludaba Primo Cuaz. Los policías le devolvieron el saludo y luego, al resguardo del muro del bloque, regresaron a la verja de hierro, treparon y se encontraron de nuevo en la acera, justo a tiempo de ver un Alfa Romeo rojo que se alejaba en dirección al centro.

—¿Dónde hemos estado, Rocco?

—En un sitio estupendo. Me ha aclarado muchas cosas. ¿Y a ti?

—Blanquean dinero y venden objetos robados.

—Pues sí, a eso se dedican. Blanquean y prestan dinero, son unos usureros. Las dos cosas van ligadas, Italo. Estrechamente ligadas.

Cuando volvían ya hacia el coche, Italo le dio un codazo a Rocco.

—¡Mira!

El subjefe levantó la vista y se quedó embobado, como si hubiera visto a la mismísima Virgen sobre los tejados de Aosta.

Estaba nevando.

—No me lo puedo creer. ¿En mayo?

—Son cosas que pasan. ¡Venga, Rocco, ánimo! No te preocupes, con toda el agua que ha caído no cuajará.

Sueño, vigilia, otra vez sueño, otra vez vigilia.

Hasta respirar le costaba más que antes. Con la mano atada al trozo de respaldo, había conseguido tocar el suelo junto a la pierna herida. Notó un charco viscoso y pegajoso como mermelada.

Sangre. Sangre de la herida.

Tienes que levantarte.

Ya no le respondía a la voz, no tenía fuerzas. Sólo le respondía mentalmente.

No tenía sentido seguir hablando en voz alta.

¿Cómo me levanto? ¿Cómo lo hago?

Tienes que apoyar la rodilla en el suelo e impulsarte hacia arriba. Y pivotar con la pierna herida.

Imposible, ya lo he intentado. ¡Duele un montón! Me da vueltas la cabeza y me caigo redonda, ¿no lo entiendes? No puedo.

Sí puedes.

No puedo.

¡Que sí puedes, niñata!

No.

Pues así morirás. ¿Te das cuenta de que vas a morirte?

La noche se marchaba ya. Un resplandor tenue y desvaído empezaba a colorear la oscuridad del sótano. La luz, aunque escasa, ayudaba. Le daba ánimos. Le despejaba la mente. Miró por el ventanuco. Estaba nevando.

No te quedes ahí parada. Te vas a morir. Te vas a apagar como una vela. Aprieta los dientes e inténtalo. ¡Inténtalo!

Poco a poco adelantó el pecho y las manos pegadas a la silla.

Sin dolor.

Debía apoyar la rodilla derecha en el suelo e intentar doblar la otra. Le hormigueaba todo el cuerpo. Le dolían el pecho, los hombros, la pelvis y los tobillos. Y la pierna izquierda, con aquel pedazo de silla ensartado como un arpón, estaba rígida y tensa, parecía un carámbano. Probó a mover los dedos de los pies. Le costó unos minutos despertarlos, pero al final los sintió removerse dentro de las botas. Y sin dolor en el muslo. Pasó a la pantorrilla. Pudo también tensarla sin hacerse daño. Ahora venía lo más difícil. El cuádriceps. Intentó ponerlo rígido. Lentamente, con una mínima contracción. Sin dolor. Bien. La pierna estaba despierta, a lo mejor el dolor sólo acechaba por detrás, a la espera.

La rodilla. ¡Flexiona la rodilla!

Lo hizo despacio, con un movimiento milimétrico y continuo. El dolor llegó como un latigazo paralizante.

¡Sigue!

No puedo.

Tienes que seguir; si no la flexionas, no podrás ponerte de rodillas. ¡Sigue!

Volvió a intentarlo.

¡Dios, Dios, Dios, duele!

¡Sigue!

Era una lucha desigual. Por un lado, ella, y, por el otro, un monstruo que mordía como una fiera.

—¡Chiara, flexiona la rodilla!

No era la vocecita. Era un hombre.

—¡Chiara, flexiónala, joder, flexiona!

¿Era Stefano? Stefano, su monitor de esquí, su profesor. ¿Estaba allí? ¿Podía verla?

—¡Chiara, flexiona la rodilla, por lo que más quieras!

—Ya la doblo, ya la doblo —gritó al tiempo que echaba el pie hacia atrás.

—¡Un poco más!

—¡Duele!

—Ya sé que duele, pero tienes que tirar. Venga, Chiara. ¡Vamos, Chiara!

Echaba hacia atrás el pie y sudaba. El dolor la atenazaba, pero tenía que flexionar la rodilla. Podía hacerlo, debía. Stefano quería que la doblase.

—¡Muy bien, Chiara, sigue así!

Un último berrido. La pierna izquierda quedó doblada.

—¡Muy bien, Chiara! —la jaleó Stefano.

Muy bien, Chiara, repitió la vocecita.

Seguían torturándola unas lenguas de fuego, pero eran ya dolores pasajeros, nada que ver con lo que acababa de experimentar. Con el pecho doblado sobre la pierna buena, respiraba trabajosamente mientras dejaba pasar un poco de tiempo. El fuego se calmaría, el dolor iría a menos e intentaría entonces el último gran esfuerzo para incorporarse de rodillas.

Pero en ese momento decidió que lo mejor era dejarse llevar en un llanto liberador.

A las cinco de una gris madrugada en la que seguía nevando, enclaustrado en su despacho, el subjefe había subido el termostato. Fumaba mientras apuntaba cosas en un bloc. El café de la máquina le había dejado un regusto a barro añejo. Empezaba a echar de menos los rituales matutinos del café en casa, el desayuno en el bar de Ettore y el porro que se fumaba recostado tan ricamente en el sillón de cuero antes de empezar la jornada. Tenía que atrapar como fuera a los que habían secuestrado a Chiara y hacerles pagar por esas noches en vela. Sonó el teléfono.

«¿Quién será a estas horas?», pensó.

—Schiavone, soy Baldi.

—Señoría, ¿usted tampoco puede dormir?

—No. Lo de Chiara Berguet me tiene en vilo y está consumiéndome todas las neuronas.

—¿Algún avance?

—Eso creo. Atento. He descubierto una cosa. Resulta que hace un mes Edil.ber tuvo que enfrentarse a protestas de los sindicatos por haberse retrasado en los pagos e incluso estuvo a punto de despedir a mucha gente. La CGIL, la CISL y la UIL apelaron al artículo 18 del Estatuto de los Trabajadores, Pietro Berguet se vio al borde de la quiebra, que si abogados, que si tiras y aflojas y, en definitiva, lo que ya sabíamos. Pero pasa una cosa: Pietro Berguet resuelve sus problemas económicos, tapa los agujeros y Edil.ber sigue adelante y se presenta a las licitaciones del gobierno de la región.

—Hasta ahí…

—Pero resulta que ni la Caja del Valle ni ningún otro banco les han avalado préstamos ni créditos.

—¿Está seguro?

—Al cien por cien. Así que la pregunta es: ¿de dónde sacó el dinero?

—Me cago en sus muertos… —murmuró Rocco.

—¿Cómo dice?

—He dicho que me cago en sus muertos, señoría.

Se hizo un silencio.

—Sí, coincido —dijo Baldi. Sólo entonces se dio cuenta Rocco de que el juez tenía la voz cansada y quebrada—. Me cago en sus muertos. —Colgó.

Justo en ese instante, Italo entró en el despacho con las fotografías impresas que había hecho del libro de contabilidad descubierto en la tienda. Las dejó sobre la mesa de Rocco.

El subjefe se levantó de la silla.

—Voy a tener unas palabras con el amigo Berguet. —Cogió el abrigo—. ¿Sigue nevando?

—No, ha parado. Tú tranquilo, que no cuaja, ¡ya te lo he dicho!

Pero sí había cuajado. Aosta se había despertado blanca de nieve y Rocco salió de la jefatura maldiciendo las cuatro estaciones, el mes de mayo y, sobre todo, aquella tierra dejada de la mano del sol.

—El tiempo está fatal —había comentado Miniero, el agente napolitano del Vomero, mirando con ojos tristes aquel manto esponjoso que los servicios municipales estaban ya despejando de las carreteras.

«Eso no se hace —se repetía Rocco—. No te pueden enseñar los colores de las flores, el verde de la hierba, soltar los aromas al aire, para luego volver a tapar la caja con las nubes y, venga, todo para adentro otra vez. Eso no se hace.»

Se montó en el Volvo, que por suerte tenía tracción a las cuatro ruedas, y dejó atrás la avenida Battaglione Aosta.

El coche de Scipioni estaba al doblar la curva, frente al chalet de los Berguet en Porossan. El agente no había dormido. Se había pasado la noche entera de vigilancia a pesar de que el subjefe le había dispensado de la misión.

—Ten. Está calentito —le dijo Rocco a Antonio, cuando entró en el coche de paisano y le tendió un café y una bolsita donde había guardado un berlinés de crema y un *strudel*.

—Jefe, que me va a malcriar y se me va a poner barriga de jubilado.

—¿Por qué no te has ido a dormir?

—Porque quería vigilar y no consigo sacarme a esa chiquilla de la cabeza. —Antonio abrió el termo del café y se sirvió en el vasito—. ¿Quiere?

—No, gracias, ya he tomado. ¿Has visto qué hermosura? —le dijo Rocco señalándole la nieve.

—A mí me gusta. Ya se lo he dicho, la prefiero al mar. —Rocco lo miró, pero se abstuvo de hacer ningún comentario—. Este berlinés está tremendo —dijo el agente al primer bocado.

—Te has pringado todo de azúcar.

Scipioni se rió y se le cayó una gota de crema en el uniforme. Se la restregó sin más y le dio otro mordisco.

—Las luces de la planta baja llevan toda la noche encendidas.

Señaló con la cabeza el chalecito de los Berguet. Los árboles del jardín se habían llenado de nieve, al igual que la tapia. Sobre el asfalto, pocas señales de neumáticos.

—La planta baja… En el salón, entonces.

—Arso lar cnc llegra… —farfulló Antonio.

—Anda, traga y luego hablas, que no me entero de una mierda.

Antonio tragó.

—A eso de las cinco ha llegado uno… el de la barbita, el del Audi TT.

—Cerruti.

—Ése. Ha estado una hora o así. Se ha ido hace diez minutos con un montón de folios bajo el brazo.

—Estupendo. Buen trabajo, Antonio. Anda, vete ya a tu casa.

—¿Cómo me voy a ir ahora, si me acaba de traer café? Ya me he despejado. —Antonio Scipioni, como si se hubiera transformado de pronto en un braco italiano, empezó a olisquear el aire—. Aparte de mi peste a sobaco, ¿no le huele a usted a porro?

—¿A mí?

Rocco puso la cara más inocente del mundo.

—Sí, sí. Qué cosa más rara, ¿no?

—Bah, será la nieve, que quema la resina. Voy a ir a hacerles una visita a los Berguet. Cuídate, Scipiò —le dijo, dándole una palmada en el muslo.

Bajó del coche policial y dejó al agente terminándose el desayuno.

—¡Chiss, *enga parriba*! —berreó la voz ahogada por los cuarenta cigarros diarios. La mujer no obtuvo respuesta—. ¡Tú! —Le pegó una patada al colchón tirado sobre el suelo sucio.

Enzo abrió un ojo.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—*Laora* que *televantes* y *tevayalaputamierda*.

Enzo se incorporó. La luz que penetraba por la persiana a medio echar apenas iluminaba el cuarto. Los cristales de la ventana estaban sujetos con cinta adhesiva y el papel de la pared despegado por todas partes.

—¿Hay café? —le preguntó a la mujer.

—*Telotomas nelbar*. Tengo *quirme*. Y humo *pa* cuando *uelva. Notequieroquí*.

Enzo se volvió. Consiguió distinguir mínimamente la bata de flores rojas y verdes que salía disparada de la habitación. Abrió el otro ojo.

—¡Hostia, muy amable! —gritó.

Pero no hubo respuesta. Se apartó de encima las sábanas mugrientas. Puso los pies en el suelo y se restregó la cara. No era fácil levantarse del colchón. Vio a su lado una silla que hacía las veces de mesita de noche y se apoyó en ella para incorporarse. En cuanto se puso en pie, le dio vueltas la cabeza. Respiró hondo y esperó a que el carrusel se calmara un poco para salir de la habitación. Se asomó a la cocina. La mujer estaba ante el fregadero de mármol, secando vasos de Nutella y platos de cristal de colores.

—Venga, Robè, no me seas, ponle un cafetito a Enzo.

La mujer dejó el vaso en el escurreplatos de plástico.

—Te *via* decir una cosa. Sé contar. Al graduado llegué. Y faltaban *po* lo menos tres años para verte *po* la calle. Ahora que yo no quiero saber qué haces *qui* en mi casa. Yo ni *tevisto* ni *tablado*. Pero i*sacabó* la noche y ya *testás* largando!

Enzo sonrió.

—¿Tienes un cigarro por lo menos?

—Ya no fumo —mintió la mujer.

Se secó las manos en la bata y se arregló el pelo, que tenía mitad rubio, mitad raíces negras y blancas. Enzo la miró detenidamente. Aparentaba por lo menos quince años más de los treinta y dos que tenía.

—Estás muy estropeada.

—¿Ah, sí? ¿Tú crees? ¿Será porque me parto los cuernos *tol* santo día, limpiando escaleras y *lavándolel* culo *losviejos*? ¿Será porque no tengo dinero *pa* darle comer al chiquillo? Y gracias la abuela que *tenguna* casa donde caerme muerta.

Enzo echó una ojeada por la cocina. Toda ennegrecida por encima de los viejos armarios de formica, dos sillas desparejadas, un televisor viejo apoyado sobre unas cajas de madera.

—¿A esto lo llamas tú casa?

—Mejor *questar bajún* puente, ¿no? O en el talego.

—¡Es que tú nunca has tenido ambiciones!

—Sí, ¡y no veas las tuyas! ¿Has echado cuentas? *Pa* mí que llevas más años a la sombra que fuera. ¿Es o no?

—Y a mucha honra.

La mujer cogió unos rotuladores y dos cuadernos de la mesa de la cocina y fue a guardarlos en un viejo mueble con un espejo deslustrado que dominaba la minúscula entrada.

—¿Ah, sí? ¿A *muchonra*? Te parecerá bonito… —Volvió a la cocina, cogió una bayeta húmeda y le dio una pasada al hule de floripondios azules de la mesa—. ¿Qué? ¿Cuánto por largarte *daquí* y desaparecer de mi vida?

Enzo asintió.

—¿Puedes prestarme veinte euros?

Roberta fulminó a Enzo con la mirada.

—¿Sabes qué? *Quenvidio* mis amigas que ya no tienen padre. ¿Y sabes por qué? Porque *po* lo menos lo recuerdan y le ven lo bonito. Es lo bueno que tienen los muertos comparados con los vivos: ni hablan, ni respiran, ni apestan.

Tiró la bayeta mojada contra el fregadero de mármol rajado y salió, dejando que su padre rumiara aquellas palabras.

Fue Dolores, la criada filipina, quien abrió la puerta. Ojeras y mirada apagada y adormecida. Miró a Rocco, pero no lo reconoció.

—Buenos días, Dolores. Schiavone, jefatura de Aosta.

La filipina se hizo a un lado para dejarlo pasar como si siempre hubiera esperado que, antes o después, volviera aquel hombre del abrigo raro.

En la casa hacía frío. Reinaba el mismo silencio y el mismo olor a canela del día anterior. Pietro salió de la cocina. No se había cambiado de ropa, o llevaba una muy parecida. La camisa abierta, sin corbata, barba de dos días.

—Señor… —No recordaba el apellido.

—Subjefe Schiavone.

—Claro, claro, por supuesto. Perdóneme, pero son unos días un poco… ¿Quiere un café? ¿O alguna otra cosa? Por favor, pase por aquí. —Le indicó por señas que se dirigiera hacia el salón.

Rocco atravesó la puerta doble, bajo la natividad del siglo XVI —a ojo de buen cubero—, y entró en una estancia de oro. De oro las paredes, de oro los muebles, los marcos de cuadros y espejos. Doradas las cornisas. Parecía que hubieran acribillado la estancia con ráfagas de rayos de sol. Pero sol no había, ni allí ni en toda Aosta.

—¿Ni un vaso de agua? —preguntó Pietro.

—Tampoco.

El dueño de la casa señaló uno de los tres sofás enormes centrados ante una chimenea de mármol decorada con racimos de uva.

Rocco se arrellanó en uno.

—Perdone a mi esposa, está durmiendo todavía.

—¿No querrá decir que acaba de acostarse?

Pietro lo miró con una sonrisa falsa y tensa en los labios.

—No… no entiendo.

—¿No quiere saber por qué he venido?

—Supongo que por la historia de ayer, ¿no? ¿Por lo del obrero muerto?

—¿A las siete menos veinte?

Pietro miró el reloj.

—Es verdad. No son ni las siete. —Volvió a clavar la mirada en Rocco.

—Berguet, dejémonos de gilipolleces. —El cambio de tono fue como un puñetazo en el estómago—. Bueno, ¿qué, ha hablado con Chiara?

Al oír el nombre de su hija, Pietro se puso blanco. Se dejó caer en el sofá, se llevó las manos al pelo y rompió a llorar sin dejar de menear la cabeza.

Rocco suspiró con pesar.

—¿No ha hablado con ella desde que desapareció?

—No.

Dolores entró con una bandeja. Se quedó parada en la puerta. Miró al dueño de la casa doblado en dos y, con la ligereza de una pluma, dejó el café sobre la mesa de mármol. Y desapareció.

—¿Quién ha sido?

Pietro suspiró. Cogió el café. Bebió.

—Si sabe que mi hija ha desaparecido, será porque sabe también quién ha sido.

—Déjese de jueguecitos, Pietro. ¿Qué quieren?

—Dinero.

—Miente.

—¿Y qué cree usted que quieren?

—Otra cosa. ¿Le parece que resumamos y le diga lo que creo yo? Creo que en su empresa no es oro todo lo que reluce y tiene problemas de liquidez. Sé que para usted es vital el próximo concurso de licitación del gobierno de la región, y que suele recurrir a la Caja del Valle para sus créditos, pero que no fueron ellos quienes le sacaron las castañas del fuego en la última crisis.

—Hay que ver cuántas cosas sabe…

—¿Verdad? Pues ahora va a usted a decirme quién es Carlo Cutrì.

Pietro cabeceaba sin dejar de mirar la mesa de mármol. En ese momento entró Giuliana Berguet en la habitación. Pantalones de terciopelo y jersey de cuello alto. Ojos que habían exprimido todas las lágrimas que tenían, con unos cercos negros que ni un retrato de Munch.

—¿Otra vez con la historia del coche, caballero? —preguntó con un tono de entusiasmo forzado.

Rocco se levantó del sofá. La mujer miró al marido a la cara.

—¡Giuliana! El comisario lo sabe todo.

—Subjefe…

—¿Perdone?

—Que soy subjefe —precisó Schiavone.

Giuliana Berguet se desmoronó sobre el brazo del sofá como si le hubieran pegado con un mazo en las rodillas y acompañó la caída con un débil ruido gutural. Parecía una colchoneta desinflada a finales de verano.

—Señor Berguet, ¿quién es Carlo Cutrì?

—No lo sé. No lo he visto en mi vida. Yo siempre he hablado con Michele.

—Pues entonces háblеme de Michele Diemoz.

—De acuerdo. Siempre he tratado con él, es de Cuneaz, valdostano.

—¿Quién le dio el dinero?

—Ya se lo he dicho: Michele hizo de intermediario y me consiguió el préstamo.

—¿Cuánto?

—Al principio quinientos mil. Y luego otros setecientos.

—¡Están pidiéndonos más de tres millones! —intervino Giuliana con los ojos llenos de lágrimas.

—¡¿Quiénes?! —gritó Rocco.

—¡Que no los conozco, coño! —estalló Pietro—. Ya se lo he dicho. ¡Que yo a esa gente de por ahí abajo no la he visto en mi vida!

—¿De por ahí abajo?

—De Cosenza —apuntó Giuliana.

Pese a estar a un par de metros de la mujer, Rocco creyó sentir la vibración de sus huesos.

—Entonces, ¿qué es lo que quieren? No me diga dinero porque no me lo creo.

—Quieren una parte de Edil.ber. Más de la mitad.

Rocco asintió.

—A ver si lo entiendo. Usted tendría que renunciar a parte de sus acciones a favor de…

—Todavía no lo sé. De uno que va a ir al notario y va a quedarse con parte de mi empresa. Que era de mi padre y, antes, de mi abuelo.

Rocco se puso en pie.

—Pero eso no debe pasar.

—Pues usted me dirá qué coño hago.

—¿Por qué no nos ha llamado? ¿Por qué no nos ha informado?

—¿Para qué? —No lo había preguntado Pietro, sino su hermano, Marcello, que acababa de aparecer en el umbral del salón—. ¿Me lo puede explicar, señor subjefe? ¿Qué habríamos ganado con eso? Si quiere, le respondo yo mismo: no volver a ver a Chiara. ¡Y su presencia en esta casa no juega a favor de la salud de mi sobrina!

—Habríamos pinchado los teléfonos. Nos habríamos puesto en movimiento y habríamos cerrado esta historia.

—¡Habríamos, habríamos! —Pietro se había levantado para ir a encarar al policía—. ¿Y dónde estaban usted y sus colegas cuando todos los bancos me cerraron el grifo? ¿Cuando debía pagar a los proveedores? ¿Cuando mi empresa no tenía nada en el banco y no sabía a qué santo encomendarme?

—Mire, señor Berguet, no sé decirle dónde estaba yo, pero ¡lo que sí sé es que ha ido usted a pedirle ayuda a la gente equivocada!

—Ya, pero… ¿qué podemos hacer? —preguntó Giuliana—. Y ahora encima tienen a Chiara.

—¿Han hablado con ellos?

—Todavía no.

—Han llamado —intervino Marcello, creando un silencio fúnebre en la estancia—. Esta tarde nos dejarán hablar con Chiara.

—¿Cuándo han llamado? ¿Adónde? —preguntó Rocco a gritos.

—Aquí a la casa. Hace media hora. Una voz de hombre, con acento del sur.

—Pero ¡copón, dejen que los ayudemos! Señora, se lo digo a usted. Pinchamos el teléfono y…

—¡No! —gritó Giuliana—. ¡No! Tienen a mi niña, ¿es que no lo comprende? La tienen en sus manos y podrían hacerle cosas que…

La mujer volvió a echarse a llorar. Pietro se le acercó.

—Se lo ruego, señor Schiavone, se lo pido como padre de familia. Ya lo tengo decidido: entrego las acciones, la empresa, me pierdo en el quinto pino, pero quiero que me devuelvan a Chiara. Es lo único que pido.

Rocco se acercó a la ventana. Se había puesto otra vez a nevar.

—No le van a permitir retirarse. Esa gente lo necesita. ¿Qué van a hacer con una parte de Edil.ber sin los conocimientos adecuados? ¿Sin su experiencia? No, amigo mío, usted de esto no se va a librar jamás. Son como las arenas movedizas. Mientras les sirva de algo, lo tendrán atrapado de por vida. Lo irán consumiendo trocito a trocito y, hasta que decidan que han tenido suficiente, no lo dejarán en paz. Pero para entonces estará usted hecho unos zorros. ¿Se da cuenta? Y a eso sume otra cosa. No me gusta reconocerlo, pero hasta yo tengo una ética profesional. ¿Qué quiere que haga ante un delito semejante? ¿Dar media vuelta y volver a mi despacho como si aquí no pasara nada?

—¡Italia es así, amigo! —terció Marcello.

—¡Italia, mis huevos, Marcello Berguet! —gritó Rocco.

—¿Qué pasa, he ofendido su sentido de la justicia?

—Ha ofendido mi sentido de la justicia. El mío, que quede claro. Y añada a eso que no me gusta que se rían en mi puta cara. Y cuando eso pasa, me pongo hecho una fiera. La Justicia tiene poco que ver. Pero que se rían en mi puta cara, sí. Ni aquí, ni a mí, ni que lo haga gente como ustedes o cuatro mierdas de la 'Ndrangheta. Espero que haya quedado claro.

Dicho esto, se dirigió a grandes zancadas hacia el pasillo.

—No haga ninguna locura, subjefe, se lo ruego. Está en juego la vida de mi hija.

—Giuliana, yo nunca he hecho locuras, créame. Lo único que le voy a pedir es que me avisen en cuanto hayan hablado con su hija. No muevan un dedo hasta que la hayan oído y sepan que no le ha pasado nada. ¿Me he explicado? —Pietro Berguet asintió—. Exijan hablar con ella. Si se niegan, manténganse firmes. Créanme, es la única forma de que vuelvan a verla con vida.

—¿Sabe una cosa, señor Schiavone? —le preguntó Giuliana mirándolo a la cara—. Ha sido entrar usted por la puerta y oler el tufo: a problemas y a muerte.

—¿A muerte? ¿Y qué sabrá usted de la muerte?

¡Lo había conseguido! Lo había logrado. Extenuada por el dolor, con los ojos casi ciegos de tanto llorar, Chiara estaba de pie. Apoyada en la pared, pero de pie.

Se había abalanzado sobre el grifo que goteaba. Cada pequeño paso era una puñalada, pero parecía ir acostumbrándose a aquel dolor infernal. Había intentado abrirlo con los dientes, pero no había manera. Había lamido las gotas de agua que caían, una cada cuatro segundos. Sabía a hierro, pero era agua.

¿Y si no es potable?, le había dicho la vocecita.

—Me da igual.

El dolor sólo le dio tregua cuando se quedó parada y pegada a la pared, con todo el peso sobre la pierna buena. Consiguió volver la cabeza y ver el trozo de silla ensartado en el músculo como el cuchillo de la mantequilla. Se le había deslizado sangre por el muslo y la pantorrilla, hasta los zapatos. Oscura y reseca. Pero la hemorragia había parado. Chiara se quedó mirando el ventanuco de arriba. La nieve lo había tapado hasta la mitad.

¡Ha nevado! Bien, bien. Entonces no estoy muy lejos de casa. Sólo en Aosta puede nevar en mayo. O en las Tofane. Estoy cerca de casa. Estoy cerca de casa. Las manos. Tengo que soltarme las manos.

Repasó los cachivaches que había en las estanterías: trozos de chatarra y cajitas de madera, pero nada que pudiera ayudarla a serrar aquellas bridas de plástico que le fijaban las muñecas al respaldo de la silla. Clavó la vista en la puerta de madera vieja.

Puedo embestirla. A lo mejor, con dos o tres veces, cede y se abre.

Te vas a romper el cuello.

Mejor no. Mejor no.

Repasó la habitación. La columna de cemento a la que la habían atado estaba resquebrajada por la base y dejaba entrever su esqueleto de hierro. ¿Servirían esos hierros?

¿Para qué? ¿Para serrar? Imposible.

La capucha seguía colgada hacia la mitad de la columna. Se había enganchado en un clavo. Y no era una capucha sino un saco de yuta, de los que se usan para las patatas. La puerta estaba a cinco metros del lavabo donde se había parado a coger aliento y a lamer las gotas de agua. Si quería salir con vida, su única opción era aquella puerta vieja y carcomida.

Tengo que llegar hasta ahí. Pero sin apoyar la pierna mala. Voy a saltitos hasta la puerta. Un saltito y luego otro. Pasito a pasito.

—Las cosas se hacen paso a paso, ¿verdad, Stefano? —preguntó a su monitor de esquí, y por primera vez desde que estaba allí metida le entraron ganas de sonreír. Pensó en Max.

¿Dónde andará el tontorrón? ¿En casa? ¿Qué estará haciendo? ¿Y mamá y papá? ¿Estarán buscándome? ¿Habrá alguien buscándome? ¿O se habrán olvidado de mí?

No va a venir nadie, ¿no te enteras de que no va a venir nadie?

Ya me he enterado, claro que me he enterado.

Miró la puerta. Se mordió los labios. Contó hasta tres y se separó de la pared. Un primer salto sobre la pierna buena, una cuchilla de dolor en el muslo izquierdo. Apretó los puños, los dientes, los ojos. Segundo salto. Segunda cuchilla de dolor. No se había ido, sólo se había escondido en la sombra, como una fiera en reposo, preparada para saltar y seguir mordiendo. Tercer salto sobre la pierna buena y

tercer saetazo. Dolor acumulándose sobre dolor, en una multiplicación exponencial. Ya a un metro de la pared, lejos de todo apoyo, a Chiara no le quedaba más remedio que proseguir. Estaba a medio camino: darse la vuelta le costaría lo mismo que seguir adelante. Siguió.

Cuarto salto sobre la pierna buena. Cuarto rayo devastador. No aguantó, era demasiado. Demasiado hasta para Chiara Berguet, la chica dura, la que nunca se rinde, la que sabe cómo salir de todos los líos, la que lleva de cabeza a un montón de chicos, la que tiene las manos atadas al respaldo de una silla y un puñal de madera clavado en el muslo, la que no puede más y se cae al suelo porque ya casi no ve, porque todo le baila y le da vueltas alrededor, y empieza a vomitar un líquido verde en el suelo del sótano de una casa aislada a más de mil metros de altura mientras fuera cae la nieve.

—Ah, ¿ha venido a por el pelele? —preguntó Melina, sonriendo.

Rocco no respondió. Se fue directo a la puertecita que daba a la trastienda.

—Pero ¿adónde va? ¡Ahí no puede entrar!

Schiavone abrió de golpe y entró en el almacén que había visitado la noche anterior. Se abrió paso entre las cajas. Sentado a la mesa de hierro iluminada por la lamparita de acero estaba el hombre de la barba.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

Rocco puso la mano sobre una caja grande, desgarró el cartón y empezaron a caer al suelo cajitas de teléfonos móviles.

—¿Michele Diemoz?

—Soy yo, pero ¿qué coño se cree…?

—Perdone. —Era Melina, que había corrido detrás de Rocco—. No he podido retenerlo.

—Subjefe Schiavone.

—¿Policía? Qué casualidad, justo esta noche nos han roto la ventana y…

—¡A callar! Usted se viene conmigo a la jefatura.

Michele esbozó una sonrisa desafiante.

—¿Y eso por qué?

—Enséñeme todas las facturas de compra y los albaranes de transporte de estos teléfonos. O de las radios de coche que veo asomar por ahí. O de esos hervidores eléctricos.

Michele sacó el teléfono del bolsillo.

—Yo con usted no voy a ninguna parte.

Rocco se adelantó. Le arrebató el móvil de las manos.

—Quiero llamar a mi abogado…

Michele no se dio cuenta de que le había cruzado la cara un tren interregional hasta que la cabeza se le volvió hacia la pared del otro lado: el dolor llegó con dos segundos de retraso. El subjefe había sido tan rápido que Diemoz ni siquiera había visto venir el golpe. Sintió que la mano del policía lo cogía por el cuello y que una fuerza explosiva lo arrastraba hacia la entrada de la tienda. La cabeza le daba vueltas y veía una sombra rojiza en el ojo derecho.

—¡Melina, socorro! —gritó, como si la regordeta pudiera detener a aquella fuerza de la naturaleza.

La muchacha estaba de pie en un rincón, aterrada y con las manos en el regazo. Cuando Schiavone pasó a su lado tirando de Michele, hundió la cabeza entre los hombros.

Ya fuera de la tienda, el hombre recobró un poco el norte.

—Suélteme. Suélteme. Le juro que lo denuncio por…

En lugar de responder, Rocco se limitó a pegarle una palmada con la mano abierta en el cogote, una colleja como la que se le da a un chiquillo travieso que ha hecho una trastada.

—¡Calladito y andando!

Lo metió en el coche a empujones y fue a sentarse en el asiento del conductor.

—¡Esto es un secuestro!

—Y no intente abrir, que está el seguro echado.

Michele le saltó al cuello y le arañó la cara al subjefe. Éste, con un codazo en las costillas, lo puso en su sitio y lo dejó sin oxígeno. A continuación, lo cogió por la nuca y, de un golpe seco, lo estampó contra el salpicadero. Michele Diemoz perdió el sentido.

—Hostia ya… —dijo Rocco.

La cara del dueño de Chiquiviesos había terminado de romper el plástico del salpicadero. Iba a tener que llevar el coche al chapista.

Deruta había encerrado a Michele Diemoz en el calabozo. Rocco, por su parte, esperaba a Italo frente a la jefatura. Las aceras y las calzadas ya se habían librado de la nieve, pero el cielo amenazaba con ponerse a vomitar de nuevo. El agente Pierron llegó con el coche a ciento veinte por hora y pegó un frenazo a centímetros del subjefe, levantando barro y hielo, que fueron a parar al pantalón de Rocco.

—¿Tú estás gilipollas o qué?

El agente Pierron se apresuró a llegar a la altura de su jefe.

—Perdona. ¿Te he manchado? Por los zapatos parece que sí.

—Duermo poco, mis ritmos circadianos se han ido al traste y llevo un *jet lag* encima como si acabara de llegar de Tokio, así que estoy muy nervioso. —Alargó una mano para coger el libro con las deudas de la tienda Chiquiviesos que estaba tendiéndole Italo.

—Ten. ¡Lo que me habías pedido!

—Perfecto. ¿Quién hay en la tienda?

—Scipioni y Casella.

—Entonces yo me largo a la fiscalía. Las fotos que hiciste ya no sirven, tenemos el original. —Blandiendo el libro de contabilidad, se encaminó hacia su Volvo—. Ve a ver si el idiota de Deruta se ha acordado de encerrar con llave a Diemoz en el calabozo.

—Vale, ¿y luego?

—Espera noticias mías. Y, por cierto, los zapatos… ¿has averiguado dónde los venden?

—Todavía no.

Con los pies empapados y un dolor instalado en las sienes, llevaba diez minutos ante la puerta del juez Baldi. Una vez más, buscando los extraños dibujos que se formaban entre los nudos de la madera y que cada vez parecían distintos. Entre el cansancio y la falta de sueño, no veía nada de nada. Sólo la cabeza de un lagarto que, vista del revés, también podía ser un petardo. Apretaba el libro sin dejar de menear nervioso la pierna derecha.

—¡Aquí me tiene, Schiavone! —resonó a sus espaldas. Baldi, seguido de un secretario, se acercó sin dejar de firmar papeles que el otro iba poniéndole por delante—. ¿Qué pasa?

Rocco se levantó cuando el juez firmaba ya el último documento y despedía al secretario.

—Pase adentro.

Schiavone le tendió el libro de contabilidad al juez Baldi.

—Vamos a ver: necesito una orden de captura contra Michele Diemoz y una de registro de la tienda Chiquiviesos, donde estaba esto.

—A ver si lo he entendido, Schiavone. ¿Quiere usted una orden para algo que ya ha hecho?

—¡Eso es!

—¡Me cago en la leche que mamó, Schiavone! —estalló Baldi, que estampó el libro contra la mesa—. ¿Qué le tengo dicho? ¿Qué le tengo dicho? ¡Sigue usted haciendo lo que le da la real gana, y a los demás, como se dice en mi pueblo, que nos la pique un pollo!

—Por favor, escúcheme, ¡es importante!

—¡Yo tengo que saber las cosas antes! ¡Se lo he dicho un millón de veces!

De una ojeada, Rocco comprobó que la foto de la mujer del magistrado estaba otra vez boca abajo. No, las cosas no andaban bien en la familia.

—¡Por favor, escúcheme! Ese negocio es una tapadera para blanquear dinero. Y en ese libro aparece toda la gente de la región

que tiene deudas con esta organización.

El humor del juez, como un temporal estival que lo sacude y lo anega todo para luego desvanecerse en un abrir y cerrar de ojos, cambió en cuestión de segundos.

—Explíquese mejor.

—Acabo de arrestar al dueño, pero lo he arrestado por receptación. Quedémonos con ese concepto: receptación. El libro que estoy dándole es la prueba del blanqueo y de los préstamos de usura que hacen esos hijos de puta, pero que quede entre nosotros. —Baldi abrió por fin el libro y empezó a hojearlo—. Ahora bien, yo a Diemoz lo arresto porque, aparte de la usura, esos asquerosos tienen la tienda llena de radios y aparatos electrónicos robados. De ahí la receptación.

—¿Por qué quiere disimular el verdadero motivo del arresto?

—Porque tengo que darle una patada a la colmena para cabrear a las abejas. No deben enterarse de que los hemos pillado, pero tienen que hacérselo encima. Y, como sabrá, quien se lo hace encima está en desventaja.

—Y apesta —añadió el juez.

—Exacto.

—¿Cuál es el plan?

—Encontrar a la chica antes de que sea demasiado tarde. Han quedado en el notario para la cesión de la empresa. Tengo que ganar algún día.

—¿Y cómo piensa hacerlo?

—Se me ha ocurrido una cosa.

—Si pretende dispararle al notario, le aconsejo que vaya buscando otra salida.

—A tanto no llego, señoría.

El juez se levantó y empezó a medir el despacho a grandes pasos. Era hiperactivo, no podía estarse quieto más de treinta segundos.

—La chica no ha hablado todavía con sus padres. Aún no la han oído. Hay algo que no cuadra. ¿Me sigue?

Baldi se detuvo en medio de la estancia. Se arregló el tupé rubio y miró al subjefe a los ojos.

—¿Cree que está muerta?

—No lo sé. Pero no debemos descartarlo.

El juez volvió a sentarse.

—De acuerdo, le firmo las órdenes. ¿Habla usted con su superior?

—Claro. Lo convenceré para que haga una bonita rueda de prensa centrada en la receptación. Un gran golpe de la policía, él estará encantado y, de paso, quien deba darse por aludido se enterará por los periódicos y los medios de que las fuerzas del orden están tras la pista de la mercancía robada.

—Pero nuestros hijos de puta…

—Se temerán que hayamos descubierto mucho más que cuatro radios robadas.

El juez asintió.

—No me gusta cómo actúa, y no es ningún secreto. Pero por esta vez haré la vista gorda. Todo sea por Chiara.

—¿Cuántos años tiene?

—Y yo qué sé. Como unos treinta.

Enzo Baiocchi miraba la Beretta calibre 6,35 envuelta aún en plástico. El número de serie estaba rayado.

—¿Ha trabajado mucho esta nena?

—Y yo qué sé. Si quieres que te diga la verdad, ni me acuerdo de por qué la tengo —respondió Flavio, acariciándose la calva, de pie delante de la ventana.

En la avenida Marconi el tráfico era un infierno. Pitos, chirridos de frenos, ambulancias, cada vez que pasaba un autobús temblaban los cristales de la casa.

—¿Alguien quiere café? —gritó desde el salón la madre de Flavio, que tenía ochenta y cinco años y un solo ojo operativo.

Flavio miró a Enzo.

—Yo no sé para qué chilla tanto mi madre, total, si cuando le respondes no se entera de nada.

Enzo se encogió de hombros.

—¿Queréis café entonces? —volvió a gritar la mujer.

Flavio resopló y salió del dormitorio. Enzo se quedó a solas con la pistola. La sopesó. Era ligera. Y fácil de ocultar.

—No querías, ¿no? —le preguntó Flavio al volver al cuarto.

—No. Pero con esto hay que disparar de cerca.

—Yo no quiero saber qué es lo que tienes que hacer. Pero tú tranquilo, que la seis treinta y cinco siempre cumple. Y puedes llevarla en el bolsillo. Es ligera, casi no se ve.

—¿Y algo más grande?

—¿Quieres una nueve? Pero ésa pesa, tiene un retroceso de la hostia y no cabe en los pantalones. Ésta sí. Prueba, ya verás.

Enzo se la metió en el bolsillo del vaquero. Era verdad. Cabía de sobra y apenas se notaba.

—Cómoda es. ¿Cuándo fue la última vez que disparó?

—No sé. Yo siempre la limpio. Vete al Tíber y pega dos petardazos.

—¿Me das también caramelos?

—Claro.

—¿Y cuánto pides?

—Lo dejamos en doscientos y no quiero volver a verte.

—¿Y el pago?

—Cuanto antes.

Enzo miró a su amigo.

—Flaviuccio, que salí ayer.

—Ya. —Flavio se remetió la camisa a cuadros por los pantalones. La panza con forma de sandía le caía con todo su peso por encima del cinturón—. Y te están buscando, ¿verdad?

Enzo asintió.

—Por eso estoy tieso.

Flavio resopló y se acarició una vez más la calva. Por la calle pasó otro autobús. Los cristales y las dos bailarinas de Murano que había

en el mueble de nogal tintinearon.

—Una semana como mucho.

—Eres un amigo, Flavio.

—Venga, anda, que te invito a un café. Pero del bar, no de la porquería que hace mi madre.

La llamada al jefe superior había sido rápida y sintética. Costa ya había convocado la rueda de prensa, a pesar de la poca gracia que le hacía tratar con los periodistas, pero había algo de lo que Rocco era bien consciente: controlar a los escritorcillos de la prensa era lo que más sentido daba a la existencia del alto funcionario del Estado. Y no perdía ocasión de encararse con ellos siempre que estaba en una posición de superioridad manifiesta. A Costa le encantaba verlos bebiendo de sus labios, y sólo él conocía los detalles —suministrados por el propio Schiavone— de aquella acción de su subjefe, rápida, ágil y eficaz. Ninguno de esos gacetilleros había visto en su vida un alijo de receptación semejante. Se enterarían por él, correrían a las redacciones y a sus ordenadores para informar de las palabras exactas del jefe de la policía. Y para Costa era una buena revancha contra aquellas criaturas horrendas, gente que él consideraba sólo un peldaño por encima de la ameba en la escala evolutiva. El porqué es muy sencillo: la mujer lo había dejado pocos años antes por un periodista de *La Stampa*. Y desde entonces el jefe superior había transferido su odio de un solo elemento a todo el conjunto, sin distinción de sexo o credo.

—Coincido con usted, señor Schiavone, no debemos llamar la atención, pero ¿se da cuenta de lo que me está pidiendo?

—Lo único que le pido es que se tome unos días, señor Charbonnier, sólo unos días.

El notario se retorció el lóbulo de la oreja derecha y siguió aspirando por la pipa apagada.

—No sé. ¿Qué excusa voy a ponerle?

—¿Que van a hacerle una auditoría rutinaria, por ejemplo?

—Poco creíble. Pero… ¿está usted seguro?

—Esa chica está secuestrada, señor. Y no la soltarán hasta que Pietro Berguet ceda las acciones de Edil.ber.

El notario asintió. Dejó la pipa en la mesa. Pulsó el interfono.

—Graziella, por favor, tráigame los documentos de Edil.ber.

—Ahora mismo, señor —respondió la secretaria.

—¿Sabe lo que le digo, Schiavone? Que en setenta años que tengo nunca me había pasado nada parecido. Yo pensaba que ya viviría tranquilo hasta que me jubilase, pero…

—Pero…

—Yo sé quién es usted. Leo los periódicos y sé que es un policía serio. Pero, hágase cargo, tendré que hablar también con su superior y…

—Mire, voy a pedirle que no lo haga. Como la cosa empiece a saberse, la que peligra es la chica. Tiene dieciocho años.

Graziella entró con una carpeta delgada. La dejó frente al notario y desapareció a la velocidad del rayo. Enrico Maria Charbonnier la abrió.

—A ver, el beneficiario de la transacción es un tal señor Ugo Montefoschi. Que preside una empresa llamada Hormigones Varese.

—Es un testaferro, seguro. Ya le he dicho quién es la gentuza que está detrás de todo esto.

—A mí esta historia me olió rara desde el principio, si quiere que le diga la verdad, Schiavone. Está claro que Edil.ber no navega por aguas tranquilas, pero con el concurso para el gobierno de la región… En teoría, podrían doblar los beneficios. ¿Qué sentido tiene ceder acciones ahora? Aunque yo me ciño a mi oficio, por mucho que a veces las cosas no me cuadren. Yo a Pietro Berguet no lo conozco. Por aquí siempre venía el hombre ese, el de la barbita recortada.

—¿Cristiano Cerruti?

—El mismo. Que me da que es una especie de brazo derecho de Berguet.

—¿Qué más recuerda?

—La prisa. Iba siempre con una prisa de mil demonios, parecía que estuvieran persiguiéndolo, o algo. A mí nunca me ha gustado un pelo, si le soy sincero. Arrogante, acelerado, siempre hablando conmigo y a la vez con vaya usted a saber quién por el móvil. No se despega el teléfono de la oreja.

—Entonces, ¿me va a echar una mano, señor?

Enrico Maria Charbonnier resopló.

—Está usted pidiéndome algo que va en contra de mi ética profesional.

—Lo único que le pido es que confíe en mí y me permita ganar un poco de tiempo.

El notario volvió a coger la pipa.

—No sé. ¿Una auditoría?

—Si quiere, puedo hacer que le manden auditores de verdad. —Al notario se le desencajaron los ojos—. Para fingir una inspección, claro está…

—¿Tiene usted hijos, Schiavone?

—No.

—Yo sí, tres. Y dos nietos. Una tiene la edad de Chiara. Vamos a hacer una cosa, porque, aunque no sea una investigación oficial, voy a necesitar algún documento. —Y sin más, levantó el auricular—. Buenos días, soy Charbonnier, el notario. ¿Me pasa con mi hermano? De acuerdo, espero.

Recargó la pipa. Rocco no veía la hora de que el funcionario público se la encendiese para poder hacer tranquilamente lo propio con un Camel sin tener que pedir permiso.

—Hola, Alfredo. Soy Enrico. Necesito un favor. ¿Has visto los últimos análisis de sangre? ¿Sí? ¿Que algo no va bien? —Enrico Maria Charbonnier asentía—. Ajá… pero… ¿no sería mejor un ingreso de urgencia para un buen chequeo? Sí, como el comer. ¿Tú crees? ¿Hoy mismo? Me parece estupendo. Por cierto, técnicamente, ¿qué

es lo que he tenido? Una fibrilación… bien, estupendo. Perfecto, hasta luego.

Colgó y por fin se encendió la pipa. Hasta después de la tercera calada no miró al subjefe, quien mientras tanto se había puesto el cigarrillo en la boca. El notario le indicó con un gesto que tenía su permiso para encendérselo.

—¿Sabe qué? Esta mañana tenía sangre en las heces.

—¡Qué me cuenta!

—Como lo oye. Y también he tenido una fibrilación cardiaca. Y eso que me tomo todos los días una pastillita de Almarytm, pero creo que lo más sensato es un ingreso de urgencia de al menos tres días en la clínica en la que trabaja mi hermano. Un cardiólogo de primera. Además, a mi edad, siempre acecha el riesgo de un ictus.

—Ni una palabra más, señor. Con esas cosas no se juega.

—Nada, me termino la pipa y le digo a Graziella que me acompañe.

—Si quiere, lo llevo yo.

—No se moleste. Además, cuanto menos nos vean juntos por ahí a usted y a mí, mejor. Era lo que nos faltaba. —Las volutas de humo de la pipa llenaban la estancia, junto al olor a madera y musgo. Cuando se disipó la bruma, reapareció el rostro del notario—. Señor Schiavone, consiga que Chiara vuelva a su casa. A ser posible, viva.

Rocco asintió. Se estrecharon la mano y salió de la notaría.

La Tiburtina era una vía consular que llevaba a los antiguos romanos a Tívoli, donde se levantaban los chalets de los patricios, para seguir luego hasta Ostia Aterni, la actual Pescara. Ya no se llama vía consular, sino carretera nacional, pero el trazado ha cambiado casi tan poco como el firme. Atraviesa Roma desde la estación Termini y ataja toda la periferia, es una tubería atascada las veinticuatro horas del día, al menos hasta que se aleja bastantes kilómetros de la ronda de circunvalación principal. A diferencia de los romanos, que prefieren tomar la A24 para ir a los Abruzos, Enzo Baiocchi la

recorría ahora a bordo de un viejo Ford que había robado una hora antes. Menos tráfico, menos riesgo de cruzarse con la policía, iba más tranquilo. Aunque el coche era una birria. Tenía muy poca gasolina y, cuando se embalaba y llegaba a las tres mil revoluciones, el motor aullaba. Con las ventanillas abiertas, había dejado ya atrás la ciudad y los barrios al otro lado de la ronda. El caos y los grandes bloques de la capital eran ya sólo un recuerdo. Empezaba a verse el campo. Y pocos coches en circulación.

El testigo de la reserva llevaba diez minutos encendido. Necesitaba una gasolinera, no podía postergarlo más. Una señal a la derecha le anunció que había una a trescientos metros. El fugitivo sonrió, se puso una gorra de béisbol mugrienta que había encontrado en el asiento trasero y se encendió un cigarrillo. Puso los intermitentes y entró en la gasolinera. Era perfecta: sin casas cerca, sólo sembrados y alguna que otra construcción ruinosa perdida en el horizonte. Casi ningún coche y, ante todo, ninguno haciendo cola para repostar. Aparcó junto al surtidor. Un hombre de unos setenta años se acercó con paso lento e indolente.

—¿Cuánto le pongo?

—Lleno.

El hombre cogió la manguera y empezó a echar gasolina en el depósito. Enzo se bajó del coche. Miró alrededor. Lanzó una ojeada por la caseta de chapa llena de productos para el coche. Desierta. El gasolinero estaba solo.

—¿Hace calor, eh?

El hombre no respondió. Devolvió la manguera a su sitio y se acercó a Enzo.

—Son cincuenta euros.

Enzo se llevó la mano al bolsillo. Sacó la pistola, le dio un golpe seco en la sien con la culata y el anciano se desplomó sin un lamento siquiera. Se inclinó sobre el cuerpo y le desabrochó la riñonera. La abrió. Estaba llena de billetes. Feliz, volvió al coche y retomó la Tiburtina rumbo a las montañas.

Un chucho sin collar salió de la casucha de chapa y se plantó gañendo al lado de su amo. Se puso a lamerle la cara, pero el hombre no daba señales de vida.

—Yo lo que quiero saber es si han dicho esta boca es mía, si ha podido hablar con su hija —dijo Rocco, que apretaba el auricular como si temiera que se le escurriera de las manos.

Al otro lado de la línea, Pietro Berguet respiró hondo.

—Sólo unos segundos. Han hablado con mi hermano. Lo único que ha dicho ha sido: «Estoy bien.» Después le han quitado el teléfono. Y han colgado.

—Por lo menos sabemos eso, que está viva.

—Comisario, se lo repito…

—Y yo le repito que es subjefe.

—Subjefe, se lo repito, ya da igual. Vamos a hacer lo que nos piden, recuperaré a mi hija y luego ya actuaremos, en el caso de que la ley todavía pueda echarme una mano.

—Entonces, ¿es eso lo que quiere?

—Es lo que queremos mi esposa y yo. Se lo suplico, no se meta por ahora. Se lo pido de rodillas.

—Vale, señor Berguet, muy bien. Entonces… espero una orden suya para desatar a toda la jefatura. —Colgó el auricular. Miró a Italo —. Han hablado con ella. Parece que está bien. ¿Qué se cuenta el mierda de Diemoz?

—Sigue gritando que es inocente. Pero, de todas formas, hoy lo trasladamos a la cárcel.

—Estupendo.

—¿Qué hacemos, Rocco?

—Seguir con lo nuestro. ¿Caterina qué dice? ¿Viene?

—Sí, tiene que estar al llegar —respondió Italo—. Le ha bajado la fiebre.

—Ponla tras la pista de Hormigones Varese y del tal Ugo Montefoschi. —Mientras Rocco hablaba, Italo iba tomando apuntes

—. Los secuestradores saben que, mañana como muy tarde, irán al notario a escriturar. Tenemos tres días para averiguar lo que sea. ¿Y Antonio?

—Ha detenido a la pobrecilla esa, Melina, la dependienta. Llora y dice que no sabe nada.

—Soltadla, anda, que ésa sabe menos que D'Intino.

Nada más mencionarlo, el agente asomó la cabeza por el despacho.

—Jefe, ¿se puede?

—¿Qué quieres, D'Intino? ¡No es el momento! ¿Te quieres ir a tu casa? ¡Pues vete!

—Un asunto chungo. Pero chungo, chungo.

Rocco puso los ojos en blanco.

—¿Y puedo saber de qué se trata?

—Han encontrado un fiambre.

Rocco miró a Italo.

—¿He oído bien? ¿Ha dicho «fiambre»?

—Creo que sí, jefe, ha dicho «fiambre». Donde «fiambre» significa muerto —aclaró Italo.

—¿Quién?

Había sido la portera, Rosa, quien había llamado a la policía. Al entrar en el piso a limpiar se había encontrado con el cuerpo de Cristiano Cerruti tirado boca abajo en el suelo, en el centro del comedor. Una mancha roja enorme sobre la alfombra y la mesa baja de cristal en mil pedazos. La barbita rala y recortada, impregnada de sangre y trozos de cerebro. Rosa estaba sentada en las escaleras del rellano, más pálida que un cristo crucificado, enjugándose los ojos rojos del llanto. Después de echar a Casella, que era propenso a contaminar la escena del crimen repartiendo su ADN con huellas, esputos y meados, Rocco daba vueltas por la estancia a la espera de su querido y arisco Alberto Fumagalli. Las salpicaduras de sangre habían alcanzado la pared del salón y un óleo de Schifano. Le resultó

extraño, pero el cuadro parecía ganar con aquel manchurrón rojo. El piso era pequeño y estaba decorado a la japonesa. Pocos muebles pero caros, una bonita cocina ordenadísima, ni un adorno, ni un libro. Parecía más un apartahotel que una casa particular. El dormitorio era enorme. Cristiano no había dormido solo en la cama *king-size*. Las almohadas estaban arrugadas, las mantas caídas a un lado, y las sábanas con huellas de cuerpos en ambos lados. En una mesita de noche, un par de gafas y un libro de Krakauer; al otro lado, sobre la alfombrilla, una bandeja con dos tacitas y dos galletas mordisqueadas. Hasta en el baño, que parecía de un hotel de vacaciones, reinaba un orden obsesivo, más allá de un cepillo de dientes apoyado en el lavabo y una maquinilla que todavía tenía espuma de afeitar.

La única certeza era que aquel crimen, a pesar de haber caído en la vida de Rocco con toda su violencia y estupidez, por lo menos formaba parte de la misma historia, del mismo raudal, y no se trataba de un añadido indeseado al follón en el que ya estaba metido. Oyó que trasteaban por el salón. Había llegado Fumagalli. Una vez más, no se saludaron. El patólogo forense, agachado junto al cadáver, estaba poniéndose los guantes de látex.

—Menudo leñazo —dijo, metiendo el dedo por la herida abierta en la parte posterior del cráneo. Provocó un sonido carnoso que, de la dentera, hizo que el estómago de Rocco se cerrara a cal y canto —. Un leñazo seco, sí.

—¿No puedes comportarte como una persona normal y dejar de meter los dedos en las heridas y hacer ruidos asquerosos?

—Mira quién fue a hablar. Bueno, ¿sabes quién es el desgraciado?

—Cristiano Cerruti, brazo derecho de Pietro Berguet, presidente de Edil.ber.

—¿Y sabes por qué se lo han cargado?

—Algo me huelo.

—Voy a ponerle el termómetro, a ver a qué hora ha muerto.

Rocco prefirió no asistir a la operación y seguir echando un vistazo por el piso. Había un videoportero, un cacharro que él mismo quería poner algún día en su casa, y una puerta tan blindada que parecía de banco. Estaba todo en perfecto orden. Fue abriendo puertas en el salón y encontrándose con platos apilados, vasos, servilletas y cubiertos, todo ordenado por forma y color. Cuando volvió a donde estaba Fumagalli, lo vio curiosear al lado de un armario chino rojo lacre. Estaba toqueteando un objeto metálico y poniéndolo en su sitio.

—¿Qué es?

—Anda, Rocco, que te voy a dar una pista, verás qué bien. —Alberto estaba observando detenidamente la bolsa de golf apoyada contra la pared—. Te he averiguado el arma del crimen.

—¿Por qué lo dices?

—Falta el *drive*. El hierro que se usa para el primer golpe. Un golfista que se precie no puede pasar sin un *drive*.

—¿Cómo es?

Alberto sacó un palo.

—En esta punta tiene una cabeza enorme, pero no pesa. —Acto seguido, lanzó un golpe al aire como un maniaco—. Un leñazo con esto en el cráneo te manda al otro barrio aunque lleves casco.

—Pero… ¿y tú cómo lo sabes?

—Bonito, estás hablando con un segunda categoría que ha ganado el Villa Olona y el La Pinetina, entérate.

—¿No podías decir simplemente «porque juego»? ¿A mí qué más me da tu palmarés?

—Es para chincharte.

—No me chinchas. A mí el golf me la trae floja. No es un deporte.

—Perdona, ¿que no es un deporte? —se indignó el médico.

—Cuatro pasos por un campo vestido como un payaso para darle trompazos a una pelotita…

—En 2016 será deporte olímpico.

—¿Junto a los bolos?

—Desde luego, Rocco, es que no aprendes ni a palos.

—Hablando de palos, ¿cómo has dicho que se llama el que falta?

—*Drive*.

—*Drive*. Que a estas alturas yacerá ya en el fondo del Dora.

—O en un vertedero, o enterrado, ¿cómo quieres que lo sepa? —El patólogo regresó junto al cadáver—. Sí, la herida puede coincidir. Venga, me llevo al muchacho al hospital. Si me cuenta algo más, te aviso.

—¿Si te cuenta quién? Ah, ya, perdona.

Rocco había olvidado que Alberto Fumagalli, durante las largas horas en las que tan sólo frecuentaba la compañía de cadáveres, solía hablarles y hacer como si estuvieran vivitos y coleando.

Italo, quien como siempre había salido de la escena del crimen, se asomó tímidamente por la puerta del piso.

—¿Jefe? Rosa tiene que contarle algo…

—¿Quién?

—La portera.

La mujer, que seguía sentada en las escaleras, estaba enjugándose la nariz con un pañuelo que apretaba en el puño y que se había convertido ya en un guiñapo informe, empapado y sucio.

—Venga, Rosa, cuéntele al subjefe lo que me ha dicho —la urgió Italo.

Cuando por fin pareció haber agotado los mocos, levantó la vista hacia Rocco.

—He visto salir a uno de casa del señor Cerruti.

—Ajá. ¿Y…?

—Ha pasado por delante de mi casa. Yo vivo en la planta baja, tengo un pisito pequeño, porque atiendo la portería y limpio en algunas casas. Al señor Cerruti, por ejemplo, iba a limpiarle. Por eso entré esta mañana, fui yo la que lo encontró. Yo estaba en mi casa con mi nieto, que ha venido a verme desde Civita, porque hay unas oposiciones para la delegación, a ver si la Virgen le da una ayudita y

pilla un buen puesto. Le he dejado mi cuarto, aunque él quería dormir en el sofá, el pobrecillo, pero en el sofá me quedo yo… El caso…

—Señora, ¡me está haciendo la picha un lío! —estalló el subjefe —. Háble me ya del hombre que ha visto.

Rosa se sonó la nariz y siguió.

—A ver, señor, yo sabía que Cerruti tenía una amante. Y que esa amante no pasaba nunca por el portal. Lo que hacía era entrar siempre desde el garaje, por abajo. Y subía en el ascensor y luego se iba también por el garaje. Pero yo no la he visto nunca.

Rocco asintió.

—Era un tipo reservado, ¿no?

—Digo yo. Pero he pensado que era importante que lo supiera, ¿no?

—Sí, era importante… Entonces, ¿el hombre que ha visto…?

—Lo he visto de espaldas. Era grande, gordo, vamos. Pero ¿sabe qué? Del bloque no es, seguro.

—¿Pelo largo, corto, rubio, moreno?

—No sé. Llevaba un gorrillo de lana y un abrigo negro. No me acuerdo de más. ¿Puede ser el asesino? —preguntó Rosa con un hilo de voz.

—O lo mismo un fontanero. No sé, señora, pero explíqueme mejor la historia esa del garaje.

—Se puede entrar en el edificio por el garaje, pero hace falta una llave o que te abra alguien desde dentro.

—¿Y lo utilizan todos los propietarios?

—Qué va. Sólo tiene tres plazas. Una es del general, que ya ni conduce, la otra, del estudio de arquitectura del primer piso, pero tienen una furgoneta, y la otra es de Cerruti, el pobre. Él sí la usaba, ya le he dicho. Para que entrara la amante.

Rocco le hizo una seña a Italo.

—Venga, Italo, vamos al garaje. ¿Se puede bajar en ascensor, señora?

—Sí, dele a la letra «ese».

Los dos policías entraron en el ascensor.
—¿Sospechas que la amante pueda ser la asesina?
—El asesino, Italo, el asesino.
—¿Un… un hombre?
—¿Conoces a alguna mujer que se afeite por las mañanas?

Llevaba horas sin moverse. Abría los ojos de vez en cuando, y vuelta a cerrarlos.

Caigo despacio, lentamente, de una planta alta. Altísima. El corazón me aporrea los oídos. Y late despacio, un golpe a cada tanto. Qué frío. Qué frío hace aquí. Pero es raro. Voy a echarme el edredón… de la cama. ¿No lo he puesto? ¿No he puesto el edredón? Dolores, ¿dónde está el edredón? Verás tú que me he dormido con las ventanas abiertas… Qué tonta. Me levanto y las cierro. No se oye nada. ¿Sigue nevando, o ha parado? La nieve anula todos los ruidos. Hasta el aire calla cuando nieva. No se oyen los pasos. Sólo los árboles, cuando sopla viento… y el viento pasa por las agujas. El viento sí lo oigo, y los pasos sobre la nieve. Por eso tengo frío. Me he caído. Me he caído en medio de la nieve. ¿Dónde estaba? Stefano… ¿estaba esquiando? Me parece que me he caído con los esquís. Me duele mucho la pierna. Me la he roto. Stefano, me he roto la pierna, ¿verdad? ¿Por qué no vienes, Stefano? ¡Ayúdame! ¿Dónde estás? ¿Ya no me hablas? ¿Te has marchado? ¿Habéis desaparecido todos, ¿así sin más? ¿Os habéis evaporado? Estoy cansada. Voy a dormir. Cinco minutos. Sólo cinco minutos y me despierto y me pongo de pie. Me levanto y vuelvo a casa. A casa. A casa…

Rocco e Italo escudriñaban a su alrededor. El garaje era pequeño y sobre todo cumplía funciones de trastero. Sólo había una furgoneta aparcada, con «Interiorismo» escrito en un lateral, y otras dos plazas libres, tal como había dicho la portera.

—¿Qué buscamos? —preguntó Italo con los ojos puestos en el suelo.

—Nada. No me vendría mal que se me apareciera la Virgen. De vez en cuando viene bien y todo. ¿Ves? El asesino ha pasado por aquí. Lo que significa que ha aparcado, ha subido por el ascensor, ha hecho lo que tenía que hacer y luego ha vuelto a bajar para coger el coche…

—O la moto…

—O la bicicleta, ¡no te digo!

Rocco se acercó a la verja de hierro automática que daba directamente a la calle.

—Pero… —Sacudió la puerta—. Sígueme. Si ha entrado porque Cristiano le ha abierto desde arriba, ¿cómo ha salido luego?

—¿Habrá cogido las llaves de Cerruti?

—No va con llave. ¿Ves? —Le señaló un extraño agujero de cinco puntas—. Hay que meter una especie de clavija que cierra el circuito y abre la puerta.

—Ah, vale —rectificó Italo—, entonces habrá cogido la clavija de Cristiano. —Rocco resopló—. ¿Qué pasa?

—Que tengo que subir otra vez.

—¿Y qué? Sólo hay que subir a la tercera planta.

—Ya, y encontrarme con el pelmazo de Farinelli recién llegado de Turín. Que seguro que me echa la bronca.

—¿Cómo sabes que ya ha llegado?

—¡Lo huelo!

Italo se encogió de hombros. Se dirigían ya hacia el ascensor cuando el agente aplastó algo con el pie. Los dos policías se detuvieron en seco y miraron al suelo. Italo levantó el pie. Había un fragmento de plástico trasparente.

—¿Y eso?

Rocco lo cogió con la mano.

—¿Qué es? Parece plástico, no es cristal.

—Es policarbonato.

—Traduce, Italo.

—Se utiliza en la fabricación de automóviles.

—¿Puede ser la Virgen?

—A lo mejor.

—¿Quién puede ayudarnos a identificarlo?

—Umberto, mi amigo el de tráfico. Antes era mecánico. Seguro que conoce a alguien.

—Pues venga, corre, ¡no pierdas tiempo!

—Como no llegue el ascensor, no voy a ninguna parte, Rocco.

En el apartamento de Cerruti había ya dos agentes de la Científica trabajando con sus monos blancos. Habían tapado el cadáver del infeliz con una lona.

—Hola, Schiavone. —La inconfundible voz del segundo de la Científica golpeó a Rocco en toda la espalda.

—Venga, Farinè, dime en qué la hemos cagado esta vez.

—Por ahora, en nada. Pero ¿qué te pasa hoy, que no me preguntas por mi mujer?

—Ah, ¿seguís juntos?

—Sí —respondió satisfecho el policía, que ese día, a saber por qué, parecía de un humor excelente.

El misterio de siempre. La señora Farinelli, una mujer tan bella que paraba el tráfico en Turín, seguía compartiendo su existencia con Farinelli, quien, en opinión de Rocco, era la mediocridad en persona. Altura media, sin pelo, una cara de esas que se te olvidan en cuanto doblas la esquina y, lo más grave, totalmente carente de sentido del humor.

—Sí, seguimos juntos. ¿Te sorprende?

—A mí no. Lo que no entiendo es cómo no te sorprende a ti.

—¿Buscabas algo?

—Sí, las llaves de la casa. ¿Las habéis visto?

Farinelli asintió.

—Cerruti… ¿se llamaba así?, era un hombre muy ordenado. Me encantan los hombres ordenados. Me facilitan el trabajo. Dos

llaveros, en el primer cajón de la entrada, ¿lo ves? ¿Aquel mueble chino?

—No es chino, es tibetano —rebatió Rocco.

—¿Y tú qué sabes?

—Déjalo, Farinelli, estas cosas mejor déjamelas a mí. Y, como me toques mucho las pelotas, te digo hasta cuánto cuesta. ¿Y has visto alguna clavija en los juegos?

—Sí, hay una. Ya le he preguntado a la portera. Son para…

—Abrir la puerta automática del garaje —concluyó la frase Rocco.

—Ya veo que estás enterado. Me ha dicho que hay dos por piso.

—¿Dos? ¿Y entonces dónde está la otra? ¡Pues no era tan ordenado el amigo Cerruti! —Le sonrió al compañero—. Aunque yo sé dónde está y tú no.

Farinelli ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Y dónde está?

—Si el asesino es listo, la habrá tirado junto al arma del crimen. Si es tonto, la tendrá todavía en el bolsillo.

—Qué lástima.

—¿El qué?

—El Schifano, que le ha caído sangre.

Ambos se acercaron al cuadro enmarcado.

—Pues a mí me parece que queda bien.

—Tengo que llevármelo para analizarlo. A lo mejor no es sangre de la víctima. ¡Mi lema es no dar nada por sentado! —exclamó Farinelli, que acto seguido retiró la obra de la pared con los guantes puestos.

Detrás apareció una caja fuerte con cerradura.

—Bien. ¡Buen trabajo, Farinelli!

—¿Ves? Por ser minucioso. ¿La abrimos? —Se acercó con el juego de llaves.

Nada de valor. Sólo un montón de folios. Rocco los cogió anticipándose al segundo de la Científica.

—Déjame que eche un vistazo…

Eran cartas de un banco, con saldos, movimientos y gastos elevados.

—Former Bank, en Lugano.

—Ya veo… ¿Y qué pone?

—Que nuestro amigo —rezongó Rocco mientras escudriñaba velozmente los papeles— tiene un saldo de tres millones de euros.

—¡Vaya con Cerruti!

—Pero ¿quieres saber qué es lo más curioso? De esos tres millones, dos millones novecientos mil fueron ingresados hace menos de una semana.

Farinelli miró a Rocco.

—¿Y qué significa eso?

—Una transferencia. De otro banco de Lugano. Da que pensar, ¿no?

—Y tanto.

Rocco le pasó todo el expediente al colega, que se puso a leerlo.

—¿Qué hacemos con el juez?

—Encárgate tú, Farinelli. Eres bueno y ordenado, y al juez le gusta mucho la gente ordenada. —Rocco hizo ademán de marcharse. Pero se detuvo a la altura de la puerta—. ¿Te puedo preguntar una cosa? ¿Por qué pareces hoy de tan buen humor? ¡Nunca te había visto así!

—Porque me encanta la nieve en mayo. Es tan rara, tan esponjosa… Me trae recuerdos de la infancia.

—¿Y desde cuándo tuviste tú infancia?

—Estoy conmocionado, hecho polvo… no tengo palabras. Pero ¿qué está pasando? —gritaba Pietro Berguet. Alguien de la jefatura le había informado de la desgracia. Giuliana estaba descompuesta, tirada como un trapo en uno de los sofás dorados—. ¿Y entonces? ¿Quién ha sido? ¿Cómo es posible? —El presidente de Edil.ber iba de un lado a otro del enorme salón—. ¿Qué he de pensar? He perdido a un amigo y ahora la policía se plantará en las oficinas, ¿y ellos? Ellos

siguen sin soltar a Chiara. Y encima el notario Charbonnier… está ingresado. —Miró a su mujer—. ¿Qué hacemos?

Cuando por fin Pietro Berguet se sentó, Rocco tomó la palabra.

—¿Puede darme el número del móvil de Cristiano? En ese número podrían estar las llamadas entre el asesino y él. Es importante conseguirlo para intentar rastrear las llamadas que hizo.

—Por supuesto, claro. —Pietro se levantó y fue a la entrada.

—¿Habrán sido ellos? —preguntó Giuliana con un hilo de voz.

—No lo sé. Y también me gustaría comprender por qué Cerruti tenía una cuenta en un banco de Lugano con nada menos que tres millones y pico de euros.

Giuliana se quedó con la boca abierta.

—¿Tres… tres millones?

—¿Tanto ganaba en Edil.ber?

Quien le respondió fue Pietro, que había regresado al salón con un papelito en la mano.

—Tenía un sueldo considerable… pero ¡tres millones!

—¿Había heredado, que usted supiera? ¿Alguna posible ganancia, algo que pueda justificar una suma de esas dimensiones?

—No, en absoluto. Al señor Cerruti no le quedaba más que una tía, de Las Marcas, pero no creo… No, yo lo descartaría de plano…

—Luego el asunto se cubre de misterio, ¿no le parece? Señor Berguet, se lo voy a preguntar con toda la calma y toda la buena disposición a escuchar de la que soy capaz. ¿Quién le sugirió que recurriera a esa gente para el préstamo? ¿Quién le habló de Michele Diemoz?

Pietro se mordió los labios.

—De entrada fue el propio banco el que me aconsejó que buscara personas que pudieran ayudarme. Pero la sugerencia concreta… no lo recuerdo. Sé que estábamos una tarde en la oficina…

—Estábamos, ¿quiénes?

—Cristiano y yo. Y se presentó el tal Diemoz. Yo quise saber quién era y Cristiano se encargó de buscar referencias. Parecía trigo

limpio, y con los contactos perfectos en Suiza. Sí, fue Cristiano quien se aseguró de que era trigo limpio. Pero si ahora dice usted que…

—Que estaba usted criando cuervos, señor Berguet.

Pietro se llevó las manos a la cara. Giuliana, en cambio, frunció unos ojos que se le habían vuelto profundos y malvados.

—Y entonces, si ese malnacido, que en paz descanse, estaba con ellos, ¿por qué lo han matado?

A Rocco se le escapó un suspiro.

—Eso todavía no lo sé. Desconozco el móvil. A saber… a lo mejor quería acabar con todo el asunto, venir a hablar con nosotros. O bien…

—¿O bien? —casi gritó Giuliana.

—O bien es una historia distinta y los del sur no tienen nada que ver. Que lo han matado por otra cosa, algo personal. Vamos, que es posible que quien lo ha asesinado sea una persona muy próxima a él y que se trajeran entre manos algún asunto urgente y espinoso. Ah, y por cierto, hablando de los del sur, quería saber: ¿han vuelto a ponerse en contacto?

Los dos cónyuges se quedaron mirándolo.

—No —respondió Pietro—. Nada nuevo.

—Contactarán para volver a quedar en el notario. Pero tenemos que empezar de cero ahora que Charbonnier está en la clínica.

—¿Y Chiara? Ahí sola en manos de… —Giuliana rompió a llorar.

Pietro se acercó a su mujer y le tendió un pañuelo.

—Aquí tiene el número —le dijo después a Schiavone, al tiempo que le alargaba el papelito—. Es el que utilizaba Cristiano para las cosas de la empresa.

—Muchas gracias. —Rocco se lo guardó en el bolsillo—. ¿Qué piensan hacer?

Los Berguet, pálidos y estrechados en un abrazo de impotencia, lo miraron. Respondió el marido:

—No lo sabemos. Estamos esperando instrucciones. El que había quedado con el notario era Cristiano. Yo… nosotros no sabemos qué hacer.

—¿Y Chiara?

—Ya se lo hemos dicho. Sólo la oyó Marcello, un segundo. Pero parecía que estaba bien. Yo de eso no me preocuparía.

—Pues yo sí —replicó Rocco—. ¿Qué seguridad tenemos de que fuese ella la que hablaba? Ninguna.

—¿Y entonces qué hay que esperar para estar seguros? ¿El lóbulo de una oreja? —estalló Giuliana.

Justo en ese momento sonó el teléfono de la casa, peor que un puñal de hielo en la espalda de los Berguet. Rocco alzó una mano.

—Tranquilidad. Respondan e intenten mantener la calma. ¿Hay otro teléfono?

Pietro asintió y le señaló un aparato sobre una cómoda Luis no sé cuántos.

—Vale. Coja usted el inalámbrico. Si lo levantamos a la vez, no se darán cuenta.

Pietro se acercó al teléfono. Los timbrazos seguían retumbando por la casa. El hombre volvió al salón y todos se miraron a los ojos, unos ojos cargados de desesperación, unos ojos que llevaban días sin cerrarse, profundos y oscuros como pozos artesianos.

—A la de tres —dijo el subjefe—. Uno, dos, ¡tres!

Pietro y Rocco levantaron al mismo tiempo el auricular.

—¿Quién es? —preguntó el primero.

—¿Qué pollas está pasando? —respondió una voz cavernosa y lejana.

—¿Son ustedes?

—¿Qué hace la pringue en su despacho?

—Han… han matado al señor Cerruti.

Giuliana se acercó a Pietro.

—Quiero oír a mi hija.

—¡Déjese de pollas!

Rocco reconoció el habla: Calabria, sin asomo de duda.

—Ya la oyeron el otro día. El notario está ingresado. Pero estamos buscando otro… Ya le diremos quién.

—¿Por qué le han hecho eso a Cristiano…?

—¡Los cojones! Nosotros no hemos tocado a ese marica. Vuelvo a llamar. Como tarde, mañana. Y, Berguet, intente no cagarla más. ¡Una palabra a la pringue y nos la cargamos!

Clic.

—¿Oiga? ¿Oiga?

Rocco colgó. Pietro despegó el auricular de la oreja. Giuliana estaba allí delante, esperando noticias como un perrillo ante una galletita.

—Dice que van a volver a llamar para cambiar de notario. Mañana.

Giuliana volvió al sofá. Pietro se apoyó en la pared.

El subjefe salió de casa de los Berguet sin despedirse.

—¿Qué me está contando? —chillaba al teléfono Costa, mientras Schiavone conducía rumbo a la jefatura.

—Señor, hemos llegado al piso y nos hemos encontrado con el cadáver de Cristiano Cerruti.

—Pero tengo convocada la rueda de prensa para lo de la receptación. Y ahora los periodistas van a preguntarme por el homicidio, ¡y yo no sé nada de nada!

—No, jefe, pero créame si le digo que, por ahora, hay poco que saber. Usted limítese a decirles que los investigadores están trabajando en el caso y que los investigadores soy yo.

—Necesito algo más, no puedo exponerme al fuego de los periodistas en bragas y sin munición.

—Le mando ahora mismo al agente Pierron. Él se lo explicará todo y le dará un buen par de pantalones. Llevamos la investigación codo con codo.

—Venga usted también.

«No, mierda… —pensó Rocco—. La rueda de prensa no.» Las ruedas de prensa rondaban el noveno grado en la escala de tocadas de cojones.

—Señor, no voy a poder…

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué? Y esta vez no se invente ningún rollo macabeo de los suyos. Quiero la verdad.

Tal vez había llegado la hora de contarle la verdad a su jefe. No era cuestión de seguir escondiendo el asunto.

—Jefe, estoy llegando a la jefatura. Dentro de diez minutos estoy en su despacho.

—Pues no me va a encontrar, porque he salido. ¡Venga, cuénteme!

Rocco se lo contó todo sin saltarse un solo detalle… aparte del trato con el juez Baldi, el trato con el notario Charbonnier, el trato con la familia Berguet y el falso registro de la tienda Chiquiviesos.

—Caray… ¡qué follón! —exclamó el jefe superior.

—Sí, señor. Le ruego que, por favor, no le diga ni una palabra a la prensa, está en juego la vida de una chica de dieciocho años.

—Pero… ¿por quién me ha tomado, Schiavone? ¿Por uno de sus Gordos y Flacos? Le recuerdo que soy su superior y que usted estaba obligado, repito, obligado, a contarme toda esta historia.

—Costa, llevo dos días sin dormir para no perder detalle de este asunto. Le aseguro que no era mi intención.

—¿Está usted de mi parte o no?

—Siempre de la suya, señor. No me pareció oportuno alarmarlo y ponerlo bajo presión antes de que se aclararan las cosas.

—Le recuerdo que soy del Génova. Y estoy acostumbrado a vivir bajo presión. De modo que resérvese los remilgos para alguna de sus amantes. —A continuación cambió el tono—: Por cierto, ¿le felicité ya por el ligue?

—Sí, señor, ya me felicitó. Y ya sé que fue el panadero quien se lo contó.

—Bien. Bueno, que reserve los remilgos para mujeres como Anna. Yo quiero las cosas claras y transparentes. Esto no va a volver a ocurrir, ¿verdad?

—No volverá a ocurrir, señor.

—Y mire, para que quede claro, si nos meten un buen puro, iremos a medias, ¿entendido?

—Correcto.

—Y ahora, por su culpa, ¡tengo que ir con esta tensión y este sobresalto a enfrentarme a los periodistas!

—No se preocupe. Acuérdese usted del Génova, verá cómo gana el partido.

—¿Lo dice con retranca?

—Jamás se me ocurriría.

—Ya, pero lo hace. No sé por qué no lo mando trasladar.

—Ahora es usted el de la retranca. ¡Porque ya sabe que, por mí, encantado!

—Buen trabajo, Schiavone.

Había llegado a la jefatura. El cielo estaba negro y había empezado a asomar algún copo, en lenta caída sobre la ciudad. Miró la acera, que no tardaría en convertirse otra vez en un helado de nata.

Se encontró a Caterina Rispoli y Antonio Scipioni en su despacho.

—Caterina, ¿cómo andas?

Nariz roja, ojeras, cara de haber dormido poco y mal.

—Qué quiere que le diga, jefe. Cada vez que salgo de casa me pongo peor.

—¿Y qué tal estás en mi despacho?

—Muy bien. Es cómodo y se está calentito.

—¿Quieres que mande a por algo?

—No, gracias. Ya me he tomado un té.

—Antonio… —Rocco le tendió el papelito a Scipioni—. Éste es el número del móvil de la víctima. Mira a ver si pueden darte un listado de las últimas llamadas recibidas.

Antonio asintió.

—¿No tenemos el móvil? El aparato en sí, me refiero.

—Si lo tuviéramos, ya lo habría hecho yo, ¿no te parece?

—Ya, jefe, lo que pasa es que está complicado, se lo digo. Normalmente nos dan un archivo en formato CSV o en XLS y luego

nosotros tenemos que apañárnoslas por nuestra cuenta, pasándolo poco a poco a SQL o con un conversor. Esperemos que tengan por lo menos el ATPS2000.

Rocco lo miró con ojos vacíos.

—No me he enterado de una puta mierda.

—Simplificando: las compañías nos mandan unos archivos que son un puto lío y para averiguar los números es un coñazo. Que se tardan varios días, vamos.

—¿Varios días? No disponemos de varios días.

—Intentaré darme prisa.

—¿Cómo sabes de esas cosas?

—Antes trabajaba en Telecom —explicó, y salió del despacho con una sonrisa inocente.

—Yo, por mi parte, me he estado documentando —le contó Caterina—. Hormigones Varese es una empresa diminuta que lleva meses sin facturar. Ugo Montefoschi es un hombre de ochenta y cuatro años, con domicilio en… —Cogió un folio—. En Villa Sant'Agnese, en Brembate.

Rocco asintió.

—Es un testaferro. Nuestro hombre es el tal Carlo Cutrì.

—Ah, ¿ya lo sabe?… Reside en Lugano, en Suiza. Y al parecer tiene una ferretería.

—Qué hijo de puta —murmuró Rocco volviéndose hacia la ventana—. ¿Ves lo que hace?

—No.

—Registra parte de Edil.ber a nombre del Montefoschi este. Y luego, con otra escritura transfiere las propiedades a su empresa de Suiza. Ése no va a poner un pie aquí en su vida. Y, si viene, será cuando esté ya todo resuelto.

—Pero aquí tiene un cómplice.

—Sí, los que han raptado a Chiara y llaman a nuestro Pietro Berguet. Y yo diría que el intermediario de toda esta mierda era Cristiano Cerruti.

—¿Cerruti?

—Estoy convencido. Igual que estoy convencido de que quería hablar y por eso alguien le ha cerrado el pico para siempre.

—¿Quién? —preguntó Caterina, que cerró los ojos.

—Caterì, vete a casa, anda, y pasa por la farmacia. No me gustaría tener cargo de conciencia por tu culpa.

—Gracias, jefe, la verdad es que no puedo con mi alma. —Se levantó de la silla. Se tambaleó. Rocco corrió a sostenerla.

—¿Te acompaño hasta abajo?

—Como se acerque tanto, le voy a contagiar la gripe.

Se miraron a los ojos. Más tiempo del imprescindible, hasta el punto de sonrojarse.

—Ea, pues hasta luego, Caterina.

—Hasta luego, jefe.

La inspectora salió del despacho de Rocco. Sólo entonces sintió éste que le caía encima todo el cansancio, como una mano de hierro sobre las cervicales y los hombros. En los últimos dos días apenas había acumulado siete horas escasas de sueño. Las zonas oscuras de aquella vivencia seguían sin iluminarse, y no sentía la mente ágil ni despierta. Necesitaba una buena cabezada. El sol ya debía de haberse puesto. Fuera estaba oscuro, aunque por lo menos había dejado de nevar. Las aceras y los árboles estaban igual de blancos que en Navidad. Se disponía a apagar la luz del despacho cuando sonó el teléfono. Resopló y fue a responder.

—Soy tu patólogo forense favorito.

—¿Me siento?

—No, es sólo un minuto. Nuestro golfista me ha dicho a qué hora murió.

—Cuenta.

—Como muy tarde, a las ocho y media. Ni un minuto después. ¿Quieres que te explique cómo lo he sabido?

—Déjalo, que te pones con lo de las temperaturas y me pierdo, no me interesa. Me fío de tu buen hacer.

—No es sólo la temperatura. Es también por el desayuno. Todavía no había empezado a digerirlo. ¿Sabes qué tenía en el

estómago?

—No. ¿A las ocho y media, has dicho?

—Como máximo.

—Eres una joya, Alberto. Gracias, y buenas noches.

—Que yo no me acuesto a las seis y media. Hoy tengo cosas que hacer.

—¿Y adónde vas, si puede saberse?

—A yoga.

—¿Eso en lo que te haces un ocho y luego tiene que venir la Científica a desenredarte?

—Cuando de mayor yo esté ágil y tenga las articulaciones engrasadas y tú no puedas ni agacharte a recoger las llaves, me lo cuentas.

—Tú tranquilo, Alberto, que yo no voy a llegar a viejo.

—Tétrico y solitario. Como corresponde a un auténtico policía.

—Vete a tomar por culo.

—Igualmente, Rocco.

No se fijó en la caja de zapatos que había encima de la silla hasta después de colgar el auricular.

Clarks.

Número 44. Y un papelito: «Espero haber acertado con el número.»

Pero no estaba firmado.

Iba directo a la pizzería al corte para la cena opípara de siempre, cuando vio que Anna salía de la perfumería y cruzaba la calle. Rocco cambió de acera. Con las manos en los bolsillos del loden, paso rápido y silencioso, ojos clavados en los adoquines.

—Perdona. ¿Estás haciendo como si no me conocieras? —resonó la voz de Anna desde el otro lado de la calle.

Rocco detuvo la marcha.

—Yo creía que habías sido bastante clara al respecto…

—¿Y tú te crees todas las cosas que te dice una mujer?

—¿No debería?

—No se responde a una pregunta con otra —contestó Anna.

—Tampoco se para por la calle a un caballero que va a su aire.

—¿Nos tomamos un blanco?

—Venga, tomémonos un blanco.

El bar era todo de madera: mesitas, friso, sillas, barra, hasta el bronceado camarero parecía de palisandro.

—*Santé!* —dijo Anna levantando la copa.

—¡A tu salud! —respondió Rocco.

Las copas tintinearon y el blanco néctar bajó por las gargantas.

—Qué rollo de nieve, ¿no?

—Ya… Pero empiezo a acostumbrarme.

—No te lo crees ni tú. —Anna rió y tomó otro sorbo de vino—. Tienes cara de cansado.

—Sí, estoy hecho polvo.

—¿Qué hacías en el banco?

—¿Cuándo? He empezado a perder la noción del tiempo.

—Ayer. En mi casa estuvimos anteayer por la noche. Y luego yo te llamé…

—Ya, ya, me acuerdo.

—He hablado con Nora. Al final no hemos quedado tan mal.

—¿A qué te refieres?

—Pues fíjate tú que hasta me ha dado las gracias por demostrarle la clase de persona que eres en el fondo.

—¿Y le hacía falta?

—Yo creo que necesitaba un empujoncito para salir de este asunto.

—Ah, entonces, si no he entendido mal, te has acostado conmigo para salvar a tu amiga. ¿Es eso?

Anna sonrió.

—A veces las intenciones y los resultados se mezclan y se funden en una neblina indescifrable. Lo importante es que todos saquemos

algo positivo. Ella se ha librado de ti, tú de ella…

—¿Y tú?

—He saciado mi curiosidad. —Rocco se sirvió otra copa de blanco —. ¿Te he herido en el amor propio?

—Yo no tengo de eso, Anna. Me gusta tu personaje: cínico, taimado, vivido, un poco atormentado y de mujer peleada con la vida. Te lo has diseñado bastante bien. Pero déjame que te diga un par de cosas: eres una mujer sola y llena de complejos que, si un día tuviera que mirarse al espejo con honestidad, se desintegraría.

—¿Y qué te lleva a pensar eso?

—Tienes cuarenta y dos años, pero dices tener treinta y ocho. Te has retocado el pecho y un poco el labio superior porque se te estaba agrietando de tanto fumar. Has estado casada dos veces y no has roto tú ninguno de los matrimonios. Te dejas mantener por el arquitecto Pietro Bucci Nosequé. Te habría gustado ser alguien. Pintas en tu casa, pero tus cuadros, aparte del papel de tus paredes (a los que, si me permites que te lo diga, se parecen), no los ha visto nadie. Tiras la primera piedra y luego escondes la mano, traicionas a una amiga y te buscas una excusa para no sentirte una mierda, das ultimátums que no respetas ni tú. Y cuando haces el amor, lloras.

Anna aplaudió.

—¡Buen trabajo, comisario!

—Subjefe.

—¿Y todas esas cosas las has descubierto fisgoneando por mi casa?

—Dos preguntas por aquí, dos preguntas por allá y un vistazo por acá.

—¿Sabes por qué lloraba mientras hacía el amor contigo?

—¿Por mi buen hacer?

—No. ¡Porque estoy enamorada de ti, capullo de mierda!

El Blanc de Morgex pasó directamente de la copa de Anna a la camisa de Rocco y, de ahí, a los pantalones. La mujer se levantó de

un salto y salió del bar. El policía se quedó mirando cómo el líquido iba oscureciendo el color claro de la pana.

—Empieza a convertirse en una costumbre —dijo.

Ahora apestaba a borracho.

—Apestas a borracho.

—Ya lo sé, Marina, ya lo sé.

Se ríe.

—¿A quién has cabreado esta vez?

No le respondo. No me parece oportuno.

—A una mujer, seguro.

Sigo sin responderle.

—¿No me miras?

La miro.

—Rocco, ¿por qué no me dejas en paz?

Una mano me estruja el estómago, que segrega, peor que un limón, un ácido sulfuroso, caliente y acre que me sube por la garganta y me quema, como si fuera una cerilla encendida.

—No —consigo decir en un susurro—, no te dejo en paz.

—Yo estoy tranquila, Rocco. Tú no. Tú no lo estás. Mira esta casa, por favor.

—¿Qué le pasa?

—Nada, que no tiene nada: ni un cuadro, ni un libro, ni un cedé. Lo único que hay es el televisor, un sofá, un sillón, el armario, la cama y una cocina que no usas. ¿Qué llevas ahí?

Levanto la bolsa de plástico.

—Pizza margarita y patatas con cebolla.

—Después te huele el aliento.

—Lo hago aposta.

Dejo la pizza en la mesa. Le quito el envoltorio. Pero huele bien y todo. Y hoy no parece una herida purulenta, sino una pizza con tomate y mozzarella. Y está rica.

—El hambre que tienes —dice Marina.

—Puede ser.

—¿Quieres que te diga la palabra del día?

—Ah, ¿lo has retomado? ¿Cuál es?

—Redrojo.

—¿Y qué significa?

—Búscalo en el diccionario. No puedo dártelo todo siempre mascado.

Se va al dormitorio. O al baño. Al dormitorio, porque no oigo correr el agua ni cerrar pestillos.

Al tercer bocado de pizza le sonó el móvil. Rocco se levantó. Lo tenía en el bolsillo del loden.

—¿Diga?

—¿Rocco? ¡Soy Adele! —El policía se preguntó por un momento: «¿Qué Adele?»—. ¡Adele! La mujer del capullo de tu amigo Seba. ¿Cómo andas?

¡Adele de Roma!

—Claro que sí, Adele. ¿Cómo estás tú?

—Hecha una mierda. Oye, ¿has hablado con Furio?

—¿Cómo? —Se le había olvidado por completo—. Sí.

—¿Y te viene bien? ¿Me has buscado algo para quedarme?

—Ah, es que… No, Adè, no he encontrado, no he tenido tiempo. El trabajo va a acabar conmigo.

—¿En Aosta?

—En Aosta. Quién lo habría dicho, ¿eh?

Adele soltó una carcajada.

—Bueno, mañana estoy por allí.

Rocco intentó buscar una solución. El día siguiente iba a ser una jornada infernal, y lo sabía.

—Vamos a hacer una cosa. Cuando llegues mañana a Aosta, te vas a la jefatura, yo te mando la dirección por SMS… y te dejo allí las llaves de mi casa. Pasas aquí la noche y ya luego vemos, ¿te parece?

—Me parece. Avenida Battaglione Aosta.

—¿Cómo lo sabes?

—Google. ¿Y tu casa?

—¿Cómo? ¿No está en Google?

Adele volvió a reírse.

—No, no está.

—Calle Piave. Llega y ponte cómoda. Ay, y una cosa, Adele, bueno, dos. Compra algo, porque en la nevera sólo hay eco. Y lo segundo: yo no sé nada. Como Seba se entere de que estoy escondiéndote, me mata.

—Tú tranquilo, Rocco, serán sólo un par de días como mucho. Eres un amigo.

—Anda, anda…

—Hasta mañana, Rocco.

—Hasta mañana.

¿Qué hago? ¿Le cuento a Marina que va a venir Adele?

Leo: «Redrojo: racimo de uvas pequeño con pocos frutos.»

—¿Es por mí, Marina? —No responde—. ¿Lo dices por mí?

El viento removía las palmeras del paseo marítimo. Era viento del este, frío y balcánico. Corrado Pizzuti, enfundado en el chaquetón, se caló bien el gorro de lana. El mar estaba negro y sólo se veían las crestas blancas de los golpes de mar. A lo lejos, por encima de aquella pizarra, luces desperdigadas. Alguien pescando mar adentro. El pueblecito estaba vacío. Sólo se llenaba en los meses de julio y agosto, y las casas, todas de veraneo, tenían los postigos cerrados. En los jardines, tapados con plásticos, reposaban los patines a remos, las tumbonas y las mecedoras. Los céspedes habían visto mejores días. Las casetas de baño de la playa estaban cerradas con trancas y la arena que el viento llevaba levantando todo el invierno había invadido hasta la acera del paseo. Pero ya era mayo y pronto pasarían los meses más difíciles. Corrado lo sabía. Los meses de invierno, en los que la nostalgia de Roma golpeaba a bombo y platillo. Más de una vez había estado a punto de rendirse, coger el coche y volverse a vivir a Fidene, a su barrio de toda la vida. Nada del otro mundo, en la periferia, un antiguo arrabal, pero Roma al fin

y al cabo. En los cuatro años que llevaba en aquella población de provincias sólo había hecho amistad con tres personas, y si quería echar un polvo tenía que ir hasta Pescara y tirar de cartera. Por lo menos la tenía llena. El bar iba bastante bien y en verano se embolsaba lo suficiente para no tener problema el resto de los meses. Pero Roma… Roma es otra historia. Había nacido en la capital, hacía cincuenta y cuatro años, y siempre se había sentido como pez en el agua en medio del jaleo, de aquellos olores infernales… Sin embargo, volver era inconcebible. Aun así, se sentía afortunado. En cuatro años nadie había ido a hacerle una visita, a meterlo en follones ni a ponerlo entre la espada y la pared.

Dobló por su callecita. Era raro, cuatro años y seguía sin acordarse del nombre. Esa noche levantó la vista y leyó el cartel: «Via Treviso.» Bien, se dijo. Vivo en via Treviso. En los pueblos nunca se dice la calle; se dice: vivo al lado de la heladería o pasado el banco, o al lado de lo de Mimì. No era como en Roma: vivo en via Treviso, en el 15. Más que nada porque en el pueblo, aparte de los municipales, nadie sabe dónde está via Treviso. Para todos es la calle de enfrente de los baños de Eraldo. Punto final.

Entró en el patio del bloque. La suya era la escalera A. Su piso, de sesenta metros cuadrados, estaba en el entresuelo. Metió la llave en el portal de aluminio anodizado.

—¡A las buenas, Corrà!

Saltó como un petardo. Se volvió. En la esquina de enfrente, la llama de una cerilla iluminó la cara de Enzo Baiocchi, que despuntaba de la penumbra de los recuerdos como su peor pesadilla.

—¿Cómo va eso?

—¡Enzo! Eh… bien. ¿Y tú?

Enzo apagó la llama. La oscuridad le engulló el rostro. Acto seguido, le dio una calada al cigarrillo y las brasas rojas le colorearon los ojos. Avanzó hacia Corrado y la luz de la farola del patio le dio de pleno.

—¿Has… has salido?

Enzo sonrió.

—Estoy aquí, tú verás…

—¿Quieres que vayamos a tomarnos algo?

—No. —Enzo se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y la dejó allí—. Te voy a hacer una pregunta, Corrado. Pero, antes de responder, piénsatelo bien. ¿Vienes conmigo o te quedas aquí?

—¿Yo? Voy… voy contigo.

—Buen chico.

Enzo sacó la mano del bolsillo. Vacía. Corrado respiró aliviado.

—¿Y adónde vamos?

—Te lo cuento por el camino. Mañana.

—¿Tienes coche?

—No, nos apañamos con el tuyo.

—El mío pica bielas y tiene las ruedas hechas polvo. ¿Adónde tenemos que ir?

—Cogemos el tuyo —insistió Enzo—. ¿Tienes sitio para que yo duerma?

—Ss… sí. Tengo un sofá cama.

—Pues vamos para la casa, que aquí fuera hace frío.

Tiró el cigarrillo y siguió a Corrado por la puerta del edificio.

JUEVES

Debía de haber nevado varias horas esa noche, porque, aunque el cielo estaba raso desde que el alba había despuntado en Aosta, el aire seguía enrarecido y gélido y la ciudad parecía dormir aún un sueño profundo. Las calzadas estaban ya despejadas y sólo un velo liviano, como de algodón de azúcar, ensuciaba las aceras. Las seis y media. Demasiado temprano para ir al bar de Ettore, tendría que desayunar más tarde. Debía volver corriendo al despacho. Las horas de sueño habían surtido efecto, y tenía la sensación de haberse arrancado las telarañas del cerebro. Aprovechó que el quiosco sí estaba abierto. El homicidio de Cristiano Cerruti aparecía en primera página. Por lo que decía el artículo, se notaba que Costa se las había apañado a las mil maravillas. Unas pocas palabras de circunstancias, las típicas fórmulas y promesas. También figuraba su nombre como jefe de la investigación. Seguramente recibiría una llamada del juez Baldi. La víspera había olvidado darle parte de aquel detalle.

Y, como era de esperar, la llamada llegó.

—¿Señoría?

—¿Es que tengo que enterarme por la prensa?

—Perdone, ¿Farinelli no lo ha llamado?

—Farinelli no me ha llamado.

«Será mierda», pensó Rocco.

—Pero ¡tenía que llamarme usted, Schiavone!

—Tiene toda la razón.

—¿Sabe por dónde puede meterse la razón? Bueno, mejor dígame que ya tiene alguna idea.

—Más o menos. Para mí que Cerruti estaba involucrado en el secuestro, y no me extrañaría que le hubieran cerrado la boca para siempre.

—¿Tenemos alguna pista?

—Estamos con lo del móvil, intentando averiguar qué llamadas hizo y a quién. Lo que pasa es que no hemos encontrado el aparato. Y, al parecer, teniendo sólo el número es un poco complicado.

—Lo es. Figúrese que hace dos años un abogado defensor presentó un gráfico incomprensible para exculpar a su cliente. Pretendía demostrar que ese día a esa hora el acusado se encontraba a cien kilómetros del lugar del homicidio.

—¿Y qué pasó?

—Pues que el perito que leyó el galimatías de líneas y diagramas reveló todo lo contrario. Vamos, que el propio abogado inculpó a su cliente por no haber interpretado bien esa cosa tan enrevesada.

—Cosas que pasan.

—Y ahora voy a dejarlo pasmado con mi bondad. ¿Se acuerda del libro de contabilidad que me entregó, el que cogió de la tienda Chupiviesos?

—Chiquiviesos.

—Como sea.

—Claro que me acuerdo.

—Bien. Contiene los nombres de veinticinco deudores, y he descubierto que doce de ellos tienen una cosa en común.

—¿El qué?

—Todos tienen cuenta en la Caja del Valle. Quizá sea una coincidencia.

—Quizá. Pero bueno es saberlo. Gracias, señoría. Tomo nota.

—Esta vez espero novedades, Schiavone. Usted y yo tenemos un pacto, ¿se acuerda?

—Por supuesto.

—Y sepa que si nos meten un puro…

—¿Iremos a medias como buenos hermanos?

—No. Enterito para usted. Que tenga un buen día.

No podía abandonar. Abrió el cajón y sacó un canuto, lo encendió, se sentó en su sillón y recapituló.

En la mesa, decenas de papeles desordenados. Ningún mensaje, ninguna novedad. Se crujió el cuello. Apagó la colilla en el cenicero y, como siempre, abrió la ventana para ventilar. Caterina entró sin llamar.

—¡Perdone! Pensaba que no… —Rocco, pillado in fraganti, se quedó sin palabras—. ¿Qué hace con la ventana abierta? ¿Se ha vuelto loco? —El subjefe la cerró—. He entrado sin llamar porque pensaba que no estaría —alegó Caterina, al tiempo que se sentaba.

El olor del cannabis era fortísimo. ¿Cómo era posible que no lo percibiera? En cuanto la inspectora se sonó ruidosamente la nariz, Rocco comprendió el motivo.

—¿No estaría mejor en casa?

—No puedo. Además, Italo ronca más que un marinero afónico. —Sonrió, con la nariz colorada y los ojos azules, grandes y sinceros.

—¿Y cómo son los ronquidos de un marinero afónico? —preguntó Rocco, divertido.

—¡Roncos! —y se echó a reír—. Mire, jefe, a lo mejor es una tontería, pero ayer fui a la farmacia…

—Hizo bien.

—Sí, porque, como no tome antibióticos, igual el resfriado deriva en sinusitis, y para qué queremos más.

—Ya ves. Un dolor que te deja agilipollado.

—¿Verdad que sí? Total, que fui a la farmacia, como le decía. ¿Se acuerda del papelito verde que me dio? El que tenía un mensaje misterioso sobreimpreso.

—Claro que sí. Lo arranqué de un bloc de notas en casa de los Berguet. Esperaba que nos diera mejor resultado. ¿Qué era lo que tenía escrito?

—Yo pensaba que ponía «Deflan», un medicamento. Se lo enseñé al farmacéutico. Él lo leyó también y me dijo que no ponía

«Deflan» sino «Deflamon».

—¿Puede ser una diferencia importante?

—Pues ni idea, no lo sé. El Deflamon también es un medicamento.

—¿Y para qué sirve?

—Espere, que lo tengo aquí apuntado. —Abrió el bolso, sacó la cartera, un estuche de maquillaje, un libro de bolsillo azul y la bolsita de la farmacia. La abrió y sacó la nota—. A ver, Deflamon… sirve para tratar una infección vaginal.

Rocco entornó los ojos.

—¿Una infección vaginal?

No pretendía preguntarlo, pensaba en voz alta. Caterina se quedó mirándolo.

—Sí… una infección que…

Rocco se abalanzó sobre el teléfono.

—Póngame con el doctor Fumagalli. Schiavone, jefatura de Aosta.

Esperó tamborileando nervioso con los dedos sobre el tablero del escritorio.

—Pero ¡bueno! ¿Ya estás trabajando a las siete y media?

—¿Te acuerdas de cuando me obligaste a mirar por el microscopio la cosa esa que encontrasteis en el cuerpo de Carlo Figus?

—En el cuerpo no, en el pene. Sí, claro.

—¿Cómo se llamaba el virus que me enseñaste?

—Rocco, por Dios bendito, que es una bacteria, no un virus. *Gardnerella vaginalis*.

—¿Se cura con Deflamon?

—Claro, es metronidazol. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque es un primer paso, amigo mío.

—Te tengo dicho que no andes de flor en flor. ¿La has pillado?

—Yo no.

—¿Quién la tiene, entonces?

—¡Ya te contaré!

—Oye, que es una cosa de lo más normal…

Rocco colgó.

—Es una pista, Caterina. Pequeña, pero ¡una pista!

Cogió otra vez el teléfono.

—¿Quién está en recepción?

—Soy Casella, jefe.

—Llama a los de tráfico, necesito hablar con el agente Umberto.

—¿Umberto qué más?

Rocco recurrió a la inspectora Rispoli:

—¿Tú conoces a Umberto? Uno de tráfico, amigo de Italo.

—Claro, ayer estuvo cenando en mi casa. Diotaiude. Umberto Diotaiude.

—Diotaiude, Casella.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

—¿Qué he hecho?

—¿Y yo qué sé? ¿Qué has hecho, Casella?

—¿Qué he hecho para necesitar la ayuda de Dios?

—¡Diotaiude es el apellido de Umberto, idiota!

—Era broma. ¡Lo había pillado, jefe!

—Como baje, te voy a arrancar los hígados, so gilipollas. ¡Date prisa! —Aguardó con el auricular en la mano y se dirigió a Caterina —: ¿Adónde llevan los vehículos accidentados?

—Normalmente al depósito, en Villair…

—Llama a Italo, dile que venga a la jefatura ahora mismo, y conseguidme unas fotos de Figus y Midea, los dos que se mataron en la furgoneta. Coge las de los documentos de identidad. Estarán en los archivos, qué sé yo.

Colgó el teléfono, cortando la comunicación con recepción, y salió embalado.

—Puedo preguntarle a Casella dónde están. El archivo es cosa suya.

—Si tienes valor de hablar con él, allá tú…

Casella vio a Schiavone pasar embalado por la puerta de entrada.

—¡Jefe! Me están pasando con Umbe…

—A la mierda, Casella, ¡demasiado tarde! Habla con Rispoli y sigue sus órdenes. ¡Espabila!

Casella colgó, salió del vestíbulo y, sujetándose la gorra con una mano, fue corriendo al despacho del subjefe, quien estuvo a punto de resbalar con un escalón al salir de la jefatura. Consiguió mantener el equilibrio y subió al coche patrulla, que arrancó al tercer intento.

—¡La birria esta…! —Metió la marcha y se fue de la jefatura patinando sobre el asfalto helado.

—Por aquí, señor.

El guarda del depósito, un tipo bajito y calvo, estaba escoltándolo entre decenas de coches siniestrados, sin matrícula, un cementerio que la nieve había tratado en vano de cubrir.

—¿Por casualidad no tendrá un salpicadero de Volvo XC60 con tracción a las cuatro ruedas?

—Puedo preguntar, pero no creo. ¿Por qué?

—Se me ha roto.

—Aquí es, ésta es la furgoneta del accidente.

Rocco intentó abrir la puerta del conductor.

—No, ésa está bloqueada. Pruebe por el otro lado.

La otra estaba prácticamente arrancada. En el lateral destacaba una ristra de pegatinas de los cambios de aceite que hacía que la portezuela pareciera un árbol de Navidad. Rocco la abrió y entró en el habitáculo. Había manchas oscuras de sangre por el salpicadero y el parabrisas. Miró al suelo. Un mechero, barro, un trozo de cuerda. Abrió la guantera. Documentos, un destornillador, un trapo viejo, una caja de Stilnox, nueva, en la que faltaban sólo dos pastillas. Rocco se metió la caja en el bolsillo y sonrió.

—¿La puerta de atrás va?

El hombrecillo abrió de par en par los dos portones traseros.

Había una rueda de repuesto y una caja de herramientas. Martillos, paletas, una brocha y una bolsa llena de bridas de plástico negro.

—¡Ha sido usted de gran ayuda, maestro! —exclamó Rocco, casi gritando.

Regresó corriendo al coche patrulla.

—¿Cómo estoy?

Enzo Baiocchi acababa de salir del baño. Se había teñido de rubio. Corrado lo miró sin alterar el semblante.

—Pareces alemán.

Terminó de beberse el café mientras Enzo se sentaba.

—¿Has dormido?

—Poco. ¿Me vas a decir adónde vamos?

—Tú limítate a conducir. Sin pisar el acelerador, despacito y buena letra. Yo iré dándote las indicaciones.

Corrado Pizzuti dejó la tacita.

—Oye, yo de tu hermano…

Enzo lo agarró de la camisa, tirando al suelo la tapa del azucarero y un par de galletas.

—A Luigi ni lo mientes. Nunca más, ¿te enteras? ¡Nunca más! —Lo soltó—. ¿Cuánto llevas viviendo aquí?

—Tres años, casi cuatro.

—Te lo has montado bien. —Enzo apuró el fondo de la tacita y se asomó a la ventana—. Toma ya, si hasta ves el mar desde aquí. Y tienes un bar. ¿Va bien el bar?

—En verano sí; en invierno flojea. ¿Cómo me has encontrado?

—Las ratas de alcantarilla como tú vais dejando cagarrutas por ahí.

—No le habrás hecho nada a mi madre, ¿no?

Enzo se echó a reír.

—¿Me ves capaz de hacerle daño a una vieja de noventa años? Sólo tuve que hacer un par de preguntas. Ya te lo he dicho, dejas un tufo a mierda.

—Y cuando lleguemos a donde tenemos que ir, ¿me dejarás tranquilo?

Enzo lo fulminó con la mirada.

—Si quisiera hacerte daño, ya te habrías enterado.

—¿Por qué yo?

—Mira, Corrado, yo amigos tengo pocos. Y te ha tocado a ti conducir. Como comprenderás, cuanto menos se deje ver por ahí un tío como yo, mejor, ¿no? Y ya está bien de preguntas, que me tienes hasta la polla. Aligera y prepárate, que tenemos que irnos.

Besó el crucifijo de oro y coral que llevaba al cuello.

—¿Me da tiempo de avisar a Tatiana de que hoy no puedo ir?

—No.

Dio un frenazo frente a la jefatura. Italo estaba esperándolo con un papel en la mano.

—Toma, Rocco. Las fotocopias de las fotos de esos dos y…

—¡Trae para acá!

El subjefe ni siquiera se bajó del coche. Le quitó el papel de las manos a su agente, dio marcha atrás y aceleró en dirección a via Cretier. Italo se quedó allí observando el coche, que por poco no se estampó contra una autocaravana.

—¿Qué se habrá fumado esta mañana? —masculló, y un espasmo de frío le ordenó que volviera dentro.

Había aparcado a trescientos metros del instituto. El trecho restante lo recorrió a pie.

Los chavales estaban en la entrada. Entre la ropa, las mochilas y las gorras vislumbró la cabeza rubia de Max Turrini, que, sentado en un murete, tenía el brazo echado por los hombros de una chica. Con

el cuello estirado, estaba diciéndole algo al oído. Algo que la hacía reír. Al pasar por delante, Rocco murmuró:

—Buenas, Max. ¡Veo que ya has encontrado sustituta!

Max lo miró como si acabara de recibir un puñetazo en la cara, pero no contestó. Le faltaron reflejos y tiempo, porque el subjefe ya había franqueado la verja del instituto.

No llamó. Entró como una exhalación en el despacho de la musaraña, más conocido como señor Bianchini. El director del instituto se sobresaltó al verlo enfrente. Despeinado, con la chaqueta abierta y los pantalones arrugados, un zapato desatado y dos botones de menos en la camisa.

—¿Señor… Schiavone? ¿Qué ocurre?

—Giovanna Bucci Nosequé. —Nada, el apellido del arquitecto no se le metía en la cabeza.

—¿Bucci Rivolta? —preguntó tímidamente Bianchini.

—Exacto. ¿Dónde está?

En ese momento sonó el timbre. Rocco vio por la ventana que los chicos empezaban a entrar en el instituto como una manada de perezosos.

—En quinto B, pero…

—Lléveme a quinto B. ¡Deprisa!

Bianchini se enfundó la chaqueta y cogió un juego de llaves.

—Vamos. Está en la segunda planta.

Rocco y el director se habían apostado ante el aula. Los chicos entraban dando gritos, pero al ver a la musaraña bajaban el volumen. Lo temían. Rocco lo escrutó. En el semblante del director se había dibujado una sonrisa de satisfacción casi involuntaria. A aquel mindundi lo hacía feliz ejercer su pequeño poder. Y la luz pérfida de sus ojos evidenciaba lo vengativo que podía llegar a ser.

Una musaraña venenosa.

Desfilaban caras de chicos y chicas, anónimos, guapos y feos, granujientos y despeinados. Hasta que, entre esas máscaras anónimas, se perfiló el rostro de Giovanna igual que una amapola en medio de un trigal. Otra categoría, otros andares. En cuanto vio al subjefe, se detuvo en seco en mitad del pasillo. Rocco sonrió y fue a su encuentro para tranquilizarla.

—Le ha pasado algo a Chiara, ¿verdad? —preguntó.

—Todo está en orden, Giovanna.

La cogió del brazo y se la llevó hasta la ventana del pasillo.

—¿La ha encontrado? —quiso saber la hija del arquitecto.

—Todavía no, pero ya casi estamos. Ahora escúchame con atención…

Algo atrajo la mirada de Rocco. Abajo, en la entrada, Max Turrini y su madre hablaban con Marcello, el hermano de Pietro Berguet, el profesor de matemáticas. Mientras este último hablaba, Laura asentía y Max miraba al suelo. El profesor debía de haber citado a la directora del banco y, a juzgar por el aspecto ceñudo de la mujer, no debía de estar dándole buenas noticias. Pero Rocco ya sabía que matemáticas era una de las asignaturas que el chico tendría que recuperar en septiembre. Al final, Laura le dio la mano a Marcello, al tiempo que Max entraba corriendo en el instituto. Fue entonces cuando el profesor, ya porque se sintiera observado, ya por mera casualidad, levantó la vista y vio que el subjefe estaba observándolo a través del cristal. Laura también alzó la mirada. Marcello saludó tímidamente al subjefe con la mano, y Rocco le correspondió. Lo mismo hizo la directora del banco.

—Total, lo van a suspender igualmente, de nada sirve que venga su madre a llorarles a los profesores. Ése es el tío de Chiara, ¿lo sabía?

—Por supuesto.

—Por suerte sólo da a los del A.

—¿Por qué?

—Porque es muy duro y suspende a todo el mundo.

—Pero a ti las mates se te dan bien, ¿no? ¡Te ayudará tu padre!

—Soy un desastre. Pero mi profe se porta muy bien conmigo.

«No me extraña —pensó Rocco—, ¿quién podría portarse mal con un monumento a la belleza como éste?»

—Siempre me echa una mano.

—El día que te la ponga encima, vienes y me lo dices, Giovanna, que mi especialidad es machacar a quienes no saben mantenerse en su sitio.

La chica se rió.

—No se preocupe. Sé cuidarme solita.

—No me cabe duda. Bueno, volvamos a lo nuestro, Giovanna. Intenta concentrarte. La noche del domingo, cuando estabais en la Sphere.

—Sí.

—Imagino que habría un montón de gente.

—Mogollón.

—Me dijiste que viste a Max hablando con dos macarras. De esa gente a la que en Roma llamamos chusma.

—Sí, dos tíos muy raritos. Tenían más de treinta, además.

—Vale, voy a enseñarte una foto. Tú concéntrate y dime si los reconoces.

—No sé, estábamos a oscuras. Pero a ver que los vea.

Rocco sacó el papel con las fotocopias de los documentos de Viorelo Midea y Carlo Figus.

—Toma. ¿Te suenan de algo?

Giovanna los miró con atención.

—Este del pendiente no sé, la fotocopia está muy oscura. Pero éste… —señaló a Carlo Figus—. Éste sí.

—¿Estás segura?

—Al cien por cien.

Rocco asintió.

—Entra en clase. Ya hemos acabado.

—¡Lléveme a la jefatura! —Rocco la miró sin comprender—. Hay examen de filosofía a primera hora. ¡No me sé nada! ¡Como suspenda, la lío!

Rocco se lo pensó.

—¡Anda, vente conmigo!

Giovanna cogió el bolso y siguió a Schiavone. Llegaron juntos a las escaleras, donde los esperaba Bianchini.

—¿Y bien, subjefe Schiavone?

—El asunto es bastante más complicado de lo que pensábamos. Tengo que llevarme a Giovanna a la jefatura.

—Pero…

—No hay pero que valga, señor Bianchini. Ya le expliqué cómo están las cosas, así que haga el favor de ayudarme.

—Claro, claro —dijo el director, mirando a Giovanna.

La chica interpretaba bastante bien su papel. Con ese físico y esos ojos, si jugaba bien sus cartas podía tener por delante una prometedora carrera en las prestigiosas series italianas.

Había dejado a Giovanna en la oficina de pasaportes con un libro y la orden de no dirigir la palabra a ningún agente, salvo a él o la inspectora Caterina Rispoli. La chica se había puesto a leer y había pedido permiso para fumar.

—Pero al lado de la ventana. Abierta, por favor.

En su despacho estaban Scipioni, Italo y la inspectora Rispoli.

—Bueno, hay novedades… —empezó Rocco, tirando encima de la mesa la caja de Stilnox encontrada en la furgoneta—. Stilnox, benzodiacepina. Se utiliza para tratar el insomnio. Estaba en la furgoneta. También se la conoce por ser la droga de la violación. Es insípida, aturde y provoca amnesia al que la toma. A menudo la víctima ni siquiera recuerda lo que hizo la noche anterior. Cree que se emborrachó, pero…

Antonio cogió la cajita.

—Joder…

—También he encontrado esto en la furgoneta. —Se sacó del bolsillo las bridas de plástico—. Había decenas. Vale que los obreros

suelen usarlas, pero… Giovanna ha identificado a Carlo Figus. Estaba en la discoteca la noche del secuestro.

—¿Crees que ellos secuestraron a la chica?

—Yo diría que sí. Además, está la cuestión de la infección vaginal. Figus tenía *Gardnerella*, lo descubrió Fumagalli, y en casa de los Berguet alguien la padece.

—¿Está diciendo que esos hijos de puta violaron a Chiara Berguet?

—Es muy probable, Caterina. Ahora que lo pienso…

—¡El robo! —exclamó Scipioni—. El robo falso en casa de Viorelo.

—¡Exacto! No fue un robo. Estaban buscando algo.

—¿El qué? —preguntó Italo.

Rocco se acercó al escritorio y abrió el cajón de la izquierda.

—¡Yo apuesto a que buscaban esto! —Sacó el teléfono móvil de Viorelo—. Italo, ¿dónde están los números que marcó?

—Se los dejé el otro día encima de la mesa, pero sólo los tres primeros. Por lo visto, el rumano había borrado el registro de llamadas, y el perito va a tardar un poco en tener la lista completa. Están también los números de la agenda, pero son todos rumanos. —Se puso a hurgar entre los apuntes y los documentos de Rocco.

—¡Teníamos la solución delante de las narices desde hace días, joder! Los números rumanos nos dan igual. ¡Quiero ver los tres últimos que marcó! —gritó el subjefe.

—Si tuvieras esto un poco más ordenado, Rocco…

Antonio abrió los ojos como platos.

—¿«Rocco»?

Italo se mordió el labio.

—Sí, Antonio, Italo me tutea. Desde hace ya mucho tiempo. Y, de ahora en adelante, tanto tú como Caterina contáis con mi autorización para hacer lo mismo.

—No creo que pueda —opinó Caterina.

—Tú prueba.

—¡Aquí está! —Italo cogió un papel—. Éstos son los últimos tres números de teléfono.

Antonio le arrebató la hoja de la mano.

—Yo me encargo de averiguar de quiénes son. ¡No tardo nada! —Y desapareció.

—¿Me estás diciendo —intervino Caterina— que esos dos que murieron son los que raptaron a Chiara?

—¿Ves lo bien que se te da tutearme? —La inspectora se puso colorada—. Eso es, Caterina. Ahora lo que tenemos que averiguar es si sólo ellos conocían el lugar del secuestro o no.

—No, porque los padres han hablado con Chiara. Evidentemente, hay alguien más.

—Cierto. —Rocco se puso a dar vueltas por el despacho—. ¿Qué sabemos? Que venían de Saint Vincent. Tendríamos que averiguar cuántos kilómetros recorrieron.

—Igual hasta tenemos suerte —apuntó Italo—. Una multa que les pusieran ese día, por ejemplo, qué sé yo.

—No, llevaban matrícula falsa. Y no para un atraco o un robo, sino porque habían raptado a Chiara. Si alguna cámara hubiese grabado la escena, difícilmente habría fichado el vehículo. No, Italo, la multa queda descartada.

—Bueno, tenemos el móvil. Podemos enterarnos de a qué red estaba conectado y seguir sus movimientos.

—Podríamos empezar por ahí, sí.

—Aunque… —prosiguió Italo— la información de la red o la torre puede ser muy imprecisa. Hasta cincuenta kilómetros de margen, ¿sabéis? Me lo ha dicho Antonio.

—Pero ¡hay otra manera, que vosotros no sabéis porque no habéis venido conmigo al depósito judicial!

El subjefe echó a correr, dejando a Italo y a Rispoli mirándose extrañados. Por el pasillo se topó con la pareja de agentes. D'Intino con una bandejita envuelta y Deruta con un termo.

—¿Qué tienes ahí, D'Intino?

—Unas pastas. Son para la chica, esa amiga suya que está en la oficina de pasaportes.

—¿Y tú, Deruta?

—Té calentito. Tenía sed.

—A ver, escuchadme bien. A las doce en punto cogéis el coche patrulla y os lleváis a Giovanna al instituto, ¿está claro?

—Sí, señor. ¿Quién conduce? —preguntó Deruta.

—Tú, que D'Intino es un manta al volante. Y no encendáis la sirena aunque la chica os lo pida, ¿entendido?

Asintieron con la cabeza al unísono y volvieron corriendo a la oficina de pasaportes. Giovanna los había reducido a un par de perritos falderos.

—Pero… ¿qué tiene la furgoneta, que tanto le interesa? —preguntó el guarda del depósito.

Rocco se acercó a la puerta del copiloto. Se agachó y se puso a leer las pegatinas del cambio de aceite. La última era de una gasolinera Agip e indicaba la fecha del domingo. Y el kilometraje. Rocco se desplazó hasta el asiento del conductor. Le quitó el polvo al cristal y leyó el kilometraje total de la furgoneta. Desde el cambio de aceite habían hecho sólo ciento treinta kilómetros.

—¿Cómo se llama usted?

—¡Lucianino!

—¿Tiene un mapa de Aosta, Lucianino?

—En el despacho hay internet.

Rocco se encendió un cigarrillo frente al mapa.

—¿Puedo fumar yo también?

—Claro que sí. A ver, Lucianino, piense conmigo. ¿A qué hora cierran las gasolineras?

—A las siete.

—Vale. Supongamos que primero fueron a la Sphere, donde llegaron más o menos sobre las once. La Sphere está en la carretera de Cervinia.

—Sí, lo sé, mi hijo también va por allí. En Saint André. Desde Aosta son más o menos… treinta y siete kilómetros. Digo más o menos porque no sé cuál es la gasolinera de partida.

—La Agip.

—Es que Agip hay muchas.

—¡Una que abra los domingos!

Lucianino hizo memoria.

—¡Entonces seguro que es la de via Luigi Vaccari! Via Vaccari… hasta allí treinta y cinco kilómetros, se lo confirmo.

—Vale. Desde allí los dos se vuelven a casa de los Berguet, donde cogieron a Chiara.

—¿Quién es Chiara?

—Déjalo. ¿Cuánto hay hasta casa de los Berguet?

—No sé dónde es.

—En Porossan. Aosta.

Lucianino tecleó en el mapa.

—Son otros treinta y siete kilómetros.

—Llevamos ya… —Rocco hizo un rápido cálculo mental— setenta y dos kilómetros. Entonces tienen que ir volviendo a la zona de Saint Vincent, porque empezamos a quedarnos sin kilómetros…

—Hasta Saint Vincent son… treinta y ocho.

—Vamos ya por ciento diez. Y, volviendo a Aosta, tienen el accidente. Por tanto, nos quedan sólo veinte kilómetros para llegar a ciento treinta. Veinte kilómetros para descubrir adónde coño fueron. Una veintena de kilómetros desde Saint Vincent. Ida y vuelta, más o menos.

—Pero ¿quiénes?

—Tranquilo, Lucianino, estoy pensando en voz alta. ¿Adónde se puede ir desde Saint Vincent con veinte kilómetros?

—Pues… a Moron, y subir hasta Salirod…

—¿O…?

—O aquí, ¿ve? A Promiod… o hacia Closel y subir otros quince kilómetros…

—Una cantidad brutal de sitios.

—Y que lo diga.

—Pero… ¿pienso rendirme, Lucianì?

—No lo sé. ¿Piensa rendirse?

—Ni de coña. ¡Gracias, Lucianino!

—¡De nada, señor Schiavone!

El subjefe regresaba a su despacho cuando un coche patrulla con las sirenas encendidas lo interceptó justo en medio de un cruce, paralizando de paso todo el tráfico. Italo Pierron y Antonio se apearon y se abalanzaron sobre el Fiat Croma de Rocco. Lo que más asombró a Schiavone no fue el comportamiento de sus agentes, que parecían haberse contagiado de su esquizofrenia, sino el hecho de que no se alzara ni un solo claxon de protesta por parte de los valdostanos bloqueados por tan absurda y repentina maniobra. En Roma, algo así habría provocado un concierto, una explosión de sonidos y gritos por las ventanillas. En esa carretera, por el contrario —máxima urbanidad la de aquel pueblo—, reinaba un silencio casi irreal.

—¡Rocco, no podíamos esperar! —exclamó Italo, jadeante.

—Hemos comprobado los tres números de Viorelo Midea —continuó Antonio Scipioni—. Las últimas llamadas las hizo a la pizzería Posillipo y a Rumanía, pero la última, la última de todas fue a otro número.

—Muy bien, ¿vais a decirme a cuál, o tengo que quedarme aquí esp…?

—¡A Marcello Berguet! —aclaró Italo.

En ese momento sonó un claxon tímido y solitario en la fila que se había formado tras el coche de Rocco.

—Marcello Berguet… —repitió el subjefe.

—¿Lo detenemos?

—Esperad. Vamos con ventaja, así que utilicémosla a nuestro favor… ¿Qué sabemos? Que Marcello es el que asegura haber hablado con Chiara. Pero a lo mejor es mentira y nunca ha hablado

con ella. O tal vez sí. Sea como sea, él sabe dónde está su sobrina, eso está claro.

El claxon solitario volvió a hacerse oír.

—¿Qué hacemos?

—Dad marcha atrás y seguidme a la clínica Agnus Dei.

Los agentes volvieron al coche, disculpándose con ademanes vagos ante los automovilistas, que seguían esperando pacientemente en fila, mientras Rocco salía a toda pastilla en dirección al centro de Aosta.

Enrico Maria Charbonnier estaba leyendo el periódico en un sofá frente a una ventana, como un rey, con una taza grande de té en la mesilla y el panorama de los Alpes nevados ante él.

—A ver si lo he entendido. Primero me manda a la clínica, ¿y ahora quiere que vuelva al despacho?

—Tengo que averiguar si Carlo Figus tiene propiedades cerca de Saint Vincent.

—¿Por qué, señor Schiavone?

—Porque fueron él y un pobre diablo sin hogar quienes secuestraron a Chiara, y no creo que se la hayan llevado a una casa de la familia Berguet.

—Pero ¿cómo sabe que no hay más gente implicada?

—¡Porque esos dos cumplían órdenes de Marcello Berguet!

Al notario se le cayó el periódico de las manos.

—¿De Marcello? ¿El profesor?

—Exacto. Sabemos que Chiara está encerrada desde el domingo por la noche, o, si lo prefiere, desde la madrugada del lunes. Y sólo Dios sabe si sigue con vida.

—Haga lo siguiente: vaya con sus agentes a la piazza della Repubblica, al catastro. Yo llamo ahora mismo a un funcionario amigo mío. Ya verá, tendrán la información en un santiamén.

—Gracias, señor Charbonnier.

—¿Debo hacer algo más?

—Nada —replicó Rocco—. Siga leyendo y aproveche para descansar y hacerse un chequeo. Además, he visto que las enfermeras no están nada mal.

El notario sonrió.

—A mi edad, lo más que puedo hacer es contemplarlas, como los Alpes.

Hizo un gesto teatral con la mano hacia las cumbres que despuntaban a lo lejos, al otro lado de la ventana.

No había pasado ni media hora cuando el subjefe y sus agentes salieron del catastro, amargados. No habían encontrado nada a nombre de Carlo Figus ni de su madre. Marcello Berguet, en cambio, tenía un estudio en el centro y un chalet en la zona de Alagna. Pero Rocco lo descartó. Demasiado lejos, según la pista de los kilómetros que los secuestradores habían recorrido con la furgoneta.

Habían vuelto al punto de partida.

—Llamemos al jefe superior —sugirió Antonio.

—¿Para qué?

—Para que monte un dispositivo del copón. Todos: bomberos, carabineros, los de la aduana, los forestales, el Cuerpo Alpino. Todos. ¿Cómo vamos a peinar nosotros solos un área de varios kilómetros?

—Para organizar algo así se requieren horas, un tiempo que no tenemos. Además, el caso saldría a la luz. Y eso también podría jugarnos una mala pasada.

—¿En qué sentido? —quiso saber Italo.

—Imagínate que, aparte de Marcello Berguet, haya alguien más involucrado. Podría salir por patas. Yo he oído a uno de los secuestradores por teléfono y tenía acento calabrés.

—Pero podría ser el tal Cutrì, el que reside en Lugano.

—Podría ser, sí. Pero también podría ser alguien que esté aquí en Aosta. Todavía no conocemos nada de la organización. Sólo la punta del iceberg. Mejor dicho: dos puntas del iceberg.

—¿Cuáles? Marcello Berguet ¿y quién más?

—El noviete de Chiara, Max. Él está en el ajo.

—¿Por qué?

—Conocía a los captores. A Carlo Figus, por lo menos. Y si él está en el ajo, su madre también. Sólo falta cazar al lobo.

Siguiendo instrucciones del subjefe, Antonio y Casella habían ido a detener a Marcello Berguet. Rocco les había rogado que lo hicieran fuera de las aulas, lejos de los alumnos, y que implicaran al centro lo menos posible. Pero no hizo falta. Cuando Rocco entró en su despacho vio a Marcello Berguet esperándolo, más tieso que una vela, con el traje impoluto, el pelo engominado y oliendo todavía a *after shave*.

—Me alegro de verlo por aquí, señor Berguet. Acababa de dar orden de que fueran a buscarlo al instituto.

—Usted y yo tenemos que hablar.

—Lo sé. Acababa de mandar a dos de mis agentes para arrestarlo.

—¿Por qué motivo?

—Digamos… secuestro, señor Berguet. ¡Secuestro y homicidio! —Rocco le mostró un papel.

—¿Secuestro? ¿Homicidio? Pero ¿de qué me habla?

—¿Ve este papel? Me ha llegado hace un momento, lo remite un vendedor de coches de segunda mano. Hemos encontrado un trozo de faro en el garaje de Cerruti. Con tan mala suerte que justo se leía el número de serie. Hemos averiguado el fabricante, ¿y sabe qué? Son los que hacen los faros del Suzuki Jimny. Si no me equivoco, Giuliana, su cuñada, tiene un Suzuki Jimny, y si no me equivoco, es usted quien lo usa siempre. O eso nos dijo cuando estuvimos en su casa, el día que encontramos el coche tirado en la carretera con los faros rotos. ¿Lo cogió usted para ir a ver a Cristiano?

—Mire, deje que le explique…

—No, déjeme hablar a mí. ¿Por qué aparece su número en el móvil de Viorelo Midea, que es uno de los secuestradores de su sobrina, a ver?

Berguet miró a Rocco.

—¿Mi número?

—Sí. La noche del secuestro. ¿Lo llamó para pedirle instrucciones? ¿Quería decirle que ya tenían a la chica? ¿Es eso?

—¡Yo ni siquiera sé quién es Viorelo Midea! —gritó Marcello.

—¿Adónde han llevado a su sobrina? ¡Eso sí lo sabe!

—¡Si lo supiera, iría a buscarla, joder! —Marcello empezaba a dejarse dominar por los nervios.

—Cálmese, por favor, señor Berguet. Usted es el único que ha hablado con Chiara.

—Sí, es cierto.

—¿Y debemos fiarnos de su palabra?

—Claro que sí. Oí que Chiara me decía: «Estoy bien.» Y nada más.

—¿Y está seguro de que era Chiara? En realidad sólo le dijo: «Estoy bien.» Más bien poco, para estar tan seguro.

Marcello reflexionó unos segundos.

—Sí, puede ser. No lo sé. Yo le dije: «Chiara, soy tu tío.» Y ella contestó: «Estoy bien, tío Marcello.» Y ya está. Aunque… hay un detalle en el que no había pensado hasta ahora. A lo mejor estaba trastornada, y seguro que tenía miedo, pero ella nunca me ha llamado tío Marcello. Yo para Chiara siempre he sido el tío Ninni. Nunca me ha llamado tío Marcello, jamás. ¿Por qué no habré caído antes?

Rocco respiró hondo.

—¿Me deja ver su móvil?

Marcello se metió la mano en el bolsillo y le ofreció el teléfono a Rocco, que lo primero que hizo fue comprobar las llamadas entrantes.

—Aquí está. A las tres y cuarto de la madrugada del lunes recibió usted una llamada, al 333 25 25 04, que es su número, desde el

móvil de Viorelo Midea. Aparece en el registro. La duración de la llamada fue de… ¿tres segundos? —Rocco entornó los ojos—. ¿Cómo que tres segundos?

—Yo a esas horas suelo estar dormido, señor Schiavone —explicó Marcello—, no me dedico a hablar por teléfono. —Se pasó la mano por la cara.

—¿Cómo es que este móvil sólo tiene seis cifras después del prefijo?

—Es por un acuerdo al que Pietro llegó con el patrocinador. Quiso que todos los de la empresa tuviéramos números correlativos, aunque yo sólo forme parte a título nominal. El mío acaba en 04, el de Pietro en 01, creo que el de Giuliana en 03, el de Cerruti en 07, y hay más empleados con ese número. Con finales distintos, obviamente.

Rocco se quedó callado. Sintió que el suelo temblaba bajo sus pies, como si un abismo fuera a tragárselo igual que un caramelo. Escudriñó la cara de Marcello. Que se sintió incómodo.

—¿Qué… qué pasa? ¿Por qué me mira así?

—¿Se ha afeitado esta mañana?

Marcello se planteó seriamente que el subjefe sufriera algún tipo de patología psíquica.

—Me afeito todos los días. No soporto la barba.

—¡Me cago en todo! —estalló Rocco, y el profesor dio un respingo en la silla, perdiendo por fin la compostura—. ¡Soy gilipollas! —Levantó el teléfono bajo la mirada atónita de Marcello Berguet—. ¿Sí, Farinelli? ¿Estás todavía en Aosta?

—No, Schiavone, pero mis hombres sí. Si quieres, te paso con ellos.

—Escúchame. A lo mejor te acuerdas. En el lugar de los hechos, en casa de Cerruti…

—Dime.

—¿Te acuerdas de que al salir del edificio hay un jardincillo comunitario?

—Sí, cubierto de nieve. Arbustos de *grevillea* y *pyracantha*. ¿Por qué?

—¿Habéis mirado por ahí?

—Claro. Hemos encontrado pisadas junto a un arbusto. Alguien se acercó, revolvió por ahí y se marchó.

—¿Y tú qué crees que buscaba?

—Al principio pensé en una persona con un perro, pero no había huellas de animales en la nieve. Si fuese verano, te diría que a un vecino se le cayó algo del tendedero y bajó a buscarlo. Pero no estamos en verano.

—Más bien no. Gracias, Farinelli.

—A mandar.

—Ah, y gracias por informar a Baldi. He quedado como el puto culo por tu culpa.

—No será la primera ni la última vez.

—En eso tengo que darte la razón —reconoció, y lanzó una mirada a Marcello Berguet.

El subjefe apoyó los codos en el escritorio y se cubrió la cara con las manos por espacio de un instante que a Marcello le pareció interminable. Se restregó los ojos cansados y por fin miró al profesor de matemáticas.

—¿Sabe por qué pasan ciertas cosas? Porque uno no presta suficiente atención.

—Ya, señor Schiavone. Una simple distracción, un pequeño error de cálculo, y ya no da uno con el valor de la incógnita.

—Cierto. No me acordaba de la maquinilla de afeitar. La maquinilla con espuma que había en el cuarto de baño de Cerruti. Él no se afeitaba. —Marcello bajó la mirada—. ¿Por qué no me dijo desde el principio que era usted el amante de Cristiano?

—Porque no me lo preguntó. Y, sobre todo, porque desde que he entrado en este despacho no me ha dejado hablar. Si en lugar de acosarme, me hubiera escuchado, no habríamos perdido tanto tiempo.

Rocco sacudió la cabeza.

—Hable, hable, por favor.

—Cristiano y yo manteníamos la relación en secreto, y me gustaría que siguiera siendo así. Yo me dedico a la enseñanza, como sabe, y Aosta tiene cuarenta mil habitantes. No habrían tardado ni un segundo en difamarnos y señalarnos con el dedo. ¡Esto no es Roma!

—Le pido perdón.

—No pasa nada. De todas formas, no nos iba nada bien. Cristiano estaba hecho polvo, de los nervios; sé que ocultaba algo. Me refiero a la mañana del homicidio. Yo me fui temprano, no eran ni las ocho. Tenía que llegar antes de clase al instituto, y Cristiano había quedado con alguien a las ocho y cuarto.

—¿Con quién?

—No me lo quiso decir. Ya le digo: estaba nervioso, saltaba por cualquier tontería, llevábamos días peleando.

—Tal vez su hermano o Giuliana se lo hayan dicho ya, pero Cristiano estaba involucrado en el secuestro de su sobrina.

—Lo sé. Por eso no me ve soltar ni una lágrima. Yo estaba en la inopia. Nos veíamos, hablábamos, pero no sabía qué clase de persona era Cristiano Cerruti en realidad. Pensaba que era… ¿Cómo pudo…? —Marcello miró a Rocco a los ojos—. ¿Cómo pudo meterse en una historia así?

—¿Tres millones de euros le parecen una explicación aceptable?

Marcello se frotó las manos.

—¿Tiene un cigarrillo?

La mente de Rocco voló hacia el cajón con la marihuana, pero le pareció un gesto arriesgado.

—¡Italo! —llamó en voz alta—. Es que me he quedado sin tabaco. Espere, que viene el agente. El suyo es un asco, pero menos da una piedra.

Italo entró. Miró a Marcello Berguet y luego al subjefe.

—Dígame…

—Afloja dos cigarrillos, y fúmate tú otro…

Italo extendió los brazos, resignado, le ofreció el primero a Marcello, se puso uno en los labios y por último le lanzó el paquete a Rocco.

—Quedan dos, jefe. Ya tiene uno para luego —dijo con fingida amabilidad—. Bueno, ¿ha cantado? —añadió el agente, que ignoraba la evolución del asunto.

—¿Qué estamos, en San Remo, Pierron? ¿Quién quieres que cante? Siéntate, escucha, y entérate de que hemos quedado como el culo por enésima vez.

Se encendieron los cigarrillos y una capa de humo envolvió al instante el despacho. Rocco cogió un folio.

—El número de Cristiano acaba en 07. El suyo, señor Berguet, en 04. Con lo cerca que están esos dos números en el teclado, es fácil que Viorelo se confundiera al marcar. En plena noche, medio dormido, puede pasar.

—Además —agregó Italo—, hemos hecho una comprobación interesante: la llamada al señor Berguet se produjo dos minutos antes de que la furgoneta se estrellara en la curva. Lo sabemos porque el reloj del salpicadero se paró justo a esa hora.

—Perfecto, Italo. Entonces, Viorelo pretendía llamar a Cristiano para informarle de que todo iba según lo previsto. Habían encerrado a la chica, etcétera, etcétera. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí.

Rocco se levantó y se acercó a la ventana.

—Usted, Marcello, salió de casa de Cerruti poco antes de las ocho.

—Exacto.

Italo se quedó con la boca abierta al comprender el papel del profesor en casa de Cerruti.

—Cuéntemelo con detalle.

—Claro. Me afeité, me vestí, cogí el ascensor y bajé al garaje. Me monté en el coche y me fui. Mire. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un llavero. Un colgante con una eme de plata—. La puerta automática del garaje se abre con esta clavija.

—Sí —dijo Rocco—, vi esas llaves la primera vez que estuve en casa de los Berguet. Tendría que haberme acordado…

—Y eso es todo. Me fui al instituto…

—Mientras otra persona entraba en el piso y mataba a Cristiano Cerruti —concluyó Rocco—. Presumiblemente, el hombre que la portera vio salir. —El subjefe se volvió hacia Marcello—. Ya que usted conocía bien a Cristiano, dígame: ¿tenía propiedades en Aosta? ¿Casas en la montaña, garajes, graneros?

Marcello caviló un momento.

—No. Cristiano ni siquiera era de aquí, era de Las Marcas. Llevaba tres años en Aosta… Lo único que tenía era el coche y la casa donde vivía.

—¿Hemos encontrado algo interesante en el coche, Italo?

—No, nada que merezca la pena…

—Muchas gracias, señor Berguet. Ya puede volver a sus asuntos.

—¿Y Chiara?

—La encontraremos, cuente con ello. Y si recuerda algo más que pueda ayudarnos…

—Créame, señor Schiavone, es lo único que espero desde hace días.

Tenía la sensación de encontrarse en una estación de trenes con todas las vías muertas. En silencio, con los codos apoyados en el escritorio y los ojos cerrados, Rocco Schiavone repasaba todo lo que había visto y oído esos días. Su mente navegaba sin rumbo, pasaba de la cara de Cristiano Cerruti a la de sus amigos de Roma: Furio, flaco y calvo, con unos ojos griegos que parecían permanentemente maquillados; Sebastiano, el oso, que sí tenía pelo, demasiado, y parecía que se peinara a petardazos; Brizio, el guaperas, al que llamaban Alanford, por el personaje de cómic, pero en pelirrojo y con bigote de polaco. Luego se le apareció el rostro de Pietro Berguet, el de Giuliana, que se transformaba en el de su madre, que a su vez se convertía en el de Adele, que quizá estuviera ya de

camino para esconderse en su casa como parte de un jueguecito anacrónico e inútil entre dos enamorados. «No, así no», se dijo. Abrió los ojos. Italo había permanecido todo ese rato sentado en silencio.

—Pensé que te habías dormido.

—No. Estaba reflexionando. Pero choco contra los cristales y no consigo salir del despacho.

—¿Puedo hacer algo?

—¿Qué me he perdido? ¿Qué me falta? ¿De quién era la voz del calabrés de la llamada? ¿Cuándo van a llegar los demás números de Viorelo?

—Más tarde. Dicen que a última hora de hoy.

—Por ahora sabemos que quería llamar a Cristiano Cerruti.

—Había llamado también a un número con prefijo de Rumanía…

—Algún pariente.

—Y a la pizzería Posillipo.

—Donde trabajaba tres días a la semana. El dueño era el tipo ese, Domenico Cuntrera…

—Mimmo para los amigos.

¿Cómo llegan las intuiciones? A menudo, inesperadamente. A menudo son cosas que ya se saben y que aparecen de repente, como las luciérnagas en junio. A veces pueden parecer bombillas que uno creía fundidas y sin embargo vuelven a encenderse por un milagro de la técnica.

—¡La pizzería Posillipo! ¿Te acuerdas de lo que nos dijo el falso cocinero napolitano? Que no conocía a Figus.

—¿Y qué pasa?

—Pues que la madre de Figus, la señora diabética, tenía en la mano un puñado de papelillos, unos vales de la pizzería. Que le había regalado Mimmo, así lo llamó.

—¿Crees que es él?

—El falso napolitano, el que nos dijo que era de Soverato, ¿te acuerdas?

—Yo no sé dónde está Soverato.

—¡Yo sí!

—¿Qué día es hoy?

—Jueves, Rocco.

—Aquí pone que cierran los miércoles. ¿Por qué no hay nadie, entonces? —Echó una ojeada al interior de la pizzería Posillipo. Todo apagado—. Te lo digo yo: porque nuestro falso napolitano se ha largado.

—¿Crees que es él?

—Es él, al cien por cien.

—¿Y ahora qué?

—Ya me he hartado de gilipolleces.

Rocco cogió un ladrillo de la acera, le quitó la nieve y lo lanzó contra la cristalera de la pizzería.

—¡Adelante! —le dijo a Italo, que entró primero.

Las mesas estaban puestas. Las luces apagadas. Sólo un neón azul encima de los espejos iluminaba el local a duras penas. Rocco e Italo se metieron en la cocina. Encendieron la luz. Si el salón era un bonito ejemplo de interiorismo, la cocina tiraba para atrás. Grasienta, sucia y negruzca. Azulejos partidos y el suelo pringoso y oscurecido de moho. Por lo demás, no había señales de vida en aquella especie de caverna que Sanidad tendría que haber clausurado tiempo atrás. Más allá de las lucecitas del inmenso frigorífico, el resto estaba muerto, abandonado. En el banco de trabajo reposaba una bola de masa de pizza. Un olor acre a leche cortada saturaba las fosas nasales. Abrieron la puerta que daba al despacho. También allí estaba todo en orden, salvo por un armario metálico. Abierto de par en par y revuelto apresuradamente. Dos de las seis baldas estaban vacías.

—Mucha prisa veo yo aquí… Sigamos… —comentó Rocco.

Pasaron otra vez por la cocina y franquearon una puerta de hierro que daba al almacén de la parte posterior. La persiana metálica que comunicaba con un aparcamiento trasero estaba

levantada. Huellas de neumáticos en la nieve. En el pequeño almacén, lleno de cajas de madera y botellas de agua, había dos mesas enormes cargadas de latas de tomate y una cámara frigorífica. Estaba abierta. Rocco metió la cabeza. En las estanterías había provisiones de sobra para soportar meses de asedio. Paquetes y paquetitos, sacos de harina, de sal y de azúcar, latas inmensas de atún. Pero lo que atrajo de inmediato la atención de Rocco fue un cubo de metal. Tenía una fregona dentro, pero no contenía agua.

Billetes. De cinco, diez, veinte y cincuenta euros. Arrugados, chafados, viejos y desgastados.

—Hostia… —dijo Italo.

—… puta —terminó Rocco—. ¿Te apetece contarlos?

—Pero ¿esto qué es? ¿De quién es este sitio? —Italo se agachó y se puso a contar el dinero.

—¿Todavía no te has dado cuenta?

—No.

—La ’Ndrangheta.

—¿La ’Ndrangheta en Aosta?

—¿Y por qué no? ¿Qué tiene de malo esta ciudad? —preguntó el subjefe con ironía—. Hay que llamar a Baldi. Necesitamos una orden de captura contra Domenico Cuntrera. Y vamos a llamar también a la central. Quiero gente por aquí. Costa tendrá mucho que explicar a los periodistas.

Rocco se puso con el móvil. Italo seguía contando el dinero.

—¿Jefe Costa? Soy Schiavone. Le llamo para que vengan refuerzos a la pizzería Posillipo. Era el centro de una organización mafiosa. Son los responsables de la desaparición de Chiara Berguet… —Rocco observaba a Italo, que apilaba los billetes, intentando alisarlos—. Sí, señor. Será mejor que llame a Roma. Préstamos, usura, lo típico… —Tapó el micrófono y le preguntó a Italo—: ¿Cuánto hay?

—Treinta y siete mil euros.

—Sí, también hemos encontrado dinero en efectivo. Veinte mil euros… en billetes pequeños…

Italo miró a su superior, que le guiñó un ojo.

—Claro que sí, jefe. Yo aviso a la central. —Rocco colgó—. Coge los diecisiete mil sobrantes. Y aligera, antes de que lleguen los demás…

—¿En serio?

—¿Tengo cara de estar de broma? Un poco de dinero contante para una buena causa.

—¿Cuál? —preguntó Italo, que trataba de esconderse los billetes en los bolsillos y en la cazadora.

—No olvidemos que Chiara nos está esperando. ¡Venga, espabila!

Rocco e Italo habían dejado a los agentes de la central a cargo de la pizzería Posillipo y habían regresado al 92 de via Chatelard, la dirección del difunto Carlo Figus.

—Rocco, ¿te importa que no suba? Esa casa me pone mal cuerpo.

—Toma, mastica esto. —Le dio un caramelo con sabor a fruta—. ¿Te sientes mejor?

—No lo sé. Por lo menos deja buen sabor de boca…

Abrió la puerta la madre de Carlo Figus. No sonrió. Dio marcha atrás en la silla de ruedas para dejar pasar a los policías.

—Han vuelto… —dijo. Llevaba la misma rebeca con el Mickey cosido.

—No se trata de una visita de cortesía, señora.

Italo, entretanto, miraba espantado la basura que se acumulaba por toda la casa. Masticaba nervioso el caramelo, pero un simple caramelo no tenía nada que hacer con el penetrante olor a viejo y a moho.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho? —Los ojos de la mujer se volvieron enormes tras las lentes.

—Usted nada. Pero tiene que decirme la verdad.

—¿Quieren un café?

—No, gracias. Domenico Cuntrera, Mimmo para los amigos. ¿Ha estado aquí?

—No lo conozco.

No sabía mentir. Había bajado la mirada y se rascaba un hombro.

—Señora, se lo preguntaré por segunda vez: ¿dónde está Mimmo Cuntrera?

—Ya le he dicho que no lo conozco. —Le temblaba la voz, se agarró con ambas manos a las ruedas de la silla—. Y yo qué sé. ¿Por qué me pregunta eso? ¿Por qué me trata así? ¿No era usted amigo mío? ¿No éramos amigos?

—Y lo somos, señora; y si me responde y me dice la verdad, lo seremos aún más.

Giró la silla.

—Pero yo qué quiere que sepa. Yo qué sé. Yo no lo conozco.

—¿Quién le dio los vales de la pizzería que me enseñó la otra vez, señora?

—Yo no tengo vales de ninguna pizzería. No tengo. Yo no conoz…

De pronto se quedó bloqueada. En medio del sendero excavado en la montaña de objetos había aparecido la silueta esquelética de Adelmo. El abuelo de Carlo. Cansado, apoyado contra la jamba de la puerta, observaba a los policías atrapados en aquel vertedero y enzarzados con su hija. Había levantado una mano. Quería hablar. Sacó el pañuelo con lentitud, se enjugó la boca, miró a Rocco y dijo:

—Estuvo aquí. El día que Carlo murió. Y ayer también. Estuvo aquí.

—¿Qué quería, don Adelmo?

—No lo sé. No paraba de decir: «¿Dónde está? ¿Dónde la ha metido Carlo?» Incluso se puso a buscar aquí por la casa, lo revolvió todo… toda esta porquería… —A Rocco le pareció que el viejo sonreía—. Aquí debajo podría haber cualquier cosa, hasta un cadáver, y nadie se enteraría jamás.

—Pero ¿qué buscaba Cuntrera? —insistió, amable, el subjefe.

—Lo único que decía era: «¿Dónde la ha escondido Carlo? ¿Adónde se la ha llevado?» Pero, se lo juro, yo no sé qué es lo que

buscaba. Se fue llamándonos imbéciles. Tal cual. «¡Imbéciles!»

—¿No tiene miedo?

—¿Qué tengo yo que perder?

Con un gesto lento, abarcó el estercolero, a la hija en silla de ruedas y a sí mismo.

—Dígamelo usted.

El subjefe se volvió hacia Italo. Cogió el sobre que el policía llevaba en los pantalones.

—Tenga, don Adelmo. Esto le vendrá bien.

El anciano no perdió la compostura. Se quedó mirando el sobre sin tocarlo.

—¿Qué es?

—Para resarcirlo por la estupidez de su nieto. Vamos, cójalo, es importante.

Adelmo alargó una mano temblorosa. Cogió el sobre, que crujió entre los dedos artríticos del hombre.

—Nosotros nos vamos ya. Adiós, señora Figus. Adiós, Adelmo.

Rocco dio media vuelta y recorrió otra vez el sendero hasta la puerta de la casa, seguido de Italo.

—¿Cuánto le has dejado, Rocco?

—Once mil. Tú y yo nos apañaremos con seis mil. Para dietas.

—¡Perfecto! —convino Italo.

—Y ahora tenemos que darnos prisa.

—¿Por qué?

—Porque ya no hay duda. ¡Chiara está sola!

El despacho de Rocco parecía una estación de metro en hora punta. Una convocatoria de urgencia había reunido allí a los agentes supervivientes de la jefatura. Rocco los miraba. Aparte de Italo, Antonio y la inspectora Rispoli, el resto componían un paisaje desolador: D'Intino, con sus ojillos de merluzo; la ingente mole de Deruta; Casella; el chaval del Vomero de cuyo nombre no se acordaba, y otro par de agentes en edad de jubilarse.

«¿Adónde voy yo con este reparto?», se preguntaba el subjefe mientras, con el mapa sobre la mesa, explicaba la ardua tarea que tenían por delante.

—Hay que encontrar una casa, posiblemente aislada, de modo que debemos evitar los núcleos de población. Y tenemos que encontrarla dentro de este triángulo entre Salirod, Promiod y Saint Vincent.

—Joder —murmuró alguien.

—Pero hay algo que puede ayudarnos. La nieve. Empezó a nevar el martes por la noche, y, dado que los secuestradores murieron el lunes, yo creo que nadie más se habrá acercado al escondrijo. Por tanto, tenemos que encontrar un lugar donde no haya huellas de neumáticos ni pisadas y, sobre todo, donde nadie haya espalado.

—Bien. Algo es algo —intervino Casella.

—Bueno, ¿cuántos somos?

La inspectora Caterina Rispoli contó.

—Diez con usted, subjefe. Pero en la jefatura tendrán que quedarse un par de agentes, ¿no?

—¿Tú qué haces, Caterina: vienes o te quedas?

—Claro que voy. Que le den a la fiebre.

—Estupendo. ¿Cuántos coches tenemos?

—Seis. Pero hay que dejar uno aquí por si surge algún imprevisto —informó Italo.

—¿Cinco, entonces? —preguntó Rocco.

El agente napolitano tomó la palabra tímidamente:

—En realidad uno lleva tres días que se ahoga cuando intentas arrancarlo.

—¿Cuatro, entonces?

—Y otro lo estrelló D'Intino.

—¿Tenemos tres coches? —preguntó Rocco—. ¿Sólo tres coches?

—¡Con tres coches podemos ir hasta quince! —opinó Deruta, tratando de inyectar una dosis de optimismo.

—Tenemos que ir por parejas, Deruta. Necesitamos al menos cinco medios de transporte. Vale, yo cogeré mi coche, así ya

tenemos cuatro.

—Yo tengo la moto —se ofreció el joven del Vomero.

—¿Con este frío?

—A grandes males…

—¿No tendrás dos cascos? —preguntó el subjefe.

—Sí tengo.

—Entonces: Deruta y D'Intino, en uno de los coches patrulla. Sois una pareja de eficacia probada.

—Sí, señor.

—Italo y la inspectora Rispoli irán en otro.

—Bien.

—Tú, chaval, vas con la moto y te llevas a Casella.

—¿Por qué yo? —protestó inmediatamente el agente.

—Porque sí. Te abrigas, te tomas una aspirina y te montas en la moto. ¡Vosotros dos! —Señaló a los dos agentes veteranos que Rocco nunca había visto desde que estaba en Aosta—. ¿Cómo os llamáis?

—Agente Curcio —dijo el de la barba.

—Agente Penzo —el calvo.

Rocco sonrió. Curcio y Penzo eran dos jugadores de la Roma cuyos cromos siempre le impedían completar el álbum.

—Pues Curcio y Penzo irán en el tercer coche patrulla, y Antonio y yo vamos en el mío. Nos vemos abajo dentro de diez minutos.

—Eh, jefe… —Italo lo agarró del codo.

—¿Qué pasa?

—El coche número dos está sin gasolina.

—Me cago en la… —Rocco sacó la cartera y le dio cincuenta euros a Italo—. Toma. ¡Y con esto ya van cien papeles!

El desmañado pelotón estaba en pie de guerra, parecían la armada Brancaleone de la película. Los agentes miraban a Rocco, que examinaba la fila de vehículos. Había entregado una radio a cada pareja.

—¡Por favor! —gritó con el *walkie-talkie* en alto para que todos lo vieran—. Canal dos. ¿Está claro? Canal dos. ¡Venga, andando!

Subió al coche e hizo una seña para que se pusieran en marcha. El convoy partió. Abría la comitiva el Volvo de Rocco. La cerraba el *scooter* del joven napolitano. Casella ya iba castañeteando los dientes del frío.

Esperanzas había más bien pocas. Rocco lo sabía. Pero tenía que actuar deprisa; la prioridad era salvarle el pellejo a Chiara Berguet. Lo demás vendría después.

—¿Cómo lo ves, Antonio?

—Mal, Rocco. Lo veo mal. Como no se nos aparezca la Virgen…

—Vayamos pensando mientras subimos. ¿Se nos habrá pasado algo?

—No lo sé. De verdad que no lo sé.

A la altura de Saint Vincent se separaron. Schiavone y Antonio Scipioni tomaron la carretera de Closel. Iban subiendo por curvas de vértigo. Bosques, peñascos, todo cubierto por el manto nevoso. Nada más salir del núcleo de población, Rocco aflojó la marcha sin perder de vista el cuentakilómetros. Empezó a fijarse en las casas.

—Vale, Antonio, a partir de aquí podemos ir echando un vistazo.

—¿Cuáles miramos primero?

—Las casas aisladas, y hay que fijarse también en las pistas que se adentran en el bosque. Podrían llevar a algún refugio.

—Entonces yo empezaría por aquélla.

Señaló una casa con los postigos cerrados. Un bonito chalet de dos plantas. Parecía deshabitado. En el jardín no había rastro de tránsito humano. La nieve había cubierto la leña para la chimenea y un columpio que colgaba de la rama de un árbol.

—Huele a casa de vacaciones, pero por intentarlo…

Detuvo el coche y se bajaron. La cerca era de madera, y sólo tuvieron que empujarla para entrar. Antonio se quedó mirando los zapatos de Rocco y empezó a decir:

—Lo que pasa es que con esos…

—¡Ya lo sé! —lo interrumpió Schiavone—, ¡ya lo sé! Estoy acostumbrado.

Accedieron al jardín. Las macetas del balconcito estaban vacías, salvo por un puñado de tallos de claveles viejos. La nieve en torno al chalet parecía intacta. Rocco llegó a la puerta. Cerrada, atrancada. Trató de echar una ojeada al interior a través del corazoncito tallado en la madera. Finalmente se decidió. Sacó la navaja suiza y se acercó a la cerradura.

—¿Qué haces? —preguntó Antonio.

—Habrá que entrar, ¿no?

Trasteó la cerradura unos segundos y la abrió.

—Vaya, qué nivel. ¿Eso lo enseñan en los cursos de policía de Roma? —comentó Antonio.

Entraron en el chalet.

Oscuridad. No había corriente eléctrica. Se alumbraron con ayuda del teléfono móvil. Olía a cerrado y los muebles estaban tapados con plásticos polvorientos.

—Ve a mirar abajo.

Antonio bajó las escaleras que daban al sótano. Rocco subió a los dormitorios.

Había dos. Uno con papel pintado de pitufos y dos camitas de colores, y otro de matrimonio.

Nada. Volvió a la planta baja, donde se encontró con Antonio.

—¿Y bien?

—Nada.

—Pues ya llevamos una.

—¿Te das cuenta de lo que vamos a tardar, a este paso?

—Toda la noche si hace falta, Antonio. Toda la noche si hace falta.

Conforme entraron en el coche, la radio emitió un gruñido.

—¿Rocco? Aquí Italo.

—Dime, Italo.

—Hemos entrado en una casa. Parecía abandonada, pero está desvalijada. ¿Qué hago?

—Da parte y vete. Ya nos encargaremos de eso en otro momento. ¡Ánimo!

La radio se apagó con un ruido estridente.

—¿Me cuentas una cosa mientras buscamos?

—Si puedo…

—¿Por qué te trasladaron a Aosta?

Rocco miraba las casas con atención.

—Para castigarme.

—¿Qué hiciste?

—Tiendo a aplicar la ley con poca mesura.

—¿Y más concretamente?

—Digamos que las cosas se me van un poco de las manos.

—¿Y puedo preguntarte qué pasó?

—No. No me apetece hablar del tema. Además, Italo lo sabe, que te lo cuente él.

Ambos escudriñaban con atención prados y bosques, Rocco a la izquierda, Antonio a la derecha. El blanco se reflejaba en sus caras cansadas y los deslumbraba.

—¿Aquéllas?

—Demasiado juntas. Hay un coche aparcado, luces encendidas… No, descartemos las que no estén aisladas.

Tomaron dos curvas sin encontrar ni rastro de casas o caminos a los lados, aparte de los senderos para excursionistas que se encaramaban por las montañas.

—¿Cuántas horas de luz nos quedan?

Antonio consultó su reloj.

—Pocas.

—¡Mira! —Una pista transitable que se adentraba en el bosque—. ¿Podría ser?

—No ha pasado nadie. Vamos.

Rocco giró y entró en la pista encarando con decisión la nieve. La sobresaliente mecánica sueca y la tracción a las cuatro ruedas hicieron avanzar el coche hasta una choza en ruinas.

—Tiene pinta de granero —comentó el agente siciliano.

—Pues vamos a mirar.

Un olor a madera quemada y resina impregnaba el aire puro. Ni un ruido. Sólo el de la nieve que de vez en cuando caía de los árboles.

—Para mí que aquí no hay nadie.

El tejado era viejo y estaba hundido por varias partes. La planta superior había quedado descarnada, como una osamenta en medio del desierto. El piso de abajo, en cambio, estaba intacto. Con la puerta abierta de par en par. Sólo había unos cuantos cubos de heno y las ruedas de un tractor viejo. Nada más.

—Hemos pinchado en hueso. ¡Al coche!

Pero Rocco se quedó clavado en mitad de la nieve, como si un martillo gigante lo hubiese golpeado en el cráneo. Antonio vio que concentraba la mirada en un punto fijo, lejano e indeterminado.

—¿Estás bien? Jefe, ¿estás bien? —Fue corriendo hacia donde estaba el subjefe. Lo primero que hizo fue mirarle los pies. Tenía miedo de que se le hubiesen congelado—. ¡Rocco! ¿Me oyes, Rocco?

—Carlo se apellida Figus, ¿verdad?

—Eso es.

—¿Y la madre? No me pega que una valdostana tenga apellido sardo.

—Quizá sea el apellido de su marido.

—¿Cómo se llama el abuelo de Carlo, el que acompañaste al hospital?

Antonio se llevó la mano al mentón y se puso a cavilar.

—Espera. Espera. Adelmo… Adelmo…

—¡Rosset! ¡Se me había olvidado! —estalló Rocco—. ¡Adelmo Rosset!

—Sí, pero ¿qué pasa?

Rocco sacó el móvil.

—Que a lo mejor aún hay esperanza.

Italo y Caterina habían localizado una casa. Respondía a la descripción. En medio de la nieve y aislada, exceptuando un chalet a más de quinientos metros. Parecía abandonada. Dejaron el coche en la carretera y subieron por la pendiente hacia aquella especie de refugio alpino en medio de los árboles.

—¿Puedes, cariño? —preguntó Italo.

—Tranquilo. O me da una pulmonía, o me curo.

Franquearon una vieja cancela destrozada y llegaron a la cabaña. Una sola planta. Las paredes recubiertas de troncos, como salida de un cuento nórdico. Había que subir dos peldaños para acceder a la puerta principal. Italo llamó. No hubo respuesta. La puerta se abrió. Vacío. Ni un solo mueble, paredes desnudas.

—No hay nada.

Caterina bajó los escalones y rodeó la casa. Se agachó para examinar el sótano a través de un cristal roto.

—¡Italo! ¡Aquí hay algo!

Italo acudió corriendo. Casi tropezó con una piedra oculta por la nieve.

—¿Dónde?

—Ahí abajo. He visto algo moverse.

Rodearon el muro principal y vieron una puerta de madera que daba acceso a la habitación subterránea. Italo intentó abrirla.

—¿Chiara? Chiara, ¿me oyes? ¿Chiara?

Como la puerta no cedía, Italo empezó a embestirla con el hombro. Pero seguía sin abrirse.

—¡La pistola!

—Eso no sirve de nada, Cate. Déjalo —replicó Italo, y volvió a golpear la puerta, que empezaba a ceder. Asestó un último golpe más enérgico y por fin se abrió. Algo salió disparado a la velocidad de la luz—. ¿Qué coño…?

Oyeron un maullido y a continuación vieron una cosita de pelo blanco y mugriento, panza arriba a los pies de Caterina, meneando la cola y ladrando con un gañido estridente y alegre.

—¡Chiquitín! —Caterina se agachó—. ¡Se había caído al sótano! ¡Ay, animalito!

Empezó a acariciarle la tripa y el perrillo, feliz, le lamió la mano protegida por el guante.

—Ojo, a ver si va a tener la rabia —advirtió Italo, al que nunca le habían gustado los perros.

—Pero ¡qué dices! ¡Qué rabia ni qué rabia! Mira qué flaco está… —Y, cambiando de registro, se dirigió al perro, como si subiendo dos tonos el animal pudiera entenderla—. ¿No comes, tú? ¿Desde cuándo no comes?

—Venga, vamos, Cate, que dentro de nada se nos hace de noche.

—¡Ven! —Cogió al perrito en brazos. Era un cachorro, un cruce de setter, pastor y otras veintisiete razas—. Ven aquí. ¡Está temblando!

—No estarás pensando en llevártelo, ¿no?

—¿Que no? ¿Qué quieres, que lo deje aquí?

—¿Quieres meter en el coche a ese bicho apestoso que estará minado de pulgas y garrapatas?

—Siempre puedes quedarte aquí y volver a Aosta andando, si lo prefieres.

—Las normas no…

—¡Agente Pierron! Está hablando con una inspectora de rango superior. Le ordeno que deje de tocar las pelotas y vuelva al coche.

—¡Tú estás fatal! —exclamó Italo.

—A ése, ni caso. Tú vente con mami… —Estrechando al cachorro contra el pecho, la inspectora se encaminó al coche.

El sol estaba poniéndose. Y con él se iban también las esperanzas de encontrar a Chiara.

—Sí, no cuelgo, claro. Gracias.

—¿Hay algo? —preguntó Antonio.

Rocco puso cara de no saberlo todavía. El agente sacó un paquete de tabaco y se encendió un cigarrillo. Su superior se lo quitó de las manos y se lo llevó a los labios. El otro extendió los brazos, resignado, y repitió el gesto.

—¡Otro con los Chesterfield! —exclamó Rocco con una mueca de asco—. Pero ¿por qué os ha dado a todos por comprar esta porquería de tabaco?

Antonio negó con la cabeza y se encendió el suyo.

—Sí, sigo aquí, dígame. —Rocco escuchaba. Antonio había sacado el bolígrafo, preparado para tomar nota en una tarjeta de visita—. ¿Sí? ¡Síííí! —El subjefe dio un brinco de alegría—. Entonces, hay que subir hacia la pedanía de Closel… pasado el desvío seguimos recto siete kilómetros…

Antonio estaba escribiendo. Casi había llenado la tarjeta. Siguió anotando las indicaciones en la palma de la mano.

—Sí. Tres kilómetros más y antes del siguiente desvío a la derecha. ¡Gracias, gracias! —Rocco cortó la comunicación—. Adelmo Rosset tiene una propiedad, una casa vieja medio en ruinas… Un agostadero, por lo visto, subiendo un poco más desde aquí.

Se apresuró en dirección al coche. Scipioni lo siguió, sonriente.

—Yo conduzco, Antonio. Tú avisa por radio. ¡Que vengan todos para acá!

Rocco tomaba a toda velocidad las curvas que conducían a la pedanía de Closel. Le sonó el móvil.

—No, por favor —dijo, echando mano del teléfono—. ¡No me digas que el funcionario del catastro se ha equivocado! ¡Schiavone! —respondió.

—Rocco, soy Adele.

—Adele, me pillas en mal momento.

—Ya he llegado a Aosta.

—Me alegro. Mira, las llaves están en comisaría. Tú ve instalándote en casa. Esta noche nos vemos.

—¿Dónde estás tú?

—Ya te contaré. Luego hablamos.

Colgó el teléfono.

—¿Te parece bonito pensar en mujeres en un momento como éste?

—Antonio, te he dado permiso para tutearme, pero ya te estás pasando.

—Perdona…

—A ver, el desvío es ese de allí… A la derecha tendría que haber una pista que sube…

En verano esos parajes debían de albergar bellísimos pastizales verde esmeralda, con vacas rumiando plácidamente al sol o descansando a la sombra de los abetos. En ese momento, sin embargo, sólo se veían los puntos negros de algunas cornejas que triscaban buscando comida, los riachuelos que corrían por debajo del manto de nieve hacia la carretera, enfangando las cunetas, y unas rocas muy altas salpicadas de blanco que tapaban el cielo y parecían inmensos dulces navideños.

—¡Ahí está!

Dos palos de madera sin corteza plantados en medio de la nieve indicaban la presencia de un camino que subía hacia los montes. Nada más entrar, a la izquierda, había una casa. Pero estaba habitada. Rocco la descartó.

—Debe de ser por este caminucho.

Aceleró. Las ruedas se agarraban bien y, pese a los botes, el vehículo avanzaba a paso seguro sobre el trazado abrupto de montaña. Al tomar una curva despuntó a lo lejos un tejado oculto entre las ramas de los abetos.

—¿Será ésa? —preguntó Antonio.

—Puede ser.

A medida que se aproximaban, el techo se transformó en una casita de una sola planta. Toda de piedra, plantada en mitad de la

ladera y rodeada de peñascos y árboles. La nieve en torno estaba intacta. Sólo había dos ojos negros, los de las ventanas del agostadero, que parecían contemplar horrorizadas el avance del coche. De pronto, de la maleza salió un gato pelirrojo que cruzó la carretera. Poco faltó para que el subjefe se lo llevara por delante.

—¡Joder!

—Bien —apuntó Antonio—. Si es pelirrojo, trae buena suerte. Uno negro habría sido un mal augurio.

Llegaron a la altura de la casa aislada, pero sólo Rocco se apeó, a toda prisa, mientras Antonio intentaba explicar por radio su posición a los demás agentes.

Entrar en la planta principal fue facilísimo. Lo único que obstruía el paso eran unos viejos tablones claveteados que hacían las veces de puerta. Pero, aparte de una cocina de gas oxidada y una escalera de madera hundida que conducía a una buhardilla llena de telarañas, no había nada. Los excrementos secos de los pájaros dibujaban rayas por las paredes. Al mirar hacia arriba se vislumbraba el cielo entre las tejas que habían sobrevivido. Rocco giró por el pequeño pasillo. En medio de la estancia más grande había una puerta entornada. Daba a unas escaleras de piedra que desembocaban en la planta inferior. Con cuidado de no resbalar, el subjefe bajó los peldaños y llegó a una puerta vieja de madera, cerrada con una cadena enganchada a la pared a través de un boquete. Tanto la cadena como el candado eran nuevos. Rocco trató de empujar la puerta:

—¿Chiara? ¿Chiara Berguet? Chiara, ¿estás ahí?

—¡Antonio, corre!

El policía siciliano salió del coche.

—¿La has encontrado? —gritó, corriendo ya en dirección a la casa.

—¡Ven!

Lo llevó hasta la puerta de madera.

—Esta cadena es nueva.

—¿Chiara? —gritó Scipioni.

—No contesta. Pero está ahí, seguro.

—¿Qué hago?

—¡Tumba la puta puerta!

Había poco espacio para coger carrerilla. Con dos golpecitos, Antonio evaluó la resistencia, y acto seguido arrojó su metro noventa y dos y sus noventa y cuatro kilos de puro músculo contra la madera vieja, que se desgarró como una telaraña. Del impulso, Antonio se precipitó al interior de la habitación.

En el suelo, con las manos atadas a un trozo de silla en medio de un charco de sangre, ¡estaba Chiara Berguet!

El médico había sido rápido e implacable, como sólo saben serlo los médicos. Chiara había perdido mucha sangre, tenía la tensión por los suelos… en definitiva, era un auténtico milagro que siguiera con vida. Deshidratada hasta los límites de lo tolerable, si aún formaba parte del mundo de los vivos se debía sólo a su juventud y a una constitución fuerte y resistente. Tenía también una herida muy fea en el muslo izquierdo provocada por la pata de la silla, que al partirse se le había clavado en el bíceps femoral. Y signos de violencia sexual. La habían ingresado en cuidados intensivos, donde nadie podía ni acercarse a la puerta. Rocco se había alejado, pues, para dar la buena nueva al juez Baldi y al jefe superior, quien no tardó en convocar una rueda de prensa de la que el subjefe se escaqueó con la simple treta de apagar el teléfono y fingir que se había cortado la comunicación.

Cuando se disponía a salir del hospital había visto al otro lado del cristal a Pietro y Giuliana Berguet, que llegaban en ese momento. Gracias a la ayuda de un enfermero consiguió escabullirse por una entrada lateral, la de los proveedores, con lo que se ahorró las escenas de agradecimiento, lágrimas y abrazos. Que disfrutaran de su hija, y adiós muy buenas.

Aunque ya había caído la noche sobre Aosta, la jornada aún no había acabado.

—Vamos, Italo. ¡Y dame un cigarro!

Éste, sonriente, encendió el motor.

—Lo hemos conseguido, ¿eh?

—Te pido un poco de silencio hasta que lleguemos. Estoy hecho polvo.

El agente obedeció y siguió conduciendo.

Le había llegado el mazazo. Italo lo sabía. Cada vez que Rocco cerraba un caso, lo envolvía una bruma oscura, como una montaña velada por una nube. Se había preguntado el porqué, pero no acertaba a comprenderlo. Él estaba contento, por momentos hasta se le ponía la carne de gallina. A fin de cuentas, habían trabajado duro y habían acabado resolviendo el asunto. Rocco, en cambio, parecía disgustado. Hecho polvo.

—¿Por qué te pones así? —Tenían ya confianza suficiente para permitirse esa clase de preguntas.

—¿Así cómo, Italo?

—¿Por qué te pones triste? Joder, hemos ganado, ¿no?

—¿Que hemos ganado? Pero ¿es que no lo ves? ¿No lo notas? Cada vez que te mezclas con esa gente, con toda esa mierda, tú también te conviertes en mierda. Entérate. Pasa poco a poco, pero va a más; y llegará un día en que te mirarás al espejo y dirás: «Pero ¿quién es este hombre que tengo enfrente?» Y no tiene nada que ver con envejecer, Italo: te hablo de una cosa aquí dentro, que se muere cada día con tanta porquería. Con este fango. Estoy harto de bajar a las cloacas. De ensuciarme, de transformarme en una especie de rata para echarle el guante a esta gentuza. No puedo más. Mírame los zapatos. ¿Los ves? —Levantó el derecho. Una vieja llanta tirada en medio de la autopista—. Así estoy yo ahora mismo.

—La organización operaba desde la pizzería Posillipo y la tienda Chiquiviesos. Habían extorsionado con sus préstamos a un montón

de gente. En Edil.ber debieron de infiltrarse a través de Cristiano Cerruti. Lo más probable es que actuaran sólo por dinero. Cristiano debió de sufrir un ataque de mala conciencia, un arrebato, y se estaba arrepintiendo. Quizá hasta tenía intención de recurrir a nosotros. Pero ya era demasiado tarde. Domenico Cuntrera lo eliminó y desapareció. Seguramente ya se habrá reunido con Cutrì en Lugano o en cualquier otra parte. Pero no soltarán la presa, jefe. Esa gente nunca deja un trabajo a medias.

—Pero ¿Edil.ber está a salvo, al menos? —preguntó Costa.

—Está a salvo.

—Explíqueme lo del muchacho ese, el tal Max. ¿Por qué hablaba en la discoteca con esos dos?

—Porque el padre de Max es médico, y el chico se dedica a pasar psicofármacos en el instituto. Él le proporcionó a Carlo Figus el Stilnox, la droga de la violación. Lo querían para dormir a Chiara.

—¿Sabe esa pobre criatura que la han violado?

—No, jefe. Yo no se lo he dicho. Probablemente, si sobrevive, no se acordará de nada. Sólo hay otro asunto que colea, pero yo no tengo ni la potestad ni las pruebas necesarias. Estoy convencido de que la Caja de Ahorros del Valle está detrás de todo este tinglado. Eran ellos los que ponían en contacto a quienes necesitaban dinero con los mafiosos, quizá incluso presentándolos como gente honrada.

—¿Quiere seguir indagando?

—¿Por qué no? Se lo he comentado también al juez Baldi, y ya se ha puesto manos a la obra.

—¿Quién está ahora en la pizzería?

—El juez y varios agentes. La cuadrilla al completo, vamos.

—¿Y usted dónde está?

—En mi despacho. Es tardísimo y estoy hecho polvo.

—He hablado con Antimafia. Llegan mañana. ¿Vendrá usted a la rueda de prensa? Es importante. ¡La noticia de que una asociación de índole mafiosa actuaba alegremente en Aosta atraerá la atención de los telediarios de medio país!

—Por caridad, señor Costa, déjeme dormir mañana.

—Prepáreme al menos un informe apañado.

—Se lo encargaré a uno de mis hombres. Buenas noches.

—Buenas noches, Schiavone.

Rocco colgó el auricular y se restregó la oreja. Todos estaban mirándolo.

—Señores, hemos hecho un trabajo excelente.

Casella tiritaba de frío. A Antonio e Italo se les cerraban los ojos del cansancio. A Curcio y Penzo, repantigados en el sofá, sólo les faltaba roncar. El joven napolitano, sin embargo, parecía recién salido de una ducha revitalizante.

—¿Tú cómo te llamas?

El muchacho contestó:

—Pietro Miniero.

—Pietro Miniero, eres oficialmente el ganador. Te ha tocado redactar el informe para el jefe superior. Déjalo en mi mesa mañana por la mañana.

—Sí, señor.

Fue el primero en salir.

—Casella, vete a casa, seguro que tienes fiebre. Mira que te dije que te abrigaras. Y vosotros marchaos también. —Curcio y Penzo abandonaron el despacho detrás de Casella.

Un quejido, leve aunque perceptible, atravesó el aire.

—¿Quién tiene el estómago revuelto?

Italo, Antonio y Caterina se miraron.

—No lo sé —dijo Antonio.

Rocco miró a la inspectora.

—¿Qué tienes ahí debajo?

Caterina se abrió la chaqueta y apareció el perrito. Dormido.

—Estaba en una casa en la montaña, y no tuve valor de dejarlo allí.

—Yo le he dicho que no debía traérselo, Rocco, pero ha insistido.

El subjefe se levantó y se acercó a Caterina.

—Qué mal huele.

—Estaba sucísimo, mojado y muerto de hambre.

—Estaba sucísima, mojada y muerta de hambre. ¿No ves que es una hembra? —replicó Rocco, que extendió las manos para coger en brazos al cachorrillo. Éste se despertó, abrió los ojos y, con una lengua veloz como una flecha, le lamió la nariz al subjefe—. ¿Te la vas a quedar? —quiso saber.

—No lo sé. En casa no puedo. Pensaba llevarla a la protectora…

—Pensabas mal. ¿Sabes cómo se llama?

—No —dijo Caterina—. ¿Cómo voy a saberlo, si estaba abandonada?

—Se llama *Loba*. Hola, *Loba*. ¿Cómo estás? ¡Bienvenida! —saludó Rocco.

La perrita, como si lo hubiera entendido, volvió a lamerle la nariz.

—¿Os gusta mi nueva amiga? —preguntó el subjefe.

Caterina sonrió.

—¿Va a quedársela usted?

—Pues claro, a ver quién es el guapo que se desentiende ahora. Venga, idos a casa. Italo, espero que lleves a Caterina a un restaurante de verdad para celebrarlo, y no a un antro tipo pizzería Posillipo.

Italo sonrió, y los tres agentes se dispusieron a marcharse.

—Un momento —los llamó otra vez Rocco—. ¿Dónde están Deruta y D'Intino?

—No sabemos. No han dado señales de vida desde esta tarde. No responden ni por teléfono ni por radio —informó Caterina—. ¿Qué hacemos?

—Avisad a los forestales y al Cuerpo Alpino. Igual los encuentran congelados mañana por la mañana.

Y, con su nueva compañera en brazos, Rocco salió del despacho con un único objetivo: irse a casa a dormir.

A la luz de una fogata, muy juntos y abrazados para protegerse del frío dentro de un agostadero en ruinas y a casi mil seiscientos metros de altura, D'Intino y Deruta castañeteaban los dientes y

rezaban por que se hiciera de día cuanto antes. Su coche, semienterrado en una cuneta cubierta de nieve, descansaba bajo la tenue luz de la luna.

—Es la última vez que te dejo conducir, D'Intino.

—¿No tienes nada de comer?

Deruta no contestó. Se arrimó al fuego y se frotó las manos.

Recorría a buen paso las calles desiertas del centro para llegar a casa lo antes posible. *Loba* se había quedado dormida y respiraba profundamente. Al día siguiente la llevaría al veterinario para que la desparasitaran, le pusieran el chip y la vacunaran.

A pocos metros de su edificio, una sombra se separó del muro. Llevaba una caja de cartón en la mano. A la altura de la farola, la silueta reveló su identidad: era Anna. Rocco la miró.

—¿Qué llevas ahí? —quiso saber.

—Eso mismo podría preguntarte yo —replicó ella.

—Lo mío es un perro. Se llama *Loba*.

Anna avanzó unos pasos. Los tacones de sus botas retumbaron en la desierta calle Piave.

—Lo mío es esto. ¡Porque me da que los que llevas están ya para el arrastre! —Un par de zapatos nuevos—. Empiezas a salirme caro, Schiavone. Dos pares en dos días me parece excesivo, ¿no crees?

Rocco sonrió.

—Fuiste tú… Gracias.

—¿No quieres probártelos?

—¿Aquí, en mitad de la calle?

—Sube a mi casa. Tengo un espejo de cuerpo entero.

—¿Y *Loba*?

—¿Cómo? *¿Loba?*

—La perra, se llama *Loba*.

—También tengo unos cojines muy hermosos para *Loba*.

—Pero no me quedo a dormir, ¿eh?

—¿Y quién te lo ha pedido?

Rocco la miró. Sintió que, al menos por una vez, sería bonito dejarse llevar, sin pensar, sin oponer resistencia, sin tener por qué echar a perder lo que pudiera suceder. Había salvado una vida y llevaba otra en brazos. Podía sonreír de vez en cuando. La vida también podía sonreírle. Y Rocco sonrió, levantando la vista hacia el cielo. Entre las nubes asomaba una estrella solitaria.

Despacio, con calma, un paso detrás de otro, un pie delante de otro. Sin hacer ruido ni movimientos bruscos. Tenso y silencioso, más silencioso que una sombra y liviano como el ala de un insecto. Oía ronquidos en el cuarto contiguo. Siguió avanzando; fuera todo era silencio y oscuridad. Sólo una farola coloreaba de amarillo el sofá y el suelo del salón. Un paso más. Uno más…

Era el momento. Abrió de golpe la puerta del dormitorio. Extendió los brazos empuñando la 6,35.

—¡Así revientes, Schiavone! ¡Va por mi hermano!

Disparó todo el cargador sobre el cuerpo tapado por las colchas, de las que saltaron plumas y trozos de tela.

Enzo Baiocchi se metió la pistola en los pantalones y salió corriendo del piso del subjefe Schiavone.

En ese momento, *Loba* se subió a la cama de un brinco. Se acercó a Rocco y empezó a lamerle las orejas. Hasta que le dio el tercer lengüetazo no se despertó, sobresaltado. Tardó tres segundos en recordar dónde estaba. Tres segundos, una eternidad.

Loba, junto a la almohada, lo miraba con la cabeza ladeada. Fuera seguía siendo de noche. Estaba en casa de Anna. Otra vez se había quedado dormido en casa de Anna.

—Me cago en… —murmuró.

No podía ser. Así no podía ser. Miró la hora. Las cuatro y media. Tenía que vestirse. Despacio, sin hacer ruido, sin despertar a la

mujer que seguía durmiendo pese a los gruñidos de la perrita. En cuanto él puso los pies en el suelo, *Loba* empezó a menear la cola.

—Nos vamos a casa… —le dijo.

Se acercó lentamente al sillón para coger su ropa.

—Pórtate bien y no ladres.

Mientras se ataba los cordones se acordó de Adele. Esperaba que se hubiera acostado en su cama y no en el sofá. Era muy incómodo para dormir. No habría pegado ojo.

Pero *Loba* no se movía. Seguía acurrucada en la cama, sin intención de ponerse en marcha.

—*Loba*, vámonos.

Gemía y meneaba la cola, con el hocico apoyado en los pies de Anna.

—Venga, *Loba*. —*Loba* ladró—. No, *Loba*, no lad…

—¿Te vas? —preguntó una voz hundida en la almohada.

—Ah, ¿estás despierta?

—¿Estás incómodo?

—Un poco.

—De nada servirá que te diga que no me gusta despertarme sin ti, ¿no?

—Despertarse es ya una gran victoria, ¿no crees?

Un trueno retumbó a lo lejos.

—Va a llover otra vez. Quédate.

Rocco se lo pensó. Echó una ojeada por la ventana. Las nubes se habían acumulado de nuevo sobre la ciudad. Tal vez lo más sensato fuera quedarse, al menos hasta la mañana siguiente. Como mínimo, dormiría más calentito. Y la cama era de lo más acogedora. *Loba* llevaba horas diciéndoselo. Los ojos redondos y acuosos de la perra disiparon el último atisbo de duda. Se desnudó y se metió en la cama.

—Abrázame, por favor.

Anna tenía los pies helados. Los encajó entre sus piernas. Rocco la abrazó y al cabo de tres minutos volvió a quedarse dormido, con *Loba* repanchingada sobre su espalda.

En la calle, la lluvia empezó a golpear el asfalto. Por lo menos, fundiría la nieve.

VIERNES

Freude, schöner Götterfunken
Tochter aus Elysium,
Wir betreten feuertrunken,
Himmlische, dein Heiligtum!

—¿Sí… diga? ¿Diga?

—Schiavone, soy Baldi. ¿Dónde está?

—¿Durmiendo…?

—¡Son las nueve y media! —El juez sonaba excitado.

Rocco se incorporó, la espalda contra el cabecero, y se restregó la cara. *Loba* estaba dormida. Igual que Anna.

—Un momento… que me levanto.

—No tengo tiempo. Es sólo una buena noticia: anoche detuvimos a Domenico Cuntrera en la frontera. Intentaba escapar, pero los carabineros le echaron el guante. Con una cartera llena de documentos que… en fin, tiene que haber buen material. El muy cretino se marchaba con ellos encima.

—Me alegro, señoría.

—Ha sido gracias a usted, y a mí. Eso es lo bueno. Ahora la mala noticia.

—Cuénteme.

—Hay una rueda de prensa conjunta a las diez treinta. El jefe superior, yo, el general de los carabineros Tosti y usted, por supuesto.

Seguía con el cerebro en pausa. Lo único que se le ocurrió fue:

—¡Estoy con fiebre!

El juez soltó una buena carcajada.

—Y traiga a sus hombres. Ya es hora de que las cámaras de televisión apunten sus focos a ese trabajo en la sombra y quede inmortalizado en las páginas de los diarios que mañana sin falta tiraremos a la basura. Nos vemos en la fiscalía dentro de una hora.

Una hora. El tiempo justo para ir a su casa a darse una ducha y cambiarse, un desayuno rápido en el bar de Ettore, pasar fugazmente por el despacho, liquidar la oración laica de la mañana y salir corriendo hasta la fiscalía para responder a los periodistas. Decidió que no tenía sentido despertar a Anna. *Loba*, en cambio, lo miraba meneando el rabo.

—Marchando, pequeña.

Ya no había nieve. En su lugar, agua. Mucha agua. Schiavone en cabeza y *Loba* a la zaga doblaron la esquina de la calle Piave y llegaron al portal.

—Ahora te voy a presentar a Marina —le dijo a la cachorrilla, que estaba bebiendo de un charco al lado de la acera—. Ya verás como te cae bien.

Metió la llave. Abrió.

Algo no cuadraba. Se dio cuenta enseguida. Era el aire. O tal vez el olor. Uno que hacía mucho que no olía, pero que se había quedado estancado en el piso como una siniestra neblina matutina.

—¿Adele? Adele, ¿estás ahí?

Estaba. Pero no podía responder. Envuelta en la colcha agujerada, sólo le sobresalía un brazo del nórdico. Un riachuelo de sangre brotaba del colchón y bañaba el parquet.

Rocco cerró los ojos. Se desplomó en el sillón.

Rompió a llorar.

Los primeros en llegar fueron Italo y Caterina. Los siguieron Fumagalli, Casella, Scipioni. La casa, en la que nadie había puesto un pie en nueve meses, estaba llena de agentes. Tampoco los de Turín tardarían en llegar.

Rocco, sentado en el sofá, aún no había reunido fuerzas para llamar a Sebastiano.

Fumagalli se le había acercado y se había sentado a su lado.

—Ocho tiros, todos certeros. Tres mortales. Prácticamente a quemarropa. Si te consuela, murió dormida.

Rocco ni siquiera lo miró.

—¿Y en la cabeza?

—No, todos al cuerpo. Seis en la espalda, uno en la pierna derecha, y el otro en el antebrazo izquierdo.

Rocco asintió.

—Doy por hecho que sabes quién es.

—Adele Talamonti. Una amiga de Roma.

Schiavone tenía los brazos entre las piernas, parecía un traje sucio.

—¿Dónde vas a dormir?

—Es lo último que me preocupa.

—*Mi casa es tu casa* —dijo en español el patólogo forense.

—¿A qué hora crees que murió?

—Te lo digo con más exactitud dentro de una hora o así. Hay algo que puede ayudarnos. Tenía el reloj parado a las cuatro y media. Tal vez se detuvo por su cuenta o tal vez no, pero quizá nos sea de gran ayuda.

Alberto le dio una palmada en la rodilla y volvió al trabajo.

—¡Alberto!

—Dime.

—Trátala bien. La conozco desde que nací.

Alberto asintió. Y volvió junto al cadáver.

No podía demorarlo más. Había llegado el momento de hablar con Sebastiano. Pero quería hacerlo sin nadie presente. Se levantó, cogió el móvil y salió de la casa bajo la mirada triste de Italo y la preocupada de Caterina. Scipioni, en cambio, parecía atareado intentando neutralizar a Casella, que no paraba de fisgonear por todo el piso.

—Seba, soy Rocco.

—¡No me digas! Lo pone en la pantalla. —Su amigo tenía voz ronca, ausente y triste.

—Tengo malas noticias.

—¿Qué pasa?

—¿Has hablado con Furio?

—Sí, ¿por qué lo preguntas? ¿Te ha contado que Adele ha desaparecido?

—No ha desaparecido.

—¿Sabes dónde está?

—Sí, lo sé. Había venido a mi casa. —Seba se quedó callado—. ¿Seba? ¿Me oyes?

—¿Había? ¿Cómo que había? ¿Adónde ha ido?

—Esta noche. Le han disparado. Ha muerto, Seba.

—¿Qué cojones me estás diciendo? Si es una broma, Rocco, no tiene ni puta gracia.

La comunicación se cortó. Rocco intentó llamarlo otra vez. La voz fría de la compañía telefónica le anunció que el usuario no estaba disponible en ese momento.

Llamó a Furio.

—¿Rocco? ¿Ya ha llegado Adele? No te lo pierdas, que Seba…

—Escúchame, Furio. Ha pasado algo espantoso. Llama a Seba ahora mismo, ve a su casa.

—Pero ¿por qué? ¿Qué cojones pasa?

—Han disparado a Adele. Aquí en mi casa.

—Me cago en…

—Corre, Furio. Corre, que Seba está mal.

Como cabría esperar, el arresto en la frontera de Domenico Cuntrera, Mimmo para los amigos, había pasado a un segundo plano y la noticia del día era ahora el misterioso homicidio en casa del subjefe. La rueda de prensa en la fiscalía había dado un giro hacia la noticia, que en pocos minutos había acaparado la atención de la ciudad entera y de los telediarios de todas las cadenas.

Por primera vez en nueve meses, Rocco Schiavone se vio en el despacho de su jefe, Andrea Costa, sentado ante el escritorio de su superior, que tenía la cara más blanca que el presidente en el cuadro de la pared. Se lo veía afectado. Nueve meses de convivencia con Rocco, y aquel extraño policía romano empezaba a caerle bien. Nunca lo habría dicho aquel primer día, cuando se conocieron en el aparcamiento de la jefatura y el subjefe se presentó con una sonrisa apagada y los ojos velados de tristeza. Costa conocía el pasado de Rocco y el motivo de su traslado de Roma a Aosta. Pero había contrastado la información con un colega de Interior. Schiavone también había hecho cosas excelentes en Roma, al servicio de la policía nacional. Y ahora lo tenía ahí, frente a él, con los mismos ojos tristes de hacía nueve meses.

—¿Cómo se llama? —le preguntó señalando a la perra que Rocco tenía en el regazo y que se había adormilado con sus caricias.

—*Loba*.

—¿Se la ha encontrado?

—La encontraron mis compañeros cuando estábamos buscando a Chiara Berguet.

—¿De qué raza es?

—Adivine usted… Tiene tantas que seguro que acierta.

—¿Va a quedársela?

—Cuando un perro te encuentra, tienes que quedártelo. Nunca se cruzan en tu camino por casualidad. Te lo manda alguien.

—¿Y ésta quién se la ha mandado?

—Tengo mis sospechas. Pero no puedo revelarlas.

Costa sonrió.

—Hablemos de lo sucedido. ¿Tiene alguna idea?

—No, de momento no.

—¿Era usted el objetivo?

—Seguro. Adele Talamonti trabajaba en el bar de sus padres en el barrio de Balduina. Tiene menos antecedentes penales que el papa y, que yo sepa, como mucho un litigio con algún vecino del bloque. Era la pareja de Sebastiano Carucci, un buen amigo mío.

—¿También él pacífico?

—No, señor. Sebastiano ha tenido muchos follones con la justicia.

Costa asintió.

—¿Y no podría ser él el objetivo?

—Imposible. Los únicos que sabíamos que Adele estaba en Aosta eran la propia Adele, yo y Furio, otro amigo mío de Roma. Mío y de Sebastiano. Amigos del alma.

—Y ese Furio…

—Ni se moleste, jefe. Hablamos de amistades que se remontan a más de cuarenta años. Lo hemos compartido todo. Si tenemos cosas que resolver, las resolvemos entre nosotros. Señor Costa, el que descargó la seis treinta y cinco contra Adele Talamonti quería descargarla contra mí.

—Tengo que hacerle una pregunta. ¿Dónde ha pasado la noche?

—En casa de Anna. He dormido allí.

—¿Por qué estaba Adele en su casa, si puedo preguntárselo?

—Historias de amor. Estaba escondida para que Sebastiano fuera a buscarla como un loco y le demostrase que la quería más que a su vida. Cosas de adolescentes, pero Seba y Adele siempre fueron un poco así.

Costa empezó a doblar una hoja de papel.

—¿Se da usted cuenta, Schiavone, de que… en fin, no habla muy bien de usted, y menos aún de la jefatura de Aosta, que uno de nuestros hombres se vea envuelto en una historia tan… —no encontró el adjetivo adecuado— así?

—Me hago cargo, pero me gustaría recordarle que en este caso la víctima soy yo…

—Lo sé, lo sé. Y es lo que voy a intentar explicar a los periodistas y a Interior. Pero…

—Ya, claro, sería mejor tener un subjefe impecable sin cuentas pendientes con nadie y, sobre todo, que no le mataran a los huéspedes a tiros en su propia casa.

—No ha podido explicarlo mejor.

—¿Qué quiere que haga?

—De momento, me gustaría que averiguase quién ha sido. Yo mientras tanto intentaré contener las aguas. ¿Sabe que tiene usted un montón de enemigos en Roma?

—Qué me va a contar.

—No, no me refiero sólo a asesinos y delincuentes, sino también en el ministerio.

—Se me rifan.

—Y cuando se enteren de todo esto es posible, y digo sólo «posible», que empiecen a presionar para trasladarlo.

—¿Y cree que puede ser mucho peor que Aosta?

—Me temo, amigo mío, que podría llegar a echarla de menos. —Rocco asintió. *Loba* se había despertado—. ¿Qué le da de comer?

—Voy a llevarla ahora al veterinario, a ver qué me dice.

—Yo tenía un perro lobo. Comía más que un niño tonto. En realidad era como un hijo. Un angelito. —Rocco asintió—. Pero antes de nada tiene que prometerme una cosa.

—Dígame.

—Si coge al asesino de su pobre amiga Adele, viene usted a la rueda de prensa. Y no hay peros que valgan.

Rocco sonrió. Asintió. Se levantó por fin.

—No le doy la mano, que huele a perro.

Pero Costa le tendió la suya.

—Vuelva con buenas noticias.

—Lo mismo digo, jefe.

Enclaustrado en el despacho.

No tenía ganas de encenderse el porro. No tenía ganas de tomarse un café. *Loba* estaba echándose un sueñecito, que, al fin y al cabo, es la actividad primordial de los cachorros. Llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—¡Farinelli!

Rocco abrió la puerta.

—Hola —lo saludó.

El de la Científica entró.

—Lo siento mucho, Rocco.

—Gracias. Siéntate.

—No tengo gran cosa que contarte. Ocho disparos, calibre seis treinta y cinco, un arma poco común pero mortífera cuando se usa de cerca. El asesino disparó a dos metros de la cama.

—¿Has averiguado cómo ha entrado?

—Sí, por el balcón. Ha subido por el canalón.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Hemos visto que las abrazaderas metálicas que lo sujetaban a la pared del bloque se habían soltado por el tramo central. Así que yo diría que es una persona muy por encima de los setenta kilos. Diestra en cerrajería. Los cristales de la ventana estaban intactos. Ha utilizado algún chisme para abrir la cerradura. Un trabajo preciso, de alguien que sabe lo que se hace.

Rocco y el segundo de la Científica se miraron.

—Nunca nos habíamos visto tan seguido.

—Ya…

—¿Sabes quién puede tenértela jurada?

—No, pero la lista es larga.

—Me quedo unas cuantas horas por Aosta. Esta vez voy yo al juez, te lo prometo. ¿Te ha llamado ya?

—No.

—Pero ¿has pensado en alguien que tenga que ver con el secuestro?

—Verás, aquí hay tres cosas que no encajan. Lo primero es que normalmente no actúan con tanta rapidez. Para saldar cuentas se toman el tiempo que les parece. Y luego, ¿para qué subir a mi casa como un ladrón? Yo voy por ahí solo, andando, podrían dispararme por la calle de mil y una maneras. Y lo tercero, falta la firma: el tiro en la cabeza. Por lo general ajustician así a la gente, para asegurarse de que no hay ningún fallo. No, éste ha entrado, ha disparado y ni siquiera ha comprobado nada. No tiene ninguna relación con el secuestro. Es un soplapollas que me la tiene jurada. Y que no quiere que lo vean por ahí. Alguien que estuvo preso, o tal vez se fugó.

—¿Te la van a liar mucho?

—Hay una investigación abierta. Va a venir un subjefe principal que buscará con qué entretenerse. Qué quieres que te diga…

—Estoy a tu disposición para cualquier duda.

—Gracias.

Farinelli le estrechó la mano a Rocco por primera vez.

—La persona a la que buscas… ¿pertenece a tu pasado?

—Sí, por ahí anda. Pero es como asomarse a un agujero negro sin fondo.

—Llévate hilo rojo.

Se sonrieron.

—Sí, porque voy a tener que bajar.

Siempre lo había pensado, siempre lo había sabido. Antes o después el fango rebosaría, entraría por la ventana y lo pringaría todo. Y ahí lo tenía, ante los ojos, un mar de fango y mierda donde tirarse, revolcarse y mimetizarse para encontrar a esa sombra que había entrado en su casa y le había arrebatado la vida a Adele Talamonti, a sus treinta y nueve años y con una esperanza de vida mucho más larga. Y había muerto por su culpa. En su lugar.

Estaba maldito.

Rocco esperaba sentado en un murete frente al hospital. La tarde se había asentado sobre la ciudad y, con ella, los ruidos del tráfico. Ni lluvia ni viento, tan sólo un puñado de nubes que iban y venían sin sosiego entre los picos de las montañas. Un Mini Minor azul grisáceo aparcó a pocos pasos de él. El primero en bajar fue Sebastiano. Lo siguió Furio, que cerró el coche.

Avanzaron hacia él. A paso lento. Sebastiano, alto, con el pelo rizado y su cuerpo de oso enfundado en un ajustado chaquetón de cuero gastado. Furio, con las gafas de sol y sin afeitar, guantes negros y vaqueros ajustados. Rocco se levantó y fue a su encuentro.

Seba extendió los brazos. Lo apretó con una fuerza que quitaba el hipo. El grandullón estaba temblando, lloraba y se agarraba a Rocco como si fuese la única boya en un mar tempestuoso. Furio se encendió un cigarro. Cuando terminó el abrazo de sus dos amigos, intercambió otro fraternal con el subjefe.

Lloraron los tres.

—Vamos a ver a Adele —dijo por fin Sebastiano.

Alberto les había abierto la puerta de la morgue sin mediar palabra. Entró Seba solo y se acercó al cadáver tapado con la sábana. Furio y Rocco se quedaron en la puerta. No tenían ganas de ver a Adele. Querían recordarla con vida. El patólogo forense levantó la sábana. Rocco vio el terremoto que sacudía la espalda de su amigo. Sebastiano cogió la mano de Adele, se la llevó a la cara, la besó. Después la dejó en su sitio. Se volvió. Ya no tenía ojos. Dos pozos negros. No dijo nada. Salió del depósito. Rocco intercambió una mirada con Fumagalli, que había tapado ya el cuerpo de Adele Talamonti, y siguió a su amigo junto con Furio.

—Me la llevo a Roma.

Sentados en un banco, fumaban y miraban los edificios.

—En cuanto las autoridades lo permitan —contestó Rocco—. ¿Podéis creeros que me gustaría estar en su lugar?

—Yo tengo que saber quién cojones ha sido —masculló entre dientes Sebastiano.

—¿Podría ser alguien de aquí? —fueron las primeras palabras de Furio desde que había llegado a Aosta.

—No, no puede ser.

—¿Historias de Roma?

—Yo diría que sí. Y me parte el alma que Adele haya tenido que pagar por mis mierdas.

—Por nuestras mierdas. ¿Quién te dice que nosotros no tengamos también algo que ver? —cuestionó Furio, que, de un capirotazo, mandó a paseo el cigarrillo.

—En ese caso, habría ajustado las cuentas en Roma. No habría venido hasta aquí. Parece que, sea quien sea, está relacionado conmigo, que antes o después tenía que pasarme la factura. —Rocco se llevó las manos a la cara.

—A Adele la he matado yo —terció Sebastiano—. Tenía que haberse alejado de mí. Lo sabía. ¿Y qué le digo yo ahora a su madre? ¿Y a su padre? Tengo náuseas, pero no consigo ni vomitar. ¿Qué hago yo ahora? —Pero Seba no estaba preguntándoselo a sus amigos. Ni a sí mismo. Costaba saber a quién se dirigía—. ¿Es difícil olvidar, Rocco?

—Dificilísimo. Es casi imposible.

—Me gustaría que Adele estuviera cerca de Marina.

—Claro, le cedo mi sitio.

—Júrame que si descubres quién ha sido me lo dejarás a mí. —Rocco no respondió—. ¡Júramelo! —Rocco asintió—. Quiero oírtelo decir.

—Te lo juro, Seba.

Cuando dejó a Sebastiano y Furio en la pensión, el subjefe Schiavone fue a sentarse a la terraza del bar de al lado del arco romano. *Loba* dormía tranquila en sus brazos. Olía a palomitas de maíz.

—¿Y quién es ésta? —me pregunta Marina.

—Se llama Loba. *¿Te gusta?*

La acaricia.

—Tiene la barriguita rosa.

—Ya. Y el hocico.

—¿Se meará y se cagará por toda la casa?

—No, y no me preguntes cómo, pero está muy bien educada. Hace sus necesidades fuera.

La mira con unos ojos enormes. Los ojos de Marina. Me perdí en ellos la primera vez que los vi y sigo sin encontrar la salida.

—¿Qué piensas hacer? —me pregunta. Ya no habla de la perra.

—No lo sé.

—¿Vas a ir a por él o lo esperarás aquí?

—No tengo ganas de pensarlo.

—¿Y tienes alguna idea de quién puede ser?

—No. Y me pasa una cosa muy rara: cuando intento reflexionar, no logro concentrarme. Se me va el santo al cielo.

—Suele ocurrir cuando se piensa en el pasado. ¡Mira, Loba *se ha despertado!*

Es verdad. Ha abierto los ojos. Les da un poco el sol y me fijo ahora en que los tiene dorados.

—Mira cómo está el cielo, Marina. Qué maravilla. Más azul que nunca.

—Ni una nube. Verás la de flores que salen.

—¿Tú crees?

—Es lo que pasa. La nieve les viene bien. Porque tiene nitrógeno. Ya mismo te quedarás de piedra. ¿Sabes qué? Así de perfil me recuerdas a tu padre.

—¿Y tan raro te parece?

—No. No te lo tomes a mal, pero él era mucho más guapo que tú. Más alto, con los ojos azules y mucho más simpático.

Me río.

—¿Tan bien lo conocías?

—No lo suficiente. Pero, cuando me enamoré de ti, lo vi a él y me dije: si de mayor se pone así de guapo, ¿dónde hay que firmar?

—¿Y qué tal fue?

—No sé. ¿Qué tal fue?

—Pues ya me ves, más viejo y más solo.

—¿Por qué no dejas que me vaya, Rocco?

—No puedo, Marina.

—Ya han pasado seis años.

—No me lo pidas más.

—Por favor, Rocco. No puedo más.

—Ni yo, yo tampoco puedo más.

—¿Lo ves? Se ha puesto el sol, pero todavía no es de noche. Mira la gente por la calle. Ya no dan sombra. Y parece que vuelan. Pierden cuerpo. Parecen sueños, niebla. Harapos abandonados.

—Es verdad. Son como los recuerdos, que no tienen cuerpo pero siguen aquí.

Me mira seria. No me gusta cuando Marina me mira así.

—Los recuerdos desaparecen, amor mío. Día a día, aunque no te des cuenta, pero se van. Los bonitos y los horribles. Se los traga la noche, y acaban confundiéndose con los recuerdos de los demás. No vuelves a verlos, por mucho que te empeñes en buscarlos. Hasta que también tú te conviertas en un recuerdo. Y entonces todo será más fácil.

—Dame la mano.

Me la tiende. Loba *quiere bajar. Se sacude, echa una carrerilla. Sigue a una paloma que levanta el vuelo, ya no la coge. Ladra con*

voz tierna y aguda. Vuelve conmigo. Menea la cola y ladea la cabeza. Pronto se hará de noche. Loba *quiere comer*.

AGRADECIMIENTOS

Me siento en la obligación y el placer de darles las gracias a Paola y Giampi, a mi familia (Toni, Laura, Giovanna, Francesco y Marco), primera y severa lectora del manuscrito, a Valentina por su perspicacia, a Mattia por su valioso trabajo, a Marcella, Maurizio, Francesca y Valentina por su apoyo indispensable. Vaya un agradecimiento especial para Olivia y Antonio (¡venga, podemos!). Una bienvenida a Emma, la número 5, y un abrazo fraternal a Picchio «Tranquilo-que-estoy-llegando», a Pietro «En-verdad» y, *last but not least*, a Fabrizio «Un-leñazo-no-te-lo-quita-nadie».



ANTONIO MANZINI (Roma, 1964), actor, director de cine y teatro y escritor, ha publicado las novelas *Sangue marcio* y *La giostra dei criceti*, así como varios relatos breves, dos de ellos a cuatro manos con Niccolò Ammaniti.

Además, también ha publicado varios libros dedicados al género policial, siendo *Pista negra* su primer libro publicado en España.